



**Imaginarios geográficos,
prácticas y discursos de frontera**
Aisén-Patagonia desde el texto de la nación

Andrés Núñez - Enrique Aliste - Álvaro Bello - Mauricio Osorio

Editores

**Imaginarios geográficos,
prácticas y discursos de frontera
Aisén-Patagonia desde el texto de la nación**

Andrés Núñez - Enrique Aliste - Álvaro Bello - Mauricio Osorio

Editores

La elaboración y organización de este libro se desarrolla en el marco de los PROYECTOS FONDECYT N° 1141169 y N° 1170643, así como del trabajo llevado a cabo por la Estación Patagonia UC/Observatorio Hombre-Medio Internacional, Bahía Exploradores, LabEx DRIIHM, INEE, CNRS.

INSTITUTO DE GEOGRAFÍA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Avenida Vicuña Mackenna 4860, Santiago, Chile
Fono: +56 223544716

Editor Serie GEOlibros: Rodrigo Hidalgo

SERIE GEOlibros N° 25

Comité Editorial Serie GEOlibros: José I. González Leiva (Pontificia Universidad Católica de Chile), Federico Arenas Vásquez (Pontificia Universidad Católica de Chile), Rafael Sagredo (Pontificia Universidad Católica de Chile), Axel Borsdorf (Universidad Innsbruck), Horacio Capel (Universidad de Barcelona), Sandra Lencioni (Universidad de Sao Paulo) y Carlos de Mattos (Pontificia Universidad Católica de Chile).

La serie GEOlibros es publicada por el Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile con el objetivo de difundir trabajos de carácter geográfico y obras vinculadas al conocimiento espacial y territorial. Todos los textos que ella publica son revisados por el Comité Editorial de la Serie GEOlibros, quién deriva los textos a pares evaluadores ciegos, cuyas observaciones son entregadas individualmente a los autores para su incorporación a los trabajos definitivos.

IMAGINARIOS GEOGRÁFICOS, PRÁCTICAS Y DISCURSOS DE FRONTERA. AISÉN-PATAGONIA DESDE EL TEXTO DE LA NACIÓN

Andrés Nuñez, Enrique Aliste, Alvaro Bello, Mauricio Osorio (editores)

Diseño y diagramación: Luis Muñoz Villarroel

Revisión de textos: Andrés Nuñez

Gestión editorial: Luis Muñoz Villarroel

Fotografía portada: Catalina Amigo

Fotografía interiores: Nicole Saffie - Luis Muñoz Villarroel - Mauricio Espinosa - Andrés Nuñez

Impresión Gráfica LOM

Santiago de Chile

Primera edición: junio de 2017

ISBN N° 978-956-14-2064-9

A la memoria de
PEDRO NAVARRO FLORIA

Índice

INTRODUCCIÓN	7
---------------------------	---

PRÓLOGO	13
----------------------	----

Margarita Serje

Regiones invisibles: La producción de las ‘últimas fronteras’.

PROPUESTA	23
------------------------	----

Andrés Núñez; Enrique Aliste; Alvaro Bello y Mauricio Osorio.

La Memoria de la Geo-grafía de Aysén.

TEXTOS / CONTEXTOS / PRETEXTOS

Andrés Núñez, Enrique Aliste, Alvaro Bello	35
Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX-XXI.	

Alvaro Bello	61
Exploración, conocimiento geográfico y nación: La “creación” de la Patagonia Occidental y Aysén a fines del siglo XIX	

Paulina Zúñiga, Andrés Núñez	87
Dibujando los márgenes de la nación: relatos y discursos de los viajeros-exploradores de Patagonia-Aysén entre los siglos XIX-XX	

Esteban Soler	117
La chilenización de Aysén: Claves para comprender su incorporación al territorio nacional desde la escuela en el siglo XX	

IDENTIDADES / COTIDIANIDADES / MOVILIDADES

Gonzalo Saavedra	139
El litoral de Aysén. Itinerarios translocales del mar y del lugar	
Catalina Amigo	167
“No estamos lejos, allá están lejos”. Perspectivas locales sobre aislamiento en Aysén: discurso estatal y aislamiento como territorialidad.	
Patricia Carrasco	191
Relatos Orales, Rastros de la Identidad de la Patagonia Aysén.	
Macarena Libuy	213
Bosque nativo y circuitos mercantiles en Aysén: <i>Bosquejando</i> el ensamblaje Monte-habitantes locales de Puyuhuapi y Cerro Castillo en el actual contexto neoliberal.	

DISCURSOS / PRÁCTICAS / PROCESOS

Santiago Urrutia	239
Carretera Austral: ¿Integración o fronterización? Representaciones geopolíticas en torno a la ruta austral durante la dictadura militar (1973-1990)	
Hugo Romero, Aurora Sambolín	263
Discursos y conflictos socio-territoriales por la construcción de hidroeléctricas en la Patagonia-Aysén	
Diego Romero	283
El cambio de la propiedad de la tierra en el Valle Exploradores: el re-escalamiento de los espacios locales y la construcción de una nueva idea de la cordillera patagónica occidental (1960-2014)	
Sofía Pérez	303
Una lectura multiescalar de la Patagonia: desde el mito de origen hacia las dinámicas territoriales de una región bi-nacional	

AUTORES	327
----------------------	-----

introducción

Introducción

Este es un libro sobre lo que dejamos de ver cuando interpretamos a un otro diferente. Es un libro que invita al diálogo de los saberes geográficos y al reconocimiento del valor de la experiencia existencial del habitar. Por lo mismo, es un libro que convoca a pensar este país más allá de Santiago (Chile) y de su matriz de interpretación centro-periferia.

Como expresamos en el primer capítulo del libro, la tesis de este libro es que el saber geográfico imaginado para Aysén durante todo el siglo XX y lo que va del XXI, se ha configurado desde una proyección instalada en ciertos marcos epistemológicos que poco o nada tienen que ver con Aysén mismo. Así, el *espejo social* que ha imaginado geográficamente a Aysén ha olvidado lo que hay allí en la experiencia e historicidad del habitar; lo que hay allí de irrepetible e intransferible. En contrapartida, se ha fabricado y se ha instalado un conocimiento sobre Aysén que ha necesitado ser fijo, estático, repetible, transferible y posible para el resto de los ciudadanos de la nación, de manera que la idea de Aysén sea aquella que la nación proyecta y necesita de ella para el conjunto de la sociedad. Es por esto que, desde nuestro punto de vista, Aysén siempre ha sido un *otro fronterizo*, un lugar “lejos”, particularizado desde el lente de la nación que busca homologar y uniformar el horizonte social desde donde debemos comprender a Aysén.

Por lo mismo, este es un libro que se pregunta: Aysén...Lejos... ¿Lejos de qué? ¿Lejos de quién? ¿Lejos para quién?

El libro se inicia con el prólogo de la antropóloga colombiana Dra. Margarita Serje, quién nos invita a reconocer que los territorios llamados fronterizos son el resultado de un proceso de producción social anclado y gatillado por lógicas de poder centro-periferia.

Luego, los editores del libro realizamos una propuesta que hemos denominado la *Memoria de la Geo-grafía de Aysén*, que tiene que ver con pensar los territorios desde nuevos puntos de vista, donde la experiencia e historicidad existencial del habitar sea un elemento clave al momento de definir los destinos de ellos. “Ordenar el territorio” es también constatar e incorporar los marcos de interpretación de tipo discursivo a partir de los

cuales se les va definiendo su devenir. El libro está constituido y agrupado por tres ejes. Cada uno representa una perspectiva y un modo de abordar los asuntos que motivan y son de interés del libro. Así, uno estará más interesado en los procesos de producción social del espacio, otro estará más centrado en las prácticas y otro más en los discursos.

El primer eje, denominado *Téxtos/Contextos/Pretextos* agrupa 4 trabajos. Este eje busca en lo fundamental dar cuenta del texto social con que la nación fue narrando al territorio de Aysén. Así, la nación fue produciendo un imaginario geográfico de Aysén como frontera y en ello la dejó definida y apuntada en “el texto de la nación” como zona especial, frontera interior o margen de la nación.

De este asunto, y con un enfoque que abarca todo el siglo XX, da cuenta en general el trabajo de Núñez, Aliste y Bello, titulado *Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX-XXI*. Esta propuesta fue originalmente publicada en la revista mexicana Iztapalapa, dirigida por la destacada geógrafa Dra. Alicia Lindón, y lo hemos reproducido acá porque nos pareció necesario a fin de encuadrar la temática general del libro. Por su parte, la propuesta de Bello *Exploración, conocimiento geográfico y nación: la “creación” de la Patagonia Occidental y Aysén a fines del siglo XIX*, se concentra en el período de gestación de una Patagonia proyectada desde el centro de la nación a través de exploradores y la configuración de un saber geográfico útil a un necesario control territorial de los márgenes. El trabajo de Zúñiga y Núñez está muy emparentado con el de Bello, aunque prolonga su análisis al siglo XX y a los otros íconos con que los exploradores fueron edificando una arquitectura geográfica de tipo fronterizo para Aysén. Como exponen, su interpretación lleva a visualizarlos como agentes estatales que facilitaron la instalación social de una imagen de Aysén como “las tierras de entre medio”, a fin de subrayar la imagen de territorios nacionales aún no integrados. Su artículo lleva por título *Dibujando los márgenes de la nación: relatos y discursos de los viajeros-exploradores de patagonia-Aysén entre los siglos XIX-XX*. Finalmente, Soler aborda el proceso de “chilenización” de Aysén, especialmente a través del análisis de los planes escolares como mecanismo de disciplinamiento de los habitantes australes.

El segundo eje, titulado *Identidades/Cotidianidades/Movilidades* y como ya lo anuncia su nombre, busca abordar en otra escala de análisis y bajo otro tipo de metodología. En efecto, los cuatro trabajos se internan en los procesos identitarios de Aysén, en las voces locales y en sus miradas cotidianas.

En el primer texto de esta parte, titulado *El litoral de Aysén. Itinerarios translocales del mar y del lugar*, Saavedra se concentra en el habitar de los costeros, en sus moviliadades y en sus lenguajes dialogantes con prácticas pasadas de los nómades del mar de Aysén. En seguida, viene el trabajo de Amigo titulado “*No estamos lejos, allá están lejos*”. *Perspectivas locales sobre aislamiento en Aysén: imaginario estatal y aislamiento como territorialidad*, que apunta al corazón del libro al resaltar en su título la frase “*No estamos lejos, allá están lejos*”. A través de ella se resume la idea que la percepción de aislamiento solo es visible *en relación* a un otro central, pero que si se analiza y trabaja desde una territorialidad propia y local el asunto cambia radicalmente. El tercer texto es el de Carrasco, donde nos ofrece un mirada pluriescalar de la identidad de Aysén, llevándola, en consecuencia, a una posición plural al visibilizar que en Aysén conviven muchas miradas, rostros y rastros identitarios. Finalmente, Macarena Libuy realiza una propuesta donde hace hablar a la cultura con la naturaleza, buscando mostrarla como una unidad, es decir, nos muestra cómo los habitantes locales se ensamblan con su propia naturaleza y como, en paralelo, deben afrontar una nueva y distinta definición de “bosque” a partir de un modelo neoliberal.

En el tercer eje, al que hemos llamado *Discursos/Prácticas/Procesos*, se abordan asuntos temáticos que colaboran a visualizar que Aysén es un texto cuyo significado geográfico ha estado anclado en el centro político de la nación.

En el primer capítulo, denominado *Carretera Austral: ¿Integración o fronterización? Representaciones geopolíticas en torno a la ruta austral durante la dictadura militar (1973-1990)*, Urrutia nos propone una lectura distinta sobre el camino construido en Aysén, en lo fundamental durante la dictadura. En efecto, el autor inserta y comprende aquél Camino Austral o Carretera Austral como un símbolo de los discursos geopolíticos que, en el fondo, buscaron control territorial y dar solidez a la representación de Aysén como “Frontera Interior”.

El segundo trabajo de Romero Toledo y Sambolin, se concentra en lo que han significado las propuestas de construcción de hidroeléctricas en Aysén. Así, nos exponen que ellas han reflejado en Aysén, en el fondo, una disputa sobre lo que se comprende por “naturaleza”. Su artículo de titula: *Discursos y conflictos socio-territoriales por la construcción de hidroeléctricas en la Patagonia-Aysén*. El siguiente artículo, de Romero Ramírez cuyo título es *El cambio de la propiedad de la tierra en el valle Exploradores: el re-escalamiento de los espacios locales y la construcción de una nueva idea de la cordillera patagónica occidetal (1960-2014)*, se interna en el cambio de propiedad que se ha producido en el Valle Exploradores y cómo aquello ha resignificado la idea de naturaleza y ha modificado las prácticas económicas del área. Finalmente, el trabajo de Sofía Pérez titulado *Una mirada multiescalar de la Patagonia: desde el mito del origen hacia las dinámicas territoriales de una región bi-nacional*, derriba varios mitos instalados en los clásicos análisis sobre Aysén, entre otros, que es necesario hablar de patagonias, en plural, y que se trata de un territorio que es más que nacional.

Todos estos trabajos tienen un factor en común: consideran que el espacio es una producción social que tiene que ver con lógicas políticas no ajenas al poder central. Por lo mismo, todos reafirman la tesis central de este libro: Aysén ha sido construido al alero de un imaginario geográfico de tipo nacional el que ha interpretado recurrentemente al área como fronteriza, marginal y sub-desarrollada.

Aquello nos deja una tremenda tarea: los territorios alejados del centro político poseen **historias y geografías** que deben escribirse y comprenderse no solo en relación a ese centro político sino especialmente desde los marcos de comprensión desde dónde ellos son interpretados y, por otra parte, desde la historicidad (experiencia) existencial de su habitar.

Es este libro el resultado de un trabajo interdisciplinario de investigación a partir de los proyectos CONICYT-FONDECYT N° 1141169 (“Fronteras tardías, fronteras actuales: el territorio de Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX-XXI”) y N° 1170643 (El discurso de la naturaleza en Patagonia-Aysén: nuevos imaginarios geográficos en la producción del espacio de la nación (Chile, 1990-2016)), así como del trabajo llevado a cabo por

la Estación Patagonia UC/Observatorio Hombre-Medio Internacional, Bahía Exploradores, LabEx DRIIHM, INEE, CNRS, de varios talleres, de muchas conversaciones y, especialmente, de mucha amistad. Agradecemos a todos los que participaron, directa o indirectamente, en él.

El libro está dedicado al historiador argentino Pedro Navarro Floria. El, como persona y como profesional, nos enseñó a instalar nuevas perspectivas y a mirar con ojo crítico algunas lecturas instaladas como fijas, objetivas e inamovibles desde los centros del poder.

Los editores

prólogo

Regiones invisibles: La producción de las ‘últimas fronteras’

Margarita Serje de la Ossa

Uno de los rasgos impactantes de nuestro planeta es su diversidad, aún a pesar de la fuerza que ha tenido la ‘europeización’ de los paisajes, es decir, la colonización de las especies y la configuración de los ecosistemas de acuerdo con la noción de que están domesticados aquellos espacios encerrados por cercas, geometrizados y sometidos a la racionalidad del comercio moderna. Incluso cuando se observan con detenimiento paisajes aparentemente homogéneos como los desiertos o las sabanas, se aprecia fácilmente que en realidad están constituidos por mosaicos de distintas asociaciones de seres vivos que presentan una multiplicidad de especies, de paisajes y de formas de vida humana. Sin embargo, concebimos las llamadas ‘regiones salvajes’ del planeta de manera negativa, a partir del hecho de no haber sido apropiadas enteramente para el mundo moderno y su orden, el no haber sido articuladas del todo sus formas de extracción de recursos y a los flujos de sus redes comerciales.

De este modo, a pesar de su enorme diversidad climática, paisajística y social, se describen de forma asombrosamente similar, reiterando invariablemente en las historias que se cuentan sobre ellas, los mismo tropos. En los relatos de viajeros y exploradores, de geógrafos, historiadores y antropólogos resulta sorprendente ver que estos lugares, sean las dunas del Sahara, los glaciares de la Patagonia, las lagunas esteparias de Mongolia o los bosques cruzados de lianas del trópico, aparecen descritos casi siempre de la misma forma. Invariablemente se describen como ‘desiertos’, en el sentido de inhumanos, pues se ven como si estuvieran deshabitados o (en la gran mayoría de los casos) habitados por seres inferiores, oscuros y abiertamente ‘salvajes’, cuyo poblamiento es fácilmente desechado.

Si se mira el África tropical, por ejemplo, a partir del río y las selvas del Congo, vemos que esta cuenca, al igual que la del Amazonas, se

describe como un territorio desconocido y lleno de peligros que contiene enormes riquezas. Se ve como una reserva aún desconocida que debe ser ‘abierta’ para dar paso a la luz del comercio y de la civilización. Evidentemente, quienes han sentido que tienen la misión de penetrar esas regiones, consideradas como tierras vírgenes y disponibles para ser tomadas, aparecen en la historia como héroes, aventureros, naturalistas y exploradores. En el África se destaca la figura legendaria de Livingstone cuyo viaje pionero por el río Congo abre una era de exploración vertiginosa, semejante a la que inauguran los Conquistadores en América o el capitán Cook en el Pacífico, que culmina en los ‘descubrimientos’ de las fuentes de los grandes ríos, de las cordilleras perdidas, de miles ‘nuevas especies’.

Sobra decir que estas partidas de expedicionarios por el mundo salvaje van todas acompañadas de hombres armados. Bien sea de instrumentos de medición para cuantificar recursos potenciales, o de artefactos bélicos (como la famosa ametralladora Maxims, crucial para la ‘era imperial’ de las potencias europeas), pues los exploradores sabían bien que iban a encontrar: además de los peligros que representan a sus ojos los ‘nativos’, muchas veces vistos como caníbales, y de los riesgos que se atribuyen allí a las fuerzas de la naturaleza, están las riquezas listas para el pillaje que les es necesario asegurar. Crean de esta forma una atmósfera amenazante y de desconfianza que fácilmente acaba con la cordura de quienes penetran estas tierras, que se expresa en fiebres y temores, y en las alucinaciones de la codicia devoradora.

Y en todos los casos, el paso de estas caravanas de expedicionarios va a cambiar de manera radical la vida de esas regiones en virtud de que allí, tal vez por ser consideradas como ‘tierras de nadie’, se puede realizar el sueño de toda empresa capitalista: explotar y lucrarse de algo que no se ha tenido que producir, ni cuidar, ni implica tener en cuenta las secuelas de su extracción. Marfil en el Congo, quina y caucho en el Amazonas, maderas en la Patagonia, pieles en Alaska, plumas de garza en las sabanas del Orinoco, ballenas en el Pacífico. La lista de especies y ecosistemas, algunos hoy extintos y otros en peligro de extinción por la presión extractivista, es larga.

Este sueño de riqueza marca de manera indeleble los habitantes de estas regiones, pues cuando no se niega por completo su existencia,

son subyugados por la apropiación militar que normalmente acompaña a los exploradores y cartógrafos. Se ven estigmatizados por fronteras étnicas y raciales que se derivan de la vieja oposición entre civilizados y salvajes y que legitiman el que la superioridad militar sea entendida como Superioridad. Los desafortunados habitantes de estas ‘tierras de nadie’ no solo pierden cualquier posibilidad de soberanía sobre su hábitat, sino todo el derecho a sus cosmologías y ecologías, sus formas de vida y de pensamiento, pues deben ser catequizados, convertidos, vestidos, organizados, en una palabra civilizados para servir de mano obra a la nueva configuración económica de su mundo. En el mejor de los casos son desplazados a ‘reservas’ y ‘resguardos’ para abrir campo a las fabulosas empresas extractivas. En muchos otros son esclavizados, o endeudados para ser sometidos a la disciplina de las nuevas formas de ‘producción’ y en otros, simplemente relegados a mendigar los despojos de lo que antes fueron sus tierras y sus medios de subsistencia. Las historias de desplazamiento, usurpación y exterminio asociadas a explotaciones y empresas comerciales como la del caucho o el marfil en el siglo XIX, llegan invariables al siglo XXI con el petróleo, el carbón, las ‘tierras raras’ o las zonas para la conservación y el ecoturismo. Aparecen en este siglo, ya no acotadas únicamente por proyectos misioneros, sino por los de múltiples ONG y demás agencias adalides del ‘capitalismo verde’, que dan un aire benéfico a los procesos de reingeniería social y ecológica que implica la transformación de las ‘últimas fronteras’ en espacios ‘productivos y abiertos al comercio’.

Así, estos lugares se transforman en regiones invisibles. La poderosa representación que hemos fabricado de ellas, -como reservas de riqueza, como lugares salvajes donde reina el desorden y el peligro, como lugares atrasados cuyo poblamiento es desechable, cuyos habitantes son como niños que deben ser educados, disciplinados y llevados de la mano y sobre todo que deben ser puestos a trabajar y producir riqueza para la economía metropolitana- oculta su historia, su geografía, las particularidades y la profusión de su diversidad y, sobre todo, encubre el hecho de que son cruciales para la vida en el planeta. Al mismo tiempo, se enmudece a sus habitantes, reduciéndolos a estadísticas que pueden desechadas, cuyas formas de vida no tienen valor y cuyos sueños y aspiraciones son irrelevantes.

Aunque se ha afirmado que las regiones salvajes se caracterizan por ser vacíos, tanto en el mapa de la industria y el comercio, como en el de los Estados nacionales, están por el contrario llenas de contenidos que siguen vigentes en el sentido común: aparecen invariablemente como tierras apartadas y lejanas, agrestes e incluso a veces como tierras malditas. Se imaginan vaciadas de historia y de habitantes, o por lo menos de los habitantes que podrían contar para algo y ser tenidos en cuenta. Se ven, sobre todo, como una promesa de ganancias y riquezas, y en esa medida, como un desafío y una aventura promisorio y seguramente rentable para la experiencia y la mirada externas de un observador extranjero preferiblemente blanco, europeo o norteamericano.

“Desiertos Verdes”



Fuente: Margarita Serje

La visión que se tiene sobre estos lugares, más que indagar por su historia, su sociología o por su geografía, lo que destaca es el punto de vista exotizante e interesado del aventurero, del naturalista y sobre todo, del inversionista atraído a estos lejanos parajes en busca de algún Dorado o de una Ciudad encantada de los Césares. Se describen en términos de inventarios de recursos presentes y potenciales al futuro. Ello explica que, desde el Congo a la Patagonia, estas regiones aparezcan como ‘vírgenes’ —en el sentido en que allí prima la naturaleza y no la cultura— por lo que se hoy se las sigue viendo como las ‘últimas fronteras’, como los confines del mundo, como ‘reservas de vida’, sea de fauna en vías de extinción o de glaciares en retroceso. Pero siempre como quimeras de oro: de oro azul, de oro blanco, de oro negro... aunque casi siempre manchado de sangre, pues sobra decir que es a estos lugares salvajes donde debe llegar los Hombres (con mayúscula y en masculino: los ‘blancos’, letrados, urbanos) a sentar las bases del ‘libre comercio’ entendido como vía libre para la inversión externa, que en muchos casos, como la letra, con sangre entra. Así lo han mostrado historias como la del marfil en el Congo de Leopoldo de Bélgica, o la del caucho en el Amazonas de Julio Arana.

Por ello, se entienden ante todo como fronteras. No solo en sentido social y ecológico, sino y sobre todo, en el sentido en que constituyen los últimos frentes para la expansión de la economía moderna, del capitalismo en sus diversas variaciones. Como *terrae incognitae*, pasaron de ser grandes espacios vacíos en los mapas (y en las rutas comerciales) que representaban, primero, continentes enteros (como Australia o la Antártida) para terminar como esquinas recónditas en las topografías nacionales. De esta forma las vemos hoy por todo el planeta: desde el Yukón en Canadá, los ‘backlands’ australianos, la región de Cachemira en India, el gran desierto del norte de México, la Patagonia en Chile y Argentina, el Tibet para la China. Se trata, invariablemente de zonas en disputa, entre países o entre grupos y poderes en un mismo país, en las que no se pone en duda que son los designios externos los que deben prevalecer, es decir, los designios de los grupos urbanos y letrados, alejados de la vida cotidiana de las selvas, los desiertos, las montañas o los glaciares del caso, quienes armados de estadísticas y escudados en la ciencia instrumental, suponen que traen consigo la luz de la razón.

Tal vez por este motivo, a estas ‘periferias’ de la economía moderna, se les ha dado a lo largo de la historia estatus jurídicos especiales diseñados con el fin de fomentar su progreso mediante la inversión de capitales privados. La historia parece aquí reciclarse en una serie de figuras semejantes, como la del ‘Estado Independiente del Congo’, o la de los ‘Territorios Nacionales’ en las jóvenes repúblicas americanas. Hoy reaparecen en las muchas variaciones de las ‘Zonas económicas especiales’ que se implementan a lo largo y ancho del llamado ‘tercer mundo’. O, sin ir más lejos, en la idea del ‘tercer mundo’ en sí misma. Sobra decir que tras estas denominaciones se esconde un conjunto de programas en los que históricamente se han aliado los Estados con los inversionistas particulares (bancos, grupos económicos, firmas comerciales), apoyándose en el musculo militar de las fuerzas publicas o de las milicias privadas, como única vía posible para el logro del Progreso o del Desarrollo. No sobra recordar que, aunque en muchos casos estas empresas han estado acompañadas por el terror, se han mostrado como gestas verdaderamente heroicas, muchas veces necesarias para la defensa de las soberanías nacionales y en todos los casos como la punta de lanza de la civilización. La paradoja es que, estos regímenes especiales han dado lugar, mas que a formas de civilidad y convivencia, a las distintas versiones de lo que se conoce como ‘capitalismo salvaje’.

Se ha tenido una visión positiva de este proceso, que ha sido puesto en escena como un paso no solo necesario sino benéfico, en la medida que se ha concebido (y en el sentido común se sigue concibiendo) como un proceso de avance en las etapas del progreso: el acenso de lo salvaje a lo civilizado y la superación del atraso y el subdesarrollo, negando la posibilidad de nuevas alternativas de vida y de economía humanas al tiempo en que se pone en entredicho clima y la vida en el planeta.

Es por eso que explorar con detalle tanto la vida cotidiana, la historia, la geografía y la ecología de este tipo de regiones, como los imaginarios y nociones que las definen resulta crucial. De ello depende en ultima instancia, la supervivencia de las ultimas extensiones de biodiversidad del planeta. De allí el gran valor de indagar sobre los ***Imaginarios geográficos, prácticas y discursos de frontera*** que han venido significando y definiendo la región de Aysén, en la Patagonia

chilena, como territorio ‘otro’, como ‘ultima frontera’ o ‘reserva de vida’. Apelativos detrás de los cuales se produce ‘un texto que es nacional, urbano, blanco, global y capitalista’. Es precisamente este tipo de trabajos lo que permite romper con el sino de la invisibilidad y sus consecuencias sociales y ecológicas.

Margarita Serje

Nairobi, diciembre de 2016



propuesta

La Memoria de la Geo-grafía de Aysén

*Andrés Núñez González; Enrique Aliste Almuna;
Alvaro Bello Maldonado y Mauricio Osorio Pefaur*

“Los viajes son los viajeros.
Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos”.
Fernando Pessoa

En el año 2004 se publicó un libro de poesía de Anahí Lazzaroni, poeta argentina de Tierra del Fuego, llamado “A la luz del desierto”. Allí se incluyó un poema, escrito en 1999, que narraba sobre cómo ciertas sociedades y personas proyectan e imaginan lugares donde no han estado, pero que han sido suficientemente difundidos desde centros que los caracterizan y narran con imágenes que poco y nada tienen que ver con lo que allí sucede. El poema se titula “En todos lados se cuecen habas” y es el siguiente:

“Algunos poetas me escriben cartas / donde me cuentan que deliran por el lejano sur./ No son pocos los que me imaginan en una casa / construida con maderas claveteadas, / escribiendo sin cesar mientras la nieve cae y cae / Hasta piensan que suelo estar sentada junto al fuego, / como si fuese un personaje de ciertas novelas decimonónicas, / y me piden que les describa el silencio porque ellos ya no lo recuerdan. / Este mediodía varias calles de la ciudad están cortadas. / Escucho bombos, voces, / sirenas de patrulleros, / personas que gritan cada vez más alto en medio de la aglomeración. / Por ahí no se puede pasar”.

(Lazzaroni, 2004)

La poeta, así proyectada, escribía en un mundo de nieve y silencio que, como le indican sus colegas poetas, ellos habían olvidado. Un mundo que, por lo mismo, estaría lejos y tal vez, pensarían ellos, donde se puede hacer mejor poesía o, al menos, se puede escribir con la calma del *fin del mundo*.

A partir de la provocación de dicho poema, nos preguntamos: ¿Dónde está, entonces, el *fin del mundo*? ¿Dónde está la proyección de la interpretación que las sociedades realizan de algunos territorios llamados marginales, diferentes, aislados u *otros*? ¿Está esa interpretación realmente allí, en el espacio mismo?

O, como lo formula este libro, ¿es el reflejo de una geografía social surgida al alero de quién los define, narra e imagina?

¿Qué pasa si hacemos el ejercicio con Aysén? Porque decir que, como ha sido graficado durante todo el siglo XX, “Aysén es un territorio aislado” o “Aysén va en camino al desarrollo” o “Aysén es un territorio de frontera”, bien sabemos no son solo palabras, sino más bien un lenguaje social que imagina geográficamente a Aysén; tanto que hoy es Aysén-Patagonia. Como expresa Todorov: “Las palabras son las imágenes de las cosas”.

Por lo mismo fue que nos pareció tan ilustrativo cuando en uno de los trabajos de campo de uno de los textos que aquí se presentan y que aborda el tema del aislamiento, al momento de preguntarle a una habitante si Aysén estaba lejos en relación a Santiago, la persona entrevistada respondió: “*Nosotros no estamos lejos, allá están lejos*”.

El habitar en Patagonia-Aysén



Fuente: Andrés Núñez - Mauricio Espinoza

Durante largo tiempo hemos vuelto a esta idea que es también la del libro y la del proyecto que sustentó e hizo posible esta obra. Es decir, desde hace ya algunos años hemos venido discutiendo y reflexionando en torno a la idea de pensar el territorio de Aysén -o los territorios en general- desde otros prismas, emergentes perspectivas y, muy especialmente, privilegiando los horizontes hermenéuticos que los definen.

Así, no solo nos motiva la identificación de la matriz interpretativa con que Aysén es narrado desde la nación o desde un mundo globalizado; también es nuestro interés reconocer los propios sistemas de interpretación con que los mundos locales co-administran o co-fabrican el destino de su habitar a partir de su propio espacio existencial, al mismo tiempo de lo que recogen de aquellos que los imaginan desde los centros de poder.

Este es un problema complejo pero, estimamos, sencillo a la vez. En el fondo, como ha expuesto Foucault, es el problema del saber/poder, pero también de la posibilidad de un “otro” tipo de saber/poder. Es esta, sin duda, una discusión larga. De hecho, por ejemplo, Todorov la ha puesto en el tapete a partir de su notable estudio sobre *La Conquista de América* y de cómo los descubridores interpretaban lo “descubierto” desde su propia carga de valores. Nunca vieron a los indígenas, vieron lo que ellos proyectaban desde sus memorias europeas:

“Quiero hablar del descubrimiento que el yo hace del otro...Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta que no somos una sustancia homogénea y radicalmente extraña a todo lo que no es uno mismo: yo es otro. Pero, los otros también son yos: sujetos como yo, que sólo mi punto de vista, para el cual todos están allí y solo yo estoy aquí, separa y distingue verdaderamente de mí”.

(Todorov, 2012)

Esto nos ha servido para reflexionar sobre Aysén, sobre su memoria y sobre la construcción de sus identidades. Nuestra tesis es que Aysén, y lo que de ese particular territorio se ha proyectado desde los exploradores hasta el lenguaje conservacionista actual, ha sido una producción social que ha surgido desde un contexto que más tiene que ver con una narración política de escala nacional, que con una memoria diferenciada de aquel centro de poder.

En otras palabras, y este es el fondo del asunto, el saber geográfico imaginado para Aysén durante todo el siglo XX y lo que va del XXI, ha olvidado lo que hay en la experiencia del habitar, irrepetible e intransferible; es decir, ha invisibilizado y borrado su historicidad existencial. En contrapartida, se ha fabricado y se ha instalado un conocimiento sobre Aysén que ha necesitado ser fijo, estático, repetible, transferible y posible para el resto de los ciudadanos de la nación, de manera que la idea de Aysén sea aquella que la nación proyecta y necesita de ella para el conjunto de la sociedad.

Aysén ha sido, y sigue siendo, la conquista de la barbarie por parte de la civilización, del progreso o del desarrollo; ese espacio de frontera que algún día llegará *a ser*, que algún día alcanzará esa imagen objetivo con que se la proyecta. Pero esa proyección es, desde nuestra perspectiva, el espejo social de un yo *abstracto*, que sobre todo ha olvidado el diálogo con la experiencia contenida en dicho espacio y que permite aproximarse a una concepción de territorio. Por eso queda la idea que, de persistir la tesis de la proyección de un desarrollo instalado, concebido y diseñado en Santiago de Chile, Aysén no será más que la América vista por los conquistadores de Todorov.

Entonces, esa recurrente (e interesada) *objetivación* de Aysén, pareciera nos ha disciplinado para representar ciertos caminos que, como dijimos, deben ser ordenamientos y fórmulas a seguir. A inicios del siglo XX, ese austral territorio fue imaginado bajo la lógica de una “vocación” de campos ganaderos y se entregó en concesión a empresas europeas o transnacionales para que pusieran manos a la obra en ese camino de progreso y modernidad. Por cierto, se contrató a exploradores para estudiarlos y proyectar su porvenir. ¿Qué podrían mirar aquellos exploradores sino lo que *ya miraban*? Su comprensión era en sí una fábrica de imágenes geográficas hechas desde la sociedad a la que pertenecían, conocían y desde la cual podían organizar sus sistemas de conocimiento. Por ejemplo, entre otras nociones que grabaron su imaginario territorial, fue en esta época que se instaló la idea de un territorio “vacío” y “despoblado”. Y eso era sin duda así, solo que para el que lo leía desde una geografía sin movilidad y desde la historia de escala nacional que le daba sentido a su interpretación de “espacio vacío”.

Aquellas exploraciones, más allá de realizarse con el sólo objetivo de “descubrir” nuevos territorios, fueron reflejo y necesidad de una agencia estatal que colaboró a fijar el sentido y saber geográfico de los lugares en relación a una nación que se instalaba como “comunidad”. Fueron los artífices de crear el relato espacial de la idea de nación. Por ello es que fueron claves a la hora de invisibilizar prácticas, vivencias y experiencias del lugar. De hecho, más que “descubrir”, dichas exploraciones “cubrieron” la comprensión de la zona con un renovado horizonte hermenéutico, es decir, con lo que cabía únicamente en sus propios horizontes epistemológicos.

Un claro ejemplo de lo expuesto fue el “silencio geográfico” con que se leyó el nomadismo indígena, que era, al fin y al cabo, un contrapunto de lo que se iba dibujando y memorizando para la imagen geográfica de “Aysén-Patagonia”. Porque, como ha sido estudiado, en la práctica hubo un constante nomadismo indígena que fue obviado por un tipo de comprensión que organizó el saber geográfico únicamente en relación a lo fijo y lo estable; es decir, “si se mueve no es”. Ello repercutió en validar la propiedad privada como eje estructural del poblamiento austral y en invalidar la movilidad o nomadismo como racionalidad del habitar. Como hemos escrito en un artículo recientemente publicado:

“...Aysén-Patagonia, tanto en los siglos XVIII y XIX como en el XX, incluso en la actualidad, ha sido el resorte de un imaginario geográfico de escala nacional, es decir, una reproducción social y territorial acorde a esa lectura. Aquello llevó a invisibilizar una comprensión del espacio desde una perspectiva nómada y, por lo mismo, a silenciar y vaciar esas ocupaciones y a resaltar una espacialidad estática asociada a las concesiones ganaderas iniciadas en el siglo XX... Desde esta perspectiva, Aysén-Patagonia deviene desde el siglo XIX, como el área argentina, en “desierto”. De algún modo la movilidad indígena-chilota fue ocultada y la articulación a Chiloé de estos territorios insulares sufrió igual camuflaje, de modo de erigir un espacio vacío, acorde a las políticas y el discurso de la colonización del siglo XX, que desmereció la presencia y la agencia local, valorizando y resaltando únicamente el sentido del espacio proyectado desde un texto centro-periferia”.

(Núñez et al, 2016)

Con el tiempo, otra formación discursiva definió a Aysén como una suerte de *Far West*, un lejano oeste al que había que colonizar. Fue así, entonces, la “Tierra del Porvenir”. Fue, como todo territorio catalogado de fronterizo, el espacio de la conquista de la civilización. Eso fue la Araucanía en el siglo XIX y eso debía ser Aysén en el siglo XX.

Más el asunto no terminaba allí, porque, como ha expuesto Margarita Serje, las fronteras son *el otro* del centro, por eso son consideradas diferentes, extrañas en cierto modo o, sin duda, en tránsito a algo que solo el centro visualiza. En consecuencia, Aysén fue precisamente comprendida en las décadas del 70 y 80 del pasado siglo como un territorio fronterizo: *Frontera Interior o Zona Especial* fue oficialmente catalogada. Con ello, se subrayaba que estábamos en presencia de un área no integrada aún a la nación, geopolíticamente peligrosa tal vez desde y para el lenguaje militar. De hecho, la Carretera Austral fue el símbolo de aquella lectura anclada en los ojos del observador que pensaba la nación como una identidad fija, uniforme y homogénea e instalaba la racionalidad política en ejes sustanciales: La Historia, La Geografía, La Patria.

En la actualidad, creemos, el asunto no ha cambiado en lo sustancial. El *yo* nación, ahora globalizado (o privatizado), ha reconstruido una identidad particular para Aysén y la ha posicionado como una “Reserva de Vida”, reinterpretando a “su” naturaleza como un elemento indispensable de conservar para salvar el planeta. Como es expuesto en el libro, menos se resalta la concentración de la propiedad que ello ha implicado y la mercantilización de esa naturaleza “pura y prístina”. Esta vez sigue siendo frontera, pero ahora se desenvuelve bajo códigos globales, desde un renovado capital que se ha *enverdecido* para iluminar este nuevo margen del mundo y con ello, se ha re-instalado un *fin del mundo* revalorizado (aunque ahora sin monstruos o *patagones*).

Lejos, ¿Lejos de qué? ¿Lejos para quién?

Como hemos visto, lo que se ha comprendido por Aysén, ya sea en el siglo XX y lo que va del XXI, ha sido un conocimiento mediado por la influencia de una matriz hermenéutica anclada en otro lugar. En Santiago, para la narración colonizadora o en EEUU/Europa para la conservacionista. En el fondo, estas interpretaciones no son sino *su pre-*

juicio, es decir, aquella imagen que el *yo* memoriza y divulga para definir al otro.

¿Es posible imaginar/proyectar más allá del espejo social que la matriz subjetiva instala en Santiago o en el sistema-mundo? ¿Es posible pensar los territorios como un horizonte de comprensión que involucre una *apertura* de ese yo social que los define?

Este libro busca reflexionar en torno a esta problemática. Busca, en el fondo, formular la posibilidad de un “otro” ordenamiento del territorio que tenga su base en el diálogo de los territorios y en la comprensión de sus propias matrices interpretativas. ¿Cómo es posible “ordenar el territorio” sin abrirse al horizonte de otros que tal vez tengan algo que decir? Esto lo decimos por un asunto de fondo: porque pensar históricamente y pensar geográficamente requiere también del ejercicio de pensar su propia historicidad.

De este modo, una alternativa para enfocar el “problema geográfico”, supondrá considerar la *experiencia* (temporalidad) o historicidad del espacio como soporte esencial de la interpretación que el sujeto social hace de él. En otras palabras, la interrogación del espacio implicará tener en consideración tanto la perspectiva comprensiva del sujeto como, a su vez, “la situación hermenéutica a la que pertenece” aquella comprensión. Porque, aunque es su intención, la evidente finitud de la nación, en tanto sistema de significación cultural, le impide alcanzar una totalidad expresiva, por lo que siempre estará buscando mantener y actualizar las vías y las estrategias a través de las cuales pueda sostener la mirada en ese horizonte común, buscando dar fuerza a la ilusión de la identidad, como una suerte de “sueño homogéneo”. Por eso el *otro fronterizo* siempre estará “en camino a...”. Es decir, existe, es o adquiere sentido en la medida que hayan “pendientes”: *explorar* para el progreso, *incorporar* para la modernidad o *producir* mayor riqueza para volverse desarrollados, todos engranajes de un mismo panorama discursivo.

Aquí es donde tal vez adquiere valor el despliegue de la experiencia del habitar, es decir, aquella historicidad existencial de los lugares o estructura de la experiencia del territorio que, en el fondo, restituye y proyecta una realidad intervenida por la memoria, por el

arraigo a partir de aquella co-fabricación o co-pertenencia entre el sujeto y el paisaje que él mismo construye, al tiempo que lo habita.

Bibliografía

- ALISTE, E. y MUSSET, A. (2014). “Pensar los territorios del desarrollo: sustentabilidad y acción pública en nombre de una ciudad imaginaria. Concepción (Chile), 1950-2010” *Revista EURE*. (Santiago) 40 (120): 91-110.
- ALISTE, A., NÚÑEZ, A. (2015). “Las fronteras del discurso geográfico: el tiempo y el espacio en la investigación social”. *Chungará*. Vol. 47, N° 42, 287-301.
- BACHELARD, G. *La poética del espacio*. México. FCE, 2010.
- BHABHA, H.(Comp.) *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2010.
- BHABHA, H. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial, 2011.
- BHABHA, H. *Nuevas minorías, nuevos derechos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- CANAPARO, C. *El imaginario Patagonia. Ensayo acerca de la concepción conceptual del espacio*. Suiza, Peter Lang, 2011.
- DARDEL, E. *Hombre y La Tierra. La Naturaleza de la realidad geográfica*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- FOUCAULT, M. *Las heterotopías*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.
- GADAMER, H. G. *Verdad y Método*. Barcelona, Sígueme, 1999.
- MELLADO, LUCIANA ANDREA. (2015). “La Patagonia como versión de una distancia”. *Alpha* (Osorno), (41), 65-7.
- NÚÑEZ A., ALISTE, E., BELLO, A. “El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de una renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI”. *Scripta Nova*, 2014, XVIII (493):1-13.
- NÚÑEZ, A.; SÁNCHEZ, R.; ARENAS, F. (2013). *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad sociocultural*. Santiago, Geolibros-RIL Editores.

NÚÑEZ, A.; MOLINA, R.; ALISTE, E.; BELLO, A. (2016). “Silencios geográficos en Patagonia-Aysén: territorio, nomadismo y perspectivas para repensar los márgenes de la nación en el siglo XIX”. En *Magallania*, Vol 44, N°2, 107-130.

NAVARRO, FLORIA, P. (Coord.)(2007). *Paisajes del progreso. La re-significación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Centro de Estudios Patagónicos. Universidad Nacional de Comahue. Neuquén.

TODOROV, T. (2012) *La Conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.



GROSS
FABRICA DE COQUE
LONDRE 1888 - 1914

I

Textos/ Contextos/ Pretextos

Andrés Núñez, Enrique Aliste, Alvaro Bello

Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX-XXI.

Alvaro Bello

Exploración, conocimiento geográfico y nación: La “creación” de la Patagonia Occidental y Aysén a fines del siglo XIX

Paulina Zúñiga, Andrés Núñez

Dibujando los márgenes de la nación: relatos y discursos de los viajeros-exploradores de Patagonia-Aysén entre los siglos XIX-XX

Esteban Soler

La chilenuzación de Aysén: Claves para comprender su incorporación al territorio nacional desde la escuela en el siglo XX

Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX-XXI¹.

*Andrés Núñez González - Enrique Aliste Almuna -
Alvaro Bello Maldonado*

Resumen

El presente artículo formula que el territorio de Patagonia-Aysén (Chile) no es un área naturalmente periférica sino que aquella condición es el resultado de una producción histórico-geográfica que la fue constituyendo en una espacialidad periférica. Aquella hipótesis se sustenta en base a la siguiente pregunta: ¿Es posible que para Patagonia-Aysén se proyecte una condición fronteriza o periférica solo basándose en criterios físicos o políticos, sin prestar atención o profundizar en aquellos marcos discursivos que van definiendo tal posición fronteriza? Desde esta perspectiva, el texto identifica los procesos de producción de imaginarios geográficos fijados para aquellas australes tierras al alero de perspectivas estado-centristas. Indagar en los pilares que sustentan dichos discursos es el centro de interés del problema formulado por este artículo.

Palabras clave: Patagonia-Aysén, discursos, frontera, desarrollo

Abstract

This paper proposes that the territory of Patagonia-Aysén (Chile) is not naturally a peripheral area but -instead- the result of a historical-geographical production that constructed as a peripheral spatiality. That hypothesis is sustained on the following question: Is it possible that the territory of Patagonia-Aysén thinks its peripheral condition based on physical and political criteria, ignoring the discursive frameworks that these criteria use to define this border condition? From this perspective, the text identifies the production processes of fixed geographical imaginaries in a state-centered perspective. Investigating the foundations of these discourses is the main focus of this article.

Key words: Patagonia-Aysén, discourses, frontier, development.

¹ El presente artículo ha sido publicado originalmente en **Iztapalapa**, [S.l.], n. 76, p. 165-188, jun. 2016. ISSN 2007-9176. Disponible en: <http://revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/article/view/6>

“El ser que puede ser comprendido es lenguaje”

H.G. Gadamer

La relación entre discurso social y territorio ha ido adquiriendo cada vez mayor atención de parte de investigadores del ámbito de la geografía, aunque, sin duda, de las ciencias sociales en general.

Una serie de cambios en torno a las ciencias sociales y por lo mismo a la geografía, ha ido superando la idea que la vinculaba únicamente a una ciencia más bien en el ámbito de lo físico o lo evidente, para acercarla también a una noción socio-cultural o humanística. Un elemento sustancial de aquel cambio nos remite a lo que Halbwachs denominó “los marcos sociales de la memoria” (2004 [1925]), en referencia a que nuestra percepción de las cosas, por tanto también del espacio, está mediada por una memoria colectiva o social que nos representa, cual escenario, lo que comprendemos como “verdadero” o “real”. Desde esta posición, el espacio deja de ser algo ajeno al sujeto observador para transformarse en el resultado de una interpretación, definición que, y esto es lo clave, no surge sola o individualmente sino en un contexto socio-cultural. De este modo, el espacio ha pasado, no sin altibajos, a comprenderse bajo la lógica de una representación social que no es constante ni única y, por lo mismo, lo ha llevado a alejarse de las concepciones positivistas decimonónicas donde “lo geográfico” correspondía únicamente al “objeto” frente a un sujeto puro e incontaminado.

Desde aquella renovada plataforma, se ha venido destacando la estrecha e inevitable relación temporalidad-espacialidad, lo que ha repercutido directamente en la concepción que del espacio se ha ido llevando en las ciencias sociales. De este modo, es cada vez más recurrente la idea de una espacialidad cuyo sentido deja ser único e inmóvil para proyectarse desde su finitud y radical historicidad².

Este escrito se interesa por un análisis de Patagonia-Aysén (Chile) desde el discurso social formal, es decir, desde el proceso de producción de

² En el presente texto nos referiremos a espacio y territorio desde una perspectiva amplia que envuelve lo físico y lo social. Del mismo modo que Milton Santos, consideramos que ambas constituyen referencias a una construcción social e histórica.

conocimiento³. Comprender aquel austral territorio desde aquella mirada metodológica parece importante, ya que, como veremos, Patagonia-Aysén fue durante todo el siglo XX y lo que va de éste, socialmente proyectada como un espacio cuyo elemento central era el de constituirse en frontera, en límite o área periférica. En ese marco, nos nutrimos a nivel conceptual de elementos de la hermenéutica filosófica (Gadamer, Ricoeur), de los aportes de la antropología cultural (Greetz, Descola) y la antropología del territorio (Ther, Nates, Skewes, Bello). A su vez, sin duda, de una serie de líneas de investigación que en el ámbito de la geografía han venido remarcando la necesidad de reenfocar el problema geográfico desde el contexto de producción de saberes y prácticas territoriales (Lindón, Aliste, Zusman, Núñez).

El enfoque del problema. Geograficidad e historicidad de Patagonia-Aysén

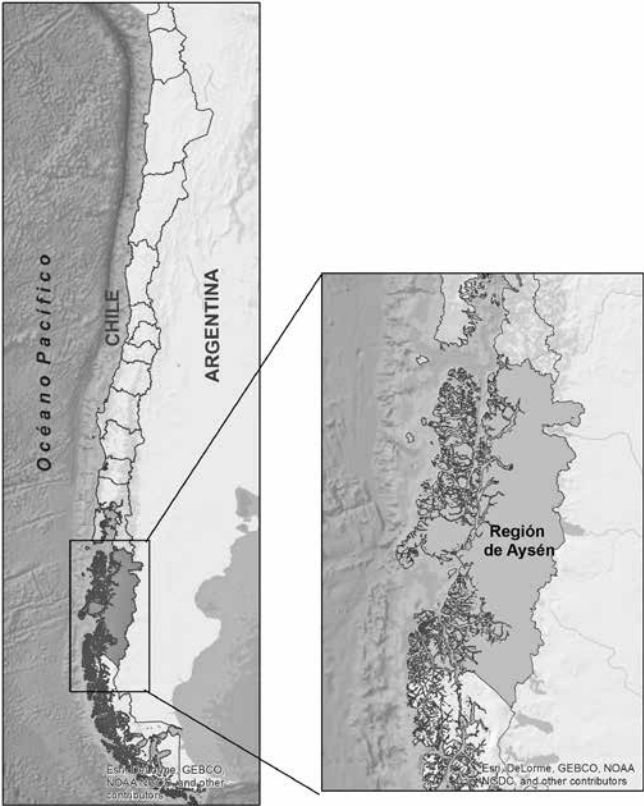
El territorio de Patagonia-Aysén, ubicado en la zona austral de Chile (Figura N° 1), ha sido considerado por largas décadas, y hasta la actualidad, un espacio fronterizo, aislado o periférico. De hecho, en la primera mitad del siglo XX era llamado “las tierras de entremedio” para exponer su condición de marginalidad con respecto de los territorios nacionales. Aquella mirada presenta tanto un marcado carácter centro-periferia como una homologación entre geografía y materialidad física y, desde nuestro punto de vista, olvida un aspecto sustancial: que los territorios son procesos de producción temporales y finitos, cuyos significados son comprensibles desde los marcos sociales desde donde se proyectan. En consecuencia, es nuestro interés hacernos cargo, en parte al menos, de aquella carencia tan académica como de arraigo colectivo, por lo que el propósito central del texto es el análisis de la condición fronteriza

³ Es vital, sin embargo, no perder de vista la relevancia y contrapunto del espacio vivido. Dado que comprendemos los espacios fronterizos de modo relacional o intercultural, resulta imposible no considerar el nivel discursivo local, es decir, aquella suerte de racionalidad *lugareña* que permite realizar el contrapunto entre imaginario geográfico de la nación y la experiencia de la espacialidad singular o local. En la investigación, aquella línea es relevante, pero el presente artículo no puede ofrecer aún resultados, ya que nos encontramos desarrollando el trabajo de campo correspondiente. De este modo, como ha sido expuesto, el corazón del texto se referirá a la relación entre discurso social y territorio para Patagonia-Aysén.

del territorio de Patagonia-Aysén en el contexto de la construcción del imaginario geográfico de la nación durante los siglos XX y XXI.

Esta plataforma de análisis cambia no solo el enfoque del problema sino que otorga perspectivas significativas a la manera en cómo es posible abordar políticas públicas hacia esos territorios. Temas como la identidad, los actores locales o los saberes, las prácticas y los discursos, permiten estructurar o identificar nuevas problemáticas para nuevas preguntas respecto de cómo comprender aquellos territorios.

Figura N° 1



Fuente: Elaboración Paulina Zuñiga

El planteamiento principal que llevamos a cabo se sustenta en que la posición fronteriza o periférica del territorio de Patagonia-Aysén no está dada por su aislamiento físico, enfoque asentado en la geografía física clásica, ni por una deficiente inserción en el territorio nacional, perspectiva de una geografía política y económica tradicional. Ambas lecturas se basan en un punto de vista centro-periferia, desde donde Patagonia-Aysén es comprendida como zona de excepción, como frontera interior, en relación a la construcción de un imaginario geográfico de escala nacional que ha representado y representa aún homogeneidad, uniformidad, conexión e integración⁴.

En contraposición, queremos proponer una lectura donde Patagonia-Aysén no se entienda como natural o *esencialmente* periférico, sino más bien explorar que aquella condición es el resultado de una producción histórico-geográfica que la fue constituyendo en un territorio periférico. Aquel planteamiento se sustenta en la siguiente pregunta: ¿Es posible que para Patagonia-Aysén se proyecte una condición fronteriza o periférica solo basándose en criterios físicos o políticos, sin prestar atención o profundizar en aquellos marcos discursivos que van definiendo tal posición fronteriza? Desde esta perspectiva, comprender e indagar en su condición fronteriza se vuelve complejo si no se apunta a los procesos socio-culturales que van *fronterizando* a Patagonia-Aysén, soporte que requiere contextualizar el problema desde la producción de un imaginario geográfico de escala nacional. Por cierto, como es evidente, aquello requiere a su vez constatar que el espacio es, ontológicamente hablando, temporalidad⁵.

Aquella perspectiva genera cambios metodológicos relevantes en el enfoque del problema. Entre otros, sostiene que Patagonia-Aysén no puede analizarse solo como espacio objetivo o en su materialidad

⁴ Como ha sido estudiado, el proceso de racionalización y control territorial de Chile que fue definiendo una espacialidad más compacta y homogénea, surgió desde la ilustración borbónica y sirvió sustancialmente, ya en pleno siglo XIX, a los intereses de la configuración de los territorios nacionales. En ambas instancias se fue definiendo una *geografía nacional* que acabó por fijar el sentido de un territorio integrado a la modernidad. Al respecto, Núñez (2009 y 2013).

⁵ Sobre el punto nos parece que Eric Dardel ha sido crucial, aunque sin duda también Bachelard. La existencia fija un ser desde una radical temporalidad, pero a su vez el ser se desenvuelve en la tierra, es decir, se define también desde una radical *geograficidad*. Preguntamos entonces: ¿Cómo explicarnos la tierra si nuestro sentido de tierra ya nos envuelve? En esta línea Dardel expone: “El hombre busca la Tierra, la espera y la llama con todo su ser. Incluso antes de haberla encontrado, la presiente y la reconoce... Así, lo que el hombre busca en la Tierra es un *rostro*, una cierta acogida” (2013, 106)

geográfica, como ha sido característica hasta el día de hoy, sino fundamentalmente como resorte de una expresión geográfica de identidades sociales, tanto locales como nacionales. Por lo mismo, en el estudio de la condición fronteriza de Patagonia-Aysén es imposible obviar los vínculos con los procesos de producción de representaciones geográficas del resto de la nación. En ello, resulta clave centrarse en las distintas configuraciones del sentido fronterizo para Patagonia-Aysén, prestando atención tanto a los agentes estructurales y sus prácticas discursivas (Estado) como también a los agentes locales que en una relación intercultural con la estructura normativa del Estado van asimilando su condición fronteriza.

Este punto de vista problematiza el concepto de *identidad*. Acostumbrados a visualizarlo como un horizonte social fijo, estático y único, ahora explota en una pluralidad que no solo considera la construcción sociopolítica sino a su vez la existencia de otros saberes, de otras prácticas, que alejadas de la estructura dominante de las instancias de poder (como el Estado) adquieren protagonismo y, por lo mismo, los estudios requieren visibilizarlos. Lejos de idealizar “lo local”, aquellas identidades particulares son necesarias para comprender e investigar los asuntos geográficos. Desde esa perspectiva, en el caso de Patagonia-Aysén las identidades australes, por llamarlas de algún modo, no son ajenas a la fijación del sentido patagónico de su “morada”⁶.

La propuesta, entonces, cuestiona la tradicional fórmula de estudio centro-periferia, relativizándola en tanto producción del valor e interpretación temporal con que se va significando aquellas tierras. En cierto modo, nos interesa comprender a la periferia como un centro en sí mismo cuyo sentido geográfico es el resultado de un diálogo de saberes entre el centro y la propia periferia, aunque claro con una desigualdad de fuerzas que no es posible obviar.

En el proceso de producción social de Patagonia-Aysén surgen diversos lenguajes espaciales desde donde se gatillan o expresan territorializaciones y re-territorializaciones, en un juego tan dinámico como cargado de definiciones geográficas. Diversos mecanismos o fórmulas de integración u homogenización fueron y son desplegadas

⁶ Al respecto, Grimson (2011) y Contreras-Ibáñez y Saldívar (2006).

como plataformas de un desarrollo que “está por llegar”. Así, por ejemplo, desde inicios del siglo XX se han desenvuelto imaginarios donde lo central era la explotación y *roce* de los bosques a discursos donde su protección y conservación es lo vital⁷. Aquellas configuraciones lejos de ser abstractas impactan en el modo en qué comprendemos el mundo. Como ha expuesto Jacques Levy (2006, P) de modo muy elocuente: “Inventar el espacio para leer el mundo”.

Las fronteras y el espacio geográfico: una tradición mutable. El estudio de las fronteras en la geografía clásica.

Tradicionalmente hablar de fronteras en los estudios de geografía genera una directa relación entre un espacio y su dimensión política, es decir, fronteras administrativas que suponen líneas que sirven para separar un área geográfica de otra. Su sentido de límite lineal y su vínculo con las fronteras nacionales, por tanto, es lo que domina en la memoria colectiva (Grimson, 2011; Núñez, 2013b). Por otra parte, si se habla de fronteras interiores, sigue dominando la interpretación política y su abordaje netamente geopolítico posee un predominio del prisma estatal y la acción pública, en tanto se remiten a zonas que deben ser incorporadas a la nación de modo inclusivo, identificando en esos espacios, por tanto, carencias o problemas que las hacen especialmente vulnerables desde una mirada marcadamente centralista. Es decir, a la fecha en Chile, en gran medida el estudio de las fronteras, internas o nacionales, se ha visualizado en el ámbito de una geografía política tradicional, donde lo que se subraya es la representación del espacio según los argumentos y prácticas territoriales del Estado y, por lo mismo, aquella geografía política, con mucha fuerza durante la dictadura militar chilena (1973-1989), terminó siendo un instrumento de poder de Estado con marcado acento normativo, además de ser útil en la institucionalización del territorio de la nación (Nogué, 2001; Laurín, 2013).

De este modo, el centro del debate y análisis ha estado dominado por la necesidad de integrar, conectar e incorporar vastas áreas al

⁷ Hasta no hace muchos años, el roce era una práctica masiva en la zona, avalada y propiciada por el Estado desde la década de 1930, e implicaba la quema de enormes paños de bosques, acción necesaria para “abrir” territorios a la ganadería. El bosque, desde aquella comprensión, era un estorbo para “el desarrollo”.

conjunto de la nación a fin de superar los límites territoriales que separa un área marginal de la integrada, es decir, la de escala nacional⁸.

Asimismo, durante largo tiempo otros tantos estudios de frontera se han sustentado sobre la base de una geografía física que únicamente vincula espacio geográfico con su materialidad. Es decir, han considerado al espacio como un factor asociado a lo objetivo, sin una mayor valorización o atención a los procesos de producción del sentido o significación de dicho espacio (Lindón, 2012). Como hemos venido resaltando, el espacio, en un paradigma iniciado en el siglo XIX, ha mantenido la impronta de lo inerte, lo estable, lo fijo, es decir, de una *naturaleza muerta* (Foucault 1967; Lindón, 2012; Nogué, 2006; Zusman 2013). En consecuencia, ha sido también en el ámbito de la geografía física donde se han buscado respuestas a muchas de las preguntas surgidas en torno a problemas territoriales periféricos o fronterizos, mirada nuevamente asentada en una óptica central.

Desde esta perspectiva, ha imperado el argumento que establece que el aislamiento geográfico de las zonas fronterizas se soluciona a partir del término de la separación física entre las zonas integradas y las desintegradas o desconectadas.

La noción de frontera y de espacio geográfico en discusión: las fronteras desde el espacio socialmente construido.

En los últimos años, especialmente desde la década del 90, para los estudios fronterizos contemporáneos ya no es suficiente solo el análisis político en la órbita del Estado central ni el estudio del espacio geográfico desde una mirada únicamente física; nuevas preguntas y puntos de vista

⁸ Al respecto, el caso de la Araucanía en Chile ha sido emblemático. A su ocupación hacia fines del siglo XIX se le denominó -hasta el día de hoy en numerosos los textos escolares- *Pacificación de la Araucanía*, para justificar el sometimiento de los mapuches tras los levantamientos ocurridos en 1874 y 1881 contra las tropas chilenas que avanzaban ocupando sus territorios. La ideología evolucionista -muy en boga en la época y uno de cuyos representantes más conocidos es la figura de Charles Darwin- justificaba y animaba la ocupación del país mapuche precisamente al proyectarlos como sociedades en el estadio de “barbarie” respecto de la “otra” sociedad “civilizada”. A partir de aquél discurso social se visibilizó un territorio evidentemente no civilizado, “fuera de la historia”, que funcionaba alejado de los valores universales de Progreso e Historia y, en consecuencia, del sistema-mundo occidental, pero cuya espacialidad contenía tierras cultivables y bosques explotables.

han formulado nuevos enfoques capaces de problematizar tanto aquella definición de espacio geográfico como de fronteras entendidas únicamente como límites, áreas de excepción o zonas separadas y diferentes. (Chávez, 2011; Grimson, 2000, 2011; Ther, 2012).

En los últimos años, los estudios fronterizos no solo han minimizando la lectura únicamente política o física, sino que han ampliado el panorama en un diálogo abierto con las ciencias sociales (Zusman, 1999; García Canclini, 2005; Hevilla, 2007; Grimson, 2000, 2011; Núñez, 2013b). Sin desconocer la visión de frontera como una línea o un área que marca diferencias de un lado y otro, los estudios de frontera se han interesado en una comprensión social y cultural de aquella espacialidad. En otras palabras, como zonas porosas donde la interculturalidad es lo relevante. De esta suerte, el énfasis ya no está puesto en subrayar las diferencias de un “nosotros” y de un “ellos” (Said, 2010) ni en evidenciar la labor de un Estado que busca demarcar políticamente la zona fronteriza como excepción o anomalía, donde el panorama recurrente, objeto general de estudio y discusión, es la necesidad de su integración, incorporación, homogenización o su institucionalización en relación al resto de la nación.

Por el contrario, lo que se ha puesto en valor, siendo nuestro interés resaltar en el contexto de los nuevos enfoques de los estudios geográficos, es precisamente subrayar el sentido relacional, vinculante y de construcción recíproca de las zonas fronterizas, de modo que las representaciones que los sujetos sociales hacen del territorio, sean ellas estatales o locales, se tornan fundamentales para comprender los procesos de construcción territorial y sus formas de apropiación (Bello, 2011). En otras palabras, es relevante prestar atención tanto a lo vivido (prácticas, agentes locales) como lo normado (discursos, estructura, Estado hegemónico) (Ther, 2012; Aliste, 2011), en una relación dialéctica que termina por producir o construir una “condición fronteriza”.

Observamos, por tanto, el espacio geográfico fronterizo no desde una categoría natural u objetiva sino como construcción social cuyo significado fronterizo solo es comprensible y visible desde discursos y prácticas que lo *fronterizan*, es decir, desde aquél proceso de significación territorial que lo va definiendo como condición excepcional o diferente.

En otras palabras, desde la territorialización del discurso social, mirada o cosmovisión que en sí envuelve el lenguaje geográfico que busca definir⁹.

Arribamos así, como hemos venido resaltando, a una comprensión del espacio fronterizo desde “lo social”, desde el lenguaje cultural que lo expone y manifiesta así como desde la construcción de imaginarios geográficos que lejos de suponer inmaterialidad, nos imponen territorialidades a partir de lo cual el grupo se fija un sentido o significación espacial (Lindón, 2012). Desde aquella perspectiva, como ha expuesto Clifford (1995: 30) “la identidad –fronteriza, en este caso- es coyuntural, no esencial”.

En este marco, tanto las fronteras nacionales como las internas de la nación pueden ser entendidas como espacialidades de una memoria social que fija acuerdos de sentido en torno a dichos espacios donde, más allá de los límites territoriales (internos o binacionales), existe en forma simultánea y dialéctica una producción y reproducción de significados entre el grupo que habita el lugar fronterizo y el que incide o busca dirigir sus destinos (Pech, 2008). Esta relación comunicativa y vinculante remite necesariamente a un proceso de reproducción social que es donde es factible visualizar las diversas formas con que el territorio va adquiriendo determinados sentidos, valores, representaciones, definiciones y significados *de tipo fronterizo*. En otras palabras, en aquél proceso temporal, móvil y cambiante, es factible identificar la fundación social o sociogénesis de la espacialidad fronteriza.

Desde nuestro punto de vista, el enfoque propuesto resulta clave para explicar la manera en que se construyen las identidades geográficas, entendiendo por “lo geográfico”, como ya adelantamos, como algo no solamente asentado en lo material o físico sino también en su proyección simbólica (Zusman, 2013)¹⁰. Como ha venido exponiendo Lindón: “La integración de la dimensión de lo imaginario en geografía... responde

⁹ El punto es importante en el proceso de investigación que llevamos a cabo con los territorios patagónicos, ya que se debe constatar que primero está el lenguaje y después la interpretación. En otras palabras, el lenguaje no vendría a ser lo expresado sino lo que nos expresa. Esto conlleva una situación de fondo y es que el lenguaje es, por tanto, experiencia del mundo (Gadamer, 1999, 526). Así como nuestra conciencia no es a-histórica, tampoco es a-lingüística. El lenguaje, en definitiva, es representarse (Gadamer, 1999, 581).

¹⁰ En este contexto, la identidad no es pura, es siempre contaminada, híbrida, mixta, relacional.

a la necesidad de asumir que el espacio no se reduce a la simple materialidad” (2012: 15). El análisis de territorios fronterizos, por tanto, requiere estudiar, de acuerdo a Santos (1996; 2000), la territorialización de su conformación así como identificar el desarrollo de su particularidad. En otras palabras, necesita estudiar aquella red puntual de conexiones, vínculos y enlaces espacio-temporales y los significados asociados (Jelin, 2004), reevaluando la interpretación de los conceptos de frontera y espacio geográfico patagónico desde una plataforma únicamente política y física.

Representar el espacio de Patagonia-Aysén: interculturalidad y expresión social.

En el contexto de las representaciones que se han ido dando para Patagonia-Aysén desde inicios del siglo XX, ha predominado la lectura de un territorio sistematizado como un sujeto ajeno, *anormal* y extraño, diferente y desconectado, aislado o desintegrado. Aquellas narrativas, muchas de las cuales perduran con fuerza hasta el día de hoy, han sido, en su conjunto y de manera monopólica, proyectadas desde el centro político. De allí que sea necesario *girar* en la mirada y observar otras perspectivas: “El Estado-nación territorial es una escala territorial que se refiere a un espacio geográfico apropiado, delimitado, controlado y usado por un Estado. Comprender el proceso de constitución de la estructura territorial nacional y sus permanentes transformaciones implica relacionar y ligar los procesos socioespaciales y territoriales que ocurren en esa escala, con los mismos procesos que ocurren en escalas subnacionales (regionales o locales) con una revisión geohistórica periodizada y con su respectiva diferenciación regional” (Delgado, 2009: 101).

De este modo, y esto es central para los propósitos de ponderar la *condición fronteriza* de aquellos territorios australes, no se debe perder de vista “el sistema de relaciones de sentido que identifica diferencias, contrastes y comparaciones” (García Canclini, 2004: 20) a fin de comprender y visualizar por un lado, el proceso de producción de aquella categoría y por el otro, su particularidad en su interculturalidad estatal/local.

En efecto, la condición fronteriza a que hemos venido haciendo mención es, en el fondo, historicidad y formación discursiva (Foucault, 1991, 1997). Por lo mismo, es el resultado de una combinación de una visión del poder (institucionalización del espacio) como desde la posición de las prácticas sociales locales. En ambos casos, el sujeto social -y su espacialidad- no es solo el Estado, es también el habitante local que se readapta y redefine a partir de un espacio geográfico reinventado y resignificado, lo que implica, como expresamos, movilidad y cambio.

Ahora bien, como el mismo Foucault ha acentuado, el poder estatal no es abstracto, es racionalizado por grupos a partir de una práctica de gobernar: «Gobernar un Estado será, pues, poner en práctica la economía, una economía a nivel de todo el Estado, es decir, tener con respecto a los habitantes, a las riquezas, a las conductas de todos y cada uno, una forma de vigilancia, de control, no menos atenta que la del padre de familia sobre todos los de la casa y sus bienes» (Foucault, 1999: 182). Desde esta perspectiva, la constitución de una espacialidad fronteriza, entonces, será la tarea ineludible a fin de «cercar» el hábitat de la familia-nación¹¹.

El territorio de Patagonia-Aysén, en aquel marco, ha tenido un dominio interpretativo estado-céntrico, con una serie de políticas y lineamientos que han ido, como hemos expuesto, *fronterizando* el territorio patagónico. De allí que junto con constatar aquella producción social del espacio desde aquel centro político y social, también resulte un desafío buscar comprender la *periferia como centro* (Sahlins, 1989; Grimson, 2000), desde una dialéctica que rescata lenguajes y voces sociales de ambas

¹¹ Hemos planteado (Núñez, 2009) que la producción de un imaginario moderno de la nación chilena implicó el desenvolvimiento de numerosos dispositivos de control territorial. Entre otros, (1) el control de los «espacios vacíos», es decir, la creación de nuevos asentamientos y espacios urbanizados con el fin de controlar distancias y, a través de ellas, el territorio; (2) la búsqueda y acumulación de información, que en el fondo fue una continuación de los cuestionarios borbónicos, en lo que podría denominarse un verdadero catastro de los bienes existentes en el territorio asociado a la nueva nación; (3) la exploración científica de nuevos territorios y su incorporación al marco territorial que definía a la nueva nación; (4) la supremacía simbólica de la ciudad sobre lo rural, lo que, como en otras latitudes, colaboró a fijar en lo urbano el dominio de un discurso hegemónico; (5) la conformación de una historia nacional que diese sentido a sus habitantes, una perspectiva que generó mitos y héroes comunes, impactando en la memoria de la nación y en su necesidad de mirar un futuro, fruto de su propia tradición; (6) la materialización del telégrafo, que colaboró a minimizar distancias; (7) la materialización del correo, que hizo que la temporalidad sufriera cambios de valorización y sentido; (8) mejoramientos de caminos y puentes; y (9) la implementación del ferrocarril, tal vez el más simbólico de los dispositivos de control.

partes. Aquello permite resaltar los rasgos de particularidad que adquiere la relación entre el espacio y la fijación de su sentido fronterizo por parte de agentes externos (Baeza 2007, Grimson, 2000, 2011): “El concepto de *fronterización* alude a los procesos históricos en los cuales intervienen los poderes centrales y las poblaciones locales, construcción que es constantemente disputada, reestructurada y resignificada” (Grimson, citado en Baeza, 2007: 20).

El espacio de Patagonia-Aysén, utilizando la línea argumentativa de Santos ya mencionada (2000), ha sido *geografizado* de manera fronteriza y periférica por agentes asentados en la estatalidad que han ido moldeando su devenir y respecto de los cuales las comunidades locales se han ido adaptando y adquiriendo aquél horizonte geográfico-fronterizo como suyo, por cierto, en algunos casos con resistencias y/o tensión. Aquella movilidad del significado espacial para el caso de estudio tiene que ver con temporalidades que implican territorializaciones y reterritorializaciones de la *condición fronteriza*, donde se va produciendo una programación y reprogramación en el marco de nuevas y renovadas convenciones colectivas, sean éstas centrales o periféricas.

En forma paralela, no parece posible obviar en aquel proceso las prácticas y los saberes cotidianos, miradas no estructurantes, en definitiva, el escenario social del espacio vivido. Aunque, como ya adelantamos, esta visión no forma parte del actual análisis, es importante recordar acá, siguiendo a un agudo Michel de Certeau (2007: LXVIII), que “el hombre común a través de sus prácticas cotidianas se reapropia de un espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural”, lo que supone una suerte de reinención frente al sometimiento absoluto que cada conocimiento institucionalizado impondría a los hombres¹².

En definitiva, la “geografía” de Patagonia-Aysén no es un asunto dado sino más bien un devenir. Aquel horizonte espacial incorpora la expresión geográfica de las identidades sociales y culturales (Crosgrave, 2002), dando paso a significados que se fijan como definitivos, pero, como veremos en el siguiente apartado, se pierden en la memoria una historia que, en cierto modo, le perteneció a otros. Para el Estado o cosmovisiones centro-periferia, por ejemplo, esos territorios requerirán con urgencia

¹² Desde esta perspectiva, existe, como ha escrito Lindón (2006) una *territorialidad aplicada*, cuyo alcance es multiescalar.

soluciones que lleven a los habitantes a sentirse conectados o integrados para lo cual se desplegarán acciones y dispositivos encaminados a alcanzar aquel imaginario. Los habitantes locales -normalmente llamados “colonos” o “pioneros”- lo observarán como un mundo “por venir”, un nuevo comienzo y se sentirán tan ajenos como, a la vez, insertos en una espacialidad más amplia que llamarán “patria” o nación¹³.

Son aquellas identidades sociales las que elaboran y ejecutan, a través de dinámicas, conflictos, acuerdos, resistencias, en un proceso que implica temporalidad, una espacialidad cuya característica central sea su *condición fronteriza*.

Un territorio construido como frontera: Patagonia-Aysén desde los procesos de territorialización del discurso social.

Aunque una periodización es siempre un riesgo, básicamente, porque los discursos sociales no son automáticos, es también necesaria a fin de visualizar la movilidad y cambio de su territorialización. A su vez, para no perder de vista que gran parte del sentido geográfico que surge de los diversos discursos sociales -y que, en último término se transforman en resorte de una memoria colectiva- tiene su génesis en el contexto de una producción territorial de escala nacional.

De este modo, constatamos un primer momento que es posible identificarlo con el cambio del siglo XIX al XX, donde el espacio patagónico de Aysén en el contexto de la representación geográfica nacional es definido como “las tierras de entremedio” (Bandieri, 2011: 220), a fin de denotar un área poco o nada integrada al imaginario territorial de la nación. Aquel imaginario indicaba que Chile era un cuerpo cierto que cubría todo el sector norte de Patagonia-Aysén y la zona extrema de Magallanes ocupada e incorporada durante el siglo XIX. Desde esta perspectiva, Patagonia-Aysén reflejaba un espacio vacío entre dos “certezas geográficas”. En cierto modo, se trataba de un horizonte

¹³ En una investigación previa sobre la zona, se pudo comprobar que un porcentaje sustancial de habitantes de valles aislados de Patagonia-Aysén “no se sienten ni perciben aislados” y que “los aislados”, según ellos, serían los habitantes del resto del país (Arenas, 2011). Incluso van más allá cuando manifiestan que su “aislamiento” es político en tanto no pueden tomar decisiones ni afectarlas.

territorial a-histórico, desconectado del devenir de la modernidad y con ello de los referentes tanto de la identidad nacional como de los caminos de la razón¹⁴.

Para este tiempo, algunas características nos permiten comprender la geograficidad ligada a los imaginarios de Patagonia-Aysén. En primer lugar, es atendible la presencia activa de pobladores chilenos que se instalan en los márgenes de la cordillera patagónica impulsados (o expulsados) por el gobierno argentino en el proceso de nacionalización de las tierras patagónicas “argentinas”¹⁵. Estos campesinos encontraron en esas tierras una respuesta a su improvisado nomadismo. Este proceso espontáneo dio origen a la serie de asentamientos y pueblos que en la actualidad definen los límites de la frontera política en el área. Por otra parte, aunque con una timidez llamativa, hubo un despliegue de agentes de Estado que exploraron y buscaron *naturalizar* territorios australes para la nación legitimando una tenue presencia estatal (Navarro Floria, 2007, Baeza, 2007).

A su vez, en una práctica paradigmática para la época, pero que dejaba traslucir la existencia de un poder político instalado en la capital de la nación, el Estado traspasó a empresas privadas ganaderas la responsabilidad de ocupar y explotar las alejadas tierras de Aysén, en una lógica de desarrollo que “posibilitó nuevos sentidos y nuevas posibilidades de las prácticas espaciales” (Harvey, 2008). Estas empresas ganaderas fracasaron en su mayoría, algunas incluso ni siquiera se hicieron presentes,

¹⁴ Razón e Historia han conformado una dupla surgida al alero del idealismo hegeliano que ha venido a definir una *conciencia histórica* desde donde es factible observar el desarrollo de un tiempo lineal y teleológico. En contraposición, durante el siglo XX se ha dado impulso a una *conciencia hermenéutica* que no solo ha cuestionado las bases metafísicas de aquella comprensión de la historia sino que ha llevado a fijar el conocimiento como despliegue finito y móvil, es decir, como acontecer. En otras palabras, comprendemos lo ya comprendido y en esa *fusión de horizontes* de pasado-presente van surgiendo nuevas interpretaciones, renovados lenguajes. Desde nuestro punto de vista, el punto es muy interesante y provocador, porque el futuro no estaría “adelante” sino precisamente en la *tradicción* (Gadamer, 1999).

¹⁵ Argentina como tal no existía en las pampas australes, incluso hoy es factible observar un lenguaje sociocultural distinto al de latitudes porteñas (Buenos Aires), pero sin duda se encontraba en pleno proceso la definición de los Territorios Nacionales, lo que impactaba en la implantación de límites y en la planificación de lo que debía ser y entenderse por “Argentina”. Dos excelentes libros para comprender el problema son: Silvestri, Graciela (2011). *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Edhasa y Navarro Floria, Pedro (2007). *Los paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Neuquén, EDUCO, Universidad Nacional de Comahue.

pero son importantes para el análisis, en tanto inauguraron el horizonte de un territorio ganadero, al estilo del viejo Oeste americano, en un área colmada de bosques y zonas selváticas frías, con niveles de precipitación muy elevados (Figura N° 2).

Figura N° 2



Fuente: Biblioteca Nacional de Chile

Por último, nos encontramos con un territorio cuyo sentido de pertenencia era definido por un vínculo con las pampas argentinas más que con el Océano Pacífico o con un “norte” que lo asociase de modo concreto con lo que podía comprenderse por “Chile”. Ello hizo forjar un escenario donde la frontera era integración patagónica y cordillera libre (Lacoste, 2003).

Un segundo amplio momento, que comienza durante la década de 1920, nos remite a una etapa fundacional, con políticas de desarrollo regional que buscan avanzar de modo más directo en una *chilenización* de la zona. Estamos ante una re-territorialización del discurso social.

En este largo período, cuyo término coincide con la irrupción de la dictadura militar en 1973, el paisaje es dominado por la configuración de una zona de frontera. Es el tiempo de la institucionalización de Patagonia-

Aysén, con políticas de desarrollo marcadas por el protagonismo del “colono” como una figura que comienza a delinear el sentido patriótico de vivir en aquellas alejadas zonas. De este modo, el mito fundacional de una región de esfuerzo y chilenidad se impone a la lógica de una zona proyectada como “tierras de entremedio”. En la práctica, Patagonia-Aysén sigue tan ajena a la nación, pero el discurso político de integración se instala con fuerza vía “pioneros” o “colonos” que resultan ser una suerte de agentes de avanzada en pos de confluir centro con periferia. Un aspecto digno de destacar es la urgencia con que el Estado les exige a los colonos, vía contratos, el despeje de los territorios, lo que no solo puede ser leído como la implantación de una “vocación territorial ganadera” para la zona sino que, en forma paralela, como la búsqueda del triunfo de la civilización por sobre la irracionalidad y caos que implicaban los bosques salvajes e impenetrables. (AMTC, 1944)

Como en cierto modo ya expresamos, esta fase de resignificación territorial es clave, porque es en estos años donde se fija en el contexto del imaginario geográfico de la nación el horizonte del “paisaje fronterizo” para Aysén, por lo que es donde oficialmente se institucionaliza el territorio como zona de excepción. Su imaginario geográfico aún designa precisamente una condición de área marginal respecto de “Chile”. Sin embargo, aquella chilenidad territorial, aunque lejana, es el marco social que los comienza a definir. De hecho, incluso hacia el fin de la siguiente fase, cuando los colonos viajaban al norte de Patagonia-Aysén todavía decían “voy para Chile”¹⁶.

Con el arribo de la dictadura militar en 1973, Patagonia-Aysén vive la configuración de un nuevo proceso de territorialización que en lo sustancial se caracteriza por una presencia estatal decidida y agresiva, dominada por un marcado carácter geopolítico, bajo la impronta militar que se impuso por aquellos años.

¹⁶ Aquel fue el relato recurrente de los colonos. Los testimonios sobre la lejanía de “Chile” son reconocidos en base a la experiencia directa de uno de los autores del presente escrito, Andrés Núñez, quién vivió varios años en la Patagonia precisamente en calidad de colono.

Figura N° 3



Primeros colonos (Río Palena)
Fuente: Gentileza Arturo Rojas.

Este es un tiempo muy interesante para las investigaciones sobre la zona en el ámbito de la geografía social. En efecto, en esta fase el territorio de Patagonia-Aysén se resignifica desde una mirada de la *frontera como conquista*, como un espacio que debe ser integrado para alcanzar civilización y progreso, tesis de frontera de F.J. Turner (1982) aplicada para en la colonización del Oeste americano (Hevilla, 1998; Zusman, 1999). La *condición fronteriza*, por tanto, se agudiza en tanto es particularmente abordada y subrayada, lo que se traduce en una presencia estatal muy activa. De hecho, es el tiempo en que Aysén es declarada oficialmente de parte del Estado nacional como “Frontera Interior”. Contradictoriamente con lo formulado por los lineamientos económicos de esos años en torno a una propuesta de liberalismo económico, estas décadas se caracterizan por una fuerte y planificada presencia estatal, con un activo proceso de racionalización y control del espacio, que se vio reflejado, entre otros aspectos, con la construcción de una Carretera Austral que vino a unir el territorio en un sentido norte-sur, es decir, el

mismo sentido forjado por “Chile” en los siglos anteriores¹⁷. Aunque no era más que una senda de penetración, el nombre de “Carretera” denotó la impronta simbólica de su construcción. En forma paralela, se crearon numerosos Parques Nacionales también símbolos del interés estatal de integrar aquellos territorios a la nación chilena¹⁸.

A partir de aquellas estrategias comienza a desarrollarse el discurso conservacionista y de “fin de mundo”, útil en la construcción del imaginario turístico, que madurará en la siguiente etapa (MBN, 1984)

En efecto, hacia 1990, en un proceso aún en curso, el panorama fronterizo de Patagonia-Aysén vuelve a modificar su sentido territorial abriéndose a una valorización de aquella espacialidad específica o diferente en base a un consenso conservacionista y turístico.

El proceso de liberalización económico dominante a nivel país, iniciado en 1973, traspasa el término de la dictadura y se extiende a la región, dando paso a una tan interesante como fuerte especulación de la tierra y a una valorización inusitada por el turismo y la protección de la naturaleza. En cierto modo, parafraseando a Doreen Massey, Patagonia-Aysén adquiere un sentido global desde su racionalidad *lugareña*. Aquello genera una tensión inédita en la relación centro-periferia, en tanto la incorporación e integración de aquellas lejanas tierras a la nación deberá hacerse bajo la lógica de una racionalidad conservacionista que busca dejar a la “periferia como periferia” en tanto escenario de un “paraíso verde”. La biodiversidad o un turismo de intereses especiales concentra el lenguaje social cual paradigma, marcando una renovada geograficidad para Patagonia-Aysén (GORE, Aysén, 1994).

Aquello ha llevado a que estos nuevos marcos socio-discursivos en torno a la conservación y la protección de la naturaleza justifiquen lo que hemos denominado “una renovada colonización”, aunque ahora con un colono cuya presencia física no es vital. En efecto, un nuevo tipo de colonización posee sus bases y sustento en lo que Harvey ha denominado *la renta del monopolio*, en tanto “su búsqueda conduce al capital mundial

¹⁷ El estudio de una espacialidad oeste-este en Chile -en lo que se ha llamado *El país de las cuencas*- y la invención de la homogeneidad norte-sur en Núñez (2012; 2013). Es interesante constatar como el imaginario geográfico “vertical” o norte-sur de escala nacional impactó en la producción de nuevas territorialidades para la patagonia chilena.

¹⁸ Al respecto, hemos tenido en cuenta el trabajo de Beserra, E.M. (2011). “La nacionalización”

a valorizar iniciativas locales específicas (...), a la valorización de la singularidad, la autenticidad, la particularidad, la originalidad y cualquier otra dimensión de la vida social incongruente con la homogeneidad presupuesta por la producción de mercancías” (2007: 433).

En la actualidad, en definitiva, Patagonia-Aysén convive con la lógica de ser una “reserva de vida” en el fin de mundo, que debe ser protegido y resguardado, con una activa y creciente especulación de la propiedad de la tierra, donde capitales mundiales arriban a la zona interesados en reforzar esta vez aquella *condición fronteriza*¹⁹.

Reflexiones finales

Ninguno de los procesos antes descritos de modo amplio y esquemático son rígidos, por lo que junto a la frontera física, como hemos querido demostrar, se desenvuelve una frontera discursiva. Así, la construcción de imaginarios territoriales que a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI se han ido desarrollando en la Patagonia-Aysén, nos permite observar la existencia finita y cambiante de los procesos territoriales surgidos en el ámbito de los discursos sociales. De este modo, indagar en la territorialidad de Patagonia-Aysén es comprender la proyección de imágenes con que la sociedad se reconoce geográficamente.

Aquella hermenéutica del territorio, en distintas temporalidades, ha impactado en una memoria colectiva que en último término ha ido definiendo a aquella zona como un territorio carente de progreso y desarrollo y cuyos problemas se solucionarían con integración y conectividad. En ello, la propia geografía ha sido institucionalizada al concentrarse en un análisis dominado por componentes únicamente físicos o geopolíticos, sin prestar atención a los marcos discursivos desde donde surge la imagen geográfica.

Desde esta perspectiva, surge la pregunta sobre ¿cuánto del sentido espacial periférico de Patagonia-Aysén es el resultado o consecuencia de los procesos de representación e imaginarios geográficos sustentados o forjados al alero de una producción geográfica de escala nacional? Así, en la actualidad es posible seguir visualizando imágenes o proyecciones

¹⁹ El slogan de la región de Aysén desde 1990 es precisamente “Aysén, Reserva de Vida”.

de desarrollo que se desenvuelven ajenos al horizonte del espacio vivido. Numerosos colonos o “pioneros” se han visto en la obligación de adecuarse a labores de tipo turístico o a observar la protección de la naturaleza como un horizonte que los resignifique, propuestas ajenas a su memoria o morada territorial, comúnmente asociada a una concepción ganadera de la tierra. Observan y se readaptan en la búsqueda de una comprensión del bosque como algo sagrado y recuerdan, como una memoria perdida, el tiempo en que el bosque era solo “mala yerba”. Ni antes ni ahora, el territorio era “ganadero” o “conservacionista”, era el devenir de geografías ancladas en los sentidos sociales del territorio.

Lecturas y análisis surgidas desde el ámbito de la geografía social permiten observar y estudiar el territorio de Patagonia-Aysén no desde la diferencia, marginalidad o la excepción (lectura centro-periferia) sino fundamentalmente desde su relación con formaciones discursivas o saberes geográficos de alcance nacional o binacional (interculturalidad), lo que permite visibilizar su particularidad discursiva espacial (representación o visión de mundo), y, a partir de aquella renovada plataforma, al surgimiento de nuevas posibilidades de desarrollo y representación socio-espacial para la zona (lectura periferia-centro).

Bibliografía

Archivo del Ministerio de Tierras y Colonización (AMTC). (1940). Actas de radicación. Santiago, Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales (MBN)(1984). Plan de Poblamiento Región Austral. Cartilla Ecológica del colono. Santiago: División de Colonización

ALISTE, E. (2010). “Territorio y ciencias sociales: trayectorias espaciales y ambientales en debate”. En: E. Aliste, & A. Urquiza, *Medio ambiente y sociedad. Conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas*, p. 55-76. Santiago, RiL Editores.

ALISTE, E. (2011). “Territorio y huellas territoriales: una memoria del espacio vivido en el Gran Concepción, Chile”. *Desenvolvimento e Meio Ambiente* (23): 25-38.

ALISTE, E.; NÚÑEZ, A. (2013) “Las fronteras del discurso geográfico: el tiempo y el espacio en la investigación social”. Documento presentado para el Seminario de Doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Inédito.

ARENAS, F.; SALAZAR, A.; NÚÑEZ, A. (Eds.)(2011). *El aislamiento geográfico: ¿problema u oportunidad?* Santiago, Geolibros.

BAEZA, B. (2007). *Fronteras e identidades en Patagonia central (1885-2007)*. Rosario, Prohistoria ediciones.

BANDIERI, S. (2011). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, Sudamericana.

BAILLY, A; SCARIATI, R. (1999). *Voyage en Géographie. Une géographie pour le monde, une géographie pour tout le monde*. París, Anthropos.

BAILLY, A. (2013). “Las fronteras: representaciones, poderes y divisiones territoriales”. En Núñez, A.; Sánchez, R. y Arenas, F. *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad socio-cultural*. Santiago, Geolibros-RIL Editores.

BELLO, A. (2011). *Nampülkafé. El viaje de los mapuches de la Araucanía a las pampas argentinas. Territorio, política y cultura en los siglos XIX y XX*, Temuco, Ediciones UC Temuco.

CONTRERAS-IBÁÑEZ, CARLOS Y SALDÍVAR, ALICIA (2006). “Crítica de las identidades desde la Psicología social”. En Rosales, R.; Gutiérrez, S. Y Torres, J. (Coord.) *La interdisciplina en las Ciencias Sociales*. 2006 117-125

CLIFFORD, J. (1995). *Dilemas de la cultura*. Barcelona, Gedisa.

CHÁVEZ, M.; GONZÁLEZ, O.; VENTURA, M. (Eds.)(2011). *Geografía humana y ciencias sociales. Una relación reexaminada*. México, El Colegio de Michoacán.

DARDEL, E. (2013). *El Hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva

DE CERTEAU, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*; 1. México, D. F.: Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2ª reimpresión de la primera edición en español.

- DELGADO, O. (2009). “Geografía y Ciencias Sociales. Una relación reexaminada”. En Chávez, M.; González, O.; Ventura, M. (Eds.)(2011). *Geografía humana y ciencias sociales. Una relación reexaminada*. México, El Colegio de Michoacán.
- DI MÉO, G. (1998). *Géographie sociale et territoires*. Paris, Nathan Université.
- FOUCAULT, M. (1999). *Obras esenciales: Estrategias de poder*. Vol. 2. Barcelona, Paidós.
- FOUCAULT, M. (1997). *La arqueología del saber*. México, Siglo Veintiuno Editores.
- FOUCAULT, M. (1991). *Saber y verdad*. Madrid, Ediciones de la Piqueta.
- GADAMER, H. G. (1999). *Verdad y Método*. Barcelona, Ediciones Sígueme.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1999). *La globalización imaginada*. Buenos Aires. Paidós.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2005). *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Paidós.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*. Barcelona, Gedisa.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2000). “¿De qué lado estás? Metáforas de la frontera de México-Estados Unidos”. En Grimson, Alejandro (Comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 139-152.
- GEERTZ, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1987.
- GOBIERNO REGIONAL DE AYSÉN. *Informe Final Desarrollo Sustentable, poblamiento e integración territorial de Aysén*. Coyhaique, 1994.
- GRIMSON, A. (Comp.)(2000). *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS – La Crujía.
- GRIMSON, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.
- HARVEY, D. (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid, Akal.
- HALBWACHS, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos.

HEVILLA, C. (1998). “El estudio de la frontera en América. Una aproximación bibliográfica”. Biblio 3W. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona N° 125. (<http://www.ub.es/geocrit/b3w-125.htm>).

HEVILLA, C. (2007). “Territorialidades en movimiento: desplazamientos y reconfiguraciones territoriales ante las inversiones extranjeras en ámbitos de frontera”. En Zusman, P.; Lois, C.; Castro, H. (Comp). *Viajes y Geografías*. Prometeo Libros, Buenos Aires. 203-224.

HIERNAUX, D.; LINDÓN, A. (Dir.) *Tratado de Geografía Humana*. México, UAM, Anthropos.

JELIN, E. (2004). “Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio”. En Grimson, Alejandro (Comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Clacso Libros. Buenos Aires, 237-247.

LACOSTE, P. (2003). *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile: (1534-2000)* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina; Universidad de Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados.

LAURÍN, A.; NÚÑEZ, A (2013). “Frontera, globalización y desconstrucción estatal: hacia una geografía política crítica” En Nicoletti, M.A. y Núñez, P. (Comp.). *Araucanía-Norpatagonia: la territorialidad en debate. Perspectivas ambientales, culturales, sociales, políticas y económicas*. Bariloche, IIDyPca, Universidad Nacional de Río Negro.

LEVY, J. (2006). “Actores, , objetos, entornos: inventar el espacio para leer el mundo”. En Lindón, A.; Hiernaux, D. (Eds.)(2010). *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*. México, UAM, Anthropos.

LINDÓN, A. (2006). “La territorialidad y el significado de la casa: una visión interdisciplinada de la periferia metropolitana”. En Rosales, R.; Gutierrez, S. Y Torres, J. (Coords.) *La interdisciplina en las Ciencias Sociales*. México, UAM, Anthropos.

LINDÓN, A.; HIERNAUX, D. (Eds.) (2010). *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*. México, UAM, Anthropos.

LINDÓN, A.; HIERNAUX, D. (Eds.)(2012). *Geografías de lo imaginario*. México, UAM, Anthropos.

NAVARRO, FLORIA, P. (Coord.)(2007). *Paisajes del progreso. La re-significación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Centro de Estudios Patagónicos. Universidad Nacional de Comahue. Neuquén.

NOGUÉ, J.; RUFI, J. (2001). *Geopolítica, identidad y globalización*. Barcelona, Ariel.

NOGUÉ, J.; ROMERO, J. (Eds.) (2006) *Las otras geografías*. Valencia, Tirant lo Blanch.

NÚÑEZ, A. (2009). *La Formación y consolidación de la representación moderna del territorio en Chile: 1700- 1900*. Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile.

NÚÑEZ, A. (2011). “Territorios fronterizos, territorios aislados: conceptos dinámicos de construcción histórica (procesos de significación)”. En Arenas, F; Salazar, A.; Núñez, A. (Eds.) (2011). *El aislamiento geográfico en Aysén: ¿problema u oportunidad?* Santiago, Geolibros.

NÚÑEZ, A.; ARENAS, F; SALAZAR, A. (2011b). “El aislamiento geográfico: un asunto de perspectivas”. En Arenas, F; Salazar, A.; Núñez, A. (Eds.) (2011). *El aislamiento geográfico: ¿problema u oportunidad?* Santiago, Geolibros.

NÚÑEZ, A. (2012). “El país de las cuencas: Fronteras en movimiento e imaginarios territoriales en la construcción de la nación. Chile, siglos XVIII-XIX”, XII Coloquio Internacional de Geocrítica (Bogotá, 7-11 de mayo de 2012). [En línea]. <http://www.ub.edu/geocrit/coloquio2012/actas/02-A-Nunez.pdf>

NÚÑEZ, A. (2013) “Definiendo una geografía para la nación: la re-significación territorial de Chile, siglos XVIII-XIX”. En Bonastra, Q; Jori, G. (2013). *Poder, territorialización y socialización en los orígenes del Estado-nación*. Barcelona, Icaria Editorial.

NÚÑEZ, A.; SÁNCHEZ, R.; ARENAS, F. (2013b). *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad sociocultural*. Santiago, Geolibros-RIL Editores.

NÚÑEZ, A. (2013c). “Geografía, historicidad y hermenéutica. Conversaciones sobre Geografía con el geógrafo francés Dr. Alain Musset”. Dossier de Geografía histórica, N° especial editado por Núñez, A. Revista de Geografía Norte Grande, N° 54, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile.

PECH, C.; RIZO, M.; ROMEU, V. (2009). “El *habitus* y la intersubjetividad como conceptos clave para la comprensión de las fronteras internas. Un acercamiento desde las propuestas teóricas de Bourdieu y Schütz”, en *Frontera Norte*, Vol 21, N° 41, 33-52.

SAHLINS, P. (1989). *Boundaries. The making of France and Spain in the Pyrenees*. Los Angeles-Oxford, University of California Press.

SAID, E. (2010). *Orientalismo*. Barcelona, Debolsillo.

SANTOS, M. (1996). *De la totalidad al lugar*. Barcelona, Oikos-taus.

SANTOS, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona, Ariel Geografía.

THER, F. (2012). “Antropología del territorio”, en *Polis*, Vol. 11, N° 32, 492-510.

TURNER, F. J. (1982). *La frontera en la Historia Americana (1893)*. Costa Rica, U. Autónoma de Centroamérica.

ZUSMAN, P.; MINVIELLE, S. (1995). “Sociedades geográficas y delimitación del territorio en la construcción el Estado-Nación argentino”. Trabajo presentado en V Encuentro de Geógrafos de América Latina, La Habana, Cuba. 1995. Texto disponible en www.educar.ar.

ZUSMAN, P. (1999). “Representaciones, imaginarios y conceptos en torno a la producción material de fronteras”. Biblio 3W. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona N° 149, (<http://www.ub.es/geocrit/b3w-149.htm>).

ZUSMAN, P. (2013). “La Geografía Histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos”. En *Revista de Geografía Norte Grande*, N° 54, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile.

Exploración, conocimiento geográfico y nación: La “creación” de la Patagonia Occidental y Aysén a fines del siglo XIX¹

Álvaro Bello Maldonado

Resumen

Durante la segunda mitad del siglo XIX Chile experimenta la mayor expansión territorial desde la Independencia, este proceso tuvo como base sucesivas campañas de exploración en las tierras marginales e incógnitas. La incorporación de Aysén fue parte de este proceso. El artículo busca interpretar la exploración como un campo de relaciones y de capital cultural mediado por el poder del conocimiento y los imaginarios geográficos que buscan consolidar el proyecto nacional.

Palabras claves: exploración, imaginarios geográficos, conocimiento geográfico, nación, soberanía.

Abstract

During the second half of the nineteenth century Chile experienced the greatest territorial expansion since Independence, this process was based on successive campaigns of geographic exploration in marginal and unknown lands. The incorporation of Aysen was part of this process. The article seeks to interpret exploration as a field of relations and cultural capital, mediated by the power of knowledge and geographic imaginaries that seek to consolidate the national project.

Keywords: Exploration, geographical imaginary, geographic knowledge, nation, sovereignty.

¹ Este artículo forma parte de los proyectos FONDECYT Regular N°1130732 y N°1141169.

“Ahora que la Cordillera está abierta, que la barbarie ha sucumbido i que la civilización moderna ha hecho su entrada triunfal a estos territorios desiertos, necesitamos sólo de la labor constante del colono para hacerlos fructíferos”.

Franz Fonck, 1900. *Viajes de Francisco Menéndez a Nahuelhuapi.*

Este artículo tiene como propósito analizar la relación entre exploración, conocimiento geográfico y formación de la nación, en Chile, en un contexto de creación e “invención” de una nueva espacialidad surgida a lo largo del siglo XIX. Esta espacialidad se caracterizó por una incansable expansión territorial que integró grandes espacios periféricos o marginales tales como la Patagonia Occidental, correspondiente entonces a los actuales territorio de Aysén y Palena. Esta región, periférica, es por su estatus de soberanía “latente” o “difusa” en el siglo XIX, por su ubicación, a mitad de camino entre Llanquihue, Chiloé y el Cabo de Hornos, un territorio de “entremedio” (Núñez, Aliste y Bello 2014), una “tierra de nadie”. Las “tierras de nadie” son espacios o tierras salvajes ubicadas en los confines, en las fronteras o en la periferia y que al ser conquistadas, exploradas, descritas o narradas, son objeto de diversas apropiaciones en las que se articulan imaginarios, conocimientos y prácticas que definen el modo en que el Estado, las élites y los grupos de poder, así como las comunidades científicas, entienden su relación con esos márgenes. Los territorios marginales son un lugar propicio para entender los modos en que la nación “produce diferencia”, como forma particular de apropiación e imaginación de territorios y sujetos, así como la relación compleja que esta periferia tiene con los espacios centrales (Serje 2011: 19-20).

Más que estudiar las estrategias de ocupación del territorio, este artículo pretende enfatizar las ideas, los discursos y los imaginarios geográficos articulados a prácticas y narrativas concretas como las que derivan en la exploración de Aysén entre 1870 y 1902. Asumiendo el “giro espacial” (Finnegan (2008) en la historiografía de la ciencia y el conocimiento. Se pretende analizar cómo los discursos de la exploración y sus imaginarios, develan formas específicas de producir una espacialidad

determinada, la espacialidad de la nación. En torno a espacios como el de Aysén, el discurso de exploración geográfica imagina espacios “vacíos” y territorios salvajes, en los que, como en un hoja en blanco, se inscribe y se escribe desde su toponimia, las medidas de su extensión, sus límites y hasta sus futuros posibles o sus predestinados futuros de progreso.

A fines del siglo XIX, el discurso sobre la Patagonia Occidental se enmarca dentro de un contexto donde las nociones de soberanía son fragmentarias y heterogéneas y develan aún una noción precaria de las nociones de la territorialidad nacional en la élites, con una apropiación legal o formal que aún es difusa y ambigua. Esta situación sólo cambiará cuando surja la necesidad de una mayor exploración y conocimiento de las rutas de navegación por los canales australes a mediados del siglo XIX, pero encuentra su punto culminante con la controversia de límites entre Chile y Argentina a partir del Tratado de 1881. Durante este período, el ejercicio del poder soberano, así como como la autoridad misma se encuentran en plena producción (Hansen y Stepputat 2006: 16.13), por lo tanto, toda forma de ejercicio del poder sobre el espacio, todo conocimiento y control sobre él, sólo puede ser imaginado y simbolizado bajo los términos o condiciones de una soberanía cuyo protocolo y estatus discursivo se proyecta sobre espacios marginales, desconocidos e “inapropiados”.

La emergencia de una nueva espacialidad, generada en el seno de las élites y las comunidades científicas, caracterizada por éstas nociones difusas de soberanía “proto” nacional, son el resultado de un contexto donde el conocimiento geográfico se subordina plenamente a los intereses económico y políticos que están en búsqueda del dominio de los espacios vacíos o bárbaros (Navarro 2004). Es a partir de esta territorialización estatal que la población y los territorios serán regulados por un nuevo régimen de procedimientos y mecanismos de control social, de “normalización” (Foucault 2014: 30-31), encarnadas en la implantación de diversos dispositivos de poblamiento y políticas de expansión territorial.

La incorporación de Aysén se enmarca dentro de este esquema o marco de producción espacial. A partir de 1870,² las autoridades

² Habitualmente se considera la fundación de Melinka en la década de 1860 como uno de los primeros avances en el procesos de ocupación y colonización de Aysén. La colonia de Melinka en el

nacionales inician un inédito programa de exploraciones hidrográficas encomendadas a la Armada, y que tienen como fin reconocer el litoral y las zonas interiores de la Patagonia Occidental consolidando la presencia nacional en esos territorios. Inicialmente los trabajos hidrográficos buscan mejorar las condiciones de navegación y cabotaje en los canales, así como identificar lugares para la creación de puertos o fondeaderos (Véase Sagredo 2013). Pero más allá del litoral, la exploración de Aysén buscará consolidar el control sobre los espacios interiores para la explotación de sus recursos a través de la fundación de colonias y enclaves desde los cuales establecer rutas transpatagónicas que conecten por tierra o por vía fluvial los extensos territorios ubicados entre los océanos Atlántico y Pacífico. Esta política territorial de incorporación de Aysén se verá influenciada y afectada por la implementación del Tratado de Límites entre Chile y Argentina, firmado por ambos países en 1881. Desde entonces, la cuestión de los límites al sur del Paralelo 42° sur, se transformará en un conflicto relevante para ambos países que sólo se aplacará, en parte, con la demarcación de las fronteras en 1902.

Del “Chile propiamente dicho” al reconocimiento e integración de los territorios “inesplorados”

Hoy es impensable un país sin límites nacionales o con fronteras internacionales ambiguas o poco claras,³ sin embargo el Chile de mediados del siglo XIX, al igual que la mayor parte de las antiguas colonias hispanas de América, era un país territorialmente inacabado, con fronteras ambiguas en los márgenes, con amplios espacios desconocidos, “vacíos”, incógnitos e “inesplorados” (según la *Gramática de la lengua*

archipiélago de los Chonos, fue fundada por el inmigrante lituano Felipe Westhoff con el propósito de explotar la madera de ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*). Pero es a partir de 1870, con las exploraciones estatales que surge el verdadero interés por la ocupación de las islas y el territorio continental.

³ Los conceptos fronteras y límites son utilizadas hoy como sinónimos o como concepto integrados, “límites fronterizos” por ejemplo, sin embargo durante mucho tiempo ambos conceptos si bien han estado estrechamente relacionados, se refieren a categorías diferentes. Por un lado los límites son líneas arbitrarias, poligonales, que demarcan un territorio por medio de criterios racionales preestablecidos de manera técnica y política. Mientras que las fronteras si bien pueden tener relación con determinados límites, son espacios social e históricamente construidos, vivido, territorializados por diversas formas de apropiación simbólica y material, por las prácticas sociales y culturales, son espacios ubicados generalmente en los márgenes o periferias, son móviles y relativamente heterogéneos.

castellana de Andrés Bello), especialmente en los extremos sur y norte del país, en los confines del territorio, en las periferias de la nación. En estos espacios el país se difuminaba en espacios que los mapas representaban de manera ambigua y cambiante. Esta indeterminación de límites no era exclusiva de Chile y Argentina más bien podía encontrarse a lo largo y ancho de todo el continente. Se trataba de una de las herencias más complejas de la administración imperial hispana y será una de las grandes tareas a resolver para las élites nacionales del siglo XIX y que perdura en muchos casos hasta hoy. En Chile, este escenario de límites ambiguos quedó consignado en las primeras constituciones políticas del siglo XIX, que frente a la incertidumbre hablaban de “límites naturales”, de demarcaciones establecidas por la naturaleza y no por líneas poligonales como las que caracterizan el trazado de las fronteras modernas. La Constitución de 1822 por ejemplo señalaba que: “El territorio de Chile conoce por límites naturales: al sur, el Cabo de Hornos; al norte el desierto de Atacama; al oriente los Andes; al occidente el mar Pacífico”. En tanto la Constitución de 1833, que fue la que rigió durante casi todo el siglo XIX y parte del XX, es incluso más sintética a este respecto: “El territorio de Chile se extiende desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos; y desde la Cordillera de los Andes hasta el mar Pacífico”.⁴

Pero la racionalidad de los límites vendrá a cambiar estas ideas. La demarcación de límites y fronteras, la “fronterización” del territorio, cambiará para siempre la faz de los países junto con la noción de soberanía territorial existente hasta entonces. Como dirá Sir Thomas H. Holdich, perito de Su Majestad Británica en el litigio para dirimir las fronteras entre Chile y Argentina: “las fronteras son un inevitable producto del avance de la civilización; son una invención humana no necesariamente respaldada por las disposiciones de la naturaleza...” (Holdich 1916: 2).⁵ Para los peritos, geógrafos y políticos chilenos la cordillera de los Andes era entonces el único límite cierto, sin embargo el largo proceso litigioso chileno-argentino habría de demostrar que ni siquiera esa muralla natural podía asegurar la pretendida e imaginada soberanía sobre los

⁴ Estos extractos fueron tomados de: Memoria presentada ante el tribunal arbitral nombrado por SM Británica “*Para considerar e informar sobre las diferencias suscitadas respecto a la frontera entre las Repúblicas de Chile y Argentina*”. Londres: William Clowes e hijos Limited, 1902. Esta visión de las fronteras y límites, inscrita en las constituciones chilenas, común en casi todos los países de América Latina entonces, fue utilizado como un argumento de la diplomacia argentina para socavar la posición chilena sobre sus límites y fue recogida por la Comisión arbitral británica.

⁵ Traducción libre del autor.

extensos espacios patagónico, para ello había que echar mano a las líneas invisibles creadas por la demarcación racional.

En 1869, Franz Fonck⁶, un conocido explorador, político y médico chileno de origen alemán, entonces Cónsul General de Chile en Alemania, exponía un inspirado discurso ante la Sociedad de Geografía de Berlín, en un acto a beneficio de la exploración alemana al polo norte, en él describía las diversas bondades de Chile, su geografía, su gente, la naturaleza, los ríos y bosques, así como la situación general de la sociedad, las condiciones de la industria y la minería, señalando que “el Chile propiamente dicho”, que Fonck definía como la parte “poblada y sometida a la civilización”, era un espacio aún sin límites claros y con extensos territorios desconocidos y por explorar. Debido a esto, la descripción de Fonck saltaba entre distintos espacios donde al parecer la única certeza se encontraba en la “zona central”, constituida por las provincias inmediatamente al norte de Santiago hasta Copiapó y al sur de la capital hasta la frontera del Bío Bío con los mapuche.⁷ En tanto en los extremos norte y sur, las fronteras, como señala el mismo Fonck, eran indeterminadas, difusas o en proceso de consolidación u ocupación. De la zona central, Fonck pasaba a la Araucanía, donde los mapuche aún dominaban extensos territorios al sur del río Bío Bío y de ahí a otros espacios que denotan la existencia de una territorialidad discontinua como si se tratase de un archipiélago o de múltiples fragmentos que requerían de una larga explicación para demostrar que se hablaba del mismo país. Tal vez, y como lo declaraba el mismo Fonck, la única posesión incuestionable era la falda occidental de la cordillera de los Andes “hasta la estremidad [sic] más austral del continente, el Cabo de Hornos” (Fonck: 1870: 6). En este lugar Chile poseía un establecimiento fortificado –la actual ciudad de Punta Arenas– que el cónsul calificaba “como la habitación fija de hombres más avanzada hacia el polo antártico en todo el globo”.

No existiendo tratados de límites, ni acuerdos perdurables en el tiempo, para intelectuales como Fonck, el territorio nacional

⁶ El médico Franz Fonck tenía entre sus logros la exploración del lago Llanquihue y Nahuelhuapi en 1856, junto a Fernando Hess, y la exploración del Archipiélago de las Guaitecas y la península de Taitao junto al malogrado Francisco Hudson. Además fue impulsor de la colonización alemana en el sur de Chile en el área del lago Llanquihue.

⁷ Estas descripción concuerda plenamente además con algunos de los mapas más difundidos de la época como el de Amado Pissis o el que elaboró el militar argentino Manuel José Olascoaga, bajo supervisión de Diego Barros Arana en 1869.

en aquellos espacios abiertos y ambiguos se sustentaba sobre la base de ideas ambiguas y poco demostrables como la “ocupación o presencia continua” por parte de personas. A lo que se agregaba el derecho hispánico, un largo y a veces imaginativo relato acerca del *uti possidetis juris*, el derecho sobre los territorios que se poseía antes de la Independencia. Argumentos como estos estarían más tarde estarían en la base de las reclamaciones territoriales chilenas y argentinas en las disputas por la Patagonia y territorios como la Tierra del Fuego:

“La posesión continuada de esta colonia i los derechos de soberanía ejercidos desde el tiempo de los españoles sobre la Patagonia i el estrecho de Magallanes dan un justo título sobre toda la estremidad sur de la América, aunque este sea contestado por la República Argentina” (Fonck: Idem).

La descripción de Fonck ante la Sociedad de Geografía de Berlín dejaba fuera, como solía ocurrir entonces, casi todo el extenso territorio ubicado en la plataforma continental al sur oriente del Golfo de Reloncaví hasta el estrecho de Magallanes. Durante siglos, la cartografía y los diarios de los pilotos marinos sólo registran las costas y las entradas de algunos fiordos de esta extensa región, incluso la filigrana de canales e islas es imprecisa y a menudo cambiante. Debido a esto lo que hoy conocemos como Aysén y Coihaique el extenso y fragmentado territorio al sur de Chiloé dada su magnitud y complejidad merece más bien una cita de silencio. Hacia el sur de Puerto Montt sólo merecen mención los imponentes volcanes “Michinmadiva [sic] i Corcovado”, el “Melimoyu i el San Clemente” (Fonck 1870: 15), y en la costa de la Patagonia, los ventisqueros que caen al mar. Y agrega que al sur de la isla de Chiloé y de las pequeñas islas que la rodean “se hace el aspecto del país más áspero i triste” (Fonck 1870: 22), a lo que atribuye la extensión de los bosques impenetrables y las duras condiciones climáticas. Para Franz Fonck la única posibilidad de “civilizar” estos territorios estaba en la emigración de millones de alemanes hacia la Patagonia, tal como había ocurrido en los Estados Unidos: “Entonces veríamos poblarse los desiertos de la Patagonia i desaparecer como por encanto los peligros i rigores del estrecho de Magallanes i cabo de Hornos” (Fonck 1870: 39).

La visión entregada por Fonck a la academia berlinesa sobre el Chile meridional y en particular sobre los territorios al sur de la isla de Chiloé, va a cambiar en los años siguientes cuando se despierte el interés por el reconocimiento de los territorios y la explotación de los recursos naturales, pero será sobre todo como hemos dicho el litigio de fronteras entre Chile y Argentina y la búsqueda pasos a través de la cordillera para unir el océano Pacífico con las pampas lo que incentivará con más fuerza la exploración más allá de la costa. Sin que hasta ese momento existan aún existan indicios de la guerra que se desatará con Perú y Bolivia y sin prever las dificultades de la fijación de límites con Argentina, una de la mayores preocupaciones de las élites será la llamada “Conquista de Arauco”, la pacificación de las tierras mapuche, esas otras “tierras de en medio”, y la consecuente civilización de los entonces llamados “Araucanos”. Por lo mismo Fonck señalaba en su discurso la importancia de esta tarea:

“Un problema de suma importancia, que desde años ocupa al país i gobierno, se acerca en el último tiempo a su solución también. Hablamos del sometimiento de los Araucanos...”

En el próximo verano se piensa establecer otra línea fortificada, a orillas del Imperial, con lo que la ocupación del país se habrá terminado casi. Puesto que entonces solo la faja angosta entre el Toltén y el Imperial estará sin ocuparse. Posteriormente se cerraran también los pasos que conducen al otro lado de la Cordillera i con esta medida se habrá puesto término a los malones de uno i otro lado. Desde entonces será posible comenzar a cultivar los estensos llanos de las Pampas i colonizar las ricas i fértiles comarcas de Arauco” (Fonck 1870: 36).

El conocimiento geográfico, las exploraciones y viajes de reconocimiento de las “regiones inesploradas” en el siglo XIX cobran una relevancia fundamental durante este período, no sólo porque aportan a la comprensión de los espacios y al reconocimiento de la naturaleza y el paisaje sino sobre todo porque en el siglo XIX la geografía tiene la función de integrar los fragmentos de una nación territorial, en construcción, dispersa e inasible. Más allá de la realidad o de la acción efectiva de ocupación, uso y control de los territorios, la geografía y el conocimiento geográfico en general, han sido productores de narrativas e

imaginarios que se adelantan a la acción misma de apropiación material del espacio. Por eso, el conocimiento geográfico es también una narración y una representación de la realidad que busca responder a determinados intereses e imaginarios en contextos determinados.

El proceso de construcción territorial dependía en mucho grado, más de la imaginación geográfica que de las certezas (Zusman 2013), en un ejercicio similar al que da forma a la “comunidad imaginada”. De ahí que mientras algunos territorios son mirados con un particular interés en cuanto a su reconocimiento y exploración, lo que se refleja en la abundancia de representaciones cartográficas o en una sucesión de campañas de exploración por ejemplo, otros son objeto de “silencios geográficos” (Núñez, Molina, Aliste y Bello 2016), como el caso de los territorios patagónicos de Aysén, que a lo largo de los siglos coloniales son más bien una proyección de la ocupación de los territorios insulares de Chiloé y de la ocupación y reconocimiento de los archipiélago de la Guaitecas y de los Chonos. Por el contrario las costas de Aysén y el interior continental sólo van a ser objeto de reconocimiento y exploración a partir de mediados del siglo XIX y en especial durante el proceso que dio origen a las fronteras y límites entre Chile y Argentina.⁸ La creación de este nuevo régimen de relación entre espacio, ciencia y nación representan tal vez uno de los giros más significativos heredados de los siglos XVIII y XIX en cuanto a la conformación de las sociedades modernas y constituye uno de los ejes fundamentales del desarrollo capitalista, la expansión imperial y el colonialismo en su fase más tardía.

El estatus del conocimiento geográfico en el siglo XIX y la nueva espacialidad nacional

En el siglo XIX hay un cambio en el estatus y rol de la Geografía como ciencia (Robinson 2014: 25), se trata de un proceso iniciado en el siglo XVIII europeo bajo el influjo de la Iluminación, que transforma el sentido, el modo y los objetivos para los cuales se elabora e interpreta el conocimiento geográfico y que, entre otras cosas, produce una diferenciación entre la exploración de investigación científica, los viajes y

⁸ Sobre la historia, el reconocimiento y exploración de Aysén en el período colonial el más completo trabajo es el de: Ximena Urbina (2014). *Fuentes para la historia de la Patagonia occidental en el período colonial. Primera parte: Siglos XVI y XVII*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

los descubrimientos (Driver 2006). La exploración adquiere un renovado estatus de práctica científica que la aleja de su vínculo con los viajes de aventura (Stern 2014).⁹ Este es el caso de la exploración hidrográfica, que tiene un gran desarrollo en el contexto de las exploraciones científicas imperiales, como lo señala Rafael Sagredo en relación a la hidrografía imperial y su papel en el reconocimiento del Pacífico sur a fines del siglo XVIII y principios XIX.

“Así, mientras para los imperios la navegación, las rutas y condiciones de la costa resultaron esenciales en función de sus intereses, para el gobierno chileno sería el reconocimiento exhaustivo de territorios y espacios marítimos, para efectos de su aprovechamiento futuro y afianzamiento de su soberanía, la razón última de las comisiones hidrográficas que organizó” (Sagredo 2013: 510).

Mirado en la larga duración, el cambio de la gramática de la geografía por su vinculación al poder, es parte de un *continuum* histórico, que se acrecienta a partir del siglo XVIII empujado por el ideario de la Iluminación y los objetivos imperiales.

La fascinación de los geógrafos por el mundo, por los lugares lejanos, por los mapas y el interés por clasificar el conocimiento, van de la mano con los afanes de imponer una forma de vida, una concepción matemática de la naturaleza o la idea misma de un orden natural (Whiters y Livingstone 1999: 2-3). Detrás de este afán por comprender y ordenar la naturaleza, se encuentra la idea de progreso y el sueño civilizatorio, dos poderosos ejes de la ciencia en el siglo XIX. Imbuidos en éstos principios los “exploradores militantes” como les denominan Driver (2006), buscan conquistar el espacio, romper las barreras espaciales, “la aniquilación del espacio a través del tiempo” como señala David Harvey (1998: 231). La idea misma de espacio señala Harvey, entra en una fase en que se naturaliza cada vez más a través de significados cotidianos, de

⁹ El cambio de estatus de la ciencia geográfica no era nuevo y venía ocurriendo desde el siglo XVIII y se expresa en los viajes imperiales ilustrados por la América Meridional y Equinoccial, como los de Félix de Azara, Alexander von Humboldt, James Cook, Louis-Antoine de Bougainville o Alessandro Malaspina, y en los trabajos de una nueva generación de viajeros y naturalistas, herederos de la Ilustración, que arribaron a Chile en las primeras décadas del siglo XIX, entre los que se cuentan William Bennet Stevenson, Alcide D’Orbigny, Robert Fitz-Roy, Charles Darwin, Eduard Poeppig, Claude Gay e Ignacy Domeyko. El trabajo de estos científicos, naturalistas y exploradores fundará las bases de la exploración científica en Chile (Véase Sagredo 2004; Donoso y Sagredo 2012).

sentido común. Así, a lo largo del siglo XIX el espacio o la espacialidad se refieren cada vez más a algo que tiene dirección, área, forma, diseño y volumen, es decir atributos objetivos que pueden medirse y acotarse (Harvey 1998: 227).

La ciencia del espacio, la Geografía y el conocimiento geográfico, que desbordan la disciplina, hablan del espacio no sólo desde su materialidad y objetividad sino desde algo que tiene “sentido”, que posee significados. Por eso la racionalización de la espacialidad no la libra de la subjetividad y de los significados. La “materialización” del espacio es la base para la producción de significados y por lo tanto de imaginarios. No hay significado sin significante. La autonomización de la ciencia y de su objeto, su reducción misma, así como la eficiencia de esta operación, sólo puede suceder a condición de que se produzca un nuevo régimen de significados y de imaginarios, que logren una eficacia simbólica suficientemente sólida, firme pero a la vez flexible, comprensible y real, para articular lo material con lo simbólico, significante con significado. Los significados acerca del espacio o de tales o cuales nociones de espacio, dependen de la relación entre estos dos elementos pero al mismo tiempo, en una fase avanzada, requieren de una autonomía para que puedan ser traducidos en “imaginarios radicales”, donde la representación no requiera necesariamente que esté presente lo representado (Castoriadis 2013: 205). El mejor ejemplo de esto son los mapas y sus representaciones del espacio, también la idea de nación territorial o territorio nacional y casi todos los imaginarios que elaboran ideas de “integración territorial” en ausencia de lo real-concreto.

El cambio en el estatus del conocimiento geográfico y de los geógrafos, y su rol como agentes y actores que influyen en los procesos de formación nacional, los ubica en un lugar privilegiado respecto de la producción de narrativas y discursos de poder durante el siglo XIX. En el contexto chileno, el lugar de la Geografía se relaciona progresivamente, a lo largo del siglo XIX, con el desarrollo intelectual y político de las élites que van madurando un proyecto nacional. La emergencia de una “conciencia nacional” o de un pensamiento nacionalista, vinculado a la cohesión de clase y de grupo, de quienes controlan el Estado, y que a lo largo del siglo XIX buscan articular un modelo de nación territorial es un lugar y un momento propicio para el desarrollo y legitimación

del discurso geográfico y de la producción de una nueva espacialidad cargada con nuevos significados en un contexto donde aún impera la fragmentación y dispersión territorial heredada de la Colonia, espacios de soberanías grises o difusas que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se busca racionalizar y objetivar.

La transformación del estatus del conocimiento geográfico y su conexión con el proyecto nacional de las élites es fundamental en el contexto decimonónico porque integra dos imaginarios en pleno despliegue durante el siglo XIX, el de una “imaginación geográfica” (Zusman 2013: 52-53), adscrita a una nueva racionalidad a un nuevos régimen de significados sobre el espacio, y el de la “comunidad imaginada”, como representación cultural de la nación (Anderson 2008). La Geografía en el siglo XIX conforma así, junto con otras disciplinas, como la etnología o la botánica, una suerte de “marco topológico” desde donde se elaboran las metáforas y las sinécdoques desde las que se imagina la nación así como los escenarios futuros en los nuevos territorios explorados, reconocidos e integrados.¹⁰

La Geografía adquiere así un rango y un estatus que le permite -legitimidad política de por medio- acceder a un poder autorizado en la construcción de la cohesión geográfica y en la integración espacial de la nación, llenando los espacios en blanco y los lugares vacíos, reconociendo, nominando, mensurando, dibujando, juntando y articulando los fragmentos dispersos del amplio espectro territorial de la naciente nación. Tales procesos conectan las prácticas geográficas del siglo XIX con la expansión territorial de las nuevas repúblicas y su reproducción como ciencia a través de políticas territoriales heredadas de la Colonia, enmarcadas dentro de una lógica poscolonial (Young 2001: 57), esto es en el sentido que la construcción de la nueva soberanía nacional está profundamente imbricada con un *ethos* y una ideología colonial respecto del espacio y las poblaciones indígenas preexistentes y heredadas de ese régimen.

¹⁰ De todos modos sigue vigente la pregunta de Partha Chatterjee de quién imagina la nación y para qué. El sentido colectivo, homogéneo y amplio que implica la idea de comunidad imaginada se ve entorpecido en los espacios donde la dominación poscolonial es algo perdurable y activo. De este modo, es evidente que el ejercicio de imaginar la nación y el territorio de la nación tiene múltiples y heterogéneos actores, propósitos, sentidos y contrasentidos. Véase Partha Chatterjee (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Por otra parte, es conocido el hecho que en el siglo XIX el saber geográfico tiene una “conexión imperial”. El reconocimiento y conformación de los espacios de la América Meridional durante ese período están en manos de quienes tienen “miradas imperiales” (Pratt 2010), de sujetos formados en los imperios europeos. Con las expediciones del siglo XVIII, como las de Malaspina, Félix de Azara o Humboldt, se instala un interés por integrar conocimientos geográficos al acervo de los grandes imperios. Este interés de la ciencia imperial continuó en el siglo XIX en los trabajos de naturalistas como Darwin, por ejemplo, y en la formación científica y las relaciones académicas que como geógrafo tuvo Hans Steffen en el contexto del Imperio Alemán de Guillermo I a fines del siglo XIX. La cúspide de este vínculo entre conocimiento geográfico, imperialismo y construcción de la nación está representado en la figura de Sir Thomas H. Holdich que sanciona los límites entre Chile y Argentina en 1902. Holdich fue uno de los geógrafos de más alto rango del Imperio Británico a fines del siglo XIX y principios del XX y actuó en 1902 como jefe y perito principal de la misión británica para el laudo arbitral de las fronteras entre Chile y Argentina.

Aysén: un espacio de soberanía latente en el siglo XIX

Con la transformación de la Geografía, los espacios en blanco sucumben ante el dominio de la ciencia (Driver 2006: 3). Aysén, como otros territorios “nacionales”, fue durante largo tiempo fue un espacio de “soberanía latente”, una presencia, cartográfica, discursiva, que no termina de develarse, pese a ser reconocido como parte de los territorios coloniales y nacionales, es parte de una espacialidad donde la soberanía es inacabada y aparece en la literatura de viajes y exploraciones como una representación, que se incorpora en el imaginario colonial y nacional en tanto espacio no sometido a las reglas de la civilización, en lo que se refiere al control de la naturaleza y las personas, y no se circunscribe a forma alguna de identidad, poder y autoridad en una suerte de soberanía gris o zona de penumbra –*twilight zone*– como señalan Hansen y Stepputat (2006: 16.8). Con la diferencia que además de desconocido se trataría de un espacio deshabitado o “vacío”, como lo reflejan las cartas y mapas elaborados desde los siglos coloniales, que sólo aventuran información sobre las costas y archipiélago dejando en blanco el país interior. Aysén

es un territorio de “en medio”,¹¹ una amplia extensión del territorio nacional, a mitad de camino entre las zonas históricamente consolidadas y ocupadas del Chile colonial y republicano, como lo eran las regiones al norte del archipiélago de Chiloé (exceptuando la Araucanía) y como la remota región del Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, que desde la época de los descubrimientos pasó a formar parte de un “imaginario-mundo”, relacionado con la navegación, el comercio y el poder colonial.

Para un explorador como Vidal Gormaz el estatus de Aysén y de los territorios al sur de Chiloé se relaciona también con el desinterés, la subvaloración o con el desdén y responsabiliza de ello a las exploraciones previas como la del comandante Fitz-Roy que según él, no lograron valorar este territorio.

“Se han mirado con desdén inconsciente los archipiélagos del sur de Chiloé, hasta cierto punto justificable si tomamos en cuenta las informaciones dadas sobre ellos en el siglo pasado y en los tiempos de nuestra emancipación política, no menos que las apreciaciones de viajeros ilustres como el almirante Fitz-Roy, Darwin y otros, que no pudieron darse cuenta de la importancia de aquella región insular, que estudiaron muy á la ligera.” (Vidal Gormaz 1905: 13)

La idea del espacio vacío tiene relación directa con la supuesta ausencia de población. En el siglo XIX se ha instalado la imagen de que la Patagonia Occidental es un territorio despoblado idea proveniente de las apreciaciones y valoraciones hechas por expediciones tan prestigiosas como las de Fitz-Roy y Darwin. Además, desde el siglo XVIII mapas, cartas de navegación e informes de navegantes y misioneros habían transmitido la imagen de una geografía poblada de mitos. En respuesta a la ausencia de información fidedigna o certera, a lo largo de los siglos la historia del territorio es recubierta con un tupido velo de mitologías sobre la Ciudad de los Césares y la Trapananda (Martinic 2005).

¹¹ En realidad este espacio se extiende incluso hasta los 53° de Lat. S. Sin embargo en este estudio nos ocupamos del área de Aysén, que coincide aproximadamente con la actual región del mismo nombre y que se ubica al sur de Chiloé por la costa hasta la isla de Wellington y su proyección hacia el interior.

Este “vacío” sin embargo contrasta con las información con que se cuenta hoy y que por el contrario muestra una cierta continuidad en la presencia humana desde el período prehistórico en adelante, así como desde la Conquista y la Colonia tal como lo señalan diversos autores (Martinic 2005; Núñez, Molina, Aliste y Bello 2016). Hoy en día se consigna una antigua aunque al parecer escasa presencia humana en los valles interiores en el siglo XVII, y luego, con la incorporación del caballo, la ampliación del poblamiento tehuelche a lo largo de la precordillera de los Andes (Martinic 2005: 29) así como el poblamiento del litoral y los archipiélagos con presencia de grupos de indígenas nómadas, cazadores-recolectores entre el Golfo de Corcovado y el Golfo de Penas, en la isla Huafo, las islas Guaitecas, y el cabo Tres Montes, el canal de Moraleda y el de Ninualac, entre los 43° y los 47° de latitud sur. Los estudios actuales muestran también que el poblamiento del litoral de la Patagonia Occidental se incrementará con la instalación de enclaves chilotes de explotación de alerce (*Fitzroya cupressoides*), mañío (*Podocarpus nubigenus*) y ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*) entre los siglos XVIII y XIX, sobre todo en las costas de Palena, en la parte norte del territorio, frente a la Isla Grande de Chiloé pero también más al sur, en las inmediaciones de la Península de Taitao.

“Taitao es la región que más abunda en maderas explotables para los labradores de Chiloé; las mayores loberías existen en ella, y el espléndido ventisquero de San Rafael que, descendiendo hacia el mar por los 46° 35’ de latitud, se interna en el seno salado de su nombre por más de 7 kilómetros, y presenta un elevado y espacioso frontón del cual se desprenden á cada momento carámbanos inmensos que flotan sobre las aguas y que se explotaban por una compañía particular y privilegiada con larguesa inconsciente y de pernicioso precedente; pues se le habían concedido los hielos hasta el polo!” (Vidal Gormaz 1905: 10)

A pesar de la difundida idea de que el territorio al sur del archipiélago de Chiloé es un espacio vacío los mismos observadores de aquellos años contradicen esta idea al constatar una y otra vez la presencia humana en las costas, así lo señala el mismo Hans Steffen en su expedición al istmo de Ofqui realizada en el verano de 1897-1898:

“.. los habitantes de Chiloé, en particular los de las región austral de la isla (Chonchi, Compú, Queilén, Quellón y otros) jamás han dejado de explotar los bosques de ciprés y de mañiu de la península de Taitao, y de hacer la caza de lobos en esas aguas, aunque las especia valiosas, como los leopardos de marinos que aún vivían en la región hace cincuenta años, han sido exterminados o bien han buscado otros parajes menos frecuentados, antárticos.” (Steffen 1937: 31)

En el siglo XIX la soberanía ambigua de Aysén comenzará a romperse con el proceso de reconocimiento e incorporación progresiva que se inicia a principios del siglo XIX con las exploraciones y trabajos hidrográficos británicos, luego con la exploraciones hidrográficas nacionales y finalmente como espacio clave en el litigio limítrofe entre Chile y Argentina que culmina con el dictamen arbitral británico de 1902. Durante la primera fase se cuentan de las expediciones comandadas por Fitz-Roy y en la que participa el destacado naturalista Charles Darwin¹². En los años posteriores continuará con los trabajos de Benjamín Muñoz Gamero en 1848 y las expedición del teniente Francisco Hudson en 1856, quien a bordo de la *Janequeo* realiza una serie de viajes de reconocimiento al sur de la Isla Grande de Chiloé. Pero es, como ya se ha dicho, 1870 el año en que se da inicio al reconocimiento y exploración estatal de Aysén, con los trabajos de Enrique Simpson quien a bordo de la corbeta *Chacabuco* explora el Archipiélago de las Guaitecas, de los Chonos y la península de Taitao (Simpson 1870, 1874, 2011), haciendo el levantamiento de la costa del río Aysén hasta la laguna San Rafael, que fue “redescubierta” por Simpson y donde posteriormente se instaló un establecimiento industrial de explotación de los hielos glaciales para su uso en la conservación de alimentos.

¹² El período se inicia con la misión que encarga el Almirantazgo Británico de explorar las costas de la América Meridional a fines de la segunda década del siglo XIX. Estas misiones imperiales estuvieron a cargo del comandante Robert Fitz-Roy quien exploró las costas de la Patagonia Occidental realizando diversos trabajos hidrográficos. En el segundo de estos viajes estuvo a bordo el naturalista Charles Darwin quien anotó sus propias observaciones y experiencias. Las observaciones de Fitz-Roy y Charles Darwin quedaron consignadas en la obra: King, P. P. (1839). *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe. Proceedings of the first expedition, 1826-30, under the command of Captain P. Parker King, FR.S.* London: Henry Colburn. Posteriormente los trabajos de Darwin y Fitz-Roy han sido publicados por separado.

Asimismo, los trabajos del ya mencionado oficial de marina Francisco Vidal Gormaz, publicados en el *Anuario Hidrográfico* de la Armada de Chile, vienen a complementar las exploraciones de Simpson.¹³ La visión que ofrece Vidal Gormaz sobre los territorios muestra la multiplicidad de intereses que conviven en la mente y en la narración del explorador; el interés hidrográfico, la atracción por el paisaje y la naturaleza, la visión geopolítica del territorio y su proyección económica en el tiempo se conjugan en una misma descripción, como cuando describe el archipiélago de los Chonos en el texto titulado *Algo sobre los Archipiélagos de Guaitecas, Chonos y Taitao*¹⁴.

“El archipiélago ofrece canales transversales accesibles para toda clase de buques, como el Darwin, el Ninualac y otros numerosos puertos con excelente abrigo; pero sólo son frecuentados por pescadores, uno que otro buque ballenero y anteriormente por los barcos que cargaban los hielos que se exportaban por la laguna de San Rafael.

Sin embargo, mirando el archipiélago bajo el punto de vista de la industria, ofrece abundante pesquería, mariscos variados y en grandes cantidades, excelentes maderas de construcción, como ciprés, roble, muermo, tepú, laurel, varias clases de mañíos, canelo, teñiu y varias otras que sería prolijo enumerar.

Para la agricultura en pequeño se encuentran algunos valles en los cuales producirían bien el manzano, las hortalizas, las papas, pudiendo además desarrollarse algunas gramíneas; pero el archipiélago se halla abandonado al presente, no obstante de contar ya con ejemplos prácticos que han manifestado su aptitud y su importancia relativa para la crianza de toda clase de ganados y la implantación de algunas industrias.” (Vidal Gormaz 1905: 7)

¹³ Francisco Vidal Gormaz (1837-1907), fue un oficial militar de la Armada de Chile que dedicó gran parte de su carrera a los estudios hidrográficos a lo largo del país, explorando las costas con el fin de reunir información para mejorar las condiciones de navegación. Las principales exploraciones hidrográficas las hizo entre los años 1857 y 1883. Fue el primer Director de la Oficina Hidrográfica de Chile. Sus estudios cambiaron la visión y el conocimientos sobre las costas chilenas disponibles hasta ese momento.

¹⁴ Este texto fue publicado inicialmente en 1878 en el periódico La República, luego en El Ferrocarril en 1889, para posteriormente ser reeditado por Luis Ignacio Silva en esta edición de 1905.

La mirada de Vidal Gormaz sobre el litoral y los archipiélagos es complementada con una aguda y estratégica visión sobre el Aysén continental.

“La región continental que mira al archipiélago ofrece á su vez valles boscosos importantes para la ganadería, y en algunos puntos llanuras pastosas que hacen sospechar la existencia de un suelo apropiado para la hortaliza, el centeno y algunos otros granos especiales y propios para los climas lluviosos.

El manzano y las papas deben de prosperar muy bien, especialmente esta última.

Grandes ríos bajan del oriente y corren por los valles de los Andes, siendo algunos de largo curso, como el Palena, el Aysén, el de los Huemules y otros, los cuales deberán servir más tarde para bajar las maderas del interior. Los valles que recorren son en general propios para la crianza de ganado mayor, porcino y cabrío, lo que no es dable poner en duda desde que es notorio que en ellas abunda el huemul, habiendo comenzado á propagarse el bovino que abandonó en 1874 el comandante de la corbeta Chacabuco.” (Vidal Gormaz 1905: 8-9)

En el discurso de Vidal Gormaz hay un imaginario que engloba y proyecta el futuro de ese espacio, una nueva espacialidad que clasifica, organiza y racionaliza el espacio, es una proyección sobre el uso de los recursos y el dominio de la naturaleza. Esta proyección es más dramática aún si pensamos que tales “imaginarios de progreso” los hace Vidal Gormaz a la vista de una “naturaleza bárbara” e indómita, un paisaje donde el bosque siempre verde austral cae hasta el litoral, poblado de una gran diversidad de especies vegetales, en un ambiente húmedo y frío en el que se juntan la montaña y el mar. Pero también muestra las huellas que ya han dejado los hombres en el territorio, como el ganado bagual desperdigado, abandonado seguramente por una de las misiones de Enrique Simpson, lo que le permite suponer las posibilidades económicas de estos territorios. El reconocimiento y exploración que Vidal Gormaz hace de los archipiélagos australes culmina con un llamado a la implantación del Estado en aquellos lejanos territorios. Para el marino la posibilidad de consagrarlos a la República dependen de la ocupación

efectiva, integrándolos en el plano de la organización administrativa del estado, de su conexión y de su explotación para el provecho de la República.

“Hágase de los citados archipiélagos un departamento, dóteseles convenientemente según sus necesidades, dénselos ciertas garantías y franquicias que faciliten su incremento y desarrollo; proporcionénselos medios de comunicación con el norte de la República, y en cortos años se formará con los archipiélagos aludidos una nueva provincia marítima y el emporio de nuestros mejores marinos, educados en el más tempestuoso de nuestros mares.” (Vidal Gormaz 1905: 13)

La exploración de la Patagonia Occidental continúa con los trabajos de Ramón Serrano Montaner, a quien abordo del vapor *Toro*, se le encarga la misión de fundar una colonia en el valle del río Palena que lo lleva a cruzar hacia el lado oriente de la cordillera (Martinić 2005: 85-86). En la misma época y desde el lado argentino Francisco P. Moreno, Carlos Moyano, George Ch. Musters y otros exploradores, reconocen la vertiente oriental de la cordillera y en algunos casos se internan a través de los valles hacia las zonas interiores de la Patagonia Occidental y la vertiente Pacífico.

Reflexiones finales

Desde la geografía histórica, el británico Felix Driver señala que el papel del explorador va más allá que el de un coleccionista de hechos y datos. La razón sería que el trabajo de campo de los exploradores, es un factor clave para entender la relación entre viaje, ciencia y producción de conocimiento geográfico (Driver 1998), lo que contraviene la idea de que el conocimiento geográfico es tal vez el reflejo de formas institucionales derivadas de la estructura social en el que se inserta o de la que proviene el explorador. Cuánto de la experiencia directa con el campo hay en los registros de los exploradores, cuánto de institucional, cuánto de enfoques teóricos, cuánto de intereses y visiones personales. Al leer los informes de los exploradores científicos del siglo XIX no se puede menos que pensar que se está frente a un texto racional que busca

una objetividad determinada aún dentro de un campo de múltiples subjetividades e intereses. Pero los textos dejan entrever los afanes, las ambiciones, los énfasis. Aún un inocente texto descriptivo que apela a la “verdad geográfica” a través de la experiencia directa, la observación y la descripción, legitimada por “estar ahí”, como dice Clifford Geertz respecto de los antropólogos y la etnografía, es un artefacto que evidencia huellas y marcas. El afán por nombrar los lugares, por descubrir primero que otros, por revisar y corregir lo que se ha dicho o se ha mapeado, son ejercicios propios del discurso de los exploradores y en este ejercicio aflora un modo de entender el espacio en su vínculo con lo social. En el siglo XIX nombrar, crear toponimia, reconocer, clasificar, imaginar los avances del progreso en las regiones inexploradas tiene sentido sólo a condición de que el conocimiento geográfico “sirva” a la dominación del hombre sobre la naturaleza salvaje. Durante el siglo XIX, este ejercicio que para exploradores y navegantes tiene sentido en tanto forma de ubicación en el espacio y cuyo fin es establecer nodos y redes que permitan la articulación y la integración de territorios y rutas, ya había sido realizado en la zona de los canales de Aysén por las expediciones de Fitz-Roy, pero adquiere un cariz distinto con el inicio de los trabajos hidrográficos de la Armada, en especial con los dirigidos por Simpson y Vidal Gormaz y va a llegar a su máxima expresión durante el período de las exploraciones desarrolladas al alero de la Comisión Chilena de Límites. Es en el proceso de reconocimiento del territorio de Aysén con vistas a la demarcación de límites entre Chile y Argentina que exploradores y cartógrafos pueblan sus trabajos de nombres nuevos, algunos de los cuales van cambiando o muchos de ellos perduran hasta nuestros días.

Hans Steffen es tal vez uno de los exploradores que más influencia tuvo en cuanto a la nominación de un territorio en Chile en los siglos recientes. Frente a la hoja en blanco como es el Aysén, Steffen sucumbe y a medida que avanza va nombrado todo lo que no está nombrado. En este ejercicio sin precedentes Steffen parte primero por confirmar o legitimar el nombre de Patagonia Occidental para los territorios ubicados al occidente de la cordillera de los Andes. Al fundamental el por qué se debe utilizar el nombre Patagonia Occidental, Steffen busca instalar un precedente sobre la existencia de un territorio común o continuo en la parte sur de América y con ello defender los derechos que Chile tiene sobre esos territorios, así lo reconoce cuando señala que: “En los tiempos

que siguen, el término Patagonia Occidental ha llegado a ser usual en Chile, sobre todo desde que comenzó el litigio con la República Argentina por la posesión de la Patagonia y del Estrecho de Magallanes” (Steffen 2010: 7). Pese a algunos argumentos en contra Steffen busca demostrar que la vertiente pacífica de la cordillera de los Andes es parte también de la Patagonia. Incluso se aventura más allá y ve posible su nombramiento sin apellido, es decir el territorio occidental es parte de la Patagonia como un todo (Sanhueza 2012: 32). Por eso además se niega a denominarla *Chonia*, un nombre que surge en el siglo XIX quizás a imitación de la Araucanía, pero que dadas las circunstancias Steffen ve como algo que no tiene sustento y que distrae los intereses chilenos en ese territorio.

“La cuestión de las denominaciones de que estamos y tratando ha sido tocada incidentalmente también durante la controversia de límites chileno-argentina. El perito argentino sostuvo la idea de que Patagonia Occidental, debiera llamarse solamente la región al sur del grado 41 que queda al occidente de la línea de las altas cumbres de la cordillera, mientras que las tierras extendidas al oriente de esa línea –por consiguiente una parte de las cordilleras mismas–, formarían la Patagonia Oriental” (Steffen 2010: 8).

El argumento de Steffen muestra que la “cuestión de la denominación” como le llama él, está en el centro de la disputa con Argentina. Nombrar el espacio no es algo banal ni superficial, por el contrario es tan importante como la tarea de demostrar la ocupación efectiva del territorio. En las sucesivas expediciones que realiza Steffen al territorio patagónico va nombrando los lugares que carecen de nombre y que quedan consignados en sus mapas, muchos de ellos perduran hasta hoy. En la expedición que realizó al río Puelo bautiza partes del valle como Primer Corral, Segundo Corral y Llanada Grande. En el valle del río Manso bautiza el Cerro de la Angostura, el Valle Nuevo, el Cerro Quemado (2010: 267-283). En el río Cisnes nombra el Cerro Pirámide, el Cerro y la laguna de Las Torres. Mas al sur bautiza el río Baker, “el río Baker bautizado por nosotros” dice Steffen (2010: 259). También bautiza el río Pascua, el lago y el río Cochrane en el interior del territorio.

Así como Steffen, el gran explorador de la Patagonia Occidental, realiza un trabajo fundacional al servicio del Estado nacional, nombrando construyendo una nueva toponimia de los espacios “vacíos”, otro explorador, su contraparte en la Comisión británica para la definición de los límites entre Chile y Argentina, el mencionado Thomas H. Holdich, imagina el futuro de los espacios “vacíos”, su potencial, las posibilidades de progreso y de industria. En la mirada una geógrafo imperial la extensa y abigarrada naturaleza se debe rendir ante el avance del progreso abriendo sus recursos a la explotación, el poblamiento y la colonización. Junto con la fascinación por la naturaleza, por las altas montañas nevadas, los ríos torrentosos y los bosques húmedos y fríos, Holdich los territorios en disputa como espacios a ser conquistados y civilizados. En la exploración que realiza el año 1902 con el fin de realizar su informe para el Tribunal Arbitral Británico, junto a Steffen, el Coronel Holdich muestra un interés que desborda su papel de perito y en su informe abunda en visiones sobre el futuro de las tierras en disputa. Cuando describe el valle del río Cisnes y el sistema de valles de los ríos Baker y Aysén, Holdich imagina un “remunerativo negocio” de crianza de ganado, el establecimiento de una vía férrea desde Puerto Montt y el desarrollo de frigoríficos ubicados en línea con los valles interiores (Holdich 1904: 271-272). Y en su exploración en el valle del río Reñihué, habla de una hipotética y posible conexión con el oriente de la cordillera, para ello imagina la construcción de un camino y el establecimiento de un puerto en la desembocadura del río con la instalación de un servicio de vapores que acorten la distancia entre los puertos. En los campos adyacentes, Holdich imagina pasturas para ganado, en los bosques cercanos suministros de madera de especies nativas de la selva valdiviana y agrega: “La promesa futura de un camino radica en la posibilidad de trasladar y comerciar lana y carne hacia las colonias fronterizas así como el establecimiento de frigoríficos” (Holdich 1904: 275-276). En el informe de Holdich basado en sus notas de campos de la expedición de 1902 y publicado a penas dos años después, concluye que más allá de las diferencias generadas por el conflicto de límites la única posibilidad de progreso es hacer habitable las tierras salvajes.

La “fronterización” de Aysén es el fin de una larga etapa de incorporación al territorio nacional, la integración efectiva, como paso definitivo, tomará décadas, diversas formas y significados, como ya se ha dicho (Véase Núñez, Aliste y Bello: 2014). Finalizado el diferendo limítrofe

y las tareas de exploración y reconocimiento, la presencia e influencia de los geógrafos decae en los pasillos del poder, es el fin de una época, donde la presencia de la geografía y la ciencia imperial, que ayudan a delinear los contornos de la nación, decae junto con el advenimiento de la “Gran Guerra” en Europa. En Aysén, tan sólo un año después del fallo del Tribunal Arbitral Británico se inicia la verdadera ocupación del territorio, para ello el Estado, que ha invertido décadas en acumulación de conocimientos sobre esta región marginal, promueve la ocupación privatizada de las extensas llanuras, valles y fiordos aiseninos con la creación de la Concesión del Valle de Aysén.¹⁵ Desde este momento la historia de Aysén comenzará un nuevo ciclo donde su pasado de espacio intermedio y su soberanía gris o difusa dará paso a nuevas soberanías contestadas que seguirán poniendo el acento en algunas de las preocupaciones de los viejos geógrafos como son la naturaleza, los ríos, las montañas, los hielos.

Bibliografía

CASTORIADIS, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. México: Tusquets Editores.

CHATTERJEE, P. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

DONOSO, Max y R. SAGREDO (2012). *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domeyko y Philippi*. Santiago: Max Donoso Saint.

DRIVER, F. (1998). Scientific exploration and the construction of geographical knowledge: Hints to travellers. En *Finisterra*, XXXIII, 65, pp. 21-30.

DRIVER, F. (2006). *Geography militant. Cultures of exploration and empire*. Massachusetts: Blackwell.

¹⁵ La Concesión del Valle de Aysén, se creó el 19 de mayo de 1903 por Decreto N° 659 otorgado por el Ministerio de Colonización a Luis Aguirre, con el permiso de ocupar por 20 años los valles de Coihaique, Ñirehuau y Mañihuales en las proximidades de Aysén. Los límites de la concesión se fijaron por Decreto N° 1769 del 2 de agosto de 1904, sin embargo estos límites fueron modificados con el tiempo (Pomar 1923: 6).

FINNEGAN, D. (2008). The espacial turn: Geographical approaches in the history of science. En *Journal of the history of biology* 41: 369-388.

FONCK, F. (1870). *Chile en la actualidad. Discurso leído en Berlín el 13 de diciembre de 1869 a beneficio de la expedición alemana al polo norte*. Berlín: Impr. de A. J. Obst.

FONCK, F. (1900). *Viajes de Francisco Menendez a Nahuelhuapi. Publicado i comentado por Francisco Fonck*. Valparaíso: Carlos Niemeyer.

FOUCAULT, M. (2014). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

HANSEN, T. y STEPPUTAT, F. (2006). "Sovereignty revisited". En *Annual Review of Anthropology* Vol. 35: 295-315.

HARVEY, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

HOLDICH, T. H. (1904), *The countries of the King's Award*. London: Hurst and Blackett, Limited.

HOLDICH, T. H. (1916), *Political frontiers and boundary making*. London: MacMillan and Co., Limited.

KING, P. P. (1839). *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe. Proceedings of the first expedition, 1826-30, under the command of Captain P. Parker King, F.R.S.* London: Henry Colburn.

MARTINIC, Mateo (2005). *De la Trapananda al Aysén. Una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la Prehistoria hasta nuestros días*. Santiago: Biblioteca del Bicentenario. Pehuén Editores.

NAVARRO, P. (2004). "Ciencia y discurso político sobre la frontera sur argentina en la segunda mitad del siglo XIX". En Pedro Navarro (Comp.), *Patagonia: ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*. Argentina: Centro de Estudios Patagónicos.

NÚÑEZ, A.; MOLINA, R.; ALISTE, E. y BELLO, A. (2016). "Silencios geográficos en la Patagonia-Aysén: territorio, nomadismo y perspectivas para re-pensar los márgenes de la nación en el siglo XIX". En *Magallania*,

NÚÑEZ, A.; ALISTE, E. y A. BELLO. (2014). "Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación". En *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, N°. 76, año 35, enero-junio, pp. 165.188.

POMAR, J. (1923). *La concesión de Aisén y el valle Simpson*. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes.

ROBINSON, M. (2014). “Science and exploration”. En Kennedy, D. (Ed.), *Reinterpreting exploration. The west in the world*. New York: Oxford University Press.

SAGREDO, R. (2013). “De la hidrografía imperial a la hidrografía nacional. Reconocimiento del Pacífico sur. Siglos XVIII y XIX”. En *Anuario de Estudios Americanos*, 70, 2, Sevilla (español), julio-diciembre, 509-556.

SAGREDO, R. y J. I. GONZÁLEZ (2004). *La Expedición Malaspina en la frontera Austral del Imperio Español*. Santiago: Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM.

SANHUEZA, C. (2010). “Viajes de exploración y estudio en la Patagonia Occidental. En Hans Steffen”, *Viaje de exploración y estudio en la Patagonia Occidental, 1892-1902, Vol. I*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional.

SANHUEZA, C. (2012). “Un saber geográfico en acción. Hans Steffen y el Litigio Patagónico 1892-1902”. *Magallania* (Chile), Vol. 40(1): 21-44.

SERJE, M. (2011). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras de nadie*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

SIMPSON, E. (1874). *Exploraciones hechas por la Corbeta Chacabuco al mando del capitán de fragata don Enrique M. Simpson en los Archipiélagos de Guaitecas, Chonos i Taitao*. Santiago. Imprenta Nacional.

SIMPSON, E. (2011). *Viajes de exploración por los archipiélagos australes*. Temuco: Ofqui Editores.

STEFFEN, H. (2010). *Viaje de exploración y estudio en la Patagonia Occidental, 1892-1902, Vol. I*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional.

STEFFEN, H. (1937). El istmo de Ofqui en la Patagonia Occidental. *Anales de la Universidad de Chile*, v. 94, N°. 22/23, pp.22-70.

STERN, P. (2014). Exploration and enlightenment. En Kennedy, D. (Ed.), *Reinterpreting exploration. The west in the world*. New York: Oxford University Press.

URBINA, X. (2014). *Fuentes para la historia de la Patagonia occidental en el período colonial. Primera parte: Siglos XVI y XVII*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

VIDAL GORMAZ, F. (1905). “Estudios geográficos e históricos”. En L. Ignacio Silva A., *Biblioteca geográfica e Histórica Chilena de Tomo II*. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes.

WHITERS, Ch. W. J. y D. Livingstone (1999), “Introduction: On Geography and Enlightenment”. En Charles W.J. Whitters y David Livingstone (Eds.), *Geography and Enlightenment*. Chicago: The University Chicago Press.

YOUNG, R. (2011). *Postcolonialism an historical introduction*. Australia: Blackwell Publishing.

ZUSMAN, P. (2013). La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos. En *Revista de Geografía Norte Grande* (54) 51-66.

Dibujando los márgenes de la nación: relatos y discursos de los viajeros-exploradores de Patagonia-Aysén entre los siglos XIX-XX.

Paulina Zúñiga Becerra - Andrés Núñez González

Resumen

Patagonia-Aysén ha sido interpretada y descifrada desde diversos puntos de vista, entre ellos, interesa en este texto, abordar las representaciones y discursos que viajeros-exploradores tuvieron desde una visión centro-periferia de este territorio austral a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Específicamente, nos motiva develar en esta investigación, cual fue el rol de estos agentes de Estado en la implementación de propuestas socio-culturales de incorporación de este territorio inexplorado al resto de la nación.

Palabras claves: Viajeros-exploradores, discursos, Patagonia-Aysén, centro-periferia

Abstract

Patagonia-Aysén has been interpreted and deciphered from various points of view. , In this text, we focus to address the travelers-explorers' representations and discourses developed since the second half of the XIX century on the basis of a central-peripheral vision of this southern territory. Specifically, in this research we are motivated to unveil which role was played by these State agents in the implementation of socio-cultural proposals for the incorporation of this unexplored territory to the rest of the nation.

Keywords: travelers-explorers', discursos, Patagonia-Aysén, central-peripheral

A lo largo del tiempo se han construido diversas imágenes geográficas de Patagonia-Aysén que van desde la concepción de este territorio como un espacio aislado, periférico y hostil, hasta una tierra paradisíaca, valorada por su desarrollo turístico y conservación de la naturaleza bajo el *slogan*: “Patagonia fin del mundo” (Navarro Floria, 2005) o también “Patagonia-Aysén, Reserva de Vida”. Debatir en este contexto, sobre las formas discursivas que la “*han inventado como lugar*” (Navarro Floria, 2007: 8), resulta complejo cuando se considera que desde el siglo XIX, Patagonia ha sido interpretada y descifrada desde disímiles puntos de vista, cuyo factor común radica en la lectura centro-periferia que se desprende de los discursos hegemónicos asociados a cada época y que, en general, la han proyectado como un *espacio fronterizo* (Núñez, 2013).

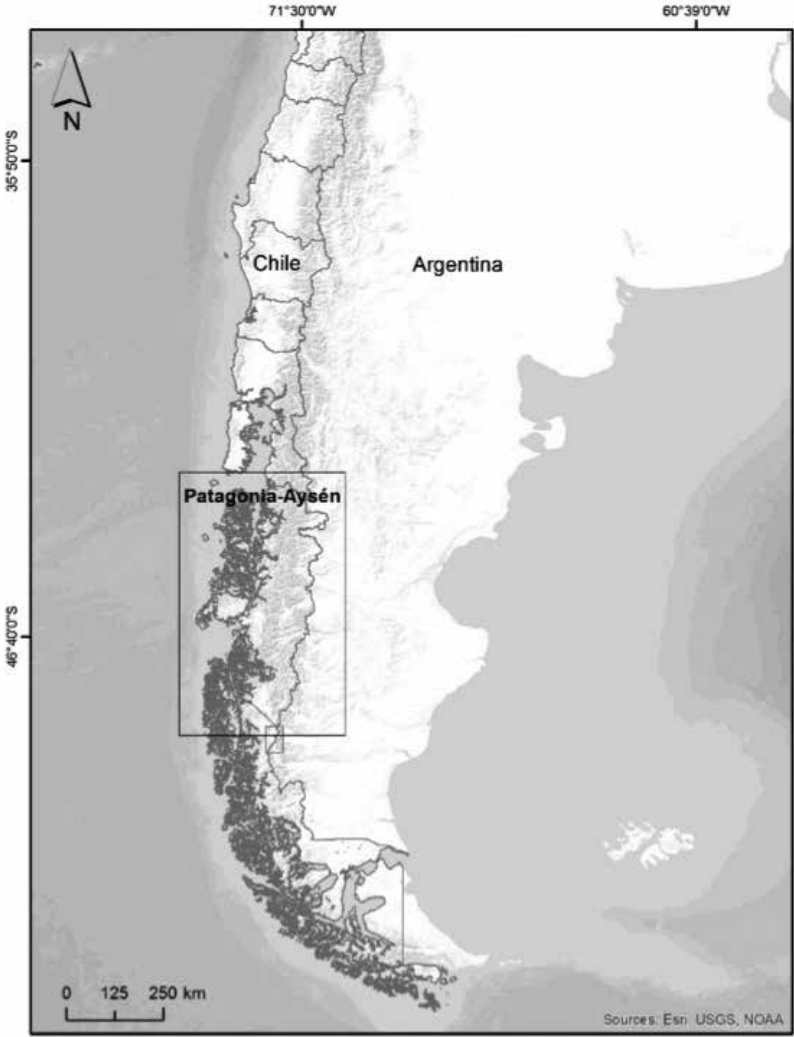
Uno de estos discursos sociales, e interés de este texto, es el que surge desde la mirada de los viajeros-exploradores enviados por el Estado, quienes recorrieron el territorio austral a partir de la segunda mitad del siglo XIX, periodo de mayor expansión territorial de Chile. Los relatos y narraciones de estos exploradores, además de constituir fuentes primarias de información científica, se caracterizaron por configurar mecanismos de producción de conocimiento que permitieron sentar las bases para anexas estas áreas a un imaginario geográfico de escala nacional (Livon-Grossman, 2003). Desde este punto de vista, y esta es nuestra interpretación del asunto, ellos fueron dispositivos de poder que desplegaron un imaginario geográfico que proyectó y reflejó los intereses y expectativas del centro político.

Así, el presente artículo tiene por objetivo estudiar la relación existente entre los viajes-exploratorios y la institucionalización e incorporación simbólica del territorio de Patagonia-Aysén al resto de la nación durante los siglos XIX y XX (Livon-Grossman, 2003; Núñez, 2013). Para ello, se reflexionó en torno a las siguientes preguntas ¿cómo el contexto sociocultural de cada época ejecutó un texto social de viajes y narraciones donde los exploradores científicos, en tanto agentes de Estado, produjeron imágenes y significados de Patagonia-Aysén? y ¿de qué manera estos viajes y narraciones influyeron en la consolidación de un imaginario geográfico del territorio aysenino?

Las geografías imaginarias y discursos de esta zona austral, enfocados primero en el reconocimiento hidrográfico y el establecimiento de límites fronterizos, hasta aquellos que lo visualizaron como un territorio apto para la colonización, y como área de hermosos parajes ideales para potenciar el turismo; dan cuenta del esfuerzo por *naturalizar* y develar los espacios “*inesplorados*” que se plasmaban en el mapa mental de aquella época. Así se evidencia en los heterogéneos relatos que Enrique Simpson, Hans Steffen, y Juan Augusto Grosse, entre otros exploradores, hicieron del territorio austral y sus paisajes.

Situándonos en el cruce de la denominada Geografía Social e Histórica, que concibe el espacio como una producción social, y al viaje como una práctica de carácter geográfico (Lefevre, 1974) se realizó en términos metodológicos, una búsqueda exhaustiva de información en fuentes primarias y secundarias, entre ellas, memorias de ministerio, diarios de viajes, y artículos científicos, que permitieron interpretar las narraciones y discursos de estos viajeros exploradores. Cabe destacar, que para el análisis de los relatos, se trabajó con tres periodizaciones consideradas interesantes para este estudio: la primera de ellas, se remonta a fines del siglo XIX con las expediciones enviadas por la marina chilena para relevar las costas e identificar potenciales áreas de colonización; la segunda, se sitúa también a fines del siglo XIX y principios del XX, en el marco de las disputas sobre el límite fronterizo entre Chile y Argentina, que generan la visión de Patagonia-Aysén como territorio en conflicto; y la tercera o última, referente a una visión más moderna situada en el siglo XX, en que Patagonia-Aysén aparece como tierra de oportunidades, donde la colonización y la apertura de caminos se establecen como los principales ejes para potenciar el desarrollo de este territorio.

Figura 1: Localización Patagonia-Aysén



Fuente: Elaboración propia

Los viajes exploratorios como producción de conocimiento: hacia la construcción de territorios desde la óptica centro-periferia.

Dentro de su desarrollo epistemológico, la geografía ha utilizado diversas fuentes de información para analizar su objeto de estudio. Entre ellas, una de las más remotas corresponde a los ya referidos viajes exploratorios, que desde antaño, se han configurado como un tópico dominante para esta disciplina en la medida que permite la producción y acumulación de conocimiento geográfico sobre un territorio desconocido (Zusman, Lois & Castro, 2007), en “un proceso en el que el propio viaje es el que le otorga validez a este conocimiento” (Cecchetto, 2014:2). Esta situación se acentúa a partir del *Giro Cultural* en Geografía, que posicionó al viaje (como experiencia espacial) y a la literatura viajera, como una forma de leer los paisajes explorados y recorridos a partir de la visión de la *alteridad*, es decir, un otro que genera mediante su representación del territorio geografías imaginarias entendidas como “formaciones discursivas... que recogen múltiples constelaciones de poder, de conocimiento y de geografía” (Bertonchello en Lindón & Hernaux, 2012: 223).

Un tipo de registro material de viaje corresponde al relato o narración, cuya característica radica en que independiente de su capacidad como instrumento o inventario para recopilar información sobre mundos extraños e “*inesplorados*”, constituye plataformas subyugadas bajo ciertas lógicas discursivas que permiten responder a intereses imperantes sobre un territorio determinado, y que, además de ello, involucran a diferentes actores, tales como los “estados nación en formación, las potencias imperiales, las instituciones científicas”, entre otras (Zusman, Lois & Castro, 2007: 95). Así pues, los viajes exploratorios más allá de realizarse con el sólo objetivo de descubrir nuevos territorios, se encontraban al servicio del poder en tanto, precisamente, *prácticas de poder*. Entre otros objetivos es posible constatar el afán por llenar los espacios blancos y ponerlos en valor en el marco de la expansión capitalista (Zusman, 2011: 5). Las narraciones geográficas del siglo XIX y XX tomaron un papel fundamental en este proceso, al describir y “escribir” el territorio para las necesidades de los estados nacionales en construcción (Montaldo, 2004).

El relato constituye un documento y fuente primaria que permite la construcción discursiva de los territorios explorados, facilitando además la “producción de una geografía que intersecta espacio material e imaginario, y que puede ser leída como ficción y realidad concreta” (Cecchetto, 2014:11). Bajo esta lógica, si bien se genera un relato científico, descriptivo e inventariado, cuyo fin es mostrar lo explorado, nombrar, y mapear las tierras desconocidas e incógnitas, también se identifican una serie de recortes y selecciones de lo observable, que representan un imaginario asociado al contexto sociocultural en el que se desarrolla el viaje (Zusman, Lois & Castro, 2007: 95). Es relevante, entonces, definir en este marco, al discurso y relato de los viajeros-exploradores “como *filtros* que seleccionan y describen ciertos elementos de las áreas recorridas y relevadas; y también como lentes, que definen para los otros el qué y cómo mirar” (Hevilla en Zusman, Lois & Castro, 2007: 94).

La literatura viajera se ha configurado como un instrumento de expansión territorial, pero también como un instrumento de poder (Rosenblitt & Sanhueza, 2010), que se ha traducido en expediciones motivadas por objetivos de carácter geopolítico y estratégico en el marco de contextos temporales específicos; es decir, los viajes pueden ser clasificados de acuerdo a los propósitos que persiguen, pero por sobre todo, de acuerdo a la coyuntura social en el que surgen. Capel (2012: 186) sostiene al respecto que “los intereses políticos de los diferentes estados determinaron de forma directa la orientación de las investigaciones científicas, las cuales se canalizaron esencialmente hacia los territorios que con fines de colonización se adjudicaban a la influencia de cada estado o hacia aquellos en que los intereses económicos eran particularmente importantes”. En este marco, es clave preguntarnos ¿cuáles son las motivaciones que se encuentran insertas en la lógica de los viajes-exploratorios hacia el territorio austral? y ¿de qué manera estas han permitido producir/imaginar este territorio?

En el caso de Patagonia-Aysén, posterior a los constantes viajes motivados por la quimera de hallar la mítica ciudad de *Los Césares*, que albergaría en su interior “fantásticos y hermosos tesoros incalculables” (Junge, 1934: 27), comenzarían a masificarse a partir del siglo XVIII una seguidilla de expediciones producto del afán por “extender los límites del saber científico” (Livon-Grossman, 2003). Un papel relevante en

este contexto lo adquiere el mundo europeo, quién envió al mando del piloto José de Moraleda y Montero, una comisión científica destinada al relevamiento de información de carácter geográfico e hidrológico. Seguido de este acontecimiento, los exploradores británicos Charles Darwin y Fitz Roy investigaron las costas de la Patagonia Occidental, realizando significativos aportes en cuanto a la actualización de la escasa información científica y cartográfica de “aquellas *desiertas y lejanas tierras*; desprestigiadas, además, por la opinión de estos viajeros, quienes bautizaron a estos parajes con el nombre de “*devisland*” (tierra maldita), producto de sus hostiles condiciones climáticas (Junge, 1934: 33).

La ciencia europea, constituyó desde esta perspectiva, otro forma de colonialidad y control territorial y se transformó en una significativa fuente de inspiración primaria para los procesos de conformación del Estado-Nación en Chile, siendo la base para las posteriores investigaciones científicas realizadas en Patagonia-Aysén, y que fueron retomadas durante el período decimonónico, reiterando una marcada visión centro-periferia (Saldivia, 2005; Zusman, Lois & Castro, 2007, Núñez, 2014). Es importante destacar además, que la literatura de viaje no solo fue de utilidad para las ciencias naturales, sino que también permitió reafirmar las identidades nacionales, siendo, por tanto, un mecanismo de dominación cultural (Cicerchia, 2000).

En definitiva, la interpretación que los viajeros hicieron de las áreas exploradas a partir del siglo XIX, contribuyó a la formación de imágenes territoriales que dieron cuerpo a la Patagonia, territorio que en la actualidad encuentra su génesis precisamente en aquellas distintas estrategias y argumentaciones discursivas que la fueron “*inventando como lugar*” (Navarro Floria, 2007: 8). “El viajero nombra, conoce y se apropia de lo natural”, de manera tal que es mediante el relato cuando le da existencia a lo que visualiza (Danieli, 2006). Así, genera una construcción de saberes geográficos y significados proyectados desde su visión como agente de Estado (Cecchetto, 2014).

Dibujando las costas de Patagonia Occidental: el viaje de Simpson a mitad del siglo XIX

A pesar de que Patagonia formaba parte del territorio que se encontraba bajo la gobernación de Chile durante el siglo XVIII, la imagen de este espacio austral estuvo asociada a la región de la “Trapananda” y su legendaria leyenda *La ciudad de los Césares*. Desde esta proyección fue concebida como una zona de límites desbordados, imprecisos y vagos en el imaginario geográfico de la nación (Martinic, 2011). A su vez, las condiciones climáticas y lo abrupto del espacio fueron elementos que sumaron aún más en la construcción de un imaginario geográfico de un territorio aislado y periférico, lo que repercutió, en la práctica, en la lentitud y tardanza en su exploración.

Desde esta perspectiva, y a pesar que desde antaño toda la macro área era ocupada por indígenas nómades (Osorio, 2014, Núñez, 2016), no sería hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando en el marco de la expansión territorial de la República de Chile, amparada por el afán de consolidar el Estado Nación, se generaría una renovada relación entre el saber científico y los intereses del Estado. La institucionalización de las ciencias de la tierra y el ideario de progreso y modernización asociado a esta, adquirió un rol preponderante al incentivar el relevamiento de información científica a través de la contratación de viajeros-exploradores tanto nacionales como extranjeros. La producción de conocimiento fiable, que permitiese delimitar, cartografiar y controlar las áreas inexploradas a lo largo del territorio nacional, conformaría un objetivo clave en este periodo. Desde este punto de vista, el proyecto de la modernidad/progreso del estado-nación fue una continuidad de la colonialidad imperial. Es decir, explorar en nombre del progreso y la modernidad fue la excusa para incorporar y controlar territorios periféricos.

Por lo mismo, la relación ciencia-modernidad fue de la mano de la preocupación geopolítica de la época, manifestándose en lo que respecta al territorio de Patagonia-Aysén en la continuación de las expediciones marítimas realizadas durante el siglo XVIII solo que ahora eran “nacionales”. Así, por ejemplo, en el siglo XIX se designó “comisiones hidrográficas” para el reconocimiento de las costas y canales comprendidos desde Chiloé hacia el Sur (Hudson, 1859), y que eran

“los que reclamaban con más urgencia un pronto y esmerado estudio” (Anuario hidrográfico, 1878: VI). Nombrar y describir la disposición de los canales, esteros, pasos de comunicación interoceánica, y posibles puertos de embarcaciones, detonó en la organización de las primeras exploraciones nacionales en la zona, lideradas primero por Francisco Hudson entre 1856 y 1857, y posteriormente por Enrique Simpson entre 1870 y 1873.

La urgencia por definir prolijamente los planos de las costas y territorios potencialmente productivos para el Estado, se concretizó en la creación de nuevos departamentos ministeriales y servicios públicos, tales como el Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización (1871) y la Oficina Hidrográfica de la Marina de Chile (1874) (Mancilla, 2010). Estas instituciones se orientaron a la generación de nuevos discursos y prácticas geográficas, en un contexto en que la promoción de las actividades científicas de “*clasificar, medir, y experimentar el territorio*” (Morillas, 2008: 161) se alineaban con los intereses del Estado por incorporar aquellos espacios en blanco a la cartografía nacional (Zusman, Lois & Castro, 2007; Cecchetto, 2014).

Los relatos de Enrique Simpson publicados desde 1870, plasman claramente esta situación, ya que sus expediciones se configuraron como un mecanismo para fortalecer la soberanía de Patagonia-Aysén ante las presiones ejercidas por Argentina desde principios del siglo XIX. Realizar un levantamiento geográfico completo de la región se tornaba clave en la defensa de estos territorios, que se “suponían” eran de interés por sus posibles riquezas naturales y aptitudes para la navegación y colonización (Martinic, 2005: 77). Tal como lo señalan las instrucciones dadas por la marina chilena al Almirante Simpson:

El reconocimiento se estederá a la costa comprendida entre los 44° i 46° lat, contrayéndose especialmente al río Aysén, i enseguida a las otras internaciones del mar i a los demás ríos que pudieran ofrecer un paso para la Patagonia...se formará plano de las rejiones esploradas en que se fijen puertos i caletas que puedan servir de abrigo a los buques, cuidando de marcar la sonda i los demás accidentes que interesan a la navegación...”

“El comandante pasará a su regreso una breve reseña de sus trabajos i de sus investigaciones, cuidando de hacer notar las depresiones de la cordillera i la clase de terrenos planos que visite. A este último respecto, conviene fijar la atención en la posibilidad de establecer colonias en aquellas localidades, en vistas de las condiciones de la vegetación, etc. (Simpson, 1870: 114).

Simpson describe detalladamente en sus informes una serie de temas: geografía, geología, reino animal, grupos humanos que divisó, y condiciones meteorológicas e hidrográficas de los terrenos que recorrió y cartografió en sus cuatro campañas efectuadas en la corbeta Chacabuco desde 1870 hasta 1874 por el río Aysén, la Península de Taitao, puerto Melinka, río Huemules, laguna San Rafael, y en especial el archipiélago austral de las Guaitecas y de los Chonos (Simpson, 1871).

Durante su primera campaña, el foco estuvo puesto en complementar y agregar nueva información a las descripciones hidrográficas realizadas en el siglo XVIII por los exploradores europeos. Para ello, realizó un levantamiento territorial y cartográfico de gran parte de los archipiélagos de la zona austral, donde localizó nuevos puertos y determinó rutas seguras de navegación para los vapores menores y para el transporte de materias primas (esencialmente madera de *ciprés* que abundaba en las islas de las Guaitecas y de los Chonos). Recorrió además el estero de Aysén, en el que describió su geografía física y definió la elevación de las aguas para el establecimiento de potenciales puertos de embarcación. En su segunda comisión hidrográfica, si bien continuó con el reconocimiento de los canales interiores de los archipiélagos australes; se enfocó más bien en la expedición del Valle del río Aysén y la laguna San Rafael. Su objetivo en esta campaña era atravesar la cordillera de los Andes para establecer pasos tras cordilleranos e identificar los ríos y lagunas que permitiesen una comunicación interoceánica (Memoria de Marina, 1871: 279).

En la tercera y cuarta expedición por su parte, finalizó el recorrido por el Valle de Aysén, y algunas costas, canales e islas; entre ellas: puerto Melinka, río Huemules, canal de Moraleda, y península del Taitao. Cabe destacar, que si bien Enrique Simpson contribuyó al levantamiento de información referente a la geografía costera de la porción austral, las expediciones que realizó en el interior de la región, resultaron aún más

claves en la medida que su descubrimiento generó un impacto tanto a nivel regional como nacional en dos aspectos: la identificación de potenciales terrenos para la colonización y la definición a priori del límite fronterizo (Simpson, 1874; Sagredo, 2012).

Desde esta perspectiva, en su tercer viaje, Simpson había atravesado la cadena de los Andes por los 45° de latitud Sur, destacando que “cada paso había sido un descubrimiento, sin dato alguno anterior de que guiarse, pues donde **no existen habitantes, tampoco existen huellas ni tradiciones**. Al emprender la expedición solo sabíamos que la cordillera de los Andes tenía límite, i a este habíamos llegado” (Memoria de Marina, 1870: 358. Subrayado nuestro)¹. Este recorrido por el relieve cordillerano de Aysén, permitió establecer observaciones referentes a las características limítrofes que diferenciaban la Patagonia chilena de la argentina, se refirió así a que la sección fértil de Patagonia Oriental “pertenece mas bien al Pacífico que al Atlántico, siendo mas accesible por este lado; **de modo que parece que la naturaleza misma prescribiera la soberanía de Chile**” (Simpson, 1872: 430 Subrayado nuestro). Para consolidar esta posición de dominación, Simpson propone la instalación de una colonia industrial y la construcción de un camino carretero hacia el valle de Aysén; que de acuerdo a su relato constituía un área fértil caracterizada por “grandes acopios de madera i tierras vegetales”. El establecimiento de una colonia en el sector, que se conectara con el territorio de Chiloé, permitiría asegurar su existencia a lo largo del tiempo y además de ello, la recolección de datos sobre los recursos naturales que serían de utilidad para la nación (Simpson, 1871).

Con respecto al punto anterior, resulta interesante visualizar cómo mediante operaciones de recolección, clasificación y descripción de las áreas exploradas, el relato de Simpson más allá de conformar un inventario o listado de accidentes geográficos propios del discurso de los naturalistas europeos del siglo XVIII, se centraba en revelar la geografía de estos solitarios parajes como una “naturaleza útil”, una forma de poner en valor el territorio, identificado sus potenciales productivas aprovechables (Cecchetto, 2014; Zusman, Lois & Castro, 2007: 102). Las narraciones

¹ Como es posible apreciar, incluso hasta el día de hoy, los territorios llamados periféricos son narrados desde los centros de poder, ya sea en nombre del progreso, la modernidad o del desarrollo. Simpson describe un territorio sin habitantes y donde está todo por descubrirse. En una reciente investigación hemos podido comprobar que allí había una rica y móvil actividad indígena. Ver Núñez et al, 2016.

de este viajero-explorador del siglo XIX se caracterizan así por conjugar y asimilar informes científicos con observaciones de carácter político y/o económico (Livon-Grossman, 2003), que generan una selección de los elementos y características “útiles” que podrían ser dominadas por el ser humano (Zusman, Lois & Castro, 2007: 105). Mediante la Geografía Física, “se describen los ríos, las costas, las islas y bañados, y a cada uno de estos objetos, la descripción le asigna una posibilidad productiva” (Cecchetto, 2014: 32), es decir, se consideran como servibles, tanto para la identificación de pasos de navegación seguros, como también para el establecimiento de colonias en el territorio, como visualizamos en los párrafos precedentes.

Las propuestas de Simpson, recalcaron en este sentido, las potencialidades del territorio austral, y conformaron pioneramente uno de los primeros acercamientos de carácter nacional hacia Patagonia-Aysén, en un contexto en que bajo los conceptos de Modernización, Civilización y Progreso se respaldaba y justificaba la expansión y control territorial de Chile:

“Este estudio [referente a Simpson] ha de ser el que tarde o temprano hará conocer la jeografía de la porcion austral del pais, desde Chiloé hasta la estremidad del continente sur-americano i el que vendrá a determinar el establecimiento de colonias de esos parajes hoy abandonados, pero que encierran los jermenes de su prosperidad” (Memoria de Marina, 1871: 23).

Territorio en conflicto: Patagonia-Aysén y el problema de la frontera a finales del siglo XIX

Finalizando el siglo XIX, la totalidad del territorio chileno había sido incorporado al resto de la nación, a excepción de una sola región, que aún en este periodo se pensaba “permanecía en absoluto despoblada a causa de su difícil geografía, clima e impenetrable selva”: la Patagonia Occidental (Ibáñez, 1972: 260). En base a esta “ausencia” es que se fue institucionalizando como un lugar lejano, aislado y fronterizo, necesario de normalizar bajo un orden social civilizatorio (Núñez, 2013). El impulso exploratorio del siglo XIX hacia estos territorios identificados como

deshabitados no debe observarse como un hecho aislado y puntual, sino que más bien, se enmarca dentro de una lógica capitalista de “unificación del mundo”, y de un esfuerzo del Estado por legitimar su poder y generar un campo de conocimiento sobre el territorio nacional para asentar sus fronteras (Podgorny, Penhos & Navarro Floria, 2009).

A partir de la década de 1890, las expediciones a Patagonia-Aysén fueron gatilladas por un nuevo contexto sociopolítico acaecido por los cuestionamientos acerca del tratado de Límites firmado en el año 1881 entre Chile y Argentina (Martinic, 2005: 87). Las posiciones opuestas entre ambos países y que generaron el conflicto, se fundamentaban para Chile en que la única manera de delimitación geográfica de la Patagonia constituía la división de las aguas (principio natural de demarcación); en cambio para Argentina debía privilegiarse el establecimiento de las altas cumbres, posible de unir solo por líneas imaginarias (Sanhueza, 2012: 14). Tesis que de acuerdo al perito Diego Barros Arana, designado por Chile para la comisión de Límites, era “jeograficamente irrealizable” (1898:26).

Las representaciones de Patagonia, y por ende de Aysén, en el relato de los viajeros exploradores de finales del siglo XIX y principios del XX, dan cuenta de un periodo histórico de gran impulso donde las nociones de este territorio como “desierto”, “periferia”, y “frontera interior” pretendían asociar el lugar como zona carente de desarrollo, siendo necesario por tanto dominar completamente ese espacio (Morillas, 2008). Las reclamaciones territoriales de ambos países por causa de la problemática limítrofe, gatillaron la necesidad de realizar nuevas expediciones sujetas a los saberes científicos/geográficos con el fin de colaborar en la defensa de la postura de Chile frente a un espacio que comenzaba a visualizarse en conflicto. La geografía adquiere en este sentido, el rol de “procesar y coleccionar informaciones al servicio del Estado, pero también permitía proveer una identidad imaginaria desde una interpretación nacional” (Morillas, 2008; Sanhueza en Steffen, 2010b: xvi, xxvi).

Argentina había efectuado para ese periodo algunos estudios científicos sobre Patagonia, llevados a cabo por Francisco Moreno en el sector de Río Negro y Nahuelhuapi (Sanhueza, 2012), lo que permitía obtener ciertas ventajas comparativas en la formulación de sus

argumentaciones geográfico-físicas para el litigio. Chile por su parte, si bien había realizado expediciones en la zona austral, no contenían el detalle requerido por el Estado para su defensa. Así lo manifiesta Hans Steffen, geógrafo alemán contratado por el gobierno chileno para estudiar el límite austral de la zona Patagónica, en donde efectuó ocho expediciones entre los años 1893 y 1899:

“Hay que confesar que estamos todavía muy distantes de poseer un conocimiento completo y fundado científicamente sobre la Patagonia occidental. Aun en la topografía de la región se notan vacíos considerables, y ni siquiera los contornos de la costa han sido fijados en todas partes (Steffen, 2010a: 11).

En los dos tomos del libro de viajes de Steffen *Exploración i estudio en la Patagonia Occidental 1892-1902* se retrata y describe el recorrido realizado por el explorador en los valles de grandes ríos de la región austral, entre ellos: Frío y Cochamó, Palena y Puelo, Manso, Aysén, Cisnes y Baker (Steffen, 2010). Los relatos de Steffen dan cuenta, desde esta perspectiva, del interés del Estado por adquirir información sobre el nacimiento de las formaciones “orográficas e hidrográficas en parte dudosa, en parte completamente desconocida” de Patagonia Occidental (Steffen, 2010: 146 b). Así se observa en la encomienda que el gobierno chileno realizó para uno de los viajes más relevantes del explorador en la región, efectuado en 1896 en el río Aysén:

“Recibí del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile el encargo de organizar una expedición que tendría por objetivo el estudio hidrográfico del Río Aysén, especialmente su desenvolvimiento en dirección oriental y en septentrional, las condiciones cartográficas de la región en torno al paralelo 45 y el curso de divisoria continental de las aguas en la latitud indicada (Steffen, 2010b: 350).

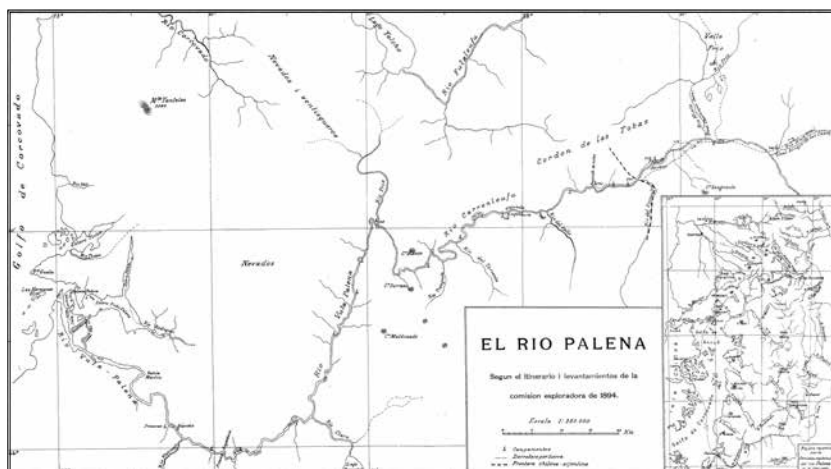
Si bien la motivación para la ejecución de esta expedición en el valle del Aysén era “resolver la cuestión, hasta la fecha indecisa, si el *divortium aquarum* entre el Aisen y los arroyos que contribuyen a formar el río argentino Senguer, queda fuera de los últimos contrafuertes orientales de la cordillera” (Steffen, 2010b: 20), se continúa con la labor de algunas exploraciones anteriores, tales como la de Simpson a fin de encontrar la disponibilidad de áreas colonizables en el marco del

concepto de “naturaleza útil” ya descrito. Bajo esta premisa del espacio como territorio neutro e inmóvil se subsumía la de describir y catastrar la “jeografía física, vegetación, zoolojía, formación jeolójica y condiciones para la colonización y apertura de caminos” (Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1987: 1) del estero de Aysén, constatándose que la idea de fondo era valorizar el territorio patagónico a partir de sus potenciales recursos naturales (Sanhueza en Steffen, 2010a: xxxi).

Las narraciones de Steffen se detienen en estos aspectos geográficamente descriptivos, pero a su vez, también dan cuenta de la situación de abandono de estos parajes australes por parte del Estado. Así lo menciona en el viaje realizado al río Palena (Ver Figura 2) años antes, entre 1893 y 1894, donde a pesar del gasto y esfuerzo que implicó su establecimiento como colonia en 1889, se encontraba en un estado de evidente descuido: “sería de desear que el supremo gobierno y los círculos del país, que se interesan por el porvenir de estas comarcas de la costa austral, se empeñasen en descubrir las causas de este abatimiento y contribuyesen a dar más impulso de vida” (Steffen, 2010b:144). Esta frase refleja claramente la perspectiva del territorio de Patagonia Occidental ante el interés de Chile durante ese periodo de potenciar y proteger los espacios conquistados en el norte después de la Guerra del Pacífico (1879-1883). Por lo mismo, “el extremo sur aparecía completamente ignoto y lejano” aún entrado el siglo XX (Sanhueza en Steffen, 2010: xxxi a).

En esta misma expedición, se da cuenta además de la falta de regulación acerca del seguimiento y control de los tratados firmados previamente con el país vecino, pues al recorrer las proximidades interiores de estos “espaciosos y fertilísimos valles” de la parte superior del Palena-Carrileufu, se encuentran con otros paisajes “cuyas aguas deben abrirse igualmente camino hasta la costa del Pacífico”, y en los que se ha visualizado una importante colonización Argentina, la que de acuerdo a Steffen (2010a: 197) “según el texto y el espíritu del tratado de límites de 1881, confirmado nuevamente por el protocolo de 1893, todos estos territorios, situados al occidente del encadenamiento de la cordillera que divide las aguas, deberían ser de propiedad chilena”.

Figura 2: Mapa Río Palena- Patagonia Aysén



Fuente: Steffen, 2010

Volviendo al tema central de su expedición, Steffen procuró metodológicamente establecer y apoyar los argumentos que fueron presentados por Chile en el litigio arbitral. Una de las particularidades del relato de este explorador fue la definición que realizó de Patagonia Occidental y Oriental, permitiendo de esta forma, delimitar e identificar con precisión dónde se daba el *divortium aquarum* que generaba el contraste geográfico entre los dos países en disputa:

“Con fuerza irresistible se impone al espectador el contraste que se manifiesta en el carácter de los paisajes a los dos lados de la línea divisoria de aguas. Mientras al lado chileno la vegetación crece con abundancia hasta las regiones de las mismas nieves eternas, al lado argentino cesa ya mucho antes de alcanzarla, y deja lugar a una ancha zona despejada, al parecer, de todo vestigio de vegetación. Los cerros que limitan el horizonte al este llamaron nuestra atención por sus formas caprichosas y su color gris-rojo, que es tan característico para la alta cordillera de las regiones del norte” (Steffen, 2010b: 84).

El reconocimiento de Patagonia Occidental por Steffen resultó ser un insumo fundamental para apoyar desde su experiencia científica, los intereses geopolíticos de Chile en el marco del conflicto limítrofe ante el Tribunal Arbitral de Londres entre 1899 y 1902. A pesar de ello, si bien para el explorador alemán las argumentaciones nacionales se caracterizaban por un “extenso material del límite chileno” y resultaban bastantes completas e ilustrativas de la situación, las argentinas, no pasaban de ser “pobres” en sus fundamentos. El fallo final sería otorgado favorablemente al país vecino, poniendo en evidencia según Sanhueza (2012), que en esta decisión no sólo se consideraron elementos geográficos en su evaluación, sino también, influyeron elementos externos con un marcado tinte político.

El discurso geográfico de Steffen durante el siglo XIX contribuye a la creación de una imagen de Patagonia como un territorio productivo para la generación de colonias y almacenamiento y explotación de recursos naturales; no obstante, destaca la urgencia de ejercer soberanía efectiva por parte del Estado para habitar sus tierras e incorporarlas al resto del país (Steffen, 2010a). Resulta interesante mencionar que el gobierno chileno durante este período estuvo enfocado en definir los límites con Argentina, más que conocer e incorporar tanto simbólica como materialmente este territorio a la nación. Steffen manifiesta esta situación, cuanto critica que el conocimiento de Patagonia durante este período haya “estado a menudo influenciado por aspiraciones políticas con motivo del litigio del límite”, lo que no permitió el entendimiento completo de otros aspectos a explorar en la región. En otras palabras, se evidencia claramente cómo los intereses del gobierno fueron dibujando la región desde una óptica centralizada (Sanhueza en Steffen, 2010b: xxvi).

Los discursos de la modernidad: la mirada de los viajeros de principio del siglo XX en Patagonia

Después de los viajes realizados por Hans Steffen para resolver la cuestión limítrofe entre Chile y Argentina, se produjo una larga recesión de las exploraciones a Patagonia-Aysén: “Treinta años habían transcurrido desde que el doctor Steffen llevara a efecto sus exploraciones sistemáticas, hasta que el Gobierno Chileno volviera a interesarse por aquellas lejanas

tierras” (Junge, 1934: 29). Patagonia, desde esta perspectiva, continuaba siendo a principios del siglo XX concebido como un territorio por descubrir; según Junge (1934: 29) “podía estimarse que el 50% de la Patagonia Occidental [era] aun desconocida”, se preguntaba en este marco, ¿qué habrá en esas zonas?: campos de hielo, cerros cortados, lagos (...) o “se puede suponer también que existan valles fértiles que han pasado desapercibidos”; es decir, continuaba interpretándose como un espacio imaginado.

Aquel panorama da muestra clara de los procesos de producción de los imaginarios geográficos, ya que la mirada del explorador es la mirada institucional y desde esa escala invisibiliza las migraciones espontáneas que colonos provenientes de la Araucanía (vía Neuquén) y Chiloé estaban realizando en la zona. El “otro” es neutralizado desde el *ojo comprensivo* de la escala institucional.

El panorama descrito por Junge adquiriría cambios relevantes a partir del año 1928 bajo la presidencia de Carlos Ibáñez del Campo, quien subdividió el territorio austral, creando la provincia de Aysén y nombrando al coronel Luis Marchant como intendente, para que propulsara el proceso de colonización y el establecimiento de caminos que uniesen la región transcorderana con la costa (Aleuy, 2012; Junge, 1934). Es en este contexto, en que comenzaron a dictarse un conjunto de leyes de colonización para aquella “despoblada” región, donde se insertan las expediciones realizadas por Juan Augusto Grosse y Max Junge, contratados primero por el Ministerio de Tierras y Colonización (institución creada en el año 1931), y posteriormente por el Ministerio de Obras Públicas (creado en 1888) para realizar numerosas campañas de viaje entre 1932 hasta aproximadamente 1960, donde recorrieron el Valle Exploradores, Puyuhuapi, Laguna San Rafael, Istmo de Ofqui, Puerto Aysén, Río Cisnes, entre otros muchos territorios más. El relato de Grosse se encuentra publicado en parte en su diario de viaje de 1986: *Visión histórica y colonización de la patagonia occidental*, entre otros libros y documentos científicos, en el que da a conocer los motivos y objetivos de sus expediciones hacia estos parajes australes

“Me conto que el gobierno [refiriéndose a su compañero Max Junge] estaba muy interesado en abrir este poco conocido territorio a la colonización, ya que podría representar para el futuro de

Chile una extraordinaria fuente de riqueza. Requisito para ello sería, naturalmente un completo reconocimiento del terreno para establecer cuales serían los lugares más apropiados para iniciar la explotación e ir así, también, completando los materiales cartográficos existentes y poco confiables” (Grosse, 1986).

El paisaje cultural de Patagonia-Aysén habían cambiando en la década de los treinta, pues ya contaba con el establecimiento de pequeñas localidades; entre ellas, las más relevantes correspondían a Puerto Aysén y Baquedano (actual Coyhaique) fundados en el año 1929, y que contenían una incipiente población de “colonos y pioneros solitarios” caracterizados por su carácter cosmopolita (esencialmente anglosajones y alemanes) que llegaron al sector por medio de la colonización espontánea y las concesiones de tierra (Junge, 1934).

No obstante, si bien esta zona austral se encontraba parcialmente poblada, Grosse (1986: 138) destacaba que era “ una sensación sublime la que nos invita a pensar que somos los primeros en internarnos por estas soledades, hasta ahora intocadas. En realidad es como, para admirarse de que en esta época de vuelos aéreos y records de toda clase, en que las naciones se disputan la posesion de los polos y hasta la luna puede darse por estudiada geograficamente,todavía queden territorios en este mundo donde el hombre no ha estado”. De la misma manera, su compañero de viaje Max Junge, se refiere al retraso de la incorporación de Patagonia Occidental con respecto a los ideales de un país “moderno” y “civilizado” al destacar que :**“se inician nuevamente las exploraciones; esta vez por aire y tierra, con el fin de reducir aquellas manchas blancas, vergüenza para un país civilizado, que lucen aun la palabra inexplorados ”** (Junge, 1934: 29. El destacado es nuestro), como se observa en la Figura 3, que muestra el mapa del sector de río Cisnes y sus espacios blancos o (*unerforscht*, inexplorados en español) en el imaginario mental de la época.

Este territorio consolidaría aún más esta posición de “camino a” o de “primera edad” una vez que se mejorasen las condiciones de las colonias existentes, y a su vez, se constituyeran nuevas colonias en el área. Grosse propone para ello, el establecimiento de colonos europeos, que era donde surgían los patrones de la modernidad, dedicados a velar por el cuidado de los paisajes australes:

“Las experiencias vividas en Patagonia Occidental me había convencido cabalmente de que sería muy posible radicar en esa selva virgen a personas de la Europa saturada de habitantes. Así fue como me decidí a promover este proyecto, en especial cuando me impuse que el Ministerio de Tierras y Colonización acogiera esta idea favorablemente” (Grosse, 1986: 17)

El apoyo del Estado ante esta propuesta de incorporación se vio reflejado en los viajes realizados posteriormente por Augusto Grosse. Un hito importante al respecto se encuentra en la expedición ejecutada a partir del año 1934, ya que tras la búsqueda de tierras colonizables y fértiles en los fiordos australes se fundó en 1935 la Colonia de Puyuhuapi, terreno que por sus pruebas de suelo, presencia de abundante madera y gran cantidad de peces y mariscos disponibles, lo habían conformado como un sector favorable que prosperaría a lo largo del tiempo:

“Apenas reconozco Puyuhuapi. Gran parte del bosque circundante ha desaparecido y en su lugar se ha extendido el pasto. Veo una casa de madera casi terminada y unas cuantas construcciones a su alrededor, chanchos corren de un lado a otro, gallinas y hasta perros abundan también” (Grosse, 1986: 67)

Paralelamente a esta exitosa y naciente colonización en Puyuhuapi, durante el año 1938 el gobierno chileno se encontraba interesado en la obtención de información para el establecimiento de vías camineras. Carlos Ibañez del Campo destacaba que “el mencionado territorio se halla en un abandono completo; de manera que para trasladarse de un valle a otro, frecuentemente es indispensable hacerlo por los valles argentinos. Urge, pues, incorporar esta región, a fin de que desaparezca esa falta de continuidad en el sur del país” (en Concha & Maltés, 2004: 420). Para ello, interesaba realizar una expedición al otro lado de la cordillera, específicamente alrededor de lo que actualmente

corresponde al sector chileno del Lago General Carrera, con la finalidad de analizar las posibilidades de unir esta zona por vía terrestre con el Océano Pacífico. La urgencia por realizar esta expedición radicaba en que las únicas vías nacionales existentes en ese momento, eran el camino carretero entre Coyhaique y Puerto Ibáñez, rutas bastante precarias y transitables sólo en verano (Grosse, 1955). Es así, como en la década de los cuarenta se comienza a concretar el proyecto para potenciar la infraestructura vial en la región:

“A fines del año 1941, se concibió el proyecto de comunicar la zona del lago general carrera directamente con puerto Aisén, si fuera posible por medio de un ferrocarril, atravesando una zona que previamente había que explorar, puesto que era del todo desconocida. El Departamento de Ferrocarriles tuvo a bien encomendarme esa tarea, y como al mismo tiempo el Ministerio de Tierras y Colonización proyectaba un reconocimiento de esta zona, a cuyo efecto comisionó al agrimensor señor Torrealba, resolvimos, de común acuerdo, realizar en conjunto nuestras respectivas misiones” (Grosse, 1955:41).

El viaje emprendido para alcanzar este objetivo fue realizado por el valle del río Blanco, el que no sólo era un sitio óptimo para la construcción de caminos, sino también conformaba potenciales áreas colonizables: “En todas partes, encontrábamos piso firme y plano, apropiado para construir un futuro camino; además, hasta muy arriba de los faldeos laterales se encontraban buenos campos colonizables. Días enteros recorrimos cañales secos, que al quemarse dejarían campos aptos para una inmediata explotación” (Grosse, 1955: 43). No obstante, a pesar del optimismo de hallar esta ruta por el río Blanco, la misión no pudo concretarse, encontrándose finalmente el tan anhelado paso hacia el Lago General Carrera por medio del curso del río de La Paloma.

Entre 1943 y 1945 las exploraciones realizadas por Grosse continuaban enfocándose en la posibilidad de encontrar rutas que permitieran a los chilenos que habitaban estos territorios acceder directamente a la red caminera del resto del país. En estas expediciones queda registro además sobre las diferencias en las condiciones viales entre Chile y Argentina, pues en esta última, producto de las características geográficas de la pampa, la construcción de carreteras resultaba bastante

más factible que en el lado chileno. Tal escenario fue un punto de inflexión en el discurso del explorador, quien expresaba las implicancias que esta problemática tenía para la Patagonia Occidental:

“Ya en este primer viaje conocí a fondo los graves problemas que se les presentan a los pobladores chilenos de lado O higgins y del río Mayer, debido a la falta absoluta de medios de comunicación como la difícil configuración topográfica de la zona. Esta crítica circunstancia los obliga a vivir en un aislamiento total, alejados del resto del país. La venta de sus productos y la adquisición de viveres les resulta difícil, ya que estas obligados a efectuar sus transacciones en las estancias argentinas ya nombradas motivo por el cual no circula moneda chilena en la región del lago O higgins” (Grosse, 1955: 117)

En las nueve exploraciones realizadas desde 1946 hasta 1958 se recorrieron una vasta cantidad de territorios aún desconocidos para esos años de la Patagonia Occidental. En la totalidad de los viajes de Grosse se hace frente a lo solicitado por el gobierno en relación a la colonización de esta zona austral. Es así como destaca que “han ido desapareciendo algunas manchas blancas en el mapa. Valles que fueron descubiertos ya han sido colonizados e incorporados al proceso de producción nacional” (Grosse, 1986:191). Sin embargo, aún continuaba la idea de Patagonia-Aysén como un “espacio sin población”, en el que que sólo un “10% es terreno utilizable. El resto se compone de empinadas montañas, nieve, territorio helado, fiordos y canales. A pesar de ello, esta hermosa región ofrece espacio más que suficiente para muchísima gente”. Un aspecto clave para alcanzar este objetivo y que es transversal en todo el relato del explorador, tiene que ver con la necesidad de mejorar las infraestructura vial para alcanzar el poblamiento e incorporación efectiva de esta porción del territorio al resto del país:

“Buenas conexiones por mar y tierra son los requisitos esenciales para su desarrollo en gran estilo [refiriéndose a la región]. Ya se ha hecho el comienzo. Ahora es asunto del Estado convertir en realidad las posibilidades camineras detectadas, como también el ordenar que continúen las expediciones y planes intensivos, que deberían preceder a todo lo demás. Es de esperar que esta aislada provincia en la amplia Patagonia

Occidental pueda incorporarse pronto a la actividad nacional.” (Grosse, 1986: 191. Subrayado nuestro).

Reflexiones finales

Los viajes exploratorios se han configurado desde sus inicios como una fuente de información primaria y como uno de los soportes claves desde donde es posible unir a la llamada ciencia geográfica con el poder. Explorar, describir, cartografiar y vivenciar el territorio a través del relato, permite crear geografías imaginarias que producen una invención discursiva de un área desconocida o “*inesplorada*”. El resultado: una estructura social que comprende el espacio de determinada manera *naturalizándolo y esencializándolo*.

Por lo mismo, el relato del explorador es una narración social que se encuentra condicionada por el propio viajero que lo realiza, por la perspectiva institucional que lo envuelve y por el contexto sociocultural en el que enmarca. De este modo, nos encontramos con narraciones geográficas que se conforman como mecanismos de producción de conocimiento científico, pero que también están supeditadas a alcanzar los objetivos planteados por los diferentes sectores de poder interesados sobre un territorio determinado. De esta forma, más que un inventario de accidentes geográficos neutro, el levantamiento de información obtenido a partir de los viajes-exploratorios, facilita la creación de saberes geográficos, constituyéndose como un instrumento de expansión territorial pero también como un instrumento de poder y dominación.

El interés por el territorio de Patagonia-Aysén se remonta al siglo XVIII con las expediciones realizadas por algunos científicos europeos al mando de la corona española y británica para obtener información sobre las características geográfico-físicas del área. No obstante, no sería hasta la segunda mitad del siglo XIX, periodo de mayor extensión territorial de Chile, cuando se generaría un real interés por parte del Estado para explorar la “desconocida” Patagonia-Occidental. Es así, como comienza la seguidilla de viajes y relatos geográficos que comenzarían a *dibujar* esta zona austral, permitiendo sentar las bases y justificación para anexar este espacio al imaginario geográfico de la nación.

A lo largo de este texto fue posible profundizar en tres periodos claves en cuanto a los discursos y expediciones que dieron cuerpo a lo que se iba comprendiendo por Patagonia-Ayén. El primero de ellos, se sitúa a mediados del siglo XIX, donde el foco estaba puesto en el reconocimiento hidrográfico de la costa de Patagonia Occidental. Estos viajes se llevaron a cabo por Enrique Simpson a través de cuatro comisiones hidrográficas enviadas por la Marina chilena entre 1870 y 1874. Los relatos del almirante Simpson permitieron una primera aproximación al territorio patagónico, que pasó de ser visualizado como un espacio hostil y salvaje, descrito así también por los naturalistas europeos, hasta un territorio con aptitudes y potencialidades en cuanto a sus recursos naturales. Un punto clave en este sentido, es la alusión que realiza el explorador a través de sus descripciones al concepto de “*naturaleza útil*”, que permitió una valorización de los recursos de Patagonia-Aysén, haciéndolo un punto de interés para las posteriores exploraciones enviadas por el Estado.

En el segundo periodo identificado a finales del siglo XIX, las expediciones de Patagonia-Aysén se encontraban motivadas por el conflicto limítrofe gatillado por la interpretación del tratado de límites de 1881 entre Chile y Argentina. Hans Steffen es el encargado de levantar información para sustentar la tesis de Chile sobre el *divortium aquarum*. Durante este periodo, Patagonia-Aysén es concebida como un territorio en disputa, por ende, las expediciones comienzan a centrarse en la descripción y detalle de los cursos de los principales ríos y valles transversales de la región, así como también la identificación de potenciales territorios fértiles para el establecimiento de colonias. La geografía durante este periodo tenía el rol de “procesar y coleccionar informaciones al servicio del estado, pero también permitía proveer una identidad imaginaria desde una interpretación nacional” (Sanhueza en Steffen, 2010b: xvi, xxvi). Es así como en este horizonte de comprensión, cobra especial importancia el rigor en la toma de datos, pero también la mezcla de estos informes científicos con aspectos políticos y económicos de utilidad para el país.

Finalmente, el tercer periodo identificado se sitúa en el siglo XX con las expediciones de Juan Augusto Grosse y Max Jungue. Patagonia-Aysén aún era considerada y categorizada como un territorio prácticamente inexplorado y lleno de “espacios blancos” en la cartografía

nacional. De acuerdo a ello, un punto clave en sus relatos tenía que ver con la identificación de nuevos terrenos fértiles para el establecimiento de colonias, las propuestas de colonización europea y la determinación de potenciales rutas camineras para establecer una conexión definitiva del territorio austral con el resto del país. Por otra parte, el discurso de estos viajeros a diferencia de los anteriores, se centraba en realizar una mirada paisajística de Patagonia-Aysén como un territorio de hermosos parajes, que sentaría las bases para una de las principales atractivos de esta región en la actualidad, relacionada con el turismo y la visión de un paisaje único del fin del mundo.

Bibliografía

ALEUY, O. *Memorial de la Patagonia. Aysén*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2012.

Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile N° IV. Santiago: Imprenta Nacional. 1878

BARROS ARANA, D. *La cuestión de límites entre Chile i la República Argentina*. Santiago de Chile: Establecimiento Poligrafo Roma, 1898.

BERTONCHELO, R. Los imaginarios de espacios distantes a partir del turismo. En Lindón, A & Hiernaux, D. *Geografías de lo imaginario*. (pp.205-221). México: Anthropos. 2012

CAPEL, H. *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*. España: Ediciones del Serbal, Colección La estrella polar. 2012

CECCHETTO, G. Explorar, imaginar y relatar el territorio: viajes y tecnologías de poder en la producción y legitimación de saberes geográficos en la universidad nacional de córdoba, 1876-1882, 2014. Recuperado el 10 de agosto de 2014, disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/coloquio2014/Gabriela%20Cecchetto.pdf>

CICERCHIA, R. De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad. Recuperado el 28 de octubre de 2016, disponible en: <https://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-cicerchia.pdf>

CONCHA, A. & MALTÉS, J. “*Historia de Chile*”. Saint André de la Barca, Barcelona de España: Bibliográfica Interamericana, 2004

DANIELI, M. Los orígenes ideológicos del sistema de regadío del alto valle del Río negro y Neuquén, Patagonia, argentina. *Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* Vol. X, núm. 218 (06). 2006

GROSSE Augusto, “Visión de la Patagonia”, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1997.

GROSSE, J. *La Visión de Aysén*. Santiago de Chile: Editorial Instituto Geográfico Militar, 1955.

GROSSE, J. *Visión histórica y colonización de la patagonia occidental*. Santiago de Chile: Ministerio de Obras Públicas, 1986.

HEVILLA, C. Los viajeros de las alturas: narrativas de viajeros y científicos sobre los Andes argentino-chilenos en el siglo XIX. En Zusman, P., Lois, C. & Castro, H. *Viajes y geografías: explotaciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

HUDSON, F. Reconocimiento hidrográfico del río Maullin i de la península i archipiélago de Taytao, practicada en 1857 por el comandante i oficiales del bergantin-goleta de Guerra Janequeo. *Anales de la Universidad de Chile XVI*, 1139-1164, 1859.

IBÁÑEZ, A. *La incorporación de Aysén a la vida nacional, 1902 - 1936*. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1972.

JUNGE, M. Exploraciones en la patagonia chilena. *Anales de la Universidad de Chile*; 27-46, 1934.

JUNGE, M. *Patagonien: Papageien und Eisberge - Meine Erlebnisse in den patagonischen Kordilleren*. Berlin, Alemania. Im Deutschen Verlag. 1938

LEFEBVRE, H. La producción del espacio. *Revista de Sociología*, N°3, pp. 219 – 229. 1974

LIVON, E. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora. 2003.

MANCILLA, P. La génesis del conocimiento científico chileno sobre los territorios australes-antárticos, 1820-1884. *Estudios Hemisféricos y Polares*, Vol. 1, N°. 1, pp. 1-23. 2010

MARTINIC, M. Aysén moderno y contemporáneo, una secuencia de desafíos. *Sociedad Hoy*, 20, pp. 9 -23. 2011

MARTINIC, M. *De la Trapananda al Aysen: una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestros días*. Santiago de Chile: Pehuén, 2005.

Memoria de Marina de Chile. *Exploración hidrográfica de la Chacabuco*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional. 1871.

SIMPSON, E. Hidrografía: Reconocimiento del río Aysén. *Anales de la Universidad de Chile*, [En línea], pp 113-158. 1870.

SIMPSON, E. Hidrografía. Exploracion de la costa occidental de Patagonia i de los archipiélagos de Chonos i Guaitecas, practicada según su orden del Supremo Gobierno, por don Enrique M. Simpson, a bordo de la coberta “Chacabuco”. *Anales de la Universidad de Chile*, [En línea], tomo 39, pp 169-197. 1871.

SIMPSON, E. Hidrografía: exploracion de las costas occidentales de Patagonia i del archipiélago de los Chonos, practicada de orden del supremo gobierno en 1871. *Anales de la Universidad de Chile*, [En línea], tomo 41, pp 389-457. 1872.

SIMPSON, E. Hidrografía. Cuarto viaje de la comision esploradora de la costa occidental de la Patagonia i de los archipiélagos de Chonos i Guaitecas, bajo la direccion del comandante de la corbeta “Chacabuco”, don Enrique M. Simpson. *Anales de la Universidad de Chile*, [En línea], tomo 45, pp 505-558. 1874.

Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores. *Informe preliminar sobre la expedición exploradora del río Aysén, presentado al señor Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización*. 1897.

MONTALDO, G. Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina, Rosario: Beatriz Viterbo Editora. 2004

MORILLAS, E. Textos inaugurales: Los relatos de los viajeros patagónicos. *Anclajes*, Vol. 12. pp 155-178. 2008

NAVARRO FLORIA, P. e. *Paisajes del Progreso*: Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 2007.

NAVARRO FLORIA, P. e. *Patagonia. Ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*. Centro de Estudios Patagónicos. Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional del Comahue. 2005.

NÚÑEZ, A. Proyecto FONDECYT Regular N° 1141169 (2014-2016), Fronteras tardías, fronteras actuales: el territorio de Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX y XXI. 2013.

NÚÑEZ A., ALISTE, E., BELLO, A. (2014) El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de una renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI. *Scripta Nova - Revista Electronica De Geografía y Ciencias Sociales*. 2014; XVIII (493):1-13.

NÚÑEZ, A., MOLINA, R., ALISTE, E. y BELLO, A. (2016). Silencios Geográficos en Patagonia Aysén: Territorio, Nomadismo y Perspectivas para repensar los Márgenes de la Nación en el siglo XIX. *Revista Magallania (ISI-Chile)*. N° 2, Vol. 44, 107-130.

OSORIO, M. (2014). Antiguas historias del valle Simpson, Aysén. Ediciones Ñire Negro, Aysén.

PODGORNY, I., PENHOS, M. & NAVARRO FLORIA, P. *Viajes: Espacios y cuerpos en la Argentina del siglo XIX y comienzos del XX*. Ediciones Biblioteca Nacional, Tesco. Buenos Aires, Argentina, 2009.

ROSENBLITT, J. & SANHUEZA, M. *Cartografía histórica de Chile (1778-1929)*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2010.

SALDIVIA, Z. *La ciencia en el Chile decimonónico*. Editorial Utem, Santiago, Chile, 2005.

SANHUEZA, C. Un saber geográfico en acción: Hans Steffen y el litigio patagónico 1892-1902. *Magallania (Punta Arenas)*, 20120, 40(1), 21-44. Recuperado en 26 de agosto de 2014, de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071822442012000100002&lng=es&tlng=es. 10.4067/S0718-22442012000100002.

SANHUEZA, C. *Viajes de exploración y estudio en la Patagonia occidental*. En Steffen, H. Viajes de exploración y estudio en la Patagonia Occidental 1892-1902, Volumen I, Santiago, Chile: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 2010a.

STEFFEN, H. Viajes de exploración y estudio en la Patagonia Occidental 1892-1902, Volumen II, Santiago, Chile: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 2010b.

ZUSMAN, P. La tradición del trabajo de campo en Geografía. Geograficando: Revista de Estudios Geográficos, N°7, pp. 1-18. 2011

ZUSMAN, P., Lois, C. & Castro, H. *Viajes y geografías: explotaciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

La chilenización de Aysén: Claves para comprender su incorporación al territorio nacional desde la escuela en el siglo XX

Esteban Soler Escalona

Resumen

A partir del texto e imágenes de libros escolares del siglo XX, se analiza el imaginario proyectado sobre Patagonia Aysén, particularmente desde el Estado. Las distintas miradas sobre el territorio, dan cuenta de fenómenos hasta hoy relevantes (nacionalismo y centralismo), los que se articulan en un discurso implícito en las imágenes y el texto que las acompaña. Se concluye que las miradas sobre el territorio patagónico variaron en función del modo de apropiación (chilenización) y la utilidad que aquél prestaba a la nación en distintos períodos.

Palabras clave: chilenización, mirada, imaginario, Aysén.

Abstract

From the text and images of school books of the twentieth century, the imaginary projected on Patagonia Aysén, particularly from the State, is analyzed. The different perspectives on the territory give an account of phenomena that have hitherto been relevant (nationalism and centralism), which are articulated in an implicit discourse in the images and accompanying text. It is concluded that the views on the Patagonian territory varied per the mode of appropriation (chilenización) and the usefulness that this lent to the nation in different periods.

Keywords: chilenización, look, imaginary, Aysén.

Tal como en el siglo XIX, todavía a principios del XX los territorios periféricos eran conceptualizados como espacios de barbarie: a ellos debía acercarse *la civilización*. En Chile, el territorio de Aysén fue comprendido bajo la misma lógica y su incorporación al territorio nacional como un proceso de *chilenización*.

En esta investigación, la chilenización se observa a través del papel de las imágenes en la construcción ideológica de la nación. La imagen nacional y de sus regiones, llevadas a formatos tales como cartas y fotografías panorámicas, debía ser descifrada para generar una sensación de conjunto, por lo que la escuela se constituyó como un lugar privilegiado para la educación visual. Asimismo, y a partir de la *visualización* de Aysén como “una tierra por descubrir” y como un espacio de potencialidades económicas, turísticas y estratégicas en la mantención de la soberanía, es posible comprender aquellas imágenes y valoraciones educacionales como una proyección de un proceso sociodiscursivo encaminado a ejercer control territorial. Se argumenta que la imagen de una Patagonia lejana y con *potencialidades* o *vocaciones* de distinto tipo, ha sido intencionalmente diseñada y construida a través de medios dispuestos para una valoración “automática” y “naturalizante” de este espacio. Para este análisis, se consideró como utillaje la colección de textos escolares del *Museo de la Educación Gabriela Mistral*.

La construcción del territorio en imágenes

La historicidad del territorio ha venido a ser uno de los tópicos que más ha llamado la atención de la Geografía en las últimas décadas (Núñez, 2013). Todas las prácticas desarrolladas a lo largo del tiempo sobre el espacio, son construcciones y reflejo de significados sociales □no individuales□ que tensionan el territorio entre el pragmatismo (presente) y las expectativas o sueños (futuro), movidas por el cálculo de lo que allí ha podido hacerse (pasado).

Ciertamente, durante los siglos XIX y XX, uno de los principales actores y soñadores del territorio ha sido el Estado: institución por entonces ya madura y con la suficiente fuerza para canalizar recursos que impactaran profundamente el espacio nacional. Siendo así, no es de extrañar que aún hoy las investigaciones sobre la constitución del

territorio aborden esta problemática desde una perspectiva “estadista/nacionalista”. Nuestra propia investigación asume, de hecho, ese papel del Estado chileno como un actor clave y relevante. Indudablemente, los significados y proyectos del territorio patagónico occidental que nos ocupa son más complejos que el dictamen de este Estado y, sin embargo, sus lineamientos lo han impactado en una escala imposible de ignorar.

En este sentido, Aysén ha experimentado en el último siglo cambios importantes. De tener poblamientos esporádicos chileno-argentinos, presencia indígena de tipo nómada (Osorio, 2014; Núñez, 2016), así como visitas estacionales de pescadores chilotes, pasó a ser definida desde distintos tipos de políticas públicas, destacando las concesiones ganaderas catalizadoras de la formación de asentamientos. Paulatinamente, la administración del territorio fue haciéndose presente bajo otras vías: ya fuera haciendo a la Patagonia dependiente del *Territorio de Magallanes*, estableciéndola luego como *Territorio de Aysén*, así como, finalmente, *región* directamente dependiente del poder central en 1928 (Martinić, 2004, pp. 260–263).

Con todo, no nos interesa observar, así sin más, los esfuerzos y el discurso surgidos desde el Estado. Esta investigación propone adentrarse en aquellos mecanismos por los cuales aquél constituyó el espacio aisenino como territorio, pero enfatizando especialmente el papel de la escuela en el proceso. Siendo aún más precisos, nuestra investigación se centra en las imágenes y el imaginario de Aysén que transmiten los textos escolares durante el siglo XX. Tales imágenes, que suelen ir acompañadas de un texto explicativo que las encorda en el cuerpo de la enseñanza escolar, requirieron de un ojo entrenado que las viera correctamente. Al entrenamiento visual y de la capacidad de abstracción de los escolares, se sumó necesariamente la creencia en un proyecto que junto a la enseñanzas iba configurando un imaginario geográfico desde donde quedaba definido el territorio de Aysén.

En este sistema, las regiones, como parte de la nación, se deben a ella: están en deuda constante, y ello se hace patente en la definición de *vocaciones* regionales o interregionales; Aysén, junto a Magallanes, han tenido históricamente la suya en la ganadería. Desde luego, en el

momento de dictaminar su aptitud, hay elementos objetivos: cabezas de ganado, creación de empleos, inversión y otras entradas que autorizan su inscripción en una u otra vocación, pero son también base para la proyección del futuro de dicho territorio. De todo esto nos hablan las imágenes escolares. Su estudio es, entonces, un insumo necesario para el análisis de la territorialización de la Patagonia. En este contexto, la importancia del Estado viene dada por el impacto de la aplicación sistemática de políticas de poblamiento y la construcción, por medio de la escuela, de una memoria y una proyección de este espacio desde una visión Estado-centrista. El territorio es visto acá como *argumento y posibilidad* (Aliste, 2010) desde el cual es posible disputar ese centralismo y otras hegemonías que lo cruzan.

El territorio nacional chileno

El concepto de *chilenización* es, desde nuestro punto de vista, tremendamente clarificador del proceso de territorialización nacional. Tanto en el lenguaje de los actores contemporáneos al proceso, como en su conceptualización *a posteriori*, se retrata la chilenización precisamente como un proceso de construcción, cuyas fases dependen de las particularidades de adquisición/ inclusión del espacio en cuestión. Así, por ejemplo, la incorporación de los territorios bolivianos y peruanos luego de la Guerra del Pacífico, demuestran una cuidadosa arquitectura administrativa, espacial, económica y socio-demográfica proyectada sobre dicho espacio, como lo evidencia la organización del territorio cercano a Tarapacá:

“Esta organización determinó entre las décadas de 1880 y 1930 tres rasgos fundamentales: 1) la conformación administrativa del espacio tarapaqueño en dos grandes áreas: la urbana (donde estaban los puertos y las oficinas y pueblos ubicados en la pampa salitrera) y la rural (constituida por el espacio andino de oasis, valles precordilleranos y altiplano donde estaban los campesinos peruanos y bolivianos y los indígenas); 2) la predominancia de la primera respecto a la segunda por consideraciones económicas, políticas y sociales; y 3) que el conjunto de los funcionarios fiscales

chilenos, salvo los inspectores y jueces de distrito, se posicionaran de manera distante al área andina” (Castro, 2014, p. 667).

Por el período en cuestión y sus características, es inmediata la asociación con el fenómeno del establecimiento de las fronteras nacionales. Ya fuera por medio de la guerra o de tratados internacionales (como el pacto chileno-argentino de 1881, que definió la cordillera de Los Andes como límite entre ambos), los países se encontraban, a fines del siglo XIX, en una fase de configuración de su territorio común a otras naciones. La nacionalidad se definió entonces por criterios como la raza y la posesión de un territorio connatural, administrados por y encarnados en el Estado (Parekh, 2000; Serrano et al., 2012, pp. 42–43).

A este proceso han mirado algunos investigadores, ampliándolo bajo conceptos tales como el de *fronterización*, en el cual se recogen problemáticas distintas de la sola diplomacia y políticas internacionales. Las prácticas de fronterización son entendidas como “las diversas maneras en que colectivos sociales marcan un adentro y un afuera, que encuentra un correlato en la diferenciación nosotros/otros” (Briones & Del Cairo, 2015, p.15). Como puede entenderse, tales prácticas no se efectúan sólo entre países, y el concepto de frontera se aplicó también para pensar aquellos espacios mal integrados al territorio soberano, espacios conocidos como *fronteras internas* (Quijada; 2000, Núñez, 2014).

La barbarie

La Patagonia occidental, que en buena medida es cubierta por la actual región de Aysén, fue catalogada tempranamente como una de esas fronteras internas. Realmente, el concepto no rondaba a los coetáneos del proceso de poblamiento y redescubrimiento de la zona, pero las lógicas que operan en dicho proceso son muy bien comprendidas bajo esta noción. En lo principal, una zona de frontera interna podía estar alejada físicamente del centro administrativo histórico: el llamado Norte Grande y Patagonia son ejemplos patentes. También solía hacerse presente la falta de control administrativo, político o social: un territorio recién incorporado por el norte, un área mal poblada con migraciones no controladas, así como un abandono administrativo por omisión (Aysén) o forzado (Araucanía) en el sur. Finalmente, es claro en los ejemplos

tomados la relación conflictiva con otra nación, definida como un *otro* que pone en riesgo el proyecto de identidad nacional. Al respecto, es bastante gráfica la opinión de un coetáneo al proceso de territorialización de Aysén, Víctor Domingo Silva, cónsul de Chile en Neuquén, para quien la creación del Territorio de Aysén

“respondía a dos objetivos: 1° resolver el problema ya grave, de la situación de los chilenos emigrados a la falda oriental de la cordillera austral, desviando o atajando razonablemente esa corriente migratoria; y 2° incorporar al patrimonio nacional, chilenizándola y dotándola de servicios públicos, toda la vasta zona comprendida entre los paralelos 43 y 49, donde, a causa de un inconcebible abandono de parte nuestra, la influencia argentina estaba haciéndose incontrastable” (Silva, 1936, p. 154).

No obstante lo útil de dicho concepto, es difícil comprender a cabalidad el significado de la chilenización sin tener a mano un referente clave: la dicotomía entre civilización y barbarie. En efecto, todas las características delineadas en el proceso de formación de tales fronteras se encuentran cruzadas, de alguna u otra forma, por el metarrelato de la Modernidad en el que se desenvuelven civilización y barbarie como polos opuestos (Mignolo, 2011). Ella se condensa en objetos discursivos variados: nación, urbanización, industrialización, eficiencia, desarrollo económico, raza, incluso conectividad vial; todo ello conducido —en la mentalidad de principios del siglo XX— por la mano fuerte del Estado.

En esta trama, los *espacios desérticos* fueron zonas clave. Ya fuera dificultando la comunicación entre ciudades o imposibilitando el establecimiento de poblaciones, se significaron como espacios agrestes y, en consonancia, eran zonificados como lugares de barbarie (cuestión, por supuesto, de larga data en la construcción de los territorios en Occidente)¹. Respecto de esto, vale aclarar el sentido de nuestras palabras: en efecto, sería absurdo ignorar las dificultades objetivas que supone el establecimiento, por ejemplo, de una ciudad en medio de un desierto: agua, electricidad, conectividad, manejo de las temperaturas

¹ Para un estudio más acabado de la relación opuesta Ciudad-Rural, donde solo la primera era sinónimo de civilización, ver Núñez, A. (2010).

extremas con mecanismos de calefacción y enfriamiento, y un largo etcétera; cuestiones que hacen absurdo negar que el espacio físico impone la viabilidad de la vida (al menos humana). Pero al margen de tales consideraciones biológicas, las sociedades han podido, mediante tecnologías de distinto tipo, subsanar esas dificultades: las salitreras y el sistema ferroviario nacional son un ejemplo evidente. De ahí que tenga sentido separar los condicionantes que exige un espacio para el sustento de la vida humana, respecto de la *conceptualización* discursiva y la densa red de significados que sobre ese espacio se tejen: cuestión que da pie al uso extensivo o metafórico de, en este caso, los *espacios desérticos* como zonas alejadas de “lo civilizado”.

Así, los desiertos fueron, al menos desde el siglo XIX, objeto central del discurso civilizatorio moderno (Navarro Floria, 2002, 2008). En ellos, los proyectos del centro se desplegaban casi sin oposición: su administración directa, así como las representaciones en torno al territorio, fueron impuestos por procesos que la población sólo pudo contemplar o, en el mejor de los casos, interpelar reaccionariamente. En otras palabras, las periferias nacionales se constituyeron en *desiertos*, metáfora necesaria para tomar control de esos territorios.

Organización y control del territorio de Aysén

“(…) el control de la población ha constituido uno de los pilares básicos de la gobernabilidad, (...) ya fuesen las líneas maestras de la alta política o la ordenación de los más mínimos detalles del quehacer diario de los individuos, pasando por la organización del territorio o de la ciudad” (Bonastra & Jori, 2013, p. 8).

La administración, incluso en su acepción más llana, requiere de *representaciones* útiles a sus objetivos: esto, ya que la “estructura simbólica de la acción” opera siempre que algún sentido mueve el quehacer (Ricoeur, 2006, p. 20). De acuerdo a ello, también sería necesario aceptar que no es sólo el Estado quien impone su sentido; si bien es indudable su hegemonía discursiva y capacidad operativa, a la población (contraparte esquemática de aquél) le resta aún la aceptación/rechazo de sus propuestas. En este contexto, la población ha tranzado históricamente de acuerdo al tipo de apremios a los que se la ha sometido. En Aysén, ya lo decíamos más

arriba, la población esporádica fue una de las vías de asentamiento. Su condición de pobladores e incluso su identidad nacional, no fueron siempre reconocidas. La disonancia entre lo dictado por el Estado y las expectativas de la población administrada alcanzó, por esto, cadencias impensadas.

Ya fuera por cuidado de las relaciones bilaterales con Argentina o por el desconocimiento de la región, no fue sino hasta 1902 (laudo arbitral de la Corona británica) que comenzaron políticas de poblamiento a través de extensas concesiones de tierras en la zona, siendo la Sociedad Industrial de Aysén (S.I.A.) y la Sociedad Explotadora del Baker algunas de las empresas más trascendentes. Aunque rara vez los concesionarios cumplieron con las cuotas de internación de pobladores, sus actividades permitieron asentar varias de los actuales poblados, abriendo para ello rutas de transporte y comercio, sustentados en actividades económicas extractivas. El dominio extensivo de esta forma de colonización entró prontamente en conflicto con los improvisados asentamientos de los pobladores esporádicos. La llamada Guerra de Chile Chico (1918), es emblemática en tal sentido: carabineros chilenos enfrentados a colonos espontáneos para el desalojo de las tierras concesionadas, con un llamado de colaboración a tropas argentinas para el desalojo de los pobladores. Sin duda, un asunto simbólico que refleja bien lo que deseamos expresar en estas páginas.

Los contrapuntos generados por desavenencias como la de Chile Chico, permiten graficar vías específicas por las que opera la nacionalización. Es bastante claro, en el caso de las concesiones, cómo el Estado y los privados se unieron para “hacer patria” en territorios alejados: verdaderas puntas de lanza de la civilización que los diarios de la época celebraron (Martinić, 2004). Menos evidente en el caso de los pobladores esporádicos, la nacionalización opera también acá, aunque por distintos mecanismos: el viaje del ingeniero José Pomar en 1920, delegado para revisar la situación de los colonos en general, terminó en el reconocimiento del derecho de éstos por sobre el de los arrendatarios-concesionarios; su labor dio pie a la afirmación de los colonos como verdaderos chilenos, con el derecho a poblar y el deber de resguardar un espacio en la orilla de la frontera con Argentina. Con ello comienza un

proceso igualmente trascendente: la construcción de una memoria en la que tales pobladores tienen lugar como “colonos libres”, una suerte de *gesta* de la historia regional que sería recogida por el Estado y transmitida por su sistema educacional como un peldaño más en la construcción de un territorio, hasta entonces, “sin historia”.

La escuela en función de la nación: imaginarios e imágenes de la Patagonia

La escuela de principios del siglo XX servía de muchas formas a la ideología nacional. Los planes de formación en materias tan variadas como historia y biología, solían traer expreso el vínculo entre sus objetos de estudio y una identidad nacional común y homogénea. La escuela, como otros elementos cotidianos de la vida nacional, funcionan como mecanismos que refuerzan la identidad comunitaria a distintos niveles de manera directa y consciente (Benwell, 2014; Billig, 1995). Esta visión de la educación, así como aquella que destaca sus beneficios económicos futuros, impulsaron el sistema educativo estatal que pasó de 113 mil matriculados en 1887 a más de 600 mil en 1930 (Núñez, 1993; Serrano et al., 2012, p. 67). A través de éste, se vuelve explícita también la intención de control y regulación de las relaciones de poder entre educador y educando (Orellana, 2009, p. 45), que en el contexto histórico representan también las relaciones entre Estado y población.

En este marco, los textos escolares, así como otros materiales pedagógicos y didácticos, tuvieron un papel fundamental. Si bien su difusión varía a lo largo del tiempo, desde muy temprano se promovió la repartición a nivel nacional de textos originados por el sistema centralizado de educación (otros ítemes, como pizarrones con el contorno del país tallado, globos terráqueos o matraces y probetas para química, sólo podían encontrarse en los colegios con mayores recursos). Entre la multitud de información generada para los escolares, los textos con materias como Historia, Geografía y Educación Cívica mostrarían de mejor forma los proyectos hegemónicos de construcción del territorio nacional (Teobaldo, García, Nicoletti, & Miralles, 2008). La revisión de las imágenes y los discursos en torno a Aysén son, en este sentido, una aproximación bastante directa a la proyección y los sueños del Estado sobre este territorio.

¿Qué es Aysén para los gobiernos de turno y, en fin, para la nación chilena del siglo XX? ¿Cómo se reflejan y transmiten los proyectos hegemónicos en las imágenes de los textos escolares? Con estas simples preguntas queremos adentrarnos en las lógicas de construcción del territorio patagónico. Para esto, consideramos una treintena de textos escolares publicados entre 1902 y 1986, así como el cambio de visión que éstos presentan a lo largo del siglo XX. Por razones de espacio, mostramos sólo aquellos elementos de análisis más destacados.

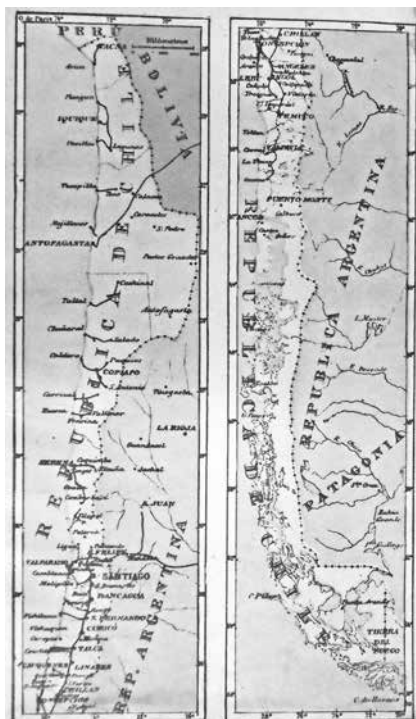
Entre Chiloé y Magallanes: Aysén como territorio nacional

“la zona poblada y explotada del territorio chileno termina o se interrumpe bruscamente a la altura de Chiloé; desde allí hasta el seno de la Última Esperanza, por una extensión de siete grados geográficos, comparable por tanto a la que separa Valparaíso de Valdivia, el país se encuentra desierto y prácticamente inexplorado” (Edwards, 1928, p. 39).

Las descripciones del espacio patagónico de las primeras dos décadas del siglo XX son, en realidad, muy escuetas. Sólo aspectos puntuales de su geografía física son rápidamente señalados: ya sea por los volúmenes de caudal de algunos ríos o por su decaída orografía (*Programa de Geografía e historia para educación primaria*, 1901), visión a la que los mapas corresponden con trazos mudos desprovistos de topónimos (figura N°1). Dicho espacio es, por entonces, sólo una extensa parte del horizonte austral, muchas veces innombrada e identificada únicamente por ser parte del territorio nacional.

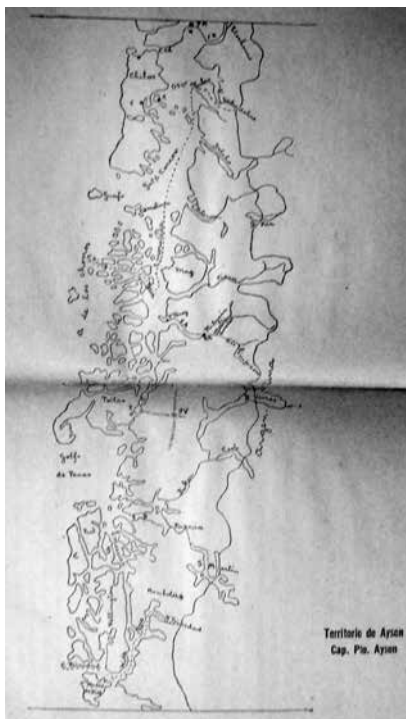
Esta situación tendría un vuelco notorio en 1927, cuando se institucionaliza este espacio como Territorio de Aysén y, al poco tiempo, como región. En los textos comienza un proceso de descubrimiento e “invención” de sus rasgos principales, lo que paulatinamente se irá cristalizando en criterios de utilidad, potencialidad de los paisajes, descripciones topográficas esquemáticas y en la enumeración de las ciudades principales y algunos topónimos (figura N° 2). Es decir, solo se incorpora en ellos lo que se ve socialmente y desde el centro político. Es, en el fondo, un *espacio abstracto* interpretado desde el ojo que lo va produciendo.

Figura N° 1



Fuente: H.E.C., 1922

Figura N° 2



Fuente: Bustos Pérez, 1928, pp. 64-65

Mirar el territorio: las miradas científica y turística de Aysén

En los textos y en sus imágenes, es común la uniformidad temática desde la cual se exponen, ordenadamente, objetivos de conocimiento para los estudiantes. El texto busca explicar recursivamente los aspectos considerados como más relevantes de la región, mientras que la comunicación que establecen las imágenes está menos determinada. Observarlas requiere un aprendizaje: saber significar los colores, abstraerse de la bidimensionalidad, manejar las distintas escalas que representan un mismo lugar; todo un camino que los estudiantes recorren

con más o menos ayuda por parte de sus profesores. Un trabajo de similar o mayor envergadura es el que requiere la toma de una imagen: por supuesto, técnicas para su captura y reproducción, pero también y fundamentalmente, *prácticas de visualidad* en las que se plasman intereses institucionales, así como también culturales (Hollman & Lois, 2015; Zusman, 2013).

La imagen, si bien apela a la sensorialidad, es sin duda un instrumento elaborado bajo lógicas y una carga ideológica indiscutibles. Los formatos en los que ella se plasma apuntan a medios tecnológicos disponibles, pero también interpelan distinto a sus receptores. En los textos escolares chilenos encontramos tanto texturas y formatos como técnicas (ejemplo: fotografías panorámicas), a partir de las cuales adquieren expresividad las imágenes, pero se vuelve fundamental en un contexto de aprendizaje (intelectual y visual) el texto que las acompaña. Ya sean títulos o párrafos más extensos, el sentido de las imágenes es producido de forma controlada: producción que podemos denominar como *mirada*. Hollman y Lois (2015) ofrecen una clasificación que hemos querido recoger de forma parcial, en función de sus posibilidades para esquematizar un conjunto muy variado de representaciones gráficas, las que extendemos al texto circundante a éstas y al texto que, no estando relacionado directamente con alguna imagen, ofrece igualmente una lectura o apreciaciones generales sobre la región.

Las miradas relevadas son fundamentalmente dos: científica y turística². La primera de ellas es transversal a todo el siglo XX, mientras que la segunda sólo aparece con claridad en la segunda mitad. En la mirada *científica*, se “trata de identificar los elementos visibles y describir su aspecto y apariencia de la manera más neutral posible” (Hollman y Lois, 2015, p. 177). En esta categoría, las descripciones geográfico-físicas abundan, en consonancia, las imágenes asociadas a ella suelen ser mapas físicos o simples perfiles de la región (figuras 1 y 2).

Aunque ambas miradas esquematizan muy bien formas distintas de *objetivar el territorio*, es común también encontrarlas juntas o, incluso,

² Hollman y Lois utilizan una tercera denominada periodística, según la cual se utilizan fotografías de esa disciplina, así como publicaciones incorporadas a los textos, sobre la cual no obtuvimos resultados. Probablemente, la temporalidad de los textos escolares que utilizamos (1902-1986) determinó su irrelevancia.

acompañadas de valoraciones que no encajan muy bien en las miradas propuestas:

“Aunque los canales de la región patagónica son hondos y de aguas tranquilas, son tan angostos y torcidos que su valor como vía navegable es poco. (...)”

Los navegantes de la región patagónica gozan de la belleza incomparable de esa región: resalta sobre todo el contraste del verdor de las selvas con los tintes más variados de los hielos de las altas montañas.” (Bustos Pérez, 1928, p. 62).

En la primera parte del texto, destaca la descripción física del paisaje (profundidad y topografía de las aguas) en conjunto con la valoración sobre la utilidad limitada para algunas actividades humanas como la navegación. Luego, un párrafo que anticipa a la mirada turística, pero que, dada su disposición en el texto, se encuentra casi exculpando la falta de utilidad del territorio: como éste, encontramos otros textos tempranos en los que la belleza del paisaje aparece como sustituto de la utilidad o exorcizando las dificultades para otras actividades.

Entre los criterios de utilidad, tempranamente asoman con fuerza aquellos referidos a la economía regional. La feracidad del territorio se plasmó en una vocación regional que casi todos los textos posteriores a la década de 1940 recogen, y que corresponde a la ganadería:

“**Zona ganadera**, abarca la Patagonia chilena y la Tierra del Fuego. En esta zona, la riqueza principal está en la crianza de millones de ovejas cuya lana y carne congelada se venden a buen precio. Los centros principales de la crianza de ovejunos están en Aysén, Magallanes y Tierra del Fuego.” (Subrayado en el original) (Liceo Alemán de Santiago, 1942, p. 37).

Con esta “vocación”, las regiones “pagan” al país una suerte de deuda simbólica que a cambio les confiere una visibilidad y relevancia en el conjunto nacional. Este es, quizás, el primer modo de incluir a Aysén como región claramente individualizada en el país (aun cuando aparece hermanada vocacionalmente a Magallanes)³.

³ El tema de la “vocación” en los estudios geográficos fue una regla recurrente, ya que buscaban justificar determinadas lógicas productivas en ciertas áreas. Lejos de visibilizar la producción social

Ya por la década de 1950, los textos escolares dan cuenta de una aproximación algo distinta al paisaje patagónico. En primer lugar, las fotografías panorámicas priman como imágenes, antes que el mapa o el perfil trazado de la región (figura N° 3).

Figura N° 3



Fuente: Bustos Pérez, 1957, p. 89

El uso de la fotografía panorámica es reconocible en este tipo de imágenes, técnica particular de la *mirada turística* en la cual predomina una cuidadosa composición del paisaje captado. En este primer momento, la relación texto-imagen tiene un nuevo realce a partir del uso intensivo de títulos y bajadas que focalizan el sentido: “Puerto Aisén a la orilla derecha del río Aisén, y capital de la provincia del mismo nombre. Esta ciudad progresa día a día”. El paisaje es, por esta década, fundamentalmente de urbanización incipiente, con lo que se intenta mostrar el progreso de la región. En esa misma línea, los textos que acompañan el desarrollo rudimentario de esta mirada disponen la naturaleza, principalmente, como insumo para ese progreso, de forma tal que la exaltación de la belleza de los paisajes va de la mano con las consideraciones económicas.

En una segunda etapa, hacia la década de 1980, la atención de los textos e imágenes suele volcarse de forma notoria a la naturaleza. Aunque algunos dejan entrever cierta preocupación por la sustentabilidad de la explotación con fines económicos, los llamados de atención no son comunes (al menos hasta los últimos textos consultados de 1986):

del espacio, esencializaban o naturalizaban el espacio a fin de explotar y controlar sus recursos.

“De Maule a Magallanes adquiere importancia la explotación de bosques tanto naturales como plantaciones artificiales.

Los bosques naturales han sido explotados en forma tan intensiva que casi han hecho desaparecer algunas especies, especialmente la araucaria, el ciprés y el alerce” (Duchens & Schmidt, 1981, p. 120).

Figura N° 4



Fuente: Duchens y Schmidt, 1981, p. 120

Pese a que parecería un cierre apropiado terminar de revisar esta mirada con imágenes promoviendo el turismo como *actividad*, lo cierto es que, tanto para textos como para imágenes, no se encontró tal forma de construcción del territorio. Para 1986, el turismo en los libros revisados es sólo una actividad potencial (Villalobos, Retamal F, Soto, & Fuentes, 1986), la naturaleza es principalmente capital para la explotación forestal o ganadera (Fredes, 1984), y los numerosos ríos y el mar circundante son obstáculos para la comunicación y el progreso (figura N° 5).

Figura N° 5



Estuario del río Aisén. Una rica zona ganadera y maderera ha tropezado con las dificultades del transporte. En ella, la actividad pionera ha debido ser muy dura por el relativo aislamiento y las condiciones climáticas. La construcción de la Carretera Austral permite albergar nuevas esperanzas.

Fuente: Villalobos et al., 1986, p. 132

Reflexiones finales

A fines del siglo XIX, las naciones aún se encontraban en un proceso de conformación de sus territorios. Los espacios reputados como “desérticos” o “alejados de la civilización”, pronto fueron objeto de la atención de los estados: en ellos se proyectaron con casi total libertad sus aspiraciones. En este sentido, los textos escolares chilenos han recogido esa proyección la que, en el caso del territorio patagónico, ha tenido variaciones a lo largo del siglo XX (1902-1986). Los modos de mirar el territorio son factores importantes en su construcción y, para Aysén, se concentraron preferentemente en aspectos relacionados a la feracidad y potencialidad económica (sobre todo de actividades extractivas) de la región. También fue bastante claro el reconocimiento temprano de una “vocación ganadera”, compartida con Magallanes, merced a la

cual dicho territorio adquirió cierta identidad funcional a la economía nacional. Finalmente, los aspectos asociados a una mirada turística del territorio se recogen particularmente en las técnicas fotográficas, como en la captura panorámica, siendo más comunes las imágenes de ciudades para las cuales el ambiente circundante es objeto, no de contemplación, sino como insumo para el desarrollo y expansión urbana.

Bibliografía

- ALISTE, E. (2010). Territorio y ciencias sociales: trayectorias espaciales y ambientales en debate. En E. Aliste & A. Urquiza (Eds.), *Medio ambiente y sociedad. Conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas* (pp. 55–76). Santiago: RIL editores.
- BENWELL, M. (2014). From the banal to the blatant: Expressions of nationalism in secondary schools in Argentina and the Falkland Islands. *Geoforum*, 52, 51–60.
- BILLIG, M. (1995). *Banal Nationalism*. Los Ángeles: Sage.
- BONASTRA, Q., & JORI, G. (Eds.). (2013). *Imaginar, organizar y controlar el territorio. Una visión geográfica de la construcción del Estado-nación*. Barcelona: Icaria editorial.
- BRIONES, C., & DEL CAIRO, C. (2015). Prácticas de fronterización, pluralización y diferencia. *Universitas Humanística*, 80, 13–52. <http://doi.org/10.11144/Javeriana.UH80.pfpd>
- BUSTOS PÉREZ, V. (1928). *Geografía de Chile conforme con la nueva división territorial* (14th ed.). Santiago: Imprenta Universitaria.
- BUSTOS PÉREZ, V. (1957). *Geografía de Chile (Apuntes)* (40a ed.). Santiago: Imprenta y Litografía Universo S. A.
- CASTRO, L. (2014). Imaginarios y chilenización: los agentes fiscales chilenos y su visión del espacio y la población andina de la provincia de Tarapacá, norte de Chile 1880-1918. *Anuario de Estudios Americanos*, 71(2), 661–690.
- DUCHENS, N., & SCHMIDT, B. (1981). *Historia y Geografía 5*. Santiago: Santillana del Pacífico, S.A.
- EDWARDS, A. (1928). El Territorio de Aysén. *Revista Chilena de Historia Y Geografía*, 61, 39–43.

FREDES, C. (1984). *Ciencias sociales*. Santiago: Sociedad Ediciones Pedagógicas Chilenas Ltda.

H.E.C. (1922). *Geografía. Libro I*. Santiago: H.E.C.

HOLLMAN, V., & Lois, C. (2015). *Geo-grafías. Imágenes e instrucción visual en la geografía escolar*. Buenos Aires: Paidós.

Liceo Alemán de Santiago. (1942). *Lecciones de cosas. Geografía e Historia para las preparatorias. Tomo tercero*. Santiago: Imprenta y Litografía Universo S. A.

MARTINIĆ, M. (2004). *De la Trapananda al Áysen*. Santiago: Pehuén Editores.

MIGNOLO, W. (2011). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos sualternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.

NAVARRO Floria, P. (2002). El desierto y la cuestión del territorio en el discurso político argentino sobre la frontera Sur. *Revista Complutense de Historia de América*, 28, 139–168. Retrieved from <http://www.patagoniapnf.com/adjuntos/Obra/Articulos en Revistas científicas/2002/El desierto y la cuestion del territorio RCHA0202110139A.PDF>

NAVARRO Floria, P. (2008). La construction des territoires nationaux latino-américains vue depuis leurs marges. *Les Cahiers ALHIM*, 16, 167–180. Recuperado a partir de <http://www.patagoniapnf.com/adjuntos/Obra/Articulos en Revistas científicas/2008/La construction des territo...pdf>

NÚÑEZ, A. (2013). Geografía, historicidad y hermenéutica. Conversaciones sobre Geografía con el geógrafo francés Dr. Alain Musset. *Revista de Geografía Norte Grande*, Instituto de Geografía PUC, N° 54.

NÚÑEZ, A. (2010). La ciudad como sujeto: formas y procesos de su constitución moderna en Chile, siglos XVIII y XIX. *Revista de Geografía Norte Grande*, Instituto de Geografía PUC, N° 46, 45-66.

NÚÑEZ, A., MOLINA, R., ALISTE, E. Y BELLO, A. (2016). Silencios Geográficos en Patagonia Aysén: Territorio, Nomadismo y Perspectivas para repensar los Márgenes de la Nación en el siglo XIX. *Revista Magallania* (ISI-Chile). N° 2, Vol. 44, 107-130.

NÚÑEZ A., ALISTE, E., BELLO, A. (2014) El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de una renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI. *Scripta Nova - Revista Electronica De Geografía y Ciencias Sociales*. 2014; XVIII (493):1-13.

NÚÑEZ, I. (1993). *Sistema Educativo Nacional de Chile: 1993*. Santiago.

ORELLANA, M. I. (2009). *Cultura, ciudadanía y sistema educativo: Cuando la escuela adoctrina*. Santiago: LOM Ediciones.

OSORIO, M. (2014). *Antiguas historias del valle Simpson, Aysén*. Ediciones Ñire Negro, Aysén.

PAREKH, B. (2000). El etnocentrismo del discurso nacionalista. En *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. (pp. 91–122). Buenos Aires: Manantial.

Programa de Geografía e historia para educación primaria. (1901). Chile. Recuperado a partir de http://www.museodelaeducacion.cl/648/articles-25815_archivo_09.pdf

QUIJADA, M. (2000). Nación y territorio: La dimensión simbólica del espacio en la construcción nacional argentina. Siglo XIX. *Revista de Indias*, 60(219), 373–394. Retrieved from <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/511/578>

RICOEUR, P. (2006). *Ideología y utopía*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.

SERRANO, S., PONCE DE LEÓN, M., RENGIFO, F., MAYORGA, R., HEVIA, P., CONCHA, A., ... LIRA, R. (2012). *Historia de la Educación en Chile (1810-2010). Tomo II. La educación nacional (1880-1930)*. (S. Serrano, M. Ponce de León, & F. Rengifo, Eds.). Santiago: Taurus.

SILVA, V. D. (1936). *La tempestad se avecina. El momento internacional sudamericano*. Santiago: Zig-Zag.

TEOBALDO, M., GARCÍA, A., NICOLETTI, M., & MIRALLES, G. (2008). La Patagonia en los textos escolares: un relato acerca de la investigación. *Cuadernos de Educación*, (6), 143–153.

VILLALOBOS, S., RETAMAL F., J., SOTO, F., & FUENTES, A. (1986). *Ciencias sociales. Historia y geografía. 7° año de enseñanza básica*. Santiago: Zig-Zag.

ZUSMAN, P. (2013). La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos. *Revista de Geografía Norte Grande*, 54, 51–66. Recuperado a partir de http://revistanortegrande.cl/archivos/54/04_54_2013.pdf



II

Identidades/Cotidianidades/ Movilidades

Gonzalo Saavedra

El litoral de Aysén. Itinerarios translocales del mar y del lugar

Catalina Amigo

“No estamos lejos, allá están lejos”. Perspectivas locales sobre aislamiento en Aysén: discurso estatal y aislamiento como territorialidad.

Patricia Carrasco

Relatos Orales, Rastros de la Identidad de la Patagonia Aysén.

Macarena Libuy

Bosque nativo y circuitos mercantiles en Aysén: Bosquejando el ensamblaje Monte-habitantes locales de Puyuhuapi y Cerro Castillo en el actual contexto neoliberal.

El litoral de Aisén. Itinerarios translocales del mar y del lugar

Gonzalo Saavedra Gallo

Resumen

El litoral de Aisén se ha configurado, desde un punto de vista socio-histórico, como un territorio de migraciones y diásporas. Este trabajo describe y analiza, principalmente a partir de fuentes etnográficas, los diversos itinerarios que han dado forma y dinamismo a esa complejidad identitaria. Las principales referencias testimoniales se sitúan en la segunda mitad del siglo XX, no obstante el análisis contempla una temporalidad más amplia entroncando con hitos decisivos en los siglos XIX y XXI.

Palabras clave: Litoral de Aisén, Itinerarios, Pescadores, Economía.

Abstract

From a socio-historical viewpoint, the Aisén coast has been a territory of migrations and diasporas. The present work draws principally on ethnographical sources to describe and analyse the various itineraries which have marked the formation and development of this identity complex. The main testimonial references come from the second half of the 20th century, however our analysis covers a wider time-scale to include decisive events from the 19th and 21st centuries.

Keywords: Aisén coast, Itineraries, Fishermen, Economy.

En este capítulo reflexiono sobre la configuración histórico-cultural del litoral de Aisén desde fines del siglo XIX, época en la que se inicia con notable vigor la explotación de sus “recursos naturales”, particularmente en el área conocida como “litoral norte”. El texto describe su condición de espacio-territorio configurado en la complejidad basal del dinamismo itinerante de la diáspora, especialmente desde la isla de Chiloé y Reloncaví hacia el sur. Esta doble dimensión, referida a la apropiación social del espacio, revela una tensión que es transversal y decisiva en la construcción identitaria de las costas sur-australes: la localización y la movilidad. Aisén litoral es territorio de lugares en itinerario y al mismo tiempo es lugar situado. Paisaje de archipiélagos, fiordos y canales, de naturaleza generosa, de bosques siempreverde y fondos marinos de excepcional biodiversidad; condición que desde tiempos remotos despertaría el interés de viajeros, exploradores, aventureros y empresarios que, avalados o no por la administración colonial y más tarde estatal, explotarían tales bondades haciendo de la naturaleza recurso, mercancía y rentabilidad. Las diásporas, los itinerarios y las localizaciones, decisivas en las dinámicas de exploración/explotación antes reseñadas, no se agotan ni se reducen a ello. Se configuran aquí vidas culturales, formas de habitar, ser y existir que desbordan la expansión del capital, y que modelan unas identidades diferenciadoras del Aisén litoral como lugar de singularidades.

El texto se organiza como un recorrido temporal que busca poner de relieve las inflexiones, algunos hitos y las tensiones que definen justamente las movilidades y las localizaciones del territorio costero, ensayando una etnografía de procesos histórico-sociales que a mi modo de ver son relevantes para comprender sus lógicas de lugar situado en un escenario de complejidad. Incluso, el texto mismo, tiene la forma de un itinerario parcial, que transita por la línea del tiempo (aunque sin proponer linealidad) para situarse interpretativamente en esos hitos y procesos que van desde el imaginario canoero –casi a modo de ficción– hasta los tiempos recientes, caracterizados por el vertiginoso avance del capital transmutado en jaulas salmoneras o en artes de pesca afines a las demandas del mercado. Sin embargo, lo que realmente interesa y propongo relevar es cómo en estos escenarios sur-australes persisten, se transforman y resisten las lógicas de habitar el litoral y con ello las subjetividades que allí han construido sus vidas culturales.

El litoral de Aisén, temporalidad

El litoral de Aisén, situado administrativamente entre los 43° 38' y los 49° 16' de latitud sur, desborda su historia y su localización tal como las conocemos convencionalmente. Su historia es la configuración de muchos tiempos y de muchas historias, es un lugar de historicidades entrelazadas en la complejidad de un territorio vastísimo e intrincado del que solo podemos inferir algunos acontecimientos y procesos, los más recientes desde mediados del siglo XIX en adelante, o bien los más evidentes en el difícil y escaso registro arqueológico. O bien la perspectiva que tenemos del litoral a través de las crónicas de los siglos XVII y en especial del siglo XVIII.

A mediados del siglo XIX, cuando son oficialmente visibles las oleadas extractivistas de los cipresales, pareciera ser patente la ausencia del mundo canoero que con seguridad persistía uno o dos siglos antes (Aspillaga et al., 2001). Desde el punto de vista etnohistórico es posible validar la presencia de estos canoeros (Urbina, 2010), genéricamente denominados chono, pero que con seguridad constituyeron una variación de identidades con patrones ideo-materiales compartidos (Álvarez, 2002). Es decir, formas de apropiación espacio temporales similares, aunque con diferencias según localización.

Ahora bien, por un lado cabe reconocer una inflexión que marca un antes y un después. Es decir, hubo un mundo canoero que denominamos chono pero que social y culturalmente ya no existe y que sin embargo ha dejado pocas pero valiosas huellas y evidencias materiales, principalmente enterratorios (Reyes et al., 2007). Y que además ha dejado un sello identitario, que permite una cierta identificación de algunos de los actuales habitantes de determinadas zonas del litoral con su cultura material. Pero eso tiene un trasfondo espacial que merece ser destacado. Me refiero a la continuidad de un patrón de adaptación –de uso/ apropiación del espacio costero- que ya fue practicado por esos antiguos navegantes. Hay entonces una inflexión marcada por su desaparición como cultura de la vida material, que nos habla de una forma de vida que modeló –y viceversa- el espacio-territorio que actualmente denominamos litoral de Aisén. Es una forma de vida poco conocida, remota, inferida a través de las escasas evidencias, pero identitariamente presente.

Por otro lado, cabe señalar que esa inflexión presupone el despliegue y la configuración de un nuevo escenario en el litoral de Aisén. Ese escenario se caracteriza por la estructuración de un espacio social culturalmente híbrido y étnicamente mestizo. Un mestizaje entre indígenas y colonos chilenos asentados en Chiloé —y también de origen español- pero que en su base comprende un mestizaje anterior entre canoeros y grupos huilliche, que por entonces ya se habían asentado en el sur de Chiloé (Martinic, 2005), y que establecieron, en tiempos coloniales y precoloniales, relaciones de intercambio con los grupos canoeros (Urbina, 2016).

Pues bien, este mundo pos-canoero es un mundo marcado por dos lógicas de uso/apropiación del espacio bastante disímiles pero inextricablemente articuladas. Por una parte, sobre todo desde mediados del siglo XIX, es manifiesto el interés del estado chileno y también de empresarios —nacionales y extranjeros- en explotar y rentabilizar la exuberante naturaleza del litoral austral, aprovechando el bosque húmedo (el ciprés de las Guaitecas) y progresivamente otros “recursos” tales como algunas pesquerías y las pieles de nutrias y lobos de mar (Martinic, 2005). Lo aquí reseñado marca un hito decisivo en la historia futura del litoral, pues durante todo el siglo XX —y hasta el día de hoy- ha sido escenario de diversas oleadas de extractivismo empresarial. Esto ha marcado un sello, ambiental y social. Ambiental porque indudablemente el paisaje litoraleño, en sus costas, canales, fiordos y bosques, revela y evidencia las huellas del influjo maderero y pesquero. Social porque un siglo y medio de extractivismo empresarial también es evidente en sus asentamientos humanos y en las historias locales, particularmente observables a través de los testimonios de vida de sus habitantes.

La segunda lógica de uso/apropiación de ese espacio es menos visible pero en ella estriba la base que sostiene al Aisén litoral en tanto espacio cultural y económico-cultural. Se trata de esa forma de vida, de base pesquero-artesanal, pero que a su vez trasciende esa nomenclatura para ser expresión de una vida cultural litoraleña, de marcada tradición chilota en algunos casos. Una forma de vida que ha sido el soporte de la empresa extractivista (incluyendo las acuícolas) y que paradójicamente ha sido, en algunas circunstancias, socavada por esas mismas oleadas empresariales. Ahora bien, en el curso de la segunda mitad siglo XX,

en especial hacia los años ochentas y noventas, esta composición sociodemográfica variará significativamente. Primero debido a la llegada de grupos masivos de pescadores que migraron desde el norte del país aprovechando el denominado “boom” de la merluza (Brinck et al, 2011; Marín, 2015), y luego, una o dos décadas más tarde, debido al progresivo arribo de fuerza de trabajo muy variopinta que arribó para incorporarse temporalmente a las faenas de salmonicultura.

Entonces en Aisén litoral persisten formas de vida de base indígena mestiza (mapuche-huilliche e incluso canoera), las que se han hibridado con otros referentes más tardíos y recientes, para configurar o reconfigurar constantemente lo que podríamos denominar la cultura del bordemar del litoral de Aisén.

Retomando la noción de historicidad que Marshall Sahlins nos sugiere en “Islas de historia” (1988), referida a la relatividad contextual de los procesos y por tanto a la imposibilidad de entroncarlos todos en único devenir; o, en una perspectiva latinoamericana, la problematización social del tiempo desarrollada por la socióloga mexicana Guadalupe Valencia, para quien “el tiempo, cualquier tiempo, es siempre un producto de la vida social, del conjunto de relaciones significativas que la estructuran” (2007: 32), podemos sostener que en Aisén litoral coexisten diversas lógicas de apropiación y realización social del tiempo, es decir, diversas temporalidades. Coexistencia que no es estanca sino que puede ser retratada como un entrecruzamiento híbrido, o bien como un ensamblaje complejo (Latour, 2008), pero que a la vez persiste en sus diferencias, las marca, las instala, las pone en juego, en escena. Coexiste y persiste una temporalidad indígena, silenciosa, pragmática, incluso sin otro referente identitario que la vida material misma. Es una historicidad –una forma de construir y vivir el tiempo- vinculada con fuerza a los ciclos de la naturaleza pero simultáneamente atravesada por los tiempos de la modernización capitalista y también por los tiempos administrativos que define la presencia institucional, real y concreta del estado. Como en toda temporalidad que se expresa, hay aquí la evidencia de unas tensiones, explicables y retratables en la dialéctica tradición/modernización. Sin embargo, fuera de esa constatación relacional hay en ese Aisén indígena y costero una marcada tendencia a vivir la vida, social cotidiana, incluyendo la vida económica, en la lógica de los ciclos

naturales. Es decir, hay una tendencia a un tiempo cíclico, marcado por las idas y regresos de las abundancias, por los ciclos reproductivos de las especies, por los ciclos de los vientos y las mareas, en otras palabras, hay una cultura de base tradicional que persiste y que apropia el espacio como devenir de la naturaleza. Como sostiene Valencia (2007), tiempo y espacio son dimensiones ontológicamente indisociables. Sin embargo, este es sólo un aspecto, evidente y necesario pero no determinante. En realidad, esa dimensión de cultura indígena “remota” sólo es una dimensión parcial, pues como he dicho antes otras lógicas temporales cohabitan en estos colectivos. En especial evidenciamos estas formas de vida en las viejas generaciones de pescadores y recolectores, hombres y mujeres, que aun viven en las islas Guaitecas y las islas Huichas, los asentamientos con más fuerza de identidad e historia chilota, ciertamente con mucho más presencia indígena en términos comparados¹.

Esa temporalidad asociada a unas subjetividades vernáculas ha estado históricamente condicionada por los tiempos de la modernización, inmersa en una tensión occidentalizante, incluso en la época de la conquista española cuando indígenas que habitaron los archipiélagos de Calbuco, Chiloé o de las islas Guaitecas fueron forzados a prestar servicios en los viajes de exploración que los súbditos de la Corona emprendieron hacia el sur en busca de oro y otros metales, tal como lo analiza exhaustivamente la historiadora Ximena Urbina (2010, 2016).

Esta suerte de hibridación o de recomposición forzada de las lógicas temporales de los pueblos costeros de Chiloé y de Aisén, que desde el siglo XVII comienzan a ser patentes, revelan entonces que hay una temporalidad moderna occidental que se entrelaza con aquellas, bajo esa nomenclatura de hibridación asimétrica, forzada e impuesta, pero que además tiene vida propia. Deviene como proyecto específico, como temporalidad modernizante y más recientemente como tiempo del desarrollo. Esta lógica del tiempo, que es una lógica de transformación, es la que al menos desde mediados del siglo XIX se instala y se entreteje en los territorios bajo la figura de las oleadas extractivistas empresariales.

¹ En 2002 realicé un cruce de datos basado en las fichas de caracterización social (CAS II), disponible en las municipalidades de Aysén y Guaitecas. Los resultados revelan que sobre el 55 y el 60% de la población respectivamente es de origen mapuche-huilliche (Saavedra, 2002). Los datos contrastan con la baja identificación con estos grupos indígenas que arrojó el Censo de Población y Vivienda 2002.

Pero es también la temporalidad del estado, que en una u otra época, antes y ahora, favorecen e impulsan el proyecto expansivo que promete rentabilidad, aprovechamiento racional de la naturaleza concebida como recurso a explotar (Leff, 1998; Escobar, 2010; Guerra y Skewes, 2010).

Es esta una temporalidad lineal, progresiva, sin retorno, que instrumentaliza los ciclos y con ello instrumentaliza el territorio haciendo de su naturaleza recurso y mercancía. Es aquí donde cobra expresión esa otra racionalidad, la racionalidad instrumental (Hinkelammert, 2001), racionalidad que coloniza, que impone unas formas de pensar, ser y concebir y que progresivamente socava, al menos en esa dimensión, las vidas culturales de base ancestral. Hay entonces, patente, una temporalidad modernizante-administrativa que tensiona el espacio económico-cultural del Aisén litoral.

Son estos dos modelos de temporalidad los que se intersectan y ensamblan para configurar una complejidad que marca estas vidas litoraleñas, que condiciona sus historias, en sus hitos y en sus procesos. Aunque el esquema resulte algo dicotómico en realidad no es así. El mundo, ni aquí ni en ninguna parte, es bipolar o completamente dual, sino que más bien es complejo. Esa complejidad implica en realidad la progresiva incorporación de vectores influyentes, de otras lógicas, similares, distintas o muy distintas, a las preexistentes. Incluso, conviene señalar que estas realizaciones sociales del tiempo suponen que la subjetividad es el condicionante de toda variación, por tanto el recorte de dos o tres o cuatro temporalidades siempre será arbitrario.

Pero volviendo a la distinción que acabo de establecer, cabe preguntarse ¿qué lógicas temporales se entrecruzan y complejizan el espacio pesquero-artesanal cuando en los años 80 se dinamiza el mercado exportador?, o en los años 90 cuando arriban al litoral miles de pescadores nortinos que buscan una oportunidad en la pesca de la merluza. O bien ¿qué sucede en esos mismos términos cuando se consagra la expansión de la industria salmonera?

A continuación desarrollaré la perspectiva de lo que entiendo como el modelo basal “tradicional”, de notable arraigo territorial en el espacio bentónico que se proyecta desde Chiloé hacia el litoral aisenino en su eje insular. Sostengo que es un modelo, referido a una particular

forma de habitar el espacio insular-costero que define con mayor fuerza identitaria y cultural al Aisén litoral. Es en este modelo basal en donde se intersectan los influjos modernizantes que delimitan los procesos de transformación que, sobre todo en el siglo XX, tienen lugar en toda el área sur-austral.

El litoral de Aisén, localización y movilidad²

En tanto espacio territorio, lugar social de culturas vivas, Aisén litoral constituye parte de un todo más vasto, de lo que podría denominarse la inmensidad costera del sur-austral. Espacio que se despliega desde el seno de Reloncaví hacia el sur, probablemente hasta el cabo de Hornos. En realidad cabe pensar en lo que la antropología culturalista llamó “área cultural” (Herskovits 1987); bajo ciertos resguardos epistemológicos y conceptuales, concibo al sur-austral costero como un área cultural. Uno de los parámetros de mayor consenso lo encontramos en la influencia y la centralidad del archipiélago de Chiloé en toda el área en cuestión, particularmente desde el archipiélago de Calbuco al sur. La cultura chilota o sus huellas son visibles en los patrones arquitectónicos, en el estilo espacial de las casas o en el uso de la tejuela; en los patrones de asentamiento, por ejemplo, en el emplazamiento característico de los poblados en el bordemar; en la lógica de la habitabilidad, donde podemos destacar el lugar central del fogón en la cocina, que a su vez es el centro social del hogar; pero también lo advertimos en las costumbres, en cuanto formas relacionales de la vida cotidiana; o en la cosmovisión chilota, y no sólo en su versión mágico-religiosa sino también en un registro simbólico más amplio que va dotando de sentido a la vida cotidiana. La cultura chilota es notoria en la vida navegante, en el uso característico de las embarcaciones, en las dinámicas de apropiación y uso del espacio marino-costero. Estas huellas se advierten en la típica embarcación de Chiloé y de Aisén: la lancha, que más allá de sus dimensiones reproduce el hogar, la casa, y lo extiende hacia el mar. Chiloé es el referente ideacional y material del sur-austral, en tanto espacio, cultura y lugar, está en su centro identitario.

² Este apartado está basado en mi ponencia titulada “La vida económica como patrimonio histórico-cultural en el litoral de Aisén, leída en el Seminario “Aisén y Patrimonio”, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, DIBAM, Santiago, 28 de agosto de 2015.

La dimensión que más interesa destacar en este apartado es la lógica de movilidad y de uso/apropiación del espacio. Las culturas chilotas tradicionales son culturas del mestizaje y de la hibridación, y en esa mixtura hay un componente navegante que es central. Ese componente navegante ha resultado decisivo para explicar y/o comprender la dinámica de diáspora que ha caracterizado la movilidad y los desplazamientos de los chilotas hacia el sur y también hacia otras latitudes. En particular, interesa aquí, remarcar cómo a mediados del siglo XIX, ese desplazamiento de hacheros y cazadores chilotas sería el punto de inflexión de una diáspora hacia las latitudes australes.

Al respecto destacaría cuatro elementos para el debate. En primer lugar, la diáspora es parte de una lógica de continuidad propia del patrón de uso/asentamiento/movilidad nómada de los canoeros; dos, la diáspora presupone un vínculo que nunca termina de romperse con el origen, ni simbólica ni materialmente, pues implica la recreación ideomaterial del lugar en otro espacio (Appadurai, 1996; Clifford, 1997); tres, es justamente la figura de la diáspora la que permite retratar al sur-austral costero como un territorio que extiende los límites culturales de Chiloé hacia el sur. En cierto modo, Chiloé se recrea constantemente en Aisén y Magallanes. Un cuarto elemento, tal vez como consecuencia de lo anterior, es la lógica o el patrón histórico que desde mediados del siglo XIX instauran y consolidan las familias migrantes de Chiloé en el litoral de Aisén. Me refiero al patrón de asentamiento translocal e itinerante de movilidad siminómada que podemos observar en las cuadrillas cholgueras. Propongo, como he sugerido más arriba, que este es un patrón arquetípico y basal, sin embargo no es ni primordial ni esencial, tan sólo reproduce un tipo de adaptación inteligente y exitosa en un espacio geográfico intrincado, extremo y no pocas veces adverso.

Antes de ensayar un retrato etnográfico de las cuadrillas, en especial cholguera, señalemos que en esa inflexión -que arbitrariamente situaré en 1860 con la designación del lituano Felipe Westhoff como Subdelegado marítimo del archipiélago de los Chonos y de las Guaitecas- tiene lugar el progresivo despliegue de las denominadas cuadrillas de hacheros, quienes talaron los bosques de ciprés por encargo de los subdelegados, como Westhoff y luego Enrique Lagreze, sus contemporáneos y sus sucesores. El más relevante fue el chonchino

Ciriaco Alvarez, conocido como “el rey del ciprés” (Martinic, 2005; Morales, 2014). La nomenclatura “cuadrilla” tiene sentido en este contexto y alude al trabajo por trato de cuatro hacheros que se embarcan para internarse en los canales aiseninos y trabajan instalando faenas extensas en la zona, acopiando madera que luego será transportada en los grandes barcos que contratan los empresarios. Simpson nos ofrece la siguiente imagen de Puerto Laguna, cerca del fiordo de Aisén: “En esa época existía una choza provisional que habitaban los pescadores en verano; desde entonces los señores Burr han construido una casa de madera i formado un establecimiento permanente para el acopio de durmientes para el ferrocarril” (Simpson, 1874: 72).

La cuadrilla maderera fue migratoriamente la más decisiva e importante, pues como dice el propio Westhoff, “en el último verano el archipiélago de los Chonos ha sido poblado, accidentalmente por cerca de tres mil peones ocupados en la corta de maderas i en la preparación de durmientes” (1867: 450) En efecto, es en el marco de esas oleadas extractivistas donde se entretije la diáspora y la migración hacia el litoral aisenino y aun más al sur (Martinic, 2004). Como es evidente, fue una migración instrumental y condicionada por los intereses de empresarios y subdelegados que buscaron explotar los bosques de los archipiélagos. Sin embargo, esos miles de hacheros comienzan progresivamente a trasladarse y a asentarse con sus familias en determinados puntos del litoral sin perder del todo sus vínculos con los pueblos de origen. Estas familias recrean en el litoral de Aisén la cultura del bordemar característica de Chiloé y de su área de influencia. El modelo de explotación del ciprés termina consolidando entonces una dinámica de diáspora en el sentido antropológico del término. El testimonio que cito a continuación, data del año 2002, y retrata cómo ocurrió este proceso y cómo fue vivenciado por las familias:

Mis papás... fueron unos de los primeros nativos aquí... explotaban el ciprés en esos años y mi papá llegó justo cuando estaba la furia de la explotación..., con don Ciriaco Álvarez y don Agapito Hernández, esas dos personas eran los reyes del ciprés como le dicen y mi papá se puso a trabajar con ellos, vino con mi mami porque ellos vinieron de Chiloé, de Puqueldón, la isla grande de Chiloé, y empezó mi papá con mi mami a

tener familia como cualquier pareja, se llenaron de hijos y todos chiquititos” (Elba Quediman, Puerto Melinka).

Las cuadrillas de hacheros transmutaron como cuadrillas de cazadores de lobos marinos y nutrias y también como cuadrillas cholgueras, todas, como ha señalado Martinic, presuponen prácticas tradicionales de los chilotos, y todas han debido su persistencia a la capacidad de explorar los vastos e intrincados canales sur-australes y de adaptarse a sus condiciones. Sostengo aquí que es la cuadrilla cholquera la que marca la diferencia y la que define la inflexión que decide un cambio de época. Que en realidad es un cambio en el patrón de asentamiento, pero ¿por qué la cuadrilla cholgueras y por qué no la de los hacheros o la de los loberos?, principalmente porque, de acuerdo a los testimonios que he podido recopilar, es la única cuadrilla que tuvo y sigue teniendo una composición familiar, incluyendo niños. Itinerante como las otras, migratoria como las otras, es la que permite consagrar los asentamientos. Muchos de ellos fueron sólo parte de los itinerarios de las cuadrillas pero finalmente se consolidan, como ocurrió en Guaitecas y en Huichas. Desde este punto de vista considero que la cuadrilla cholgueras es arquetípica (Saavedra y Navarro, 2016) pues tal como en otro tiempo sucedió con la dalca -embarcación de los canoeros- es la cuadrilla la que permitió el desplazamiento y asentamiento de las familias (chilotas), base de las actuales comunidades en el eje bentónico insular de Aisén.

La cuadrilla cholguera, arquetipo de los itinerarios del litoral de Aisén

La cuadrilla cholguera recrea, bajo otras condiciones sociopolíticas, identitarias y económico territoriales, parte de la vida nómada de las embarcaciones que en tiempos remotos utilizaron los canoeros en Patagonia insular occidental. La recrea porque da continuidad a un desplazamiento en grupos familiares, en donde la vida íntima de cada familia ocurre, transcurre y transita en las embarcaciones. La recrea en la medida en que las familias van apropiando el espacio territorio, marcando sus trayectorias, reutilizando los puertos artesanales y sobre todo porque en esta movilidad reproducen materialmente sus formas de vida, es decir, se pone en juego un tipo de economía sustantiva (Polanyi, 1997) de base

tradicional e indígena, fundada en el uso social de la naturaleza como don divino (Gudeman y Rivera, 1990). La recrea pero sólo hasta cierto punto. Las condiciones sociopolíticas son distintas porque, a diferencia de los grupos canoeros, estamos inmersos, en pleno siglo XIX y XX, en una dinámica que, siguiendo a González Casanova (2006), podríamos llamar colonialismo interno. En esa dinámica estas cuadrillas, y no solo estas sino todas las antes referidas, trabajan a trato para empresarios asentados en Chiloé o temporalmente en el mismo archipiélago. Ese trabajo a trato, bajo la modalidad de habilitación y endeude³, presupone una relación profundamente subordinada y asimétrica y presupone un control limitado de esa vida económica. Esto sí que expresa una diferencia importante con los canoeros, pues en tiempos coloniales y poscoloniales es muy visible esa lógica relacional del poder, que va a marcar identitariamente a estas cuadrillas y la configuración cultural que contribuyeron constituir.

Desde una visión convencional de la identidad, en su dimensión de etnicidad o cultura, estamos hablando de una diferencia también muy relevante. Ya no se trata de canoeros por supuesto, ni siquiera de familias indígenas, o “completamente” adscritas a una identidad indígena, sino que se trata de grupos del sur de Chiloé, principalmente, que se trasladan por voluntad propia o son trasladados a trato hacia las costas de Aisén. Adscriben a pueblos, a lugares, a asentamientos más que a culturas situadas, estas familias también reproducen una dinámica que ya les resultaba tradicional. Es decir, los chilotes siempre navegaron hacia Aisén, muchas veces en busca de productos que en la Isla grande y en sus alrededores fueron más escasos (como las pieles de lobo), pero lo que ocurre a mediados del siglo XIX es la masividad de los desplazamientos; la aceleración exógena del flujo migratorio.

“Porque [en] ese tiempo en Chiloé se descompuso la siembra de papas, cayó el *tisón* que le decíamos, no quedó nada en la siembra, se quemó todo, así que como mi papá trabajaba por aquí, venía a trabajar siempre, trabajaba a la madera, a la cholga seca, al pescado oreado, venían en chalupones, así que en ese tiempo nos fue a buscar a nosotros y nos vinimos acá, por trabajo” (Virginia Pérez Chiguay, Puerto Melinka, septiembre 2002.)

³ Hemos profundizado en esta institución sur-austral, y en especial aisenina. En otro manuscrito (inédito) ofrecemos, junto a Magdalena Navarro, un análisis más exhaustivo.

Debe pensarse entonces en unas condiciones económico territoriales muy distintas, es una inflexión que indica el inicio de una época signada por la idea modernizante de ampliar la frontera económica interna y extraer recursos valiosos, muy apreciados en mercados nacionales y en menor medida internacionales (como ocurre con la madera de ciprés enviada al Perú). Pero también, ya en el siglo XX, pensemos en migraciones que buscaron mejores horizontes dentro de los itinerarios o de las rutas que “desde siempre” frecuentaron los chilotes hacia el sur.

La vida itinerante de las cuadrillas en las costas aiseninas.

Los testimonios etnográficos, recabados desde fines de la década de 1990 en el litoral de Aisén, sobre todo relatos de personas que rememoran los tiempos de sus “mayores” (madres, padres, abuelas, abuelos), me permite retratar un cuadro parcial de la vida itinerante de las cuadrillas cholgueras –que frecuentemente también trabajaron pescado ahumado y en algunos casos el luche- y su persistencia como forma de vida cultural. Como vengo sosteniendo esta dinámica de itinerancia extractivista tiene hasta cierto punto una configuración pre-colonial, situada en una lógica distinta, en una lógica no sólo de extracción, sino también de transformación de la naturaleza. Las tiras de cholga seca, los envarillados de pescado ahumado o los panes de luche son materialidades que nos hablan de una época en donde las cosas sucedían de otro modo, sin lugar a dudas son épocas de tránsito, o épocas de cambio, en una nomenclatura modernizante, son situaciones “transicionales”, desde la tradición de la periferia hacia la modernidad exultante de las metrópolis. Cuando las familias o las cuadrillas ahumaban las cholgas y se instalaban por meses en distintos puntos del archipiélago, las economías del lugar y las economías del hogar eran, antes que cualquier otra cosa, sistemas de autosubsistencia, eran sistemas cuyo propósito era la reproducción material de la vida social, se trataba de seguir *siendo*, de seguir existiendo.

Entonces no sólo es la cholga seca, el pescado seco o los panes de luche, productos que aun encontramos en los mercados del sur de Chile. Es además la forma de prepararlos, la faena completa, pero también la narrativa de un sistema económico-productivo basado en una racionalidad que no cabe subsumir en el capitalismo ni en su expresión neoliberal, en realidad se construye en una lógica no competitiva

(Hinkelammert, 2001) interpelada y articulada en parte en la expansión de los mercados pero no reducible a esas articulaciones. Son, por así decirlo, expresiones de una economía de la diferencia, incluso, yendo más allá, expresiones de resistencia, pero de una resistencia basada en unas dinámicas identitarias específicas, referidas a una apropiación/lugarización territorial particular (Escobar, 2010).

“Hacíamos secados de varas con cuatro arconcitos... entonces ahí colocábamos el secador de varas y a ese le colocábamos unas ramas debajo y la cholga encima y ahí se oreaba, se daba vuelta y quedaba bien oreada, después lo sacábamos y lo dejábamos en una ranca y ahí lo ensartábamos con agujas, agujas de cobre... y hacíamos paquetes y las colgábamos arriba y las ahumábamos y después cuando estaba bien seca, recién se hacía paquete, se ataba y así lo traíamos para que lo vendamos” (Filomena Mariman, Puerto Aguirre, marzo de 2002).

La cuadrilla cholguera tuvo y tiene todavía expresiones similares en otras faenas, recreándose el mismo sistema de vida en desplazamiento. En la perspectiva que nos entregan los testimonios de personas que retratan sus propios viajes o el de sus mayores, el sentido social e identitario era amplio y transversal. Implicaba a hombres, mujeres y familias completas, las temporadas eran extensas, de tal manera que podemos hablar de una forma local, aisenina y litoraleña del habitar. El siguiente testimonio refrenda lo señalado⁴:

“Ahí estuvimos cuatro meses instalados, en todas esas partes, Quitralco, para acá para el Este. Como yo le conversaba estuve quince días sola ahí en esa isla con todos mis chicos medianos, con seis chicos y éste se vino aquí a Melinka, a comprar una chalupa para trabajar.... Yo había quedado con su hermana y su cuñado ahí [en Quitralco], pero estuvieron un solo día, al otro día agarraron su bote y se fueron para Puerto Aguirre y a mi me dejaron solita, solita con todos mis chicos. Y teníamos unos perritos y cosas de comer abundantes, traíamos hartas cosas... y a este se le dio por venir a comprar una chalupa aquí a Melinka para que después trabajemos a la cholga!..., así que yo, ¡¡madre venía la noche y ahí bajaban leones de la cordillera!!” (Viriginia Pérez Chiguay, Melinka, agosto de 2002).

⁴ Entrevista realizada por Karen Mardones y Gonzalo Saavedra.

Estas imágenes expresan unas manifestaciones de una vida económica peculiar, un modelo que indudablemente, en el curso del siglo XX, iría mermando bajo la influencia de la racionalidad instrumental, extensible a todo el espacio territorio para significarlo como fuente de recursos (Leff 2002), o reserva de materias primas y *commodities*. Las faenas de las cuadrillas y sus objetos visibles (las tiras de cholga o los robalos ahumados y los panes de luche), o incluso las localizaciones en donde se ejerce esta práctica, es decir, la ranca en donde se ahuma y deshidrata, son huellas de un modo de vida diferenciado que resiste y persiste. Un modo de vida que no es exclusivamente aisenino sino que también lo encontramos en Chiloé y en los canales magallánicos (Matus, 2008), evidenciándose en ello que las fronteras de este territorio cultural desbordan las demarcaciones administrativas, siendo relevante remarcar que no se trata de unas configuraciones económico-culturales exclusivas, únicas o propias de Aisen. Como he señalado anteriormente, Aisen en términos etnológicos se define mejor en la noción de área cultural (Herskovits, 1987), o si se prefiere, económico-cultural. El sur-austral, incluyendo la costa de Aisen, es un vasto espacio con marcas identitarias compartidas.

Podríamos sostener entonces que la cuestión crítica estriba en un sistema de vida que, progresivamente, se ha visto “afectado” por dinámicas de transformación y racionalización, fragmentándose hacia una articulación de mercado y, en parte, perdiendo su vitalidad y movilidad. Entonces encontramos “elementos”, no aislados pero en cierta forma desarraigados. Es verdad, en proceso de desarraigo -eso también es expresión de la modernización capitalista- pero también resistentes, encontrando un sitio en la vida social del Aisen-lugar y, sin dudas, en los mercados, pero en esos mercados que tal vez podría denominar híbridos, en donde se entrelazan las vidas tradicionales locales y las lógicas modernas capitalistas.

La cultura económica de la cholga seca y de las cuadrillas en general, tal como han sido aquí referidas, se expresa en una cotidianeidad que trasciende y contiene las *objetualidades* fotografiables. Es el arquetipo de una vida en localización y movimiento, en forma simultánea. Sostengo aquí que son las faenas de la deshidratación, como la de cholga seca, o las faenas loberas las que mejor expresan esa cotidianeidad.

La reconfiguración de la movilidad en escenarios contemporáneos

He sostenido que los procesos y los artefactos de la modernización capitalista han ido transformando las dinámicas y las lógicas de lugar y movilidad en el litoral aisenino, e indudablemente en todo el vasto sur-austral. En realidad cabría suponer que esto siempre ha sido así, en parte porque todas las faenas reseñadas en el apartado anterior, en particular la faena de cholga seca, tienen una “articulación” con el mercado o con el capital⁵, implicando una relación de asimetría y subordinación persistente en todas sus variaciones. Pues bien, en esa perspectiva lo que planteo de acuerdo a la evidencia etnográfica es que conforme transcurre el siglo XX ese proceso de articulación se torna más intenso. Es decir, el peso del capital privado es cada vez más condicionante de las faenas y de todo lo que implican en términos de localización e itinerario. En cierto modo, bajo este influjo (de capital) las tradicionales faenas de las cuadrillas terminan siendo substituidas por las faenas marisqueras y más tarde por las faenas de pesca demersal con espineles, directamente relacionadas con el mercado exportador y su demanda local a través de empresarios y en especial de intermediarios.

En la década de 1980 las cuadrillas cholgueras conviven con las nuevas faenas bentónicas en los archipiélagos, las primeras comienzan a ser marginales. La composición de las mismas cambia, la fuerza de trabajo familiar y la cuadrilla tradicional no familiar –al menos no nuclear– da lugar a la tripulación de las lanchas, por lo general compuestas de tres o cuatro hombres quienes, habilitados por empresarios o comerciantes de Chiloé o Puerto Montt, se desplazan por el archipiélago en busca de los productos más demandados: erizos, almejas y locos (actualmente en modalidad localizada de comanejo). Es interesante citar el testimonio que nos comparte Álvaro Aguilar en junio de 2007, buzo mariscador, respecto de la composición y sobre todo respecto del sentido de la faena actual.

“Son tres, pero se acostumbra a decir cuadrilla, porque antes eran cuatro, a la cholga; y después eran tres, un asistente y dos buzos,

⁵ Basándose en el planteamiento de Marx, Dolors Comas (1997) sostiene que la articulación implica una relación asimétrica y subordinada que ocurre en el proceso de expansión de modo de producción capitalista.

pero se quedó con la idea de llamarlo cuadrilla, siendo que son tres... Bueno, siempre en la tarde se busca un buen puerto, de acuerdo al viento que corra, previniendo cualquier tempestad que pueda desatarse en la noche y todas las embarcaciones se juntan, hacen como una población flotante y todos tiran sus buenas anclas, ya sea a la proa o a la popa para que en la noche puedan dormir tranquilos, pegadas.... atracadas una al lado de otra, y ahí uno después que hace todas sus labores, generalmente sale a pasear a otra lancha o le llegan visitas a la de uno.

Generalmente las faenas son de diez a doce botes, y como tu sabes las embarcaciones son chiquititas, constan de tres camarotes; siempre van dos camarotes al lado de la cabina y uno al otro; y donde va el camarote que está solo, en una esquina va la cocina, y alrededor de la cocina están todos los utensilios que se necesitan, que, bueno siempre tres platos, tres jarros, tres cucharas, y , bueno, un par de ollas, no muchas cosas pero está todo ahí a la mano. Así que tú tienes que andar con tus cosas bien ordenaditas porque el espacio es muy reducido. La convivencia es buena, es muy buena, porque ya está todo tan mentalizado [en] el trabajador que para ir, anda con una voluntad muy buena, que generalmente dura entre veinte y veinticinco días.

[Las distancias son relativas], tú puedes estar en faena, no sé, a dos horas de Melinka, como también puedes estar a treinta horas de acá, eso es relativo. También, se juntan de repente con gente de Quellón, de Aguirre, de Aisén. No hay problemas, al contrario”.

Este registro retrata en buena medida qué es una faena moderna típicamente bentónica, probablemente característica del litoral en la zona marisquera de las islas Guaitecas y, más al sur, en las islas Huichas. Destacaría tres aspectos, primero, la referencia a la cuadrilla cholguera; segundo, el sentido de comunidad o de colectivo que se recrea; y tercero, relacionado con este mismo aspecto, la dispersión, la amplitud territorial y la confluencia de embarcaciones (lanchas) o pescadores provenientes de diversas latitudes de Chiloé y Aisén.

Pero la faena, como he señalado anteriormente, está muy constreñida por la intermediación de los comerciantes y empresarios.

Aquí ya no aparece la figura o composición familiar –frecuente, como vimos, en la cuadrilla cholguera-, sino una organización que extrae el producto para el mercado exclusivamente. Observemos en el mismo testimonio, extraordinariamente analítico, este tercer aspecto:

“El recibidor le descuenta el combustible que le haya entregado, y el recibidor pide su vale donde estipula la cantidad de cajas y el precio de la caja en un recibo, firmado por el recibidor para después poder cuadrar las cuentas. Bueno, uno saca todo lo que necesite de la lancha porque la lancha lleva todas las provisiones que uno necesite, ya sea víveres, combustible o también materiales como los ganchos que se pierden muy fácilmente, los aceites. Todas esas cosas, uno las encarga, y se los cargan al siguiente viaje y se descuentan, se van descontando enseguida”.

Parece claro que la faena bentónica articulada a la demanda del mercado, muy relevante en los tiempos de una crisis económica (que decanta en los ochenta con la radical apertura de la economía chilena a los mercados exportadores), deviene en un sistema productivo que, al menos en las comunidades de base bentónica, socava en parte la estructura tradicional de la economía de la casa. Para explicar este punto de vista me permito recurrir a la tesis de Stephen Gudeman sobre la economía rural en Colombia y Panamá (Gudeman y Rivera, 1990; Gudeman, 2000), que ciertamente podemos admitir como arquetipo para otras latitudes latinoamericanas. Según este autor las economías rurales, incluyendo las de pesca artesanal, sostienen sus fundamentos materiales en lo que denomina la base (*the base*). La base, con diferencias territoriales, es el soporte material del hogar. Cree Gudeman, a partir de sus investigaciones de campo, que la lógica económico-productiva de la base comporta dos variantes: base-base y base-dinero-base. Es decir, por un lado, el auto-sustento directo derivado de la producción campesina de alimentos y otros productos, y, por otro lado, la producción de alimentos y otros productos para venderlos en el mercado y luego destinar ese dinero al soporte material de la casa.

Foto 1: Lanchas bentónicas, Vinal Pérez sur, Archipiélago de los Chonos, febrero 2014



Fuente: autor

Teniendo en mente esta referencia es admisible que las faenas bentónicas en el litoral han derivado desde un modelo en donde predomina la nomenclatura base-base (las cuadrillas tradicionales y antes los canoeros) hacia un modelo base-dinero-base (las modernas faenas bentónicas) e incluso, en el marco de los condicionamientos del mercado, hacia un modelo dinero-base-dinero. Ahora bien, este último modelo que parte y termina en el dinero es más propio de los agentes externos (intermediarios y empresarios) que de los habitantes locales cuyo propósito económico-cultural sigue siendo la reproducción material de una forma de vida. Pero tampoco idealicemos, es frecuente que al interior de las comunidades de pescadores -en el litoral de Aisén y en otras latitudes- se activen procesos de diferenciación y estratificación producto de la incorporación de algunos actores locales al negocio de la intermediación.

En efecto, y esta es una condición ineluctable del capitalismo tardío, la expansión del mercado presupone, como ya lo dije antes, un proceso de creciente racionalización de las estructuras (Morandé 1984), o dicho de otro modo, de las relaciones sociales y económico-productivas en particular. No cabe duda que ese vector de monetarización –como sostiene Morandé- cambia o seculariza los horizontes de sentido y hasta cierto punto la lógica de la vida económica de los hogares.

En esos horizontes de sentido hay, sin lugar a dudas, dinámicas de resistencia. Por ejemplo, en el relato de Álvaro Aguilar, somos testigos de ese sentido de comunidad que, más allá del condicionamiento de los comerciantes y del dinero transado, persiste como forma de organizar la vida en los lugares de trabajo, incluyendo en esto la forma de hacer localización e itinerario. Esta tensión será cada vez más patente, más aun teniendo en cuenta otros cambios que se suceden en el paisaje económico-cultural y social del litoral de Aisén hacia la década de 1990 y hasta nuestros días. Haré una breve síntesis a continuación.

**Foto 2: Estero Álvarez, Puerto Melinka,
enero 2014**



Fuente: autor

Las flotas demersales

A mediados de los años 1980 el litoral aisenino comienza a cambiar significativamente su composición económica y sobre todo sociocultural. Por entonces la flota de pesca industrial “descubre” una excepcional abundancia de merluza austral en áreas próximas al canal Moraleda. Esto atrajo durante más de una década a miles de pescadores –de oficio y también eventuales- que aprovecharon la oportunidad

para mejorar sus ingresos y economías familiares en otras latitudes. Los pescadores, en su mayoría hombres, provenían de diversos puntos del país (Valparaíso, El Maule, Talcahuano, Valdivia, Puerto Montt, Coyhaique, etc.) y se instalaban temporalmente, mientras duraban las faenas, en ranchas de nylon emplazadas en islas e islotes próximos a los, por entonces, abundantes caladeros de merluza. Este proceso, documentado en una serie de informes especializados (Hartmann, 1995; Rovira, 1995) e investigaciones recientes (Brinck, 2011; Marín, 2015), deriva en una transformación socioespacial del litoral norte de la región de Aisén. La expresión más nítida de esta transformación es en primer lugar paisajística y artefactual, consagrándose en la fundación oficial -en 1999- de los dos asentamientos que “sobrevivieron” a esa colonización espontánea: Puerto Gala y Puerto Gaviota. Pero también referida a la materialidad y a la estética de un “nuevo” tipo de pesca artesanal que progresivamente cobraría un lugar más visible en los escenarios económicos y políticos del litoral, es así como las faenas de pesca demersal introducen en Aisén la panga de fibra de vidrio, el motor fuera de borda y los espineles.

En segundo lugar debo destacar las transformaciones sociales. Los miles de pescadores migrantes que arriban a Aisén generan una dinámica que, aun cuando la fluidez demográfica se estabilizó a fines de los años 1990 y sobre todo en los 2000, marcaría notables diferencias con los sistemas tradicionales bentónicos. Por una parte se trata de faenas mucho más breves -de dos a tres días-, basadas en el sistema de calado y levantamiento de espineles verticales y horizontales (Hidalgo, Ther y Saavedra, 2013), para luego comercializar la pesca a los empresarios que controlan el mercado exportador a España (principal y casi único destino de las capturas). Se observa entonces un patrón de movilidad muy distinto al bentónico y también la construcción de horizontes de sentido que igualmente difieren al buscar, las flotas demersales, la obtención ingresos monetarios. Si volvemos al modelo propuesto por Gudeman diría que la pesca demersal, en esta etapa de origen y consolidación, encuadra mejor en la lógica dinero-base-dinero. Se trata de faenas que en principio fueron organizadas por privados, condición que nunca ha dejado de persistir, no obstante paulatinamente da lugar a una forma de vida que incluso termina hibridándose con los sistemas bentónicos. Es el caso de Islas Huichas y de Puerto Aisén, en donde la mayor parte de la flota bentónica derivó hacia la pesca demersal. En la

actualidad las localizaciones típicamente demersales las encontramos en las mencionadas Puerto Gala y Gaviota, además de Puerto Cisnes y en menor medida Puyuhuapi.

Para cerrar este punto, quiero destacar que la pesca de merluza cambia la lógica de movilidad e itinerario en gran parte de la costa cordillerana aisenina, pero también introduce un sentido de negocio más decisivo que en el caso de las cuadrillas y de las faenas bentónicas.

La expansión salmonera

Si el paisaje pesquero artesanal del litoral aisenino se vio notablemente modificado, primero, con la demanda masiva de pesquerías bentónicas en los ochenta y, poco después, con la apertura exportadora del mercado de la merluza austral, en la década de los 2000 la expansión de los centros de cultivo de salmones supondrían una inflexión todavía más radical y disruptiva respecto de las dinámicas de localización y movilidad.

La salmonicultura tiene en gran parte del sur austral de Chile una dimensión espacial que la diferencia significativamente de las faenas de pesca artesanal. Esta expresión cobra materialidad en el paisaje a través de innumerables jaulas de engorde y pontones, apreciables en los canales aiseninos. En un registro etnográfico de febrero de 2014 transcribí mis propias impresiones, al visitar los centros de cultivo dispersos en el archipiélago:

Poco a poco, somos testigos de la irrupción regular y geométrica de los centros productores de salmón, al otro lado de una península o cobijadas en las numerosas ensenadas, se anuncian desde lejos en sus boyas naranjas que rompen los tonos verdes o azulados del paisaje litoral para luego mostrarse en toda su prosperidad, enjaulada y descomunal...

También la salmonicultura supone una materialidad productiva y financiera que tiene expresión en millones de dólares y en miles de toneladas de producción, pero que por desgracia ofrece un revés destructivo y fragmentario (Hinkelammert, 2001). En este modelo de tecno-naturaleza

(Escobar, 2010) o de naturaleza manufacturada (Giddens, 1997), tan constatable como su éxito productivo-exportador es su capacidad depredadora y contaminante, sólo posible en un feble marco jurídico institucional y de notoria subordinación al mercado y al capital financiero.

La lógica territorial de la industria, intensiva, se basa un tipo de localización temporal muy distinta a las que despliegan los sistemas tradicionales de pesca y recolección. Los centros de cultivo son desplegados en áreas concesionadas, emplazadas en diversos puntos del litoral, de hecho, los avances tecnológicos y los modernos sistemas de transporte explican que el factor distancia respecto de los principales centros poblados (Melinka, Cisnes, Chacabuco) ya no sea tan decisivo como lo fue hace una década atrás. Podría sostenerse que la dispersión espacial de la industria salmonera es similar a la de las faenas bentónicas y por añadidura a las que realizaron las cuadrillas cholgueras, sin embargo hay un cambio radical en cuanto al sentido de las mismas. En este nuevo escenario, la totalidad de la actividad productiva es controlada y le pertenece a la empresa, incluyendo el producto cosechado (el salmón). Es decir, por primera vez se articula un sistema productivo íntegramente situado en el ámbito de la propiedad privada empresarial. Reseñemos muy brevemente la crítica de Marx a la capacidad que el capital tiene para comprar la fuerza de trabajo, transformándola en mercancía (Marx, 1972). Esto es relevante en términos comparativos si pensamos que, más allá del sentido monetario, por un lado, o de reproducción material de una forma de vida, por otro, las distintas formas de pesca artesanal mantienen siempre un espacio de libertad en la base del sistema⁶.

En realidad, más allá de las constricciones empresariales y de intermediación, y de la demanda del mercado en general, la fuerza de trabajo pesquero artesanal sigue siendo “patrimonio” de los propios pescadores o de las comunidades; en cambio, en el caso de la salmonicultura el capital ha terminado por colonizar íntegramente al sistema productivo, incluso “comprando” la fuerza de trabajo. Si tenemos en cuenta que una gran cantidad de pescadores artesanales se ha empleado poco a poco en los centros de cultivo, cabe pensar en al menos dos consecuencias. Primero, en la pérdida de control, es decir, en

⁶ En un análisis semántico sobre el sentido de la pesca artesanal (Fondecyt 11110542), hemos constatado que entre los conceptos que los pescadores de Guaitecas, Cisnes, Quellón y Calbuco, asocian a esa expresión aparece con alta frecuencia el de “libertad”

la pérdida de libertad o de parte del sentido de la vida cultural de la pesca artesanal. Esto incluye una cuestión esencial, la libertad de moverse, salir o volver. Ese sentido de la vida pesquero artesanal –que alguna vez José Bengoa denominara libertario⁷– explica probablemente la resistencia, práctica (no emplearse en la industria) y discursiva (la voz de denuncia), que frecuentemente advierto en las conversaciones con los pescadores del sur-austral. Y en segundo lugar un cambio en la lógica misma del trabajo, como proceso interno. Se está en un lugar trabajando en turnos de 20 x 10 días con rutinas programadas por las empresas y en pontones diseñados como albergues temporales. Sigue habiendo movilidad, localización e itinerario, pero bajo un formato establecido en una matriz tecnológica que poco o nada tiene que ver con la costumbre y la tradición de ser pescador. Es la irrupción radical del tiempo administrado en los itinerarios de Aisén litoral.

Foto 3: Jaulas salmoneras, canal Pérez norte, archipiélago de los Chonos, febrero 2014



Fuente: autor

⁷ Conversatorio Servicio País, Punta de Tralca, Mayo de 1998.

Reflexiones finales

Localización e itinerario, historia hecha de historias y temporalidades construidas en la subjetividad. Aisén litoral es vida cultural, es identidad y diferencia. Es lugar y como sostiene Escobar el lugar es transformación y cambio pero también es persistencia y resistencia. Aisén litoral ha sido y continuará siendo escenario de modernizaciones, decretos administrativos, expansión del capital y articulación a la economía-mundo. Aisén litoral persiste como itinerarios del mar en los canales y en los fiordos, y resiste como forma de vida plural que se recrea, o se reinventa, en la vorágine destructiva de los flujos del capitalismo neoliberal. Resiste como lugar y territorio, como localización de culturas translocales que producen sentidos y significados. Aisén litoral no sólo es geografía de naturaleza apropiada y disputada. Aisén litoral es diversidad de proyectos o de vidas culturales. Y esas vidas culturales son itinerarios en el tiempo, historias, pasados transitando en el presente e imaginando, construyendo o practicando el futuro.

Las costas aiseninas constituyen un retrato complejo y polimorfo del despliegue identitario del Chiloé indígena y mestizo por los mares de Patagonia, denominación más o menos mitificada pero siempre inconmensurable. Aisén litoral es vida cultural chilota transmutada también en esa inmensidad que la desborda constantemente, tal como lo expresa el tiempo siempre en flujo de las cuadrillas loberas, cholgueras o ericeras. Itinerarios y lugares construidos en el apropiar y en el habitar lo remoto y lo distante pero solo en apariencia pues, como ha sido escrito en sus biografías canoeras y post-canoeras, Aisén es lugar de singularidades –así lo sostiene Francisco Mena (2010)- que se sitúan mucho más allá del slogan simplista que lo mitifica y que oblitera su diferencia.

Bibliografía

APPADURAI, A. (1996). *La Modernidad Desbordada*. Montevideo: Trilce - Fondo de Cultura Económica.

ASPILLAGA, E., OCAMPO, C., QUIROZ, D (2001). “Chonos: Un mundo Ausente”, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, *boletín electrónico*, recuperado en www.uchile.cl, marzo 2001.

BRINCK, G., Díaz, R. y C. Morales. 2011. La merluza austral: Economía y vida social en Puerto Gala y sus alrededores.. En *Pescadores en América Latina y El Caribe: Espacio, población, producción y política*, editado por Graciela Alcalá, vol. II, pp. 115-148, UNAM, México D. F.

CLIFFORD, J. .1997. *Routes: Travel and translation in the late twentieth century*. Harvard University Press.

COMAS D' ARGEMIR, D. (1997). *Antropología económica*. Barcelona: Ariel.

GONZÁLEZ CASANOVA, P. (2006). El colonialismo interno. En *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: CLACSO.

GUERRA, D. E., & SKEWES, J. C. (2010). Acumulacion por desposesión y respuestas locales en el remodelaje de los paisajes estuariales del Sur de Chile. *Chungará (Arica)*, 42(2), 451-463.

GUDEMAN, S. & RIVERA, A. (1990). *Conversations in Colombia: The Domestic Economy in Life and Text*, Cambridge: University Press.

GUDEMAN, S. (2001). *The Anthropology of Economy: Community, Market, and Culture*. Malden, MA: Blackwell.

HARTMANN, P. (1995). Diagnóstico y Localización Nuevos Centros Poblados Litoral Norte de Aysén, Prehistoria, Historia y Evolución Político Administrativa. *Coyhaique. UACH-MINVU*.

HERSKOVITS, M. J. (1987). *El hombre y sus obras: la ciencia de la antropología cultural*. México D.F., Fondo de cultura económica.

HIDALGO, C., THER, F., & SAAVEDRA, G. (2013). Oscilaciones en la temperatura de prácticas pesquero-artesanales: la expansión de la economía de capitales en las caletas de Islas Huichas, Puerto Cisnes y Puerto Melinka, Región de Aysén; Chile. *Sémata: Ciencias Sociais e Humanidades*, 25(25).

HINKELAMMERT, F. (2001). El nihilismo al desnudo. Los tiempos de la globalización. Santiago: LOM.

LATOURET, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

LEFF, E. (1998). *Saber ambiental. Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México D. F.: CEIICH-UNAM/Siglo XXI Editores/PNUMA.

MARÍN, A. (2015). Puerto Gala y Puerto Gaviota (1985-1993): Una mirada desde el triángulo de la violencia. *Magallania (Punta Arenas)*, 43(2), 71-92.

MARTINIC, M. (2004). *Archipiélago Patagónico. La última frontera*. Punta Arenas: Ediciones Universidad de Magallanes.

----- (2005). *De la Trapananda al Aysén. Una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la Prehistoria hasta nuestros días*. Santiago: Pehuén.

MARX, K. (1972). *El capital: crítica de la economía política. Libro 1*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

MATUS, M. (2008). *Puerto Edén. El desaliento inesperado del desarrollo*. Memoria para optar al título de antropólogo social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

MENA, F. (2010). La singularidad, diversidad y dinámica de Aisén: el rol de la conectividad en la conciencia identitaria como ejemplo. En *Actas VII Congreso Chileno de Antropología*. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Pedro de Atacama.

POLANYI, K. (1997). *El sustento del hombre*, Madrid: Capitán Swing.

REYES, O., MÉNDEZ, C., SAN ROMÁN, M., CÁRDENAS, P., VELÁSQUEZ, H., TREJO, V., MORELLO, F., & STERN, C. (2007). Seno Gala 1: Nuevos resultados en la arqueología de los canales septentrionales (~44° s, Región de Aisén, Chile). *Magallania* 35 (2), 105-119. R.

ROVIRA, A. (1995). Diagnóstico y Localización de Nuevos Centros Poblados Litoral Norte de Aysén, Ocupación Territorial e Interacción entre Centros Poblados. *UACH-MINVU, Coyhaique, Chile*.

SAAVEDRA, G. (2002). Paso al Sur: el litoral norte de Aysén: poblamiento, etnografía y desarrollo. *Memoria de título para optar al grado de Antropólogo social. Universidad de Chile*.

SAAVEDRA, G. y NAVARRO, M. (2016). El Sur-austral en movimiento: Itinerarios chilotes en Patagonia insular occidental. En *Diálogos culturales/Imaginario nacionales: Viajes, territorios e identidades*. Andrea Kottow y Ana Traverso (editoras). Pp. 139-157. Santiago: RIL.

SAHLINS, M. (1988). *Islas de historia: la muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.

SIMPSON, E. (1874). Exploracion de la costa occidental de Patagonia i de los archipiélagos de los Chonos i Guaitecas, practicada según orden del Supremo Gobierno, por don Enrique Simpson, a bordo de la corbeta "Chacabuco". En *Anales de la Universidad de Chile*.

URBINA, M. X. (2010). La navegación por los canales australes en la Patagonia occidental insular en los siglos coloniales: la ruta del istmo de Ofqui. *Magallania (Chile)*, 38 (2): 41-67.

---- (2016). Interacciones entre españoles de Chiloé y Chonos en los siglos XVII y XVIII: Pedro y Francisco Delco, Ignacio y Cristóbal Talcapillán y Martín Olleta. *Chungará (Arica)*, 48 (1), 103-114

VALENCIA, G. (2007). Entre Cronos y Kairós. Las formas del tiempo sociohistórico. Barcelona: Anthropos.

WESTHOFF, F. (1867). *Memoria del subdelegado marítimo del archipiélago de los Chonos o Guaitecas*. En *Anales De la Universidad de Chile*, N° 7, Tomo XXIX, Santiago.

“No estamos lejos, allá están lejos”.
**Perspectivas locales sobre aislamiento en Aysén:
discurso estatal y aislamiento como territorialidad.**

Catalina Amigo Jorquera

Resumen

El aislamiento ha sido una de las características que han definido históricamente el territorio de Aysén. Este artículo trata sobre la construcción social del aislamiento, abordando brevemente el discurso estatal –que justifica una serie de intervenciones en este territorio enfatizando el carácter negativo del aislamiento, en contraste con las representaciones sociales de los habitantes de Puyuhuapi y Cerro Castillo –que dan cuenta de otras lógicas de habitar, donde este fenómeno también puede ser comprendido como una forma diversa de territorialidad.

Palabras claves: aislamiento – territorialidad – discurso estatal –representaciones sociales

Abstract

Isolation has been one of the characteristics that have historically defined the territory of Aysén. This article deals with the social construction of isolation, reviewing briefly the state discourse –which justifies a series of interventions at this territory emphasizing the negative character of isolation, in contrast with social representations of Cerro Castillo and Puyuhuapi inhabitants –which account for other inhabiting logics, where this phenomenon also can be understood as a different form of territoriality

Keywords: isolation – territoriality – state discourse – social representations

El aislamiento ha sido una de las características que han definido el territorio de Aysén desde su incorporación como provincia, y luego como región de Chile. Esta característica ha estado teñida de un carácter negativo y el Estado chileno ha justificado una serie de intervenciones en este territorio basándose en ese carácter. El objetivo es dar cuenta que el aislamiento no es una condición inherente a un territorio, sino que es producto de una relación establecida entre dos sujetos. Desde este punto, dar el giro necesario para pensar a Aysén como una región que constituye un centro en sí mismo. Lo anterior permite observar cómo el aislamiento aparece en la relación de posicionamiento periférico que adquiere la región respecto del Estado chileno. Aysén es un territorio que se ha pensado a sí mismo, y que ha construido en su reciente historia otras lógicas de habitar los territorios, lógicas que precisamente se encuentran arraigadas a las características que posee el espacio que habitan, transformando lo que en un comienzo se definía como aislamiento en territorialidad, en arraigo.

El presente trabajo aborda cómo se construye socioculturalmente la noción del aislamiento. Comienza con una breve contextualización histórica respecto al imaginario del aislamiento en la región de Aysén y luego aborda brevemente aspectos teóricos que sustentan la base de la investigación presentada.

Los resultados¹ se presentan en dos subsecciones: primero, la negativización del aislamiento por parte del discurso estatal; luego, las representaciones sociales de pobladores y pobladoras de las localidades de Puyuhuapi y Cerro Castillo. Por último, se presentan algunas reflexiones y conclusiones finales respecto de la relación entre el discurso estatal y las representaciones sociales de los sujetos.

Aysén y el imaginario del aislamiento

Mateo Martinic, historiador de la Patagonia comentaba: *“Era niño todavía cuando en nuestro hogar puntarenense oí mentar por primera vez al Aysén (pues así se acentuaba el topónimo en la época) y aunque no lo entendía con propiedad, desde entonces siempre para mí tal imperfecta noción de un territorio que sabía lejano*

¹ Esta investigación es fruto de un año y medio de trabajo etnográfico sobre la región de Aysén y en particular en las localidades de Puyuhuapi (en adelante P) y Cerro Castillo (en adelante CC). Durante este período se realizaron tres experiencias de trabajo de campo intensivo en la región con una duración aproximada de un mes cada una en los meses de enero, junio y octubre de 2015.

estuvo revestida de un aura legendaria” (Martinic, 2005: 7). El territorio de Aysén ha sido caracterizado de diversas formas a lo largo de su historia, pero siempre asociadas a conceptos como la distancia, el desconocimiento, la desconexión y el aislamiento, llegando a ser lejano y legendario incluso desde el *‘último confín del continente’*, Magallanes.

Y es que si pensamos en los conceptos que han definido al territorio de Aysén todos dan cuenta de las características antes mencionadas. Los primeros registros coloniales refieren a este lugar como ‘Trapananda’, nombre que acorde al cronista Óscar Aleuy Rojas (2009) ostenta el significado de *“algo que se interna más adentro de la tierra”*, es decir algo lejano, algo desconocido. Martinic también refiere a la situación confusa de desconocimiento sobre este territorio ya que hasta 1870 *“no había conciencia clara entre las autoridades y la gente común acerca de su calidad y dependencia político administrativa, al punto que el territorio que interesa no tenía adscripción conocida y hasta parecía hallarse fuera de cualquier jurisdicción”* (Martinic, 2005: 103). Durante la primera mitad del siglo XX pasó a ser conocido como ‘las tierras de entre medio’ apelativo que subraya la condición de margen en la que se encontraba como una frontera interior; ‘entre medio’ de dos territorios ‘integrados’ a la vida nacional: Puerto Montt y Punta Arenas (Núñez, Aliste & Bello 2014b).

Diversos navegantes, viajeros, exploradores y aventurados recorrieron el territorio insular y continental de lo que hoy conocemos como región de Aysén, alimentando los imaginarios antes referidos. Incluso se asociaba a este misterioso y extraño lugar el mito de la Ciudad de los Césares. Recién en 1929, el territorio de Aysén es incorporado como provincia al Estado chileno y no es hasta 1974 que este vasto territorio constituye una región dentro del país, como parte del proceso de regionalización llevado a cabo en dictadura (Martinic, 2005). Este cambio es tan reciente que aún es común escuchar a sus pobladores y pobladoras referirse a “la provincia” al hablar de la región.

Como parte de la Patagonia, la región de Aysén ha estado sujeta a la proyección de distintos discursos de desarrollo que se vinculan con la construcción de un imaginario geográfico de escala nacional. Estos imaginarios influyen en la forma como se define y caracteriza a la región, como señalan Núñez, Aliste y Bello: *“se han definido desde inicios del siglo XX una serie de mecanismos de institucionalización del espacio, tales como exploraciones*

geográficas, políticas de colonización, inversión en infraestructura, todos los cuales han afectado en los procesos de territorialización y re-territorialización de aquellos espacios australes. Esos dispositivos han tenido un carácter centro-periferia, al formar parte de discursos de desarrollo originados desde el poder político de alcance nacional” (2014a: 2).

La posición periférica de la región persiste hasta la actualidad, a pesar de que las lógicas de control y apropiación del territorio se han modificado en torno a nuevos discursos del desarrollo vinculados a la protección y conservación de la naturaleza. Estos imaginarios geográficos que posicionan a la región como periférica en los discursos del desarrollo, atraviesan las políticas y la forma como el Estado entiende el aislamiento, remarcando la condición del aislamiento como algo negativo e inherente al territorio.

Este trabajo parte de la base que la posición fronteriza y periférica de la región no está dada por su aislamiento físico ni tampoco por su deficiente inserción en el territorio nacional, ya que ambas lecturas: “*se basan en un punto de vista centro-periferia, desde donde Patagonia-Aysén es encasillada en la noción de una zona de excepción, una frontera interior*” (Núñez, Aliste & Bello 2014b: 168). En ambos casos, las lecturas se entienden en relación a la escala nacional, que representa uniformidad, homogeneidad, integración y conexión. Lo anterior permite comprender que estos discursos son proyectados desde un punto particular, desde donde se observa lo aislado y que constituye su opuesto.

Observando el problema desde esta óptica es posible ver que el aislamiento deja de ser una característica que aqueja a un territorio en particular y pasa a ser una relación entre dos sujetos que poseen posiciones desiguales; por una parte el Estado chileno y por otra la región de Aysén. Desde este ángulo, el aislamiento deja de constituir una característica natural del territorio y pasa a ser una construcción sociocultural, producto de la proyección del imaginario histórico del Estado-nación chileno sobre el territorio de Aysén. La región se encuentra “aislada” porque hay un sujeto que no puede –y quiere- acceder al territorio.

Núñez (2011) ayuda a entender el aislamiento como un concepto histórico sujeto a cambios y re-significaciones. La asociación del aislamiento como algo negativo no es casual, sino que deriva de los imaginarios territoriales modernos que estuvieron detrás de la conformación del

Estado chileno. El aislamiento se presenta como el antónimo de integración y sociabilidad, conceptos que son vistos con un valor positivo en la conformación del Estado-nación, el cual requería la integración espacial como requisito de la configuración de la identidad territorial. Otro elemento que ayuda a entender esta concepción negativa es el rol que fue adquiriendo lo urbano en la conformación del país, en el que la urbanidad permite un proceso de control y soberanía más eficiente que la ruralidad. Finalmente, es el ordenamiento centralista del Estado chileno el que busca imponer a todos los espacios de “su” territorio una misma racionalidad: una racionalidad que considera el aislamiento –entendido como separación e incomunicación– como algo negativo, algo que hay que “remediar” para poder “desarrollar” ese territorio.

Esta investigación busca explorar desde la experiencia de los sujetos que viven y habitan este territorio, cómo se vive y qué es lo que se entiende por aislamiento, dando espacio para el surgimiento de *nuevas percepciones* frente a este fenómeno. El objetivo es visualizar las representaciones sociales sobre el aislamiento que tienen los pobladores y pobladoras de Puyuhuapi y Cerro Castillo, en el marco de la negativización de este concepto por parte del discurso estatal.

Foto N°1. Cerro Castillo, junio 2015.



Fuente: Catalina Amigo

Foto N°2. Puyuhuapi, octubre 2015.



Fuente: Catalina Amigo

Representaciones sociales, imaginarios y territorios

Las representaciones sociales constituyen modalidades específicas de conocimiento organizado, vinculado a la experiencia vital de un sujeto en un contexto particular. Cegarra define las representaciones sociales como precodificaciones “*porque codifican un conjunto de anticipaciones y expectativas, es decir, el individuo debe tener una experiencia previa que le imprimirá esa representación, he allí lo subjetivo; lo colectivo será porque esa representación dependerá de la sociedad en la cual vive, pues eso mediará la forma de vivirla, actuarla y representarla*” (2012: 5). Las representaciones no surgen única y exclusivamente de la mente del sujeto, sino que se encuentran permeadas y atravesadas por la realidad social en la que se insertan. Acorde a Araya, la realidad social “*impone a su vez las condiciones de su interpretación por los sujetos, sin que ello implique un determinismo estricto*” (2002: 19). Para la autora, estas condiciones son dos: las matrices socioestructurales, que pueden ser entendidas como los imaginarios sociales presentes en la realidad social; y los entramados materiales que constituyen la realidad física en donde se inserta la representación, adquiriendo vital importancia las caracterís-

ticas del territorio que se habita. Ambos elementos condicionan —mas no determinan— las lecturas que los sujetos tienen sobre la realidad social y las claves interpretativas que utilizan para codificar, actuar e intervenir el mundo que los rodea.

El imaginario social es un “*esquema referencial para interpretar la realidad socialmente legitimada construido intersubjetivamente e históricamente determinado*” (Cegarra, 2012: 3). Los imaginarios poseen una envergadura mayor que las representaciones sociales, ya que son matrices de sentido determinadas hegemónicamente. Lo anterior no quiere decir que los sujetos no puedan modificar los imaginarios ni que estos sean permanentes —cada grupo social construye o resignifica los sentidos que quiere transmitir socialmente— pero en esencia son esquemas interpretativos hegemónicamente impuestos. Serjé analiza cómo operan y cómo se producen imaginarios desde el Estado, que condicionan en muchas ocasiones las representaciones de los sujetos. Su propuesta se orienta a entender cómo la nación, en tanto Estado, produce alteridades y genera territorios percibidos como “renegados”, dentro de los cuales priman ciertas características por sobre otras: “[los espacios] se conceptualizan como un contexto —en el que sólo se destacan ciertos rasgos y ciertas conexiones— que determinan tanto una manera particular de leer e interpretar la realidad como las formas en que es posible actuar sobre ella” (2005: 37).

El Estado proyecta su visión hegemónica sobre la sociedad y la naturaliza, generando una visión que tiende a ser única y homogeneizante, opacando la diversidad social. De esta forma, invisibiliza las continuidades histórico geográficas de los lugares para inscribirlos dentro de la estética y la ideología del Estado en miras del llamado progreso y el desarrollo nacional. A la hora de aplicar esta mirada sobre la región de Aysén, es posible apreciar cómo el Estado proyecta sobre este territorio la característica de aislado, a través de una serie de políticas que buscan *superar* esa condición que *aqueja* a la población de ese territorio.

Al relevar esta característica por sobre otras el Estado establece una forma particular de “leer”, “interpretar” y “actuar” sobre ese espacio, que se ve reflejada claramente en sus políticas públicas. Esta visión hegemónica constituye un imaginario que se encuentra instalado, y que participa en la construcción de las representaciones, donde lo *aislado* es

el vértice opuesto a lo *integrado*, que tiene como máxima expresión la urbanización generalizada, en desmedro de otras formas de habitar los territorios. Para el caso en estudio, el Estado chileno proyecta su visión hegemónica sobre la sociedad y sobre las formas de entender e interpretar los distintos territorios que lo componen, considerando necesaria la intervención y proponiendo formas de actuar sobre los mismos. Uno de estos territorios es la región de Aysén y una de estas *formas* es la ‘Política nacional de desarrollo de localidades aisladas’.

La distinción que establece Barabas parece pertinente para distinguir los conceptos de espacio, territorio y lugar en breves palabras: “*Espacio como continente más amplio, lugar como núcleo de densificación significativa y territorio como espacio cultural, instrumental e históricamente apropiado por una sociedad, que por lo común implica nociones de frontera*” (2004: 145). Acorde a lo que señala la autora, el espacio es un principio activo en la construcción del territorio, no es un simple soporte de la vida social sino que forma parte de la misma como dato sensible que “*se compone de lugares y territorios a los que los hombres otorgan su afectividad*” (Claval, 2002: 34). Esto quiere decir que hay un sentido para quienes habitan el espacio que no es neutro. El paisaje, el tiempo, el espacio, el territorio y el lugar son vividos por el sujeto, pertenecen al campo de la percepción individual, de su experiencia (Tuan, 1977).

Esta afectividad, este sentido de quienes habitan el espacio se encuentra en el estrato identitario de pertenencia y apego socio-territorial, del arraigo por un territorio. Constituye una apropiación interna del territorio: “*los sujetos (individuales y colectivos) interiorizan el espacio regional integrándolo a su propio sistema cultural. Con esto hemos pasado de una realidad territorial ‘externa’, culturalmente marcada, a una realidad territorial ‘interna’ e invisible, resultante de la filtración de la primera, con la cual coexiste*” (Giménez 2005: 17).

La imagen que se encuentra interiorizada corresponde a las representaciones sociales con las que comenzamos este apartado, y lo que este trabajo busca relevar es que los territorios caracterizados como aislados no pasan desapercibidos en las representaciones que sus pobladores y pobladoras hacen de los mismos. Por el contrario, la condición del aislamiento le otorga un sentido particular al territorio, como señala Lindón: “*El sentido del lugar implica el reconocimiento de que los lugares no sólo tienen una*

realidad material, sino que son contruidos socioculturalmente a través de procesos sociales que los cargan con sentidos, significados y memoria, en la vida práctica” (2006: 379).

La negativización del aislamiento en el discurso estatal

Para poder caracterizar la negativización del aislamiento por parte del discurso estatal analizamos la ‘Política de localidades aisladas de la región de Aysén’ (GORE Aysén, 2012) rastreando sus orígenes en los estudios realizados por Subsecretaría de Desarrollo Regional respecto a territorios aislados (SUBDERE 2008, 2011) y parte del contenido del Decreto N°608 que define los lineamientos mínimos de la política nacional de localidades aisladas en el año 2010. Los documentos mencionados son la base sobre la que se construyó la política regional, por lo que revisaremos brevemente cada uno de estos siguiendo un orden cronológico.

El primer documento de SUBDERE entiende por territorio aislado: un territorio con *problemas de accesibilidad, población escasa y dispersa, y con baja presencia estatal*, lo que se traduce en una situación de *desventaja y desigualdad social* (2008: 4). En el modelo propuesto en este documento se oponen dos conceptos: aislamiento e integración. Lo integrado tiene como cúspide a las tres grandes áreas metropolitanas del país, áreas que “*se entienden integradas a priori*”: Santiago, Valparaíso y Concepción.

A partir de criterios físicos, demográficos, económicos, de acceso a servicios y político-administrativos establece un índice que mide el grado de aislamiento de una comuna. La región de Aysén presenta cinco comunas con aislamiento crítico, tres comunas con aislamiento relativo y tan sólo dos comunas no aisladas/integradas, a saber Coyhaique y Puerto Aysén. En base a estos criterios se marca una pauta de lo que se espera de un territorio para *no ser aislado*, para *superar* esa situación, un *territorio ideal* para el Estado. Esta pauta, implica un territorio con un clima que no interfiera la comunicación y la accesibilidad al territorio, predominantemente urbano, con una baja tasa de población indígena que se traduce en un territorio *integrado culturalmente* a la vida nacional, con un sistema económico *autónomo* y centrado en las actividades terciarias, con servicios públicos y privados diversificados, y cercano a los centros de poder, observando desde la óptica propuesta por SUBDERE (2008). Sin

embargo, es importante considerar que la geografía física de nuestro país claramente no permite que todo el territorio se desarrolle bajo este ideal, por lo que la desigualdad queda establecida de facto, con un modelo territorial al que sólo pueden acceder *algunos* territorios.

El Decreto N°608 establece los principios de la política nacional: busca la equidad social, aspira a lograr equidad territorial, es subsidiaria, es excepcional y es de *soberanía*. Con esta declaración de principios el aislamiento pasa a ser un asunto de soberanía, es decir de control y poder territorial del Estado, tema que se vuelve especialmente sensible en los territorios que constituyen *márgenes, periferias o bordes*.

El segundo documento de la SUBDERE determina los territorios aislados del país y sienta las bases de la política regional, definiendo nuevamente los conceptos de aislamiento e integración. Acorde a este documento, lo aislado es: “*un lugar (espacio físico) que se encuentra: lejos, apartado, desconectado, con difícil acceso, incomunicado, o en situación de isla. En general se percibe como una condición “negativa”. El aislamiento es determinado por factores físicos, de localización y demográficos y puede ser medido de forma que indique el “grado” o “nivel” de aislamiento de un territorio.*” (2011: 9).

Si el documento del 2008 ya definía aislamiento como un territorio con *problemas de accesibilidad, población escasa y dispersa, con baja presencia estatal, desventaja y desigualdad social respecto del país*, ahora se le suman nuevas características: *lejanía, un lugar apartado, desconectado, incomunicado*. Incluso se menciona que es un lugar que se encuentra en *situación de isla*. Además, se refiere explícitamente a la asociación negativa que se le otorga a la condición del aislamiento. Cabe cuestionarse entonces, ¿lejos de qué/quién? ¿apartado de qué/quién? ¿desconectado de qué/quién?

La política de localidades aisladas de la región de Aysén es elaborada por el Gobierno Regional en el año 2012. Mantiene los elementos básicos de la política nacional, pero parte de la afirmación que la región de Aysén completa es una región aislada del contexto nacional, incluyendo las comunas de Coyhaique y Puerto Aysén. Las principales modificaciones que el GORE Aysén realiza a los criterios de medición del aislamiento se relacionan con la falta de acceso a servicios de salud de alta complejidad y otros servicios públicos. Junto al tema de salud se incorporan la educación y la conectividad, temáticas que en la políti-

ca nacional aparecen como algo secundario. Estos componentes (salud, educación y conectividad) han marcado históricamente “*procesos significativos de migración y desarraigo en las localidades más rurales hacia los centros urbanos o metropolitanos*” (2012: 9). Estos procesos de migración y desarraigo se traducen en un posterior despoblamiento y, por tanto, en una pérdida de soberanía del Estado en esos territorios lo que remite directamente al Decreto N°608.

Todo lo revisado anteriormente valoriza dos *realidades categorizadas como opuestas*: la región de Aysén y una idea de *territorio ideal* representado por los *territorios integrados*. A la región se le caracteriza como aislada, *desconectada, desintegrada, limitada, lejana, difícil del habitar*, lo que provoca *limitaciones* en sus oportunidades, gestión y ejecución de iniciativas que *aborden la brecha del aislamiento*, es decir que le permitan superar esa condición en su camino a la integración. La noción de integración remite a la superación de un estado anterior en la línea del ‘progreso’ que además tienen un cariz negativo que está presente en la política nacional, en tanto muestra una etapa evolutiva anterior, menos desarrollada, no integrada, aislada. Esta realidad se distingue de otra que está implícita en el discurso y que es el inverso de lo que se afirma, constituyendo su opuesto, su ideal, siendo lo aislado aquello que *no se quiere ser*, aquella situación que hay que superar, de la que hay que salir. Lo anterior queda claramente evidenciado en la siguiente frase que corona la contratapa del folleto explicativo de la política regional: “*En el 2030 nuestras Localidades Aisladas serán bellas localidades Integradas*”. ¿Son feas ahora que se encuentran aisladas?

Lo que esta política mide finalmente es el grado de integración de un territorio, entendiendo integración como presencia del Estado y de los servicios públicos y privados. Así, el aislamiento se entiende en función de un *otro* integrado y lo que la política termina por medir es el aislamiento *respecto del Estado* y su expresión territorial que vendría a ser la presencia –o mejor dicho ausencia- del Estado en la región de Aysén.

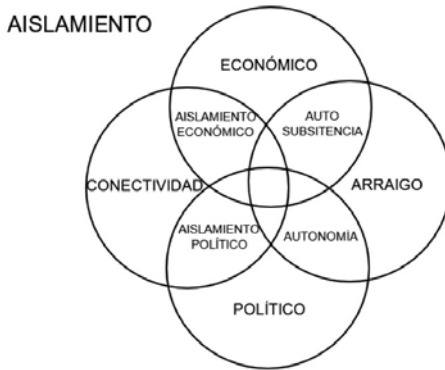
Todo lo anterior da cuenta de cómo el aislamiento se construye de forma negativa por parte del Estado en base a la proyección de un imaginario de cómo debe ser –y como no debe ser- un territorio para estar *integrado* al Estado-nación. A la vez, esta construcción es institucionalizada y genera una serie de políticas que buscan des-aislar estos

territorios para integrarlos bajo determinadas lógicas, que siguen reproduciendo la relación centro-periferia que se establece entre ambos territorios.

El aislamiento desde la perspectiva local de pobladores y pobladoras de Cerro Castillo y Puyuhuapi.

El presente apartado aborda la perspectiva local sobre el aislamiento evidenciando los distintos ámbitos que comprenden los relatos de pobladores y pobladoras, y sus interrelaciones respecto del fenómeno del aislamiento. Lo anterior se encuentra sintetizado en la figura N°1, que utilizaremos para guiar esta aproximación. La figura se compone de cuatro grandes esferas que representan los ejes principales de la argumentación de los sujetos respecto a esta temática: conectividad, económico, político y arraigo. El punto de inicio es el ámbito de la conectividad, entendida como *mala conectividad y aislamiento físico*, para luego abordar otros tipos de aislamiento que aparecieron en el discurso y que se vinculan con otras esferas de la realidad social. Estas esferas, lo político y lo económico, a su vez son contrastadas constantemente en el relato de pobladores y pobladoras con los elementos que vienen a formar parte de la dimensión del arraigo. Este último ámbito apunta a entender el apego, el vínculo socio-territorial que estos sujetos establecen con los territorios que habitan.

Cabe mencionar que la distinción es puramente analítica, y en la realidad estas esferas operan entremezcladas unas con otras de forma constante. La construcción de estas categorías apunta a una comprensión más clara del fenómeno sin querer reducir la enorme complejidad que este mismo plantea. Las categorías fueron interpretadas a partir del discurso de hombres y mujeres de localidades particulares, por lo que puede haber diferencias con otras zonas de la región. Esta investigación no pretende construir un relato único ni general sobre la región de Aysén, sino que busca dar luces sobre otras posibles miradas al fenómeno del aislamiento y a como es entendido y vivido por algunos de los habitantes de este territorio.

Figura N°1

Ámbitos de las representaciones sociales sobre aislamiento.
Elaboración Propia

Ámbito de la conectividad

Los principales resultados de la investigación respecto a la temática del aislamiento se encuentran vinculados a la temática de la Conectividad que nos abre la primera esfera en la figura. Parece ser que la percepción del aislamiento tiene mucho que ver con estar conectados o no, y los sujetos distinguen dos formas de conectarse: la conectividad territorial y la conectividad comunicacional.

Respecto a la conectividad territorial, el debate está entre una mala conectividad con el resto del país y una valorada conectividad regional. La conectividad con el resto del país es leída como un aislamiento físico y por lo general valorada de forma negativa en oposición a la conectividad dentro de la región. El testimonio de Juana refleja la idea anteriormente expuesta: “*tan aislados ahora no estamos. Porque ahora es más fácil ir a Coyhaique, es más fácil. Pero de aquí a Santiago, es aislado, o sea no es fácil ir*” (47 años, CC). Consuelo comenta respecto al mismo tema: “*Dentro de la región no estamos aislados, pero para ir a otro país... bah, para ir más lejos ya es más difícil*” (62 años, CC).

Esta temática no deja de ser polémica entre los entrevistados ya que la mala conectividad también es leída de forma positiva entendiendo el aislamiento como protección y como un costo que muchos están

dispuestos a pagar en función de poder conservar las características de la vida que tienen. Como señala Mario: “*Es que todo tiene un precio. Que no tengamos conectividad... la mala conectividad que nosotros tenemos hace que Aysén sea lo que sea. El que sea un poquito difícil llegar hace que no venga toda la gente y todo llegue. Sí, que sea lejos también contribuye a que Aysén sea lo que es, esta cosa como aparte así*” (47 años, CC).

La conectividad intra-región es altamente valorada y tiene como hito clave la construcción de la carretera austral. Esta carretera era un sueño, algo que muchos pensaban que jamás se realizaría, como Antonio, quien relata cómo fue cuando comenzó la construcción: “*era hermoso para nosotros, para allá, todos entusiasmados, íbamos a mirar el camino incluso, tanto para allá al sur, como para arriba, unos par de kilómetros, teníamos que caminar e ir a verla, si era verdad todo lo que decían*” (73 años, P). Para los entrevistados y entrevistadas de ambas localidades la carretera austral significó un antes y un después, modificando la percepción del territorio, la sensación de aislamiento y las otras conectividades que existían en la zona —con Argentina en el caso de Cerro Castillo y con Puerto Montt y Chiloé en el caso de Puyuhuapi. Esto debido a que se agilizó la llegada a Coyhaique, capital regional y principal centro urbano de la región donde se encuentran concentrados todos los servicios públicos y privados existentes en la región.

Respecto a la conectividad comunicacional se valora poder tener información de lo que sucede en otros lugares del país, además de la aparición de la región en los medios nacionales. Como señala Elena “*antes lo otro no era tu mundo, con la tele uno como que es parte del mundo, del resto del país*” (44 años, CC). Sin embargo, también se critica fuertemente el centralismo replicado en estos medios de comunicación, en los que el foco está puesto en la capital y pocas veces en lo que sucede en la región de Aysén, como señala Leonor: “*Estamos conectados a través de la tele. Pero... en la tele hablan puro de Santiago*” (62 años, CC). Los relatos en general hablan acerca de esta conexión unidireccional: la región se encuentra conectada con el centro, pero no así el centro con la región.

La conectividad es entonces el primer punto dentro de la argumentación de la mayoría de los entrevistados y entrevistadas. Al seguir ahondando en la temática, comienzan a aparecer nuevos argumentos,

vinculados a *otros tipos de aislamiento* que adquieren tintes políticos y económicos, pero siempre vinculados con la idea de mala conectividad.

Ámbito de lo político

En el ámbito de lo político, la idea de aislamiento político se construye principalmente en base a la crítica al profundo carácter centralista de Chile y como dice Leonor, “*el centro acá queda muy lejos*” (62 años, CC). Lo anterior repercute directamente en la baja representatividad de las autoridades y el poco peso político que éstas tienen, en el sentimiento de no ser tomados en cuenta como región en la toma de decisiones y en una débil presencia del Estado, sus instituciones y servicios. Al respecto, la cita de Mario es un claro ejemplo de este relato: “*Siempre hemos estado aislados en lo político (...) pero eso es por el centralismo que tenemos en Chile. Todas las regiones, creo, que sufren un poco de lo mismo. Todas las decisiones vienen de Santiago y las toman los “amigos de” en nombre de todos los ayseninos. El intendente no es elegido por el pueblo porque tiene que ser del partido que gobierna. Entonces ellos dicen qué nos conviene en Aysén, no Aysén dice qué le conviene*” (47 años, CC).

Para los pobladores y pobladoras de estas localidades, las autoridades nacionales aparecen sólo en épocas electorales. Incluso Antonio comenta entre risas que cuando hay elecciones se acaba el aislamiento: “*Todos tienen movilización para el día de las elecciones, hasta el que vive más lejos. Pasó eso, y cuatro o cinco años más con marea alta, hasta el cuello*” (73 años, P). Sumado a lo anterior, también se critica el poco peso que tienen las autoridades regionales y locales en el contexto nacional, y como señala Francisca “*no me explico cómo cada vez que se presenta un problema, los políticos, la gente que está en el Gobierno Regional tiene que desplazarse, tiene que viajar, están obligados porque no hay otra forma de que seamos escuchados (...) Y esa es una clara señal de que nos han dejado de lado*” (35 años, CC).

Lo anterior tiene efectos directos en la elaboración e implementación de políticas públicas, como señala Elena: “*todas las políticas se hacen desde el centralismo, las decisiones no siempre son las mejores para acá porque la realidad es distinta, tenemos otro sistema de vida*” (44 años, CC).

La crítica que plantea Elena es clave, y es que *aquí la realidad es distinta* y muchas de las políticas no son capaces de recoger esa diversidad. Como señala Patricio “*miden todo con la vara de allá*” (50 años, P) tal como

quedó demostrado con el último estudio de ‘Canasta única de gasto’ del INE (2015) en el que por paradójico que suene, Coyhaique figura como la segunda capital regional más barata para vivir en el país. Lo anterior, debido a que no se consideran elementos de consumo con carácter regional como la leña, elemento fundamental de calefacción y combustión en toda la región –y de gran parte de la zona sur de nuestro país. En palabras de Roxana Pey (2016), rectora de la Universidad de Aysén: “*se escogieron bienes presentes en las 15 capitales regionales, desde Arica a Punta Arenas, que no reflejan la realidad de consumo de ninguna ciudad, ni se distingue por edad, trabajo o clase social en particular*”.

Ámbito de lo económico

Lo anterior se vincula directamente con el ámbito de lo económico y lo que hemos denominado *aislamiento económico*. Este se manifiesta principalmente en los argumentos respecto del alto costo de la vida en la región, y en que los productos de consumo habitual se encarecen por la lejanía con los centros productivos, sumado a la mala conectividad que encarece los costos de traslado ya que para ser transportados por Chile deben ingresar vía marítima. Esta mala conectividad produce un aumento en el precio de todo lo que los habitantes no pueden producir de forma autónoma. Varios de los entrevistados dicen sentirse aislados, como dice Hortensia se sienten “*aislados por la plata, porque todo cuesta caro hoy*” (91 años, CC).

Por otra parte, se ve la integración un tanto brusca y forzada de los habitantes de estas localidades a un sistema mercantil neoliberal en el cual prima el intercambio mediado por dinero –que parece ser la única vía para financiar transporte, salud, educación, alimentación y otros. Sumado a esto, surgen referencias en los relatos que hablan de la disminución de los trabajos tradicionales que caracterizaron económicamente estos territorios –la pesca artesanal en el caso de Puyuhuapi y la ganadería en Cerro Castillo- dando paso a nuevas lógicas de trabajo en las cuales se han visto forzados a participar. Dentro de esto se encuentra el giro –casi “obligado”- hacia el rubro turístico, además de la salmonicultura y la construcción de caminos. Estos dos últimos constituyen fuentes laborales que en general no son bien valoradas por los pobladores y pobladoras, tanto por su carácter estacional como por los riesgos y costos que éstos implican.

Ámbito del arraigo

La esfera del arraigo contiene las contrapartes de lo que ya caracterizamos como *aislamiento político* y *aislamiento económico*. La *autonomía* en la esfera de lo político y la autosubsistencia en la esfera de lo económico dan cuenta de las distintas formas que pobladores y pobladoras han adoptado para habitar estos espacios y construir sus territorios.

En el caso de la autonomía, ésta es valorada dentro de los relatos como una posibilidad que este mismo aislamiento históricamente ha *permitido* desarrollar y surgir, y que fue la constante hasta hace algunas décadas atrás, en donde con esfuerzos comunitarios se lograron levantar aquellas instituciones necesarias para la formación de los poblados como la escuela, la posta y la sede comunitaria. Este aislamiento político ha fomentado el carácter regionalista de los pobladores y pobladoras, y la mayor parte de los entrevistados señalan la necesidad de recuperar la autonomía que tenían antes, principalmente en la toma de decisiones que los involucran y que involucran a sus territorios.

Por el ámbito de lo económico se encuentra presente toda una economía de auto subsistencia que fue la característica del poblamiento original en esta zona, complementada con el intercambio que se realizaba con Argentina por el oriente y con Puerto Montt, Chiloé y las islas por la costa. Como señala Raúl, todo depende de uno: *“el alentadez que hay que tener para trabajar todo el día, traer leña, pescar si da la mar, trabajar, con eso se vive bien. No está comprando nada de eso, es cosa que uno tenga alentadez para ir a sacar del mar, del monte. Algunas personas dicen que no hay pescados en el mar, pero claro, si el pescado no está en la casa, no aparece ahí, hay que tener alentez”* (63 años, P). La producción propia de alimentos, ropa, materiales de construcción y calefacción, entre otros, son elaborados con elementos de la misma zona y con el trabajo y esfuerzo de sus habitantes. Esta característica se encuentra aún muy presente y genera una tensión en la incorporación al sistema económico de libre mercado.

Los habitantes de estas localidades relevan esta característica y se convierte en una *ventaja comparativa* para ellos en relación a la vida en la ciudad, como señala Elena: *“De repente se proyecta como que la región como que está en desventaja con el resto del país. Es cierto, pero es solamente por la conectividad*

(...) *Por eso que yo pienso que uno no puede quejarse de vivir acá, como de repente que uno se queja de cosas porque está ya acostumbrado a que esto es como lo normal, pero si tu sales de acá te das cuenta de que nosotros vivimos en una de las regiones más lindas y donde es más fácil la vida. Aquí tú consigues leña, vas al arroyo, consigues un palo de leña si no tienes, vas al arroyo y tomas agua si no tienes. En cambio, en otras ciudades tú si no tienes la plata para pagar el agua te la cortan, si no tienes la plata para la luz te la cortan*" (44 años, CC).

Pero el arraigo al territorio sin duda es mucho más que lo esbozado respecto a la autonomía y la autosubsistencia. Se trata de un complejo sistema de conocimiento del territorio, fundado en la práctica de habitar ese espacio. Partiendo por lo *normal*, una vida transitada y recorrida por el frío, la lluvia, la nieve, el viento, el calor, las crecidas de los ríos, los terremotos blancos, las erupciones volcánicas, el trabajo en el *monte*, la *montaña* o a *la mar*, implican una forma de habitar particular, mediada por un conocimiento construido en la práctica de *vivir esos lugares, entenderlos, aprehenderlos*.

La *observación* constituye una tarea cotidiana, en ambas localidades. Se observa la luna, se observa el cielo, los vientos, las aves, las estrellas, los animales en el monte, en la montaña, se observa la nieve en la cordillera. Esta observación, sistemática y cotidiana, constituye una forma de conocimiento y de habitar un territorio que se conoce y se reconoce como propio. Al respecto, Susana comenta: "*La vida que uno tenía era linda, nunca sufrimos el aislamiento, porque era normal, era el hábito no más. Uno se dio cuenta después, cuando miró para atrás (...) antes uno no se sentía aislado porque eso era lo que uno vivía, lo normal, no se sentía sacrificio porque no había con qué comparar. Era así y eso no más. No me quedó ese trauma de haberse crecido aislado. Ahora uno mira para atrás y piensa que estábamos aislados, pero en esa época nada*" (44 años, CC).

La esfera del arraigo es producto de un sustrato cultural, una historia particular que se encuentra entretejida al territorio y a los hombres y mujeres que lo habitan. Un vínculo que es afectivo, rememorativo, identitario, local y construido en la práctica de habitar este espacio y construir simbolizaciones junto a él. Considerar este elemento en el análisis permite poder entender las percepciones sobre los otros tres ámbitos desde la vivencia cotidiana de este aislamiento, pero ahora entendiendo el aislamiento como territorialidad, como una forma particular de habi-

tar los territorios que estos pobladores y pobladoras han construido a lo largo de sus historias. Como diría Carmen: “*qué le hace el agua al pescado, si en el agua se creció*” (57 años, P).

Foto N°3. Cerro Castillo, junio 2015



Fuente: Catalina Amigo

Reflexiones finales

Ya revisado el discurso estatal y las representaciones sociales de los habitantes de estas localidades es posible reflexionar en torno a algunos cruces. En primer lugar, se observa cómo en el tránsito de la política nacional hacia la política regional, se van modificando algunos elementos y adquiriendo cada vez más cercanía con las representaciones de pobladores y pobladoras. Lo anterior da cuenta de la importancia de generar políticas locales y contextualizadas en el territorio que sean capaces de recoger un diálogo entre los especialistas técnicos y la población que habita un territorio determinado.

Otro elemento clave que acerca la política regional a las representaciones de los pobladores y pobladoras es el hecho de que haya sido elaborada por profesionales locales que conocen y han vivido la historia de la región de Aysén. El rol que juegan estos actores es clave en la medida que tienen una doble militancia: participan de la institucionalidad, pero también del apego territorial regional por lo que sus miradas se encuentran sensibilizadas y comprenden la envergadura que pueden tener los cambios proyectados en la región. Esto es valorado por pobladores y

pobladoras, ya que como indica Raquel “*Tiene que ser gente de aquí que sepa cómo es la cosa*” (49 años, P). La futura Universidad de Aysén sin duda será un gran aporte en este sentido. Sin desmerecer a todos quienes estudiamos la región desde el *otro lado de la vereda*, es necesario que tomen fuerza y se escuchen las voces regionales.

La negativización del aislamiento por parte del discurso estatal da cuenta de la proyección de una imagen sobre cómo debe ser un territorio, y que funciona a imagen y semejanza del territorio desde donde viene la política: el centro. Así, todo *se mide con la vara de allá*, y en vez de ser un país rico y diverso en formas de habitar, se establece una sola forma como *la normal, la deseada*. La diversidad de experiencias y territorialidades quedan adscritas a una categoría que responde más a la relación del Estado con la región, que a las características de la región en sí misma.

Foto N°4. Puyuhuapi, junio 2015.



Fuente: Catalina Amigo

El título de este artículo corresponde a una frase de José que sintetiza el trasfondo principal que aquí hemos intentado profundizar y problematizar: “*No estamos lejos, allá están lejos*” (+50 años, aysenino²). Ésta contiene en sí tres dimensiones fundamentales. En primer lugar, establece una relación entre un nosotros y un ustedes, lo que nos obliga a

²Aysenino en referencia a ser habitante de la región de Aysén, no específicamente de Puerto Aysén.

pensar el aislamiento como un fenómeno que implica una relación entre dos sujetos: un *nosotros integrado* y un *otro aislado*. En segundo lugar, posiciona esa relación sobre un territorio, y en este posicionamiento invierte la relación anterior: *nosotros aquí no estamos lejos, ustedes allá sí están lejos*. En este movimiento se invierte la relación que comúnmente caracteriza a la región de Aysén, a saber la posición marginal de lo aislado y lo periférico. Por el contrario, en esta frase la región de Aysén pasa a posicionarse en el nosotros, ocupando la posición de centro y delegando lo lejano y lo aislado al ustedes, al “resto” de Chile. En tercer y último lugar establece una relación de cercanía y de distancia: *nosotros, que estamos aquí no estamos lejos y ustedes, que están allá, están lejos*. Con esto termina de posicionar el centro en el nosotros, en la cercanía del estar aquí, en el territorio.

Entendiendo la naturaleza multiescalar del territorio (Giménez 2005) es posible observar que donde se genera la mayor sensación de aislamiento entre los entrevistados es en el nivel que vincula la región como totalidad con el Estado-nación chileno. Como muchos señalan: *dentro de la región no se sienten aislados, pero sí respecto del país*. El Estado por su parte enfoca sus políticas públicas desde esta escala, sin ahondar ni explorar otras posibilidades que puedan contemplar escalas de menor envergadura, como las regionales o locales.

De lo anterior podemos concluir que el aislamiento puede ser entendido como un fenómeno de perspectiva y escalas, que varía en función de donde se le mire. Si observamos desde la escala nacional y apreciamos la relación del Estado con la región de Aysén, la región efectivamente se encuentra aislada respecto del Estado chileno. Pero si nos posicionamos desde el ángulo de la vivencia territorial de los pobladores y pobladoras, cambia la perspectiva y nos permite entender que este territorio constituye un centro en sí mismo, que no está lejos de nada, sino que ha de ser comprendido en su propia medida. Como señala Rosa “*le llaman isla, pero no es isla, es tremendo pedazo de continente*” (89 años, P). Si observamos desde la óptica que Rosa propone, eso que antes el Estado leía como aislamiento se transforma en territorialidad, en una forma particular de habitar el espacio que es resultado de un aprendizaje *con* y *en* el territorio que se habita, siendo el aislamiento arraigo, una opción de vida, rebeldía. Todo depende desde donde se le mire.

Los resultados obtenidos en el trabajo de campo permiten problematizar y complejizar el fenómeno del aislamiento en la región de Aysén, corroborando la idea de que este fenómeno no es algo *per sé* negativo, sino que es una construcción sociocultural, y como tal posee diversas aproximaciones. El aislamiento no es una condición inherente al territorio, sino que es producto de una relación establecida entre dos sujetos y relevar lo anterior es fundamental para pensar en modificar la relación que establece el Estado chileno y las distintas regiones que éste conceptualiza como aisladas.

La intención de esta investigación es poder contribuir a la discusión sobre políticas públicas que tengan enfoques territoriales y que sean pensadas desde actores locales que respeten y valoren la diversidad de formas de habitar los territorios de nuestro país. Para esto, primero es necesario reconocer que existen distintas formas de habitar, no sólo una. Lejos de romantizar el aislamiento el fin último de esta investigación es contribuir a la ampliación del repertorio de formas de habitar que constituyen la norma, para luego pensar modelos de desarrollo que sean acordes a estas realidades tan diversas.

Por otro lado, es necesario considerar que muchas de estas formas no pueden ser medidas bajo los mismos parámetros que las formas de habitar lo urbano o la capital, por lo que es necesario construir políticas e instrumentos que busquen mejorar la calidad de vida de los sujetos, pero conociendo y respetando sus propias definiciones de lo que entienden por calidad de vida y de cómo se quiere intervenir el territorio que les pertenece en tanto pobladores del mismo. Se hace necesario también comprender cómo los procesos de cambio van modificando las expectativas y las aspiraciones de las distintas generaciones que habitan la región para tratar de conciliar modelos de desarrollo que efectivamente den cuenta de lo que los sujetos quieren para sus territorios.

Bibliografía

ALEUY Rojas, Óscar. ¿Qué significa Trapananda? *El Divisadero*: Coyhaique, Chile, 06 de febrero de 2009 (en sección: Las Huellas; Regional). [En línea, fecha de consulta: 11 abril 2016]. Disponible en: <http://www.eldivisadero.cl/noticia-21877>]

ARAYA, Sandra. Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión [en línea]. *Cuadernos de Ciencias Sociales* No127. Costa Rica: FLACSO, 2002 [fecha de consulta: 15 abril 2016]. Disponible en: <http://unpan1.un.org/intra-doc/groups/public/documents/ICAP/UNPAN027076.pdf>

BARABAS, Alicia. La construcción de en las culturas indígenas de Oaxaca. *Desacatos. Revista de Antropología Social* [en línea], no. 14, primavera-verano 2004. [Fecha de consulta: 15 de abril 2016]. Pp. 145–168. Disponible en: <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1091>

CEGARRA, José. Fundamentos Teórico Epistemológicos de los Imaginarios Sociales. *Cinta de Moebio* [en línea], no. 43, 2012 [fecha de consulta: 15 de abril 2016]. Pp. 1 – 13. Disponible en: <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/43/cegarra.html>

CLAVAL, Paul. El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. *Boletín de la A.G.E* [en línea], no. 34, 2002 [fecha de consulta: 15 de abril, 2016]. Pp. 21–39. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=660030>

Decreto N°608. Diario Oficial de la República de Chile, Santiago, 27 de noviembre de 2010 [fecha de consulta: 15 abril 2016]. Disponible en: http://www.subdere.gov.cl/sites/default/files/documentos/articulos-82147_recurso_1_4.pdf

GIMÉNEZ, Gilberto. Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias* [en línea], Vol. VII, no. 17, 2005 [fecha de consulta: 15 de abril 2016]. Pp. 8–24. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60722197004>

GOBIERNO Regional de Aysén (GORE Aysén, Chile). Política Regional de Localidades Aisladas. Región de Aysén. Coyhaique: División de Planificación y Desarrollo Regional, 2012.

INSTITUTO Nacional de Estadísticas (INE, Chile). Canasta Única de Gasto. Informe Metodológico. Diciembre 2015 [fecha de consulta: 15 abril 2016] Disponible en: https://issuu.com/psegura/docs/informe_metodol_gico_canasta__nic

LINDÓN, Alicia. Geografías de la Vida Cotidiana. En: LINDON, A., HIERN-AUX, D., BERTRAND, G. Tratado de geografía humana. Barcelona: Anthropos Editorial, 2006. Pp. 356 – 399

MARTINIC, Mateo. De la Trapananda al Áysen: una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestros días. San-

tiago, Chile: Pehuén, 2005 [fecha de consulta: 15 abril 2016]. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0053173.pdf>

SERJÉ, Margarita. El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie [en línea]. 2° ed., Bogotá: Ediciones Uniandes, 2005. [Fecha de consulta: 15 de abril 2016]. Disponible en: <http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co/sip/data/pdf/El%20Reves%20de%20la%20Nacion%20final.pdf>

NÚÑEZ, Andrés. Territorios fronterizos, territorios aislados: conceptos dinámicos de construcción histórica. En: ARENAS, F.; SALAZAR, A. & NUÑEZ, A. El aislamiento geográfico: ¿problema u oportunidad? Experiencias, interpretaciones y políticas públicas. Santiago: Serie Geolibros, 2011. Pp. 140–157

NÚÑEZ, A; ALISTE, E. & BELLO, A. El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI. *Scripta Nova* [en línea], Vol. XVIII, no.493 (46), 1 de noviembre 2014a [fecha de consulta: 15 abril 2015]. Pp. 1-13. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/coloquio2014/Andres%20Nunez.pdf>

NÚÑEZ, A; ALISTE; BELLO, A. Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. *Iztapalapa* [en línea], no76, año 35, enero – junio de 2014b. Pp.155-168. Disponible en: https://www.academia.edu/10750293/Patagonia-Ays%C3%A9n_en_la_construcci%C3%B3n_del_imagenario_geogr%C3%A1fico_de_la_naci%C3%B3n

PEY, Roxana. Vivir en Coyhaique. *El Divisadero*: Coyhaique, Chile, 13 de abril 2016 (en sección: Opinión). [En línea, fecha de consulta 15 de abril 2016]. Disponible en: <http://www.eldivisadero.cl/redac-37657>

SUBSECRETARÍA de Desarrollo Regional (SUBDERE, Chile). Actualización Estudio Diagnóstico y Propuesta para Territorios Aislados. Santiago: Ministerio del Interior; SUBDERE, 2008. [Fecha de consulta: 15 abril 2016]. Disponible en: http://www.subdere.gov.cl/sites/default/noticiasold/articulos-73813_recurso_1.pdf

SUBSECRETARÍA de Desarrollo Regional (SUBDERE, Chile). Estudio Identificación de Territorios Aislados. Santiago: División de Políticas y Estudios. Departamento de Estudios y Evaluación Unidad de Análisis Territorial, 2011. [Fecha de consulta: 15 abril 2016]. Disponible en: <http://www.subdere.gov.cl/sites/default/files/documentos/web.pdf>

TUAN, Yi Fu. Space and place: the perspective of experience. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977

Relatos Orales, Rastros de la Identidad de la Patagonia Aysén.

Patricia Carrasco Urrutia

Resumen

La Patagonia Aysén forma parte de un denso conglomerado espacial conocido como *La Patagonia*, ubicada en el cono Sur de América. Este artículo, busca desentrañar las particularidades de esta Patagonia construida en la interacción *sujeto/espacio*, que generan modos singulares de vida, desde donde se construyen paisajes y **habitares** propios, dando lugar a identificaciones y pertenencias sobre las cuales se tejen *identidades* de la Patagonia Aysén.

Palabras claves: Patagonia- Identidad- espacios – habitares

Abstract

The Aysen Patagonia is part of a dense conglomerate space known as Patagonia, located in the Southern Cone of America. The aim of this article is to unravel the peculiarities of this Patagonia built on the subject – space interaction that creates a singular habitation, from where its own landscapes and particular ways of life are built, giving place to identifications and possession sense on which identities of the Patagonia Aysen are woven.

Keywords: Patagonia- Identity- space– Inhabit

La Patagonia es un territorio de densa geografía, marcada por una pluralidad humana y espacial que –en su interacción– configura un paisaje sobre el cual se articula su identidad.

Este texto busca reflexionar en torno a esta pluralidad, desentrañando aquellos elementos que organizan el paisaje construido a partir de la interacción dialógica que nace entre el sujeto/territorio, que da paso a una forma de *habitar* Aysén, de modo singular y propia a cada tramo de su territorio. Así, el relato producido por quienes habitan estos espacios, constituyen una puerta de entrada a los conglomerados simbólicos que organizan ese habitar, dando paso a los elementos, sobre los cuales se construyen los procesos identitarios para los habitantes de la Patagonia Aysén.

A partir de un análisis de texto de un relato acerca de cómo se pobló Aysén a comienzos del siglo XX, narramos una identidad que se configura en la experiencia del *habitar*, donde el sujeto construye un paisaje y éste contribuye a la definición de su identidad.

Una Patagonia plural

Esta gran Patagonia, articulada por territorios de dos naciones vecinas, destaca por la amplitud de sus fronteras, que alberga una vasta diversidad de paisajes. Los que van, desde un fragmentado archipiélago, a un extensa zona de “*tierras llanas y estepáricas*” (Urbina, 2014: 15), por el Este. De un clima cálido, por el Norte (Neuquén), a uno frío, en el Estrecho de Magallanes; de un denso bosque lluvioso, que progresivamente avanza a una desértica pampa en su lado oriental. Por otra parte, es un espacio que ha subvertido los límites políticos administrativos de las naciones que comparten su dominio, para nombrarse y reconocerse como un espacio, organizado en un dominio horizontal. Es decir, como un conglomerado que integra territorios política y administrativamente divididos por una zona limítrofe. No obstante ello, ha configurado su espacialidad en torno a una horizontalidad que pareciera ser connatural a su construcción social e histórica.

Desde sus orígenes, la Patagonia ha sido un espacio de inclusión de pluralidades, donde resalta su articulación en torno a la horizontalidad que difiere de la lógica norte- sur que ha definido

y transversalizado -a lo menos- la identidad chilena, articulada bajo el imaginario de “*larga y angosta faja de tierra*”. Para el caso de la Patagonia occidental, éste encapsulamiento, desde la verticalidad, se contrapone a su trayectoria como territorio, cuyo devenir ha sido construido en una convivencia horizontal de límites que nacen de la fractura del paisaje continental con los bordes oceánicos, sobre el cual se instauran naturalmente sus fronteras Oriente, Poniente y Sur.

En este vasto territorio conviven las particularidades de sus extremos, tal como fuera en sus orígenes, a través de la coexistencia de los pueblos originarios que habitaban esta geografía. En este sentido, se habla “*de varias naciones indígenas: salineros de las pampas, la confederación manzanera y los tehuelches de la Patagonia (conformados por al menos tres etnias)*” (Aguado, 2007: 8). Cada uno de los cuales selló su espacialidad con un registro identitario propio.

La Patagonia como pluralidad alberga desde tiempos remotos una amplia diversidad de paisajes, organizados en un clima que potencia y posibilita la existencia de una flora y fauna que configuran un hábitat ecológico distintivo; □por cierto□ como cada espacio del planeta. En el que convergen zonas estepáricas y densos bosques cordilleranos; un clima frío, a uno templado en la norpatagonia Argentina. Todas estas singularidades, organizan un denso puzle que articula un paisaje plural. Sin embargo, se ha estereotipado a *la Patagonia*, a través de la mediatización de imágenes en que se le representa como un todo uniforme, como *una sola Patagonia*. Imagen que encuentra sus raíces en el halo colonizador de los Estados de fines de siglo XIX, en el que Argentina difundió una imagen de Patagonia “*vacía y desértica*” (López, 2003), que posibilitó la avanzada denominada “*Conquista del desierto*” (1879-1885) que favoreció el exterminio de los pueblos originarios. En el caso de la Patagonia chilena, “*como una selva impenetrable, deshabitada*”, representación que sirvió al gobierno de Chile a comienzos del siglo XX para la entrega de extensas zonas territoriales a la ocupación de compañías extranjeras a través de las conocidas Concesiones, a objeto de marcar soberanía sobre un lejano sur, del que poco se sabía.

Los imaginarios y las representaciones que se construyen de los lugares, van modelando el paisaje y la historia de los pueblos. Sabemos, que los discursos oficiales, disponen de los medios para universalizar e

instalar ciertos mensajes, como “*realidades dadas por descontadas*” como sostiene Schütz (1981: 17) y a partir de las cuales se teje *el sentido* de nación, instalando “*referentes patrióticos aglutinadores, a la vez que diferenciadores*” (Teobaldo y Nicoletti, 2007). Como ocurrió, con la instalación, de la imagen estereotipo de *la Patagonia*.

La Patagonia Aysén

Inserta en esta gran Patagonia se encuentra la Patagonia Aysén, como un paisaje singular. Éste ha sido dibujado dentro del conglomerado mayor al que pertenece, definiendo sus contornos particulares a partir de las prácticas que se construyen en el habitar. Aysén está formado por un clima frío en el que convergen territorios en forma de fragmentados archipiélagos, con densos bosques que dan paso, hacia el Este, a paisajes pampeanos. La baja altura de la Cordillera de los Andes, en este punto geográfico, ha favorecido históricamente el flujo horizontal de sus habitantes. A la vez que su geografía física, ha dificultado desplazamientos verticales, organizando un espacio envolvente, cuyos tránsitos han venido a crear un paisaje de flujo horizontal y diverso. En esta pluralidad se construyen modos de habitar heterogéneos.

Hay patagones –de Aysén– que son habitantes de un paisaje costero, definido por su convivencia con el mar; ellos, conviven con una Patagonia oceánica, son habitantes del litoral. Recorren su territorio en embarcaciones, tal como antaño lo hicieron los Chonos y Kawéscar. Sus vidas transcurren a bordo de pequeñas naves o botes que se acoplan a una fauna marina, propia de un mar pacífico situado entre los paralelos 43° al 49° longitud sur; conocen su paisaje, como conocen su biografía. Allí hay legados históricos, mitos, relatos que transmiten formas de habitar ese paisaje, memoria colectiva, construcción de identidades. Esa Patagonia transcurre ligada a un paisaje navegable. Este patagón de Aysén, sin duda, tiene una identidad que difiere –al menos en parte– del patagón habitante de la pampa; el gaucho del lado Este, que habita un paisaje estepárico frío, donde las condiciones climáticas de la pampa están marcadas por la nieve, el viento y grandes extensiones de tierra dedicadas a la crianza de animales, como en tiempos pasados, lo hicieron las grandes Compañías extranjeras, que a través de su presencia en la

región, a principios de siglo XX, plasmaron un modelo de desarrollo económico basado en la ganadería. Este patrón se condensó en imagen –una representación de la Patagonia□ ligada a un paraje frío, de vastas extensiones que albergan grandes masas de ganado ovino, siendo ésta una vieja representación del habitar de la Patagonia.

Foto Nº 1. Balmaceda, Comienzos del siglo XX



Fuente: Proyecto de Investigación “Recuperación de Archivos Fotográficos Familiares” Fondart, Región de Aysén 2014.

Hacia el norte de esta Patagonia, se desarrolla un clima lluvioso que da origen a densos y frondosos bosques, con presencia de grandes cauces fluviales, lo que da paso a prácticas propias del habitar en un suelo precipitado. Este paisaje, de tipo selvático, está marcado por una actividad predominantemente rural de explotación agropecuaria, forestal y turística, en los últimos años.

Por el lado Sur, la Patagonia Aysén posee un clima frío, caracterizado por la formación de glaciares. La convivencia de paisajes de densos bosques y la cordillera de Los Andes, que muestra su mayor altura en esta zona, destacando por la presencia de Campos de Hielo Sur, organizan su habitar en torno al desarrollo de prácticas ganaderas, legadas de las grandes concesiones extranjeras que ocuparon sus tierras. Pobladores del Baker, de Villa Ohiggins, Tortel son habitantes de paisajes fríos, de grandes afluentes, hielos y cordilleras, características que sin duda empapan el habitar de esa geografía.

Así, esta Patagonia Aysén, muestra un rostro diverso integrado por habitantes de una pluralidad, que requieren de una amplia gama de estrategias para su habitar. Todas nacidas en la especificidad de cada territorio. De este modo, cada punto territorial, cada espacio, se define a sí mismo y define la identidad de quienes lo habitan, en un proceso de co-construcción que nace de la interacción de la tierra y el hombre. Cada habitar construye la identidad de sus habitantes y los sujetos habitantes construyen los paisajes que habitan.

Construcción de imaginarios en la Patagonia Aysén.

Cabe preguntarnos cómo se construye *la Patagonia Aysén*, desde su habitar.¹ En este sentido, proponemos dibujar un trayecto en el cual la identidad está anclada a *su* paisaje.

Hay dos ejes que articulan este recorrido, ellas son: su geografía física y la humana. Así buscamos construir un trazado que permita desalojar el lugar de su materialidad, para convertirlo en una espacialidad plagada de sentido, que deviene en paisaje habitado por un sujeto, el que a través de una narrativa, articula y se apropia del pasado de este territorio, recuperando las voces de otros tiempos para construir y reconstruir imaginarios, sobre los cuales luego, selecciona conglomerados significativos para edificar su identidad y dibujar su paisaje. De la materialidad de la forma al paisaje plagado de sentido.

La geografía entendida como “*la ciencia del espacio*”, permite trascender la simple materialidad del mismo, para comprenderlo como “*una producción social e histórica*”. (Lindón, 2012: 590) Lo que aquí se sostiene es que “*hay una estricta materialidad del territorio*” (Di Meo, 1991: 126) integrada por los objetos de la naturaleza (montaña, el río salvaje, el bosque primario). Sin embargo, esta realidad material, se vuelve, a partir de la intervención del hombre, una realidad histórica distinta de la *material se modifica*, tal como señalará el autor.

¹ Entendido, en el sentido planteado por Lindón e Hirneaux “En los últimos años, con el giro hacia el sujeto, la subjetividad y la cotidianidad que ha impactado el pensamiento geográfico, se ha transitado del tradicional concepto del hábitat al habitar. Dicho tránsito supone enfatizar la experiencia, el hacer, las prácticas, el movimiento constante de la vida cotidiana, cuestiones casi siempre omitidas cuando el problema era abordado a través del hábitat” (2010: 57).

Hablamos de una co-construcción sujetos y lugares. “*El sujeto hace los lugares y los lugares lo configuran*”, dice Lindon. De esta forma, dicha co-construcción pone en juego la identidad o las múltiples identificaciones (2014:65). En el mismo sentido, Berdoulay sostiene que en la interacción del hombre con el espacio, estos “*modelan los lugares que les permiten sostener esta interacción y, recíprocamente, se ven transformados por ellos. Lugar y sujeto aparecen así inextricablemente ligados; se instituyen mutuamente*” (2012: 50).

Para transitar del lugar al espacio como un paisaje plagado de significación, debemos desmembrar los elementos sobre los cuales se construyen los andamiajes del *sentido*. Para ello, es necesario situarnos en la cultura a la que ese espacio y sujeto pertenecen.

La cultura será entendida como un sistema de interpretación del mundo, donde nuestras percepciones se configuran en imágenes, que forman complejos simbólicos a partir de los cuales podemos comprender y participar en el mundo. De ahí que la “*cultura más que un territorio es un espacio simbólico*”. (Lamas, 1994: 5)

La presencia del sujeto en el lugar da paso a un proceso dialógico, al que se hizo mención recientemente. No obstante, éste se construye en la articulación de representaciones sociales, que devienen en imaginarios, organizados en narrativas a través de las cuales el sujeto se nombra a sí mismo. Se diferencia de otros y reconstruye la memoria colectiva de su pueblo, para significar y resignificar los lugares, apropiarse de ellos y anclar, elementos de su identidad.

Cornelius Castoriadis señala que la humanización del hombre se da a través de complejos procesos, a través de los cuales, se transita de lo “natural” a lo “social-cultural.” En tal sentido, se interroga: “*¿Qué inventa una sociedad cuando se instituye como tal? Inventa significaciones; estas producciones de sentido –de sentido organizador– no están ahí para representar otra cosa, sino que estos esquemas organizadores son condición de representabilidad de aquello que esa sociedad puede darse*” (2007: 99). Para el autor, la cultura es el dominio del imaginario en el sentido estricto.

Así, los símbolos circulan en una constelación (conjuntos simbólicos) asegura G. Durand, “*donde convergen las imágenes como núcleos organizadores.*” (2004: 46). Esta constelación de la que habla el autor, organiza un sistema significativo al que se la ha llamado representaciones

sociales. Para Berdoulay, “*las representaciones, constituyen un conjunto de imágenes producidas por la sociedad, también y al mismo tiempo, son nutridas, elaboradas y reelaboradas en el nivel individual. Es lo que constituye el imaginario, que se abordará aquí como un conjunto movedizo de imágenes movilizadas y modificadas por el sujeto en el curso de su actuar*” (2012: 49).

De este modo, la fuerza o relevancia de las representaciones viene dada por “*construir una atmósfera mental colectiva y poseer luego una cierta fuerza de coacción u obligación*” sobre los sujetos (Vergara, 2002: 12). Fuerza, a partir de la cual las sociedades —sus individuos— elaboran relatos que otorgan sentido a la vida social y estructuran sus prácticas.

Pensar la espacialidad, a través de su relación con el sujeto, nos remite a desentrañar la forma en que se organiza la trama de sentido, co-producida en esta interacción. “*Los lugares configuran entrañablemente nuestra biografía*” señala Leonor Arfuch (2013: 15). O en palabras de Berdoulay “*el espacio geográfico puede concebirse como una construcción compleja donde interviene el sujeto, la realidad espacial terrestre y sus representaciones*” (1988, citado por Di Méo, 1991: 122).

La espacialidad y el sujeto construyen identidades

El sujeto inmerso en una espacialidad social construye una representación o una trama simbólica desde donde *se organiza para habitar su mundo*. No obstante, ésta urdiembre de significados sólo puede ser aprehendida a través de “*la dimensión narrativa del imaginario*” como le llama Berdoulay (2012:50). O como indica, Ricoeur “*podemos decir que entre la vida y la cultura está el relato, mejor dicho la suma entrecruzada de relatos. La identidad de un individuo o de una comunidad se adquiere mediante la suma de relatos*”, afirma el autor. (1996: 191) Y a través de ellos podemos acceder a esa trama significativa.

En este sentido, el Yo existe en la medida que se narra. Bruner sostiene “*que creamos y recreamos nuestra identidad mediante la narrativa, que el Yo es producto de nuestros relatos y no una cierta esencia por descubrir cavando en los confines de la subjetividad. Y a esta altura está demostrado que sin la capacidad de contar historias sobre nosotros mismos no existiría una cosa como la identidad. La construcción de la identidad, parece, no puede avanzar sin la capacidad de narrar*”. (2003: 122).

De este modo, las narrativas y los textos nacidos de ellas se sitúan en el centro de la comprensión del sujeto y su identidad. Mediante la narrativa, “*construimos, reconstruimos, en cierto sentido hasta reinventamos, nuestro ayer y nuestro mañana. La memoria y la imaginación se funden en ese proceso*” (Bruner, 2003:130).

A su vez, el relato recupera la realidad intersubjetiva, por cuanto, tal como señala Elías “*no hay ninguna identidad del yo sin una correspondiente identidad del nosotros*”(1990:212).

En este sentido, *el paisaje* nace de un sujeto situado, cuya percepción del entorno crea una imagen a través de la cual representa y significa dicha espacialidad. Mediante la cual se nombra a *sí mismo*, creando un *yo*, que nombra a un *alter*, como condición de existencia. La identidad, se construyen en el relato; y éste configura la experiencia del habitar.

Relato y memoria

Los relatos conservan la memoria y la transfieren a *otros*. Permiten la organización de los conglomerados simbólicos, que se van reconstruyendo y resignificando socialmente. Este ejercicio de transmisión favorece dos cosas: por un lado, marca la presencia del sujeto social –es decir del sujeto en contexto– o inserto en los marcos sociales de los que hablaba Halbwachs, sin los cuales no tiene posibilidad de existencia, como *ser social*. Y, por otro lado, es a través del lenguaje significado que éste se construye a *sí mismo*. Es decir, el sujeto nace en la narración a través de la cual crea y participa de un mundo social al cual pertenecer y del cual diferenciarse, construyendo una identidad.

La memoria reconstruye el pasado en base a los significantes del presente, de modo tal que “*el pasado nunca resulta accesible de manera directa, ni tampoco nunca es conservado de manera definitiva, sino solo en cuanto mediación con el presente, que lo constituye cada vez de formas distintas*”, postulaba Halbwachs. (1924, citado en Montesperelli, 2005: 130).

Nos interesa rescatar la memoria, o detenernos en ella, porque consideramos que constituye un “*depósito de experiencias vividas y sedimentadas, es decir como repertorio de tipificaciones acerca de los individuos y las situaciones, o en otros términos los frames goffmanianos*” (Lindón, 2000: 199). Estos *frames*

o marcos de los que hablaba Goffman ² son los elementos que van dibujando la espacialidad que habita un sujeto, que le hace distinta de otras y a través de las cuales él tiene la posibilidad de ser un *sí mismo*, diferenciado de *otros*, que para nuestro caso, posibilita acercarnos a la construcción de una identidad patagónica de Aysén, y su distinguibilidad de otras identidades, y/o, de otras patagonias y patagones.

Voces ancestrales y la Identidad

Del relato individual, en contexto social, deviene la historia. Ella se inscribe en un mundo donde su entramado cobra sentido.

Así, en toda sociedad, la rememoración forma parte obligada de las operaciones de transmisión de la cultura, del trazado de la historia y de la “*invención de la tradición*”. (Arfuch, 2013: 24) De este modo, los mitos constituyen las fuentes que organizan *el sentido* de una comunidad. A través de ellos, se develan las construcciones simbólicas que han organizado su tiempo y su espacio. Se traspasan valores que tejen la trama social. A través de ellos accedemos a la memoria que ha organizado la espacialidad de un territorio.

El mito se asocia a tiempos inmemoriales, a “*sociedades de la oralidad, [donde] los antiguos disponen del privilegio de poder acceder en forma más directa que los demás a las verdades primeras: no solo son depositarios de la historia de épocas en que las memorias humanas eran capaces de recordar, sino también, son los depositarios del inmenso espesor del tiempo de lo inmemorial*” (Caval, 2012: 37) Los mitos nos permiten acceder a un tiempo pasado- al origen.

Relatos de la Patagonia Aysén

Hay algunos relatos, en torno a la ‘reocupación’³ de la Patagonia Aysén, que circulan en la ‘atmosfera’ como voces de un pasado reciente, que remiten al origen de esta naciente Patagonia.

Al respecto, hay dos elementos sobre los cuales reflexionar. Por un lado, estos relatos sobre la ocupación de Aysén a principios del siglo

² Goffman, E. Habla de “frame o los “marcos” que permiten definir las situaciones de interacción y la estructura de las experiencias que tiene los individuos de la vida social: en realidad no se define sólo la significación de los episodios de la vida cotidiana, sino también el tipo de implicación requerido por ellos”. (citado en Wolf, M. 1998:42)

³ Alude a un segundo ocupamiento, posterior a sus pueblos originarios.

XX constituyen un mito que se mantiene vigente en las narrativas en torno al origen. Ello probablemente se asocie al carácter ‘joven’ del poblamiento de esta zona de fines de siglo XIX y principios del XX, lo cual nos permite hallar y conservar esos relatos a través de las voces de los hijos o nietos de esos pobladores que llegaron en los albores del siglo pasado. Esa cercanía en la recuperación de estos relatos, permite una circulación transversal de éstas narrativas, los que albergan detalles que aluden por ejemplo a las dificultades del poblamiento, a las inclemencias del tiempo, a los orígenes de los migrantes o ‘recién venidos’, a las condiciones de vida de la época. Todo ello, favorece que se mantenga conservada una memoria colectiva en torno a esos primeros tiempos – que resulta ser para esta zona de la Patagonia– un tiempo reciente.

Otro elemento que pudiera favorecer esta circulación y mantención de narrativas, podría hallarse asociada a la baja densidad poblacional de la zona, dado que un porcentaje importante de la población se encuentra ligada aún a esos primeros pobladores. Son descendientes en segunda, tercera o cuarta generación de quienes llegaron en tiempos fundacionales. Sean chilenos que buscaban reingresar a Chile luego de su permanencia en Argentina de Chiloé o migrantes europeos que huían de la primera guerra mundial, esta cercanía de los relatos, en el ámbito cotidiano, favorece su preservación.

Hay muchos relatos circulantes, todos ellos convergen en puntos nodales: el origen de los ‘recién venidos’, las características físicas del territorio, el clima, las condiciones de habitabilidad, entre otros. A modo de ejemplo, ofrecemos un relato que nos remite a 1911 cuando se produce la primera avanzada de reconocimiento de la zona por Juan Foitzick⁴ y un grupo de chilenos que luego protagonizarían (en 1913) la ocupación de terrenos próximos a la Sociedad Industrial Aysén –Concesionaria Inglesa– que había ocupado 826.900 há. a partir de 1903 (Araya, 1998: 70).

Este relato, formulado por Delfín Jara⁵, nos parece que recoge elementos de un relato mítico, que alude a los orígenes. En él, encontramos

⁴ Juan Foitzick protagonizó lo que se conoce como poblamiento masivo u organizado de Aysén (Millar, 2006).

⁵ En Mansilla, A. *Chile austral (Aysén)*. Santiago, Chile: Instituto Geográfico Militar, 1946 . Pag 134 en adelante

parte de los elementos que sirven como anclajes para la configuración de la identidad de la Patagonia Aysén.

Relata Delfín Jara⁶:

“En Noviembre de 1911 salimos de Alto Río Mayo, Belisario Jara, Juan Foitzick, Isaías Muñoz, Manuel Vidal, Ramón Jara, Domingo Sides y yo, con el propósito de ubicar los terrenos de una concesión que había caducado y que se llamaba “Los tres valles”, en la región del lago Simpson. La expedición iba al mando de don Juan Foitzick y su organizador y capitalista fue don Belisario Jara.

Llevábamos cada uno un caballo de nuestra propiedad y una tropilla de Manuel Vidal. Ya en territorio chileno penetramos a la selva virgen y después de tres días de marcha abriéndonos paso a fuerza de machete en el monte, llegamos a un lago que, según supimos después, se llamaba Pólux. Un día entero estuvimos orillándolo y al anochecer acampamos. Allí había una gran cantidad de baguales(...)

Alojamos a la orilla del lago y al día siguiente llegamos a un arroyo chico, muy oscuro, que no tenía vado en ninguna parte. Tuvimos que hacer un puente sin otras herramientas que nuestros machetes. Trabajamos medio día en esta obra (...)

De allí para adelante encontramos muchos campos pantanosos y llegamos a un cerro muy alto que se llama Cerro Mirador. Como la montaña era muy tupida y alta no podíamos orientarnos y nuestro baquiano, que era don Juan, con fama de rumboador, no logró tomar rumbo y fuimos a dar a un gran mallín, muy pantanoso, que hoy se encuentra al lado del Cerro de la Virgen.

Estamos perdidos, nos dijo entonces don Juan, vamos muy al sur; tenemos que buscar el desagüe del lago Pólux.

Al anochecer llegamos a un arroyito chico y ahí alojamos. Llevábamos ya cinco días de marcha, con buen tiempo; pero hasta allí no más nos duró sin llover. Como yo viera que el aguacero se nos venía encima me puse a hacer un ranchito de quilas paradas, como las que se hacían en las cordilleras de Lonquimay cuando no había población (...)

⁶ Las cursivas del texto, son mías- en ellas-se busca identificar elementos referenciales que configuran aspectos que han sido relevados a la hora de narrar Aysén, en sus orígenes.

Elementos del relato

Sobre este relato, proponemos un ‘*modelo de análisis de texto*’ en el cual convergen elementos que se repiten en narrativas recogidas en investigación realizada el 2014.⁷ Algunos elementos que surgen del análisis de estos relatos, dan luces sobre los núcleos en torno a los cuales se construye la identidad patagónica de Aysén.

El primer elemento que emerge en los relatos corresponde a la fecha de ingreso a la región (se habla del año de llegada) por parte de esos primeros colonos chilenos y extranjeros. Este nodo inicial del relato pareciera ser un aspecto ligado a dar u otorgar mayor ‘autoridad’ en torno a la narrativa construida sobre el origen por parte de quienes ‘llegaron primero’, en un orden de correlación histórica. Así, la valoración del testimonio y del sentido de pertenencia, autoriza una voz, que se ubica en los primeros tiempos. Como una suerte de verdad, situada en el origen.

¿De dónde venían? constituye el segundo elemento reiterativo en las narrativas. En este texto, el narrador señala: “*veníamos de Alto Río Mayo, Argentina*”. Sabemos que la historia de Aysén se organiza en torno a chilenos migrantes a Argentina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Millar relata que se produce una migración de chilenos hacia Argentina a fines del siglo XIX impulsados por una política de gobierno de entrega de territorios a concesiones y extranjeros, en tanto en Argentina se favorecen procesos migratorios a través de “*la benéfica ley de inmigración de 1876, promulgada por el presidente Nicolás Avellaneda han encontrado de parte de los gobiernos transandinos toda clase de facilidades para procurarse un pedazo de suelo en donde establecerse. Se dedican no sólo al trabajo de la agricultura y ganadería, sino también a cualquier otro digno y bien remunerado*” (2006: 15).

Sin embargo, con el correr de los años, Argentina comienza una política de expulsión de estos chilenos que ocupaban gran parte del territorio de la Patagonia Argentina, mediante “*una campaña de prensa sobre un supuesto ‘bandidaje chileno’ en los territorios fronterizos*”, (Millar, 2006:8) que da pie a una cruenta persecución y expulsión de esos chilenos, iniciada en 1911 aproximadamente. Misma época en que comienza el intento

⁷ Recogimos 50 narrativas de hijos o descendientes de quienes llegan a la región a principios de siglo XX, en el proyecto de investigación Fondart Regional 2014, denominado “Recuperación de Archivos fotográficos, familiares de la región de Aysén”.

de estos chilenos por regresar a “su patria” y que sería el origen de la entrada masiva de chilenos a la Patagonia Aysén.

Sabemos que no todos quienes poblaron Aysén en los albores de 1900 provienen de Argentina, muchos de ellos vienen de Chiloé a trabajar con la Sociedad Industrial Aysén, otros, del extranjero, otros son inmigrantes de Europa o países árabes. No obstante, el nodo que articula la historia de Aysén se remite a una disputa entre *chilenos ‘sin tierra’* el Gobierno de Chile y las grandes concesionarias extranjeras a quien se había arrendado en grandes extensiones territorial, la Patagonia Aysén.

Al respecto, hay un elemento que se lee en los relatos, como condición fundante de esta epopeya por habitar Aysén, y tiene que ver con chilenos, “*despojados, trahumantes, caminantes*” (Millar, 2006), chilenos, que no tenían un lugar al que pertenecer. Creemos que esto funda la gran adherencia y la férrea lucha que se daría por ocupar estas tierras.

De Certau, dice “*Andar es no tener un lugar*” (2000: 55). Presumimos que esta experiencia funda el habitar de un territorio para convertirlo en espacio de pertenencia. Esto podría explicar el sentimiento de pertenencia de los patagones ligados a su tierra y explicaría la relación con la alteridad, como esos *otros*, extranjeros para quienes esta tierra no representa el término de la ‘errancia’, del *caminar despojado*.

El término ‘andar’ aloja un doble significado. Representa la ‘errancia’, pero también un legado, una herencia. La dicotomía –errancia/pertenencia–, construye un núcleo sobre el cual construir la identidad. La pertenencia (permanencia), resuelve la errancia que despoja. La forma en cómo se “conquista” este derecho a pertenencia de este lugar, en razón de la gran batalla que dan estos ciudadanos chilenos con el Gobierno de Chile, pone de relieve en las narrativas nombrar a quienes formaron y protagonizaron parte de esta historia. Situarlos, en un lugar privilegiado, como voz autorizada para habitar Aysén. Así, se entiende que en la cotidianidad de ésta Patagonia, los apellidos otorguen identidad.

Hay en la memoria colectiva apellidos de hombres que protagonizaron aquella epopeya del poblamiento de Aysén. Encontramos hoy, al ser esta una región joven en su fundación, relatos circulantes que mantienen viva esa herencia legada en el relato, el lugar que

ocuparon esos hombres y mujeres en articular este territorio, como un espacio habitado. Hoy encontramos descendientes, de segunda y tercera generación, que conservan estas narrativas heredadas de primera fuente.

Un tercer elemento que emerge de este análisis, es el carácter o temple de los hombres y mujeres que vinieron a refundar esta tierra. El relato señala “*La expedición iba al mando de don Juan Foltzick*”. Este pionero ocupa un lugar connotado en esta fase de la historia de Aysén. En el mismo relato, el narrador alude a él como el “*rumbeador*”, es decir, un hombre con experiencia, orientado en un paisaje desconocido, que se comunica con la naturaleza y va construyendo a su paso una forma de habitar un territorio “salvaje” (sin intervención humana). A don Juan Foltzick, se le atribuye un hermoso relato⁸, situado en 1913, cuando junto a su familia ingresa a la región con sus carretas construyendo puentes por sobre el alambrado de la Sociedad Industrial Aysén a objeto de no contravenir lo dispuesto por las ordenanzas de la época. Este relato se ha transformado en un mito en torno a la ocupación de Aysén y la disputa con las Concesionarias que ocupaban la región, por cuanto resalta la audacia de los colonos, que sorteaban las dificultades con ingenio, a la vez que, con gallardía.

⁸ En torno a él se cuenta, que para no contravenir lo dispuesto por la SIA, “recogiendo en el camino una buena cantidad de varas con los que al llegar al firme cerco de alambre armó una especie de puente. Acto seguido desarmó sus carretas y las hizo pasar por encima del cerco, al igual que toda la carga que portaba...” (Araya, 1999:73)

Dibujo N°1



Retrato de María Zafira Carvallo Foitzick, llegada 1913⁹.

Tesón, gallardía, coraje, ingenio parecen ser elementos que se repiten a lo largo de los relatos del poblamiento de Aysén, en los distintos rincones de esta Patagonia. Estos valores, que se transmiten en torno a los primeros hombres y mujeres que habitaron Aysén a principios de 1900, parecen también haber tamizado esta espacialidad.

Luego, el relato que analizamos, entra en una suerte de descripción de *lo que tenían* y de *lo que había*. Alude a un desplazamiento a caballo. En la época, Aysén no tenía caminos ni sendas. Era un territorio

⁹ Retrato realizado por Ignacia Sudy Muñoz, construido a partir del retrato fotográfico perteneciente a la Familia Foitzick. Recuperado en Proyecto Fondart 2014. Archivo, investigadora.

–según el relato– caracterizado por una “selva virgen”, densamente poblada de bosques. Frases como “abriéndonos paso *a fuerza de machete en el monte*”, recorren transversalmente las narrativas del origen. No había herramientas. Lo básico, lo ancestral “*el machete*”, herramienta rudimentaria de la que se sirvieron, para abrir una senda, un paso. Este elemento remite a las dificultades por habitar un espacio. Construido en una rudeza primaria, que pone de relieve el tesón y la gallardía, como valores centrales para habitar este territorio.

Los relatos de la época describen una geografía física densa, infranqueable, asociada a condiciones climáticas adversas, que parecían irreductibles. Sin embargo, en ellos se releva un espíritu pionero, en que se entabla una suerte de diálogo con la naturaleza, que permitirá luego su ocupación y asentamiento. Éste se funda en un reconocimiento a través de la experiencia; un *saber mirar* la “naturaleza salvaje”; dialogar con ella, conocerla, para habitarla. En este sentido, el relato que analizamos señala: “*Un día entero estuvimos orillándolo y al anochecer acampamos*” (refiriéndose a su encuentro con el Lago Polux). El habitante de Aysén entonces, conoce su paisaje, su territorio, sus formas, su clima y construye a partir de este conocimiento una relación espacial, sobre la cual funda el espacio vivido.

Conocer ‘el vado’, ‘el paso’ de la montaña cuando se aproxima la cerrazón, constituyen saberes adquiridos–nacidos en este diálogo con la naturaleza–. Estos saberes, que construyen un habitar y una identidad resultante de una relación armónica con la naturaleza, marcada por un sujeto que reconoce los tiempos y convive con ella.

Tal vez allí se funda *la templanza* del patagón que habita por ejemplo, el Sur de Cochrane, Tortel, Gaviota, o Puyuhuapi, por nombrar algunos rincones de esta Patagonia. Tal vez la inmediatez del habitante de una *gran ciudad*, mal sitúa un dicho patagón: “*el que se apura en la Patagonia, pierde el tiempo*”. Refrán, que pareciera estar más asociado a la convivencia del hombre con la naturaleza, en una relación dialógica, en la que el clima y las formas de la geografía, forman parte del habitar.

Un último elemento, contenido en el texto sobre el cual hemos llevado a cabo nuestra reflexión, se refiere al acervo de conocimiento que estos hombres y mujeres traían, desde sus tierras de origen, para habitar Aysén.

Así, el texto señala: “*Como yo viera que el aguacero se nos venía encima me puse a hacer un ranchito de quilas paradas, como las que se hacían en las cordilleras de Lonquimay cuando no había población*”. Esta fase del texto sienta las bases para construir un espacio plural, organizado en un sincretismo cultural sobre el cual se fundarán luego, sus tradiciones. Costumbres de chilotes, gauchos, europeos, árabes, mapuches, entre otras, se conjugan para habitar esta espacialidad.

La puesta en escena de las formas de habitar –traídas de otros paisajes– articuló una convivencia mestiza, que une costumbres y habitares diversos.

Foto N°2 Cerro Galera, Fundo las Pampas, década de 1940.



Fuente: Proyecto de Investigación “Recuperación de Archivos Fotográficos Familiares” Fondart, Región de Aysén 2014.

Sin duda el texto aloja muchos otros elementos que podríamos seguir interpretando; sin embargo, éste análisis constituye una aproximación preliminar a la identificación de elementos, que sirven de referentes para construir una identidad patagónica de Aysén.

Reflexiones finales

La interacción sujeto-territorio crea espacialidades, paisajes y da lugar a hitos sobre los cuales se construyen identidades. Se crea una relación dialógica, que da lugar al *habitar*. Al aproximarnos a los espacios, como mundos significados y construidos en la interacción con el sujeto social, se busca desalojar los significados contenidos en la trama social que resulta de ésta interacción, desalojando al lugar de su materialidad, dando paso a una espacialidad que ofrece al sujeto un marco social-espacial desde el cual definirse, al menos en parte. A través de la puesta en escena de elementos para su autodefinición y diferenciación de otros.

Así comprendemos el habitar de la Patagonia Aysén como un mundo significado históricamente por sus habitantes, desde los primeros tiempos –los pueblos originarios y luego, por quienes vinieron a principios de siglo XX–, buscando un lugar al que pertenecer.

Entendemos la Patagonia Aysén inmersa en una gran Patagonia, que contiene una amplia pluralidad de paisajes culturales, en el cono sur de América. En ese contexto, la Patagonia Aysén es una de esas pluralidades, cuya espacialidad aloja una amplia gama de paisajes y de *habitar*es, construidos en la especificidad de cada territorio. Dentro de las particularidades de ésta espacialidad, observamos que su organización obedece a un orden histórico construido por sus habitantes, desde sus orígenes, en que, en la relación dialógica construida con el espacio –sus fronteras han sido edificadas en una horizontalidad–, que se fractura en el encuentro con un orden político-institucional, que fragmenta esta Patagonia en dos: una Patagonia Argentina y una Chilena. El orden histórico de este territorio ha sido integrado. Ha sido de desplazamientos Este-Oeste, que desarticulan la lógica verticalista, que fundan el sentido nación, desde el cual se construye Chile, como una “*larga y angosta faja de tierra*”.

Por su parte, la Patagonia Aysén ha construido su espacialidad a partir de un poblamiento que ha dibujado sus contornos, en razón de su historia y la pluralidad de sus habitantes. Su carácter joven, cuya fundación se sitúa a principios de siglo XX, permite acceder a relatos en torno a los orígenes de ese poblamiento que han organizado la memoria

colectiva de sus habitantes en forma de ‘relatos míticos’, a través de los cuales es posible descifrar algunos de los elementos que organizan el habitar de esta espacialidad.

Bibliografía

AGUADO, A. *Aquellos exploradores olvidados 1888-1902: Koszowlowsky, Botello y Steinfeld en Patagonia*. Comodoro Rivadavia: el autor, 2007.

ARAYA, B. *El Gran Reportaje de Aysen*. Aysén (s.n), 1998.

ARFUCH, L. *Memoria y Autobiografía: exploraciones en los límites*. 1ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.

BERDOULAY, V. El sujeto, el lugar y la mediación del imaginario. En LINDON, A. E HIERNEAUX, D. *Geografías de lo Imaginario*. Barcelona: Anthropos Editorial; México: Universidad Autónoma Metropolitana –Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades, 2012.

BERTONCELLO, R. Los espacios imaginarios de espacios distantes a partir del turismo. En LINDON, A. e HIERNEAUX, D. *Geografías de lo Imaginario*. Barcelona: Anthropos Editorial; México: Universidad Autónoma Metropolitana –Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades, 2012.

BRUNER, J. *La Fábrica de Historias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina S.A, 2003.

CASTORIADIS, C. *La Institución Imaginaria de la Sociedad*. Bs. Aires: Tusquets Editores, 2007.

DE CERTEAU, M. *La invención de lo cotidiano 1 artes de hacer*. México, México D.F.: Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, 2000.

DI MÉO, G. *L’Homme, la société, l’espace*. París: Anthropos, 1991.

DURAND, G. *Las estructuras Antropológicas del Imaginario*, México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

- ELIAS, N. *La sociedad de los Individuos*, Barcelona: Edit. Península, 1990.
- HALBWACHS, M. *Los Marcos Sociales de la Memoria*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2004.
- HIERNAUX, D. Y LINDON. A. Renovadas intersecciones: la espacialidad y lo imaginario. En LINDON. A y HIERNAUX, D. *Giros de la Geografía Humana, Desafíos y horizontes*. Rubí (Barcelona): Editorial Anthropos, 2010.
- LAMAS, M. Cuerpo: diferencia Sexual y Género en *Debate Feminista*. año5, vol.10. , septiembre, 1994
- LINDÓN, A. *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, México: El colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos/ El colegio Mexiquense, 1999.
- LINDÓN, A. *La Vida Cotidiana y su Espacio- Temporalidad*, Barcelona: Anthropos Editorial; México: El Colegio Mexiquense y el Centro regional de Investigaciones Multidisciplinarias (UNAM), 2000.
- LINDON, A. La concurrencia de lo espacial y lo social. En GARZA, E y LEIVA, G. *Tratado de Metodología en las Ciencias Sociales. Perspectivas Actuales*. México : FCE, UAM- Iztapalapa, 2012.
- LÓPEZ, S. *Representaciones de la Patagonia. Colonos científicos y políticos 1870- 1914*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al margen, 2003.
- MANSILLA, A. *Chile Austral (Aysén)*. Santiago, Chile: Instituto Geográfico Militar, 1946.
- MILLAR, S. *La Conquista de Aysén*. Puerto Montt: Millar editores, 2006.
- MONTESPERELLI, P. *Sociología de la Memoria*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2005.
- RICOEUR, P. *Sí Mismo como Otro*. México: Editorial siglo XXI, 1996.
- SCHUTZ, A. *El Problema de la Realidad Social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1981.
- TEOBALDO, M Y NICOLETTI, M. *Representaciones sobre la Patagonia y sus habitantes originarios en los textos escolares 1886-1940*. Quinto sol n.11 Santa Rosa ene./dic. 2007 Disponible en <http://ojs.fchst.unlpam.edu.ar/ojs/index.php/quintosol/article/viewFile/724/652>
- URBINA, M. *Fuentes para la Historia de la Patagonia Occidental en el Periodo colonial*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2014.

VERGARA, A. Horizontes del imaginario. Hacia un reencuentro con sus tradiciones investigativas. En VERGARA A. (coor.,) *Imaginarios: Horizontes plurales*. México: ENAH-BUAP- CONACYT, 2002.

WOLF, M. *Sociologías de la Vida Cotidiana*, Madrid: Ediciones Cátedra, Colección Teorema, 1988.

Bosque nativo y circuitos mercantiles en Aysén: Bosquejando el ensamblaje Monte-habitantes locales de Puyuhuapi y Cerro Castillo en el actual contexto neoliberal.

Macarena Libuy Hidalgo

Resumen

Se analiza la relación de los habitantes locales de Puyuhuapi y Cerro Castillo con el bosque nativo en el marco de un capitalismo verde que opera actualmente a nivel regional y que tensiona este vínculo, instalando dificultades de acceso, normativas y enfrentando distintos modos de concebir las relaciones human@-monte. Sin embargo, las prácticas locales se adaptan, tomando nuevas formas y buscando entre las rendijas del sistema cómo resistir y *re-existir*.

Palabras claves: Monte (bosque) – Prácticas locales – Mercantilización de la naturaleza- Capitalismo verde.

Abstract

It analyzes the relationship between local inhabitants from Puyuhuapi and Cerro Castillo with the native forest in the framework of a *green grabbing* that currently operates at the regional level and that stresses this link, installing difficulties to access, regulations and facing different ways of conceiving human-monte relationships. However, local practices adapt, taking new forms and looking how to resist and re-exist through the gap of the system.

Keywords: Monte (forest) - Local practices – Nature commodification- Green grabbing

Si miramos una foto de los bosques de Aysén, si la buscamos en internet o revisamos las publicidades turísticas, nos encontraremos con hermosas imágenes, reservas naturales, jóvenes viajeros. Veremos paisajes deslumbrantes y bosques relucientes en *full HD*, como si ahí no viviese nadie, como si no hubiese intervención humana, como si no pasara el tiempo, como si todo fuese profunda paz, total naturaleza.

Pero queremos ver un poquito más. Si pudiésemos hacerle un *zoom* a esas fotografías o ampliar la imagen, romper esa dimensión única que nos entrega la postal, podríamos quizás profundizar en las tramas más microscópicas, en los detalles, advirtiendo que no hay solo Coihues o Lengas gigantes, sino también cientos de helechos, flores y enredaderas. Del mismo modo, en el ámbito social, nos encontraríamos con un bosque lleno de historias locales, de saberes, intervenido y utilizado durante cientos de años. Incluso si alejamos la imagen llevándola a un plano más macro, veríamos a ese mismo bosque inserto en un tejido de complejas relaciones con lo global, disputándose históricamente entre diversos actores, intereses y relaciones de poder, transformándose y cambiando constantemente su valor.

En este artículo queremos hacer ese pequeño ejercicio, de entender al monte –como se le llama localmente al bosque– ya no como una imagen neutra, estática o meramente estética, sino que, primero que todo, en interrelación y diálogo con distintos grupos humanos, que tienen a su vez distintas maneras de leer y actuar en relación a su medioambiente; y por tanto, un monte sobre el que recaen percepciones y prácticas diversas que muchas veces entran en conflicto o choque. En esa línea empezaremos a mirar y *bosquejar* a este monte como un espacio politizado¹.

Este acercamiento y desdoblamiento de la imagen del monte, cuyo objetivo central es caracterizar y comprender la relación de los habitantes locales con el bosque nativo en el contexto neoliberal, nace a partir de un trabajo de campo etnográfico realizado en las localidades

¹ Esta investigación se enmarca en los enfoques teóricos de la ecología simbólica y la ecología política, desde las que vamos a entender, en primer lugar, la diada naturaleza/cultura no como una dicotomía, sino que al medio ambiente y sus determinantes sobre la vida social, en una relación dialéctica con la creatividad que cada sociedad despliega en la aprehensión y ordenamiento de su medio (Descola 2011: 85).

de Puyuhuapi y Cerro Castillo durante tres meses el año 2015². Esta etnografía nos permitió entrever la viva relación que mantienen los habitantes locales de Puyuhuapi y Cerro Castillo con el monte, el que es fundamental para sus economías de subsistencia y fuente también de sentido, símbolos y afectividad a nivel individual y colectivo. Este vínculo, sin embargo, se encuentra cruzado por lianas conflictivas en la actualidad, que son propias del contexto neoliberal y que instalan dificultades, tensiones y transformaciones.

El Monte y la vida humana en Puyuhuapi y Cerro Castillo

Puyuhuapi y Cerro Castillo son dos localidades de Aysén, la primera de ellas se encuentra en el extremo de un fiordo de origen glacial que lleva el mismo nombre, en la zona norte de la región, y la segunda, en la cuenca del Río Ibáñez, en el sector oriental trasandino al límite con Argentina. Ambas poseen una villa con estructura amanzanada donde se concentra parte importante de la población, y distintos sectores de “campos” circundantes en donde hasta hace unos años se repartían la mayoría de sus habitantes y donde aún viven algunos campesinos.

Los bosques de ambas localidades son muy distintos, tratándose en el caso de Puyuhuapi del tipo forestal Siempreverde, el que es considerado y nombrado localmente como una *Selva* por su alta humedad y diversidad de especies. En el caso de Cerro Castillo se trata del tipo forestal Lengua, con algunos sectores de bosques de Ñire, los que son en general mucho más secos. Este último tipo de bosque se denomina localmente *Montaña Colgá*, lo que quiere decir que crece vegetación sólo desde unos metros hacia arriba, por lo que “*uno cabe por abajo*” (Raúl, Puyuhuapi).

Estos bosques constituyen el medio en el que las comunidades de ambas localidades están insertas, lo que tiene importantes implicancias en la vida social. En Puyuhuapi y Cerro Castillo el monte se cuele en la vida cotidiana humana, apareciendo en distintas actividades en donde cumple un rol fundamental, brindando las materias primas básicas para la reproducción de sus comunidades.

² La investigación completa “*Bosquejos del Monte. Ensamblajes entre el bosque nativo y los habitantes locales de Puyuhuapi y Cerro Castillo en el contexto neoliberal*” está disponible en el sitio web www.tesis.uchile.cl.

En términos concretos podemos conocer la relación bosque-habitantes locales a partir de los usos que hacen estos últimos del monte o de algunos de sus recursos: tanto en las prácticas vinculadas al bosque propiamente tales, como en las representaciones sociales que dotan de sentido esas prácticas y que incluyen valoraciones, saberes, normas e ideas.

Leña. La obtención y uso de la leña es una de estas prácticas, quizás la más significativa y constante, y por la cual se hace imposible desconocer el vínculo entre el bosque y las comunidades, en tanto el bosque “entra” a los hogares, ardiendo día a día en forma de “chocos” dentro de las cocinas y combustiones. La importancia de la leña radica primeramente en ser un elemento básico de calefacción dadas las características ambientales de la región (bajas temperaturas) y además, su calor se aprovecha para cocer los alimentos y calentar permanentemente el agua para las tradicionales rondas de mate. La leña, tiene el poder de congregarse en torno al fuego, generando un espacio donde transcurre gran parte de la vida familiar y social.

Este recurso es básico para los habitantes de la zona (más si consideramos los altos precios de otros combustibles en la región), por lo que su venta es una importante fuente de ingresos para algunos campesinos, incluso en mayor medida que la ganadería (Jefe del Depto. de Fiscalización y Evaluación Ambiental, CONAF XI Región), que fue la principal actividad económica durante los primeros años de la colonización de la región (Martinic, 2005: 302).

Obtener leña para el consumo familiar, ya sea comprándola o sacándola directamente del monte, es una tarea cotidiana imprescindible: “*Llueve, truene o caigan piedras, igual hay que salir a la leña*” (Raúl, Puyuhuapi), e involucra una serie de conocimientos locales respecto a las características de cada especie y sus propiedades para arder, así como también en cuanto al proceso de obtención de este recurso, desde que se selecciona un árbol del monte, que luego se voltea, se corta en “chocos”, se transporta, se pica, se amontona y se seca, hasta quedar lista para su consumo.

Ganadería. Por las extensas superficies de monte transitan también vacas y ovejas, por lo que otra importante actividad desarrollada

entre árboles, es la ganadería. Para esta actividad se hace necesaria la “apertura”, “despeje” o “limpia” de ciertos “paños” (pedazos) de bosque³, tanto para crianza de los animales, como para la producción de forraje.

Esta combinación bosque-animales, que otrora se encontraba totalmente naturalizada dentro de la región, hoy sufre un cuestionamiento por parte de diversos actores, tanto por la tala o quema de árboles que implica, como por la presencia misma del ganado en el monte: *“Los animales son el daño, porque el animal usa al árbol como forraje (...) De acuerdo a la ley los animales no deben estar en el bosque, pero en general en esta región, por 3 millones de ha. de bosque que hay, en más de 1 millón de ha. de bosque están metidos los animales”* (Asesor Técnico del Depto. de Fomento Forestal, CONAF XI Región). Por supuesto que la relación ganado = daño para el bosque no existe en los campesinos, para quienes la ganadería es una importante fuente de ingresos y el bosque el medio natural en el que humanos y animales están insertos, por lo que no se concibe un campo (bosque) sin animales, ni animales fuera del campo (bosque). Además, el “ramoneo” (comer ramas u hojas del monte) constituye parte importante del alimento de los animales, sobre todo en los meses fríos.

Madera y construcción. El trabajo con madera, es también uno de los importantes usos que le dan al bosque los habitantes locales. El labrado de madera con hacha o motosierra (o en algunos pocos casos en aserraderos), así como la construcción de viviendas, muebles, ranchos, establos, galpones, entre otros; y su utilización también para la fabricación de postes, cercos y varillas, son una práctica generalizada, regular y especializada entre los habitantes locales. El trabajo con madera implica una serie de saberes, por ejemplo, cómo seleccionar un “trozo” y cuándo voltearlo: *“Se usan palos gruesos, que no estén chuecos (...) Para elegirlos hay que usar el conocimiento de los viejos, de los antiguos”* (Mario, Cerro Castillo). Ese conocimiento, según nos explica Mario, considera el clima, las estaciones del año y la luna: *“En junio se voltea. En esa época no hay hojas en los árboles, solo hay brotecitos. Ahí se deja el trozo tirado hasta octubre cuando naturalmente le van saliendo hojas. Esas hojas que van naciendo toman de agua la savia que queda en el palo circulando, hasta que se acaba, entonces después no tiene qué más tomar y se seca la hoja. Ahí entonces yo sé que el árbol está muerto, está seco, entonces esa madera no*

³ Pues recordemos que los bosques nativos ocupan el 40,4% de la superficie total de la región (INFOR, 2012), es decir, cerca de 4.800.000 hectáreas.

se va a tirar (no se va a enchuecar) *y no se va a partir*” (Mario, Cerro Castillo). Respecto a la preferencia de voltear con luna menguante, nos enseñan: “*En esa fecha el árbol no se tira, no se tuerce y así aprovechas prácticamente todo el palo. En cambio si tu cortas en cualquier luna, se tuerce, la madera se tira, se enchueca, tu vas haciendo los palos y los palos van agarrando una curva, cuando cortan en muy mala luna, y ahí más entraría para leña que para madera*” (Juan, Puyuhuapi).

Productos Forestales No Madereros. La utilización de productos forestales no madereros (PFNM), es otra de las prácticas significativas que vinculan a los habitantes locales con el bosque nativo. Dentro de ellos encontramos principalmente el consumo familiar y/o venta de hongos, plantas medicinales y frutos; y la producción de artesanías con especies del monte. Nombraremos solo algunas de estas prácticas.

En cuanto a los hongos, en el caso de Cerro Castillo destaca la recolección de Murilla para la venta. En Puyuhuapi existe un amplio conocimiento de los hongos presentes en el bosque (Milcao del monte, Oreja de palo, Gargal, entre otros), pero muy bajo consumo de éstos en la actualidad.

En cuanto a la recolección de especies vegetales para su consumo como alimento (en diversas preparaciones) o medicina, destacamos en Puyuhuapi el consumo de Nalcas y de frutos de árboles y arbustos nativos como el Avellano, el Arrayán, la Chaura, el Calafate, el Cauchao (fruto de la Luma), el Maqui, la Picha-picha, y el Michay. Respecto a los usos medicinales, existe un amplio conocimiento de las propiedades curativas de yerbas, arbustos y árboles del monte, lo que constituye toda una “*medicina de los yuyos*”⁴ (Susana, Cerro Castillo) de carácter local, ampliamente utilizada y manejada en Puyuhuapi y Cerro Castillo, con las particularidades que les entrega el tipo de flora que las circunda. Para ejemplificar destacamos en Cerro Castillo a la Paramela, que ayuda a mantener la buena salud de la próstata y en las mujeres sirve “*para los dolores y el frío en la matriz*” (Susana, Cerro Castillo), para lo que también puede usarse en vaporizaciones, cuidando de utilizar la rama verde “*recién cortadita*”. La Paramela, que “*sale por las costas de los ríos y esteros*” (Pedro, Cerro Castillo), es además muy buena para la contención urinaria y para el frío.

⁴ “Yuyos” es el término local utilizado para referir a las yerbas.

También se consumen distintas especies simplemente por gusto, por ejemplo, el “té de Luma” o de Tepa: “*los pescadores no tomaban nunca café, solo té de Luma o Parrilla, y con harto pan*” (Raúl, Puyuhuapi). Además, se utilizan diversos “yuyos pal mate”, que acompañan, saborizan, y enriquecen la yerba. Existen incluso algunos usos rituales, entre los que destacamos en Puyuhuapi al Chaumán, árbol nativo al que se le asocian poderes sobrenaturales y propiedades sanativas, como nos señalaron distintas personas: “*Se usa para el susto, se mezcla con Pata de león y Toronjil*” (Flor, Puyuhuapi); “*El Chaumán sirve para pegarle a las personas y a las lienzas cuando están maleadas para pescar*” (Bertina, Puyuhuapi); “*Lo tiro al fuego por si acaso, contra el Trauco y otros espíritus*” (Flor, Puyuhuapi); “*el Chaumán es una planta media rara, antiguamente se decía que los curanderos la usaban para cosas raras*” (Raúl, Puyuhuapi); “*Cuando pasa alguien con mala intención el Chaumán sueña. Cuando hay gente de mal corazón grita y se mueven las hojitas*” (Bertina, Puyuhuapi).

Además, se utilizan plantas, árboles y arbustos para otros usos no medicinales como el Guauto para enjuagarse el pelo, el Cardo para pulir las mantas, las flores para adornar el hogar, la Tepa en las casas por su rico olor, etc. Para finalizar, quisiéramos mencionar algunas artesanías que se realizan con productos del bosque. En ambas localidades se trata principalmente de tinturas vegetales para las que se utilizan especies como la Quiaca, el Calafate, la Barba de palo, y el Canelo, entre tantas otras. También destaca en Puyuhuapi la cestería en base a fibras vegetales para la confección de canastos y todo tipo de adminículos y adornos, realizados principalmente con Manila, Junquillo, y antiguamente Boqui. En la actualidad, ya que han dejado de fabricarse con el fin original (recoger mariscos o cosechar manzanas), siendo reemplazados por otros recipientes, esta práctica deviene en “artesanía” por su carácter tradicional o “rústico” muy valorado por los turistas.

En general, los habitantes del lugar combinan todas estas prácticas y cultivan en ellas los conocimientos necesarios para el desenvolvimiento de sus vidas. El monte para ellos es un lugar conocido, nombrado y aprehendido; lleno también de mitos, hitos, circuitos e historia(s) en común, lugar de origen de un mosaico de saberes colectivos que se transmiten, se renuevan y se multiplican. El monte es además parte de un paisaje más amplio, parte de un sistema natural cuyos elementos diversifican y suman colores y formas a esta relación monte-

habitantes locales. Hablamos de bosque y aparecen pájaros, mar, pampa, ríos, lagunas, bichos, leones, viento, cordilleras y mallines, entre tantas cosas. El entorno es percibido como un todo, y la relación con este medio natural se da con toda “naturalidad”.

Todo lo anterior nos permite ir *bosquejando* la relación viva que existe entre la población local y el bosque nativo, que se sustenta en un vínculo continuo, complejo y dinámico, con una fuerte raigambre cultural e histórica (de sustrato chilote y huilliche por el origen de sus habitantes), en donde la cultura aparece llena de monte, y el monte, lleno de cultura. En esta continuidad humano-monte, el bosque no se mira ni hacia arriba ni hacia abajo, por tanto no existe una valoración de éste de una forma idealista, o que vaya más allá de un vínculo concreto. El monte no está alejado de sus vidas, no es un lugar al que se va de visita, no es un paraíso intocable, no es tampoco una mera fuente de explotación. Lo anterior es por completo opuesto a lo que se puede observar en los nuevos actores, relaciones y políticas que llegan y permean la comunidad local y al bosque en el contexto neoliberal. Estos nuevos elementos sacan al bosque y a sus componentes del espacio que comparte con la cultura, para llevarlo al circuito mercantil del capitalismo verde, en donde pasa a ser una mercancía atractiva a los ojos de extranjeros y externos, como revisaremos a continuación.

Lo verde y lo que vende: el bosque en el contexto neoliberal

Agudizando nuestra observación del paisaje boscoso-humano de Puyuhuapi y Cerro Castillo, pasaremos a revisar el contexto y las condiciones actuales bajo las que los habitantes locales realizan sus prácticas del bosque. El primer elemento que aparece tensionando esta relación es la distribución de la propiedad de la tierra (los campos) desde donde se obtienen estos recursos o se realizan las prácticas. Entremos en ello. *La propiedad de la tierra*. En la actualidad, la mayoría de las prácticas del bosque en Puyuhuapi y Cerro Castillo son realizadas por los campesinos en propiedades ajenas. Cuando hablamos de propiedad, estamos haciendo referencia a la propiedad legal sobre alguna vasta extensión de tierra trabajable a modo de campo. Con esto, por tanto, no nos referimos a los sitios (de no más de 200 metros cuadrados) dentro de las villas, en donde gran parte de los habitantes tienen viviendas.

Las personas que pudimos conocer durante el trabajo de campo etnográfico, presentan distintas realidades en cuanto a la propiedad de la tierra, sin embargo, en su mayoría no tienen campo. En algunos casos, esto se debería a que ellos o sus familias llegaron a Puyuhuapi o a Cerro Castillo a trabajar cuando recién comenzaba la colonización de la región y nunca solicitaron ni compraron campo, viviendo hoy en la villa de una de las dos localidades: *“Mis padres venían de Chonchi, no pidieron tierra al Estado porque para eso había que tener trabajo, animales, dinero, y el trabajo en Puyuhuapi estaba muy malo”* (Raúl, Puyuhuapi). Otra razón la encontraríamos en que tuvieron o tienen algún tipo de problema para formalizar su título de propiedad, como sucede cuando son varios herederos que no llegan a acuerdo, u otro tipo de situaciones. También están aquellos que no tienen propiedad agraria pues han vendido –ellos o sus padres– sus campos a extranjeros o externos, lo que está sucediendo cada vez con mayor frecuencia, pues el mercado de tierras dentro de la región se ha acelerado en las últimas décadas, atrayendo a un sinnúmero de compradores nacionales y extranjeros (Nuñez et al., 2014).

En el caso de los habitantes del lugar que tienen campos, se trata de propiedades que sus padres, abuelos o ellos mismos solicitaron en los primeros tiempos de colonización, y que han quedado a su nombre en un correcto traspaso de títulos. En Puyuhuapi se trata de un par de grupos familiares, pues la mayor parte de las tierras en esta localidad pertenecen a las familias alemanas colonizadoras y a otros empresarios externos quienes concentran la mayoría de ellas, como los Frölich o Marisio. Las demás personas, que constituyen el grueso de la población de Puyuhuapi, viven en la villa y lo componen tanto las familias chilotas (no se conocieron durante el trabajo de campo familias de origen chilote que posean campos en Puyuhuapi), como otras de distinto origen que han ido llegando a trabajar los últimos años y han comprado sitios en la villa o “sacado casa” en las nuevas poblaciones: *“Lo que nos pertenece a nosotros son las calles no más. La municipalidad le tiene que comprar a los gringos para darnos tierras a nosotros”* (Bertina, Puyuhuapi).

En el caso de Cerro Castillo, advertimos un mayor número de propietarios de campo, pues esta localidad fue colonizada por campesinos de origen huilliche que llegaron a la cuenca del Río Ibáñez a poblar, hacer campos, trabajar y asentarse de manera independiente (Martinic, 2005:

452), a diferencia de los chilotes que llegaron a Puyuhuapi a trabajar para la colonia alemana. La mayoría de los actuales habitantes de Cerro Castillo son descendientes de esos primeros colonos que obtuvieron títulos de propiedad, por lo que varios aún mantienen sus campos. Los propietarios externos de los distintos sectores que conforman lo que se conoce como Cerro Castillo, son en su mayoría empresarios extranjeros, o personajes de la clase más acomodada de nuestro país. Entre ellos, podemos nombrar a la familia Farkas, los Pucci y los Cambiazo, entre otros empresarios extranjeros cuyos nombres nos han pedido mantener en reserva quienes están vinculados de algún modo a sus propiedades.

El bajo número de habitantes que realiza las prácticas del bosque en su propia tierra, está en directa relación con las numerosas ventas de propiedades a gente externa y al abandono de los campos, situación que se da ampliamente en ambas localidades desde hace algunas décadas.

Las opiniones de los locales respecto a las nuevas personas que han ido comprando, dan cuenta de una tensión y riña permanente, por lo que abundan las opiniones de que los “gringos” (se habla en general de “los gringos” para referir a cualquier externo adinerado que llega a comprar tierras a la región, aunque sean chilenos) o “engañan”, o “no dejan sacar nada”. Además de las molestias constantes y de la dificultad para llevar a cabo sus actividades en los bosques, éstas tensiones en el caso de dos familias de Puyuhuapi han ido más lejos, pues temen perder el pequeño pedazo de tierra que habitan hace años (en un caso se trata de una vivienda asentada en no más de media hectárea), ante los hostigamientos y amenazas de “echarlos” que sufren por parte de los externos que compraron, y sus cuidadores.

Estos “gringos” que compran tierras en ambas localidades, vienen a ser los únicos con capacidad adquisitiva para acceder a la compra de los campos en la actualidad, por los altos precios a los que se venden las hectáreas en la región: *“Solo los gringos pueden comprar, no es llegar y que alguien de la villa o un campesino compre tierra, antes era así, se vendían unos a otros como si nada. Hoy tiene mucho valor esto, por eso está lleno de gringos o de gente con plata que viene a comprar y que a la larga va a hacer que la gente que vendió no tenga nada, que no pueda salir a un lago a buscar pescado, ni sacar su leña, ni nada*

porque los gringos no dejan sacar nada. Por ejemplo la gringa no deja que nadie se asome a sus tierras, y su cuidador que es (...) tampoco deja que entre nadie. Es súper apretá” (Margarita, Cerro Castillo).

La anterior cita ilustra una idea clave presente ampliamente en las comunidades, y que es que los extranjeros cercan, dejando al bosque como inaccesible, lo que nos habla no solo de una prohibición que es tanteable, objetivable en un candado o en un cerco, sino de todo un imaginario entre los habitantes, de que no se puede pasar al bosque, no se puede usar el bosque, está prohibido tocar el bosque y si se entra es un crimen, o hay que entrar a escondidas: *“Los gringos ponen candados, cercos, nos cierran las puertas, pero la gente se mete igual”*, (Jacinta, Cerro Castillo); *“Han comprado los que son empresarios en Las Ardillas y después han cerrado, no dejan entrar a uno mismo que es de acá. Yo antes salía, por decir, a la orilla del lago a pescar. Antes teníamos otros conocidos que cuidaban los campos, y compraron otros y pusieron a otras personas y ellos no dejan ir para allá. Antes íbamos a pescar, a hacer cualquier cosa (...) ¿y quiénes compraron esas tierras? (...) los caballeros Pucci”* (Pedro, Cerro Castillo).

Otra idea importante vinculada al tema de los extranjeros, es que “los gringos” compren la tierra, pero no la trabajan. Se considera que los nuevos compradores tienen las tierras para “conservar”, para pasear un par de días al año, para hacer negocios o especulación financiera: *“No les dan ninguna utilidad, compran como una inversión, vienen, hacen negocios, después vienen otros con más plata y les venden los campos, y no los usan para nada”* (Carlos, Puyuhuapi); *“Y si había fruta en esas tierras, la fruta se pierde”* (Informante, Cerro Castillo); *“Compran para puro mirar”* (Raúl, Puyuhuapi). Esto se debería a que ellos vienen con otras ideas, con otros gustos e intereses: *“Los gringos vienen porque es la “Reserva de Vida”* (Informante, Cerro Castillo); *“Esos gringos no tienen animales sino que arriendan los campos para la gente ganadera, no sé qué será que no les gustan los animales”* (Juan, Puyuhuapi); *“Ellos quieren comprar para que esta Patagonia siga intacta, para llegar, entrar a un bosque y que no esté intervenido por la gente, por la mano del hombre (...) Son casi todos ecologistas, no botan ni un palo”* (Mario, Cerro Castillo).

Junto a estos cambios en la propiedad de la tierra, el turismo de la mano del paradigma ecologista, constituyen un nuevo elemento relevante a la hora de caracterizar y comprender las particularidades que

la relación de los habitantes locales con el monte toma en el contexto neoliberal.

Turismo, ecologismo y capitalismo. Los discursos asociados a la naturaleza en Aysén están dirigidos permanentemente a exaltar las características de sus ecosistemas y su biodiversidad, como podemos observar en estas citas: “*Generosamente dotado en recursos naturales y atractivos de toda especie, del territorio de Aysén puede afirmarse sin exageración, que todo él es un enorme Parque Nacional (...) un real caleidoscopio natural, que en todas partes brinda la asombrosa belleza escénica y su complemento natural vital que, en su carácter variopinto ofrecen atractivos, cuál más interesante y grato para el disfrute humano*” (Martinic, 2005: 400); “*Es un territorio rico en naturaleza y aventura en el extremo sur de Chile, con una amplia diversidad de paisajes y climas. Es la región más rica en aguas dulces de Chile, y una de las más puras del planeta*” (SERNATUR, 2015).

Esta preocupación y exaltación de lo natural dentro de la región, junto al paradigma ecologista del “culto a lo silvestre” (Martinez-Alier, 2014) que lo sustenta, se expresa también en las más de 5 millones de hectáreas de parques nacionales, lo que convierte a Aysén en el mayor sistema de áreas silvestres protegidas del país. A esto podemos sumarle el característico eslogan “Aysén, Reserva de Vida”, el que desde sus orígenes en los años 80’, empieza a ser utilizado de distintas maneras: en políticas de gobierno, tiendas, marcas y campañas turísticas (CODEFF, 2005), siendo adoptado incluso por el Gobierno Regional: “*La calidad medioambiental de la región de Aysén constituye una ventaja competitiva que debe ser resguardada para sustentar la producción de bienes y servicios de todo tipo, pero en especial, de aquellos vinculados a la industria turística de intereses especiales. Consecuentemente con ello, la región ha adoptado el slogan Aysén Reserva de vida*” (GORE, 2009).

Nace así un bello romance entre el medio ambiente y el turismo, entre los ecologistas y el mercado, quienes se ven beneficiados de este “Aysén, Reserva de Vida”. Esta característica es la que logra atraer a tantos turistas extranjeros y nacionales, y que ha hecho de Aysén el corazón de un fuerte mercado de tierras.

Este contexto regional repercute y se refleja en nuestras localidades de estudio, sobre todo si consideramos que ambas están circundadas por áreas protegidas: en el caso de Cerro Castillo por la Reserva Nacional

Cerro Castillo, y en Puyuhuapi por el Parque Nacional Queulat. Estas áreas protegidas congregan anualmente a cientos de turistas, lo que ha generado que muchos habitantes locales desarrollen nuevos negocios como dar alojamiento, ofrecer almuerzos y vender “artesanías” o provisiones; y también que empresarios externos instalen lujosos centros turísticos como hoteles, *lodges* u ofrezcan servicios de turismo-aventura.

Las relaciones entre la población local y las áreas protegidas son bastante distanciadas. Los parques o reservas nacionales aparecen en la opinión de los locales cuando se habla de las prohibiciones o nuevas normativas respecto al uso de los bosques: “*Ni si quiera podemos sacar Nalcas del camino* (que corresponde al PN Queulat), *tocar ninguna cosa, menos pensar en ir a buscar leña*” (Flor, Puyuhuapi).

Durante el trabajo de campo se constató además que los habitantes locales no visitan los parques ni tampoco consumen servicios turísticos como termas, cabalgatas, *lodges* o actividades de turismo-aventura. Sin embargo, los lugares en donde estos centros turísticos se asientan, forman parte de un pasado común para la población local, ya que se trata de tierras que eran de familiares o conocidos, que eran parte de sus circuitos, o bien lugares a los que acudían en busca de algún tipo de recurso. Es por esto que no son concebidos como lugares donde “ir a pasear”, pues el turistar tampoco es una actividad que forme parte de sus vidas ni de sus expectativas, en tanto la delimitación y normatividad de un espacio natural, con circuitos ya hechos, actividades y atractivos prefijados por parámetros turísticos y comerciales, además del costo monetario que esto significa, son ajenos a sus valoraciones y usos culturales del entorno, y también ajenos a sus posibilidades adquisitivas.

Es interesante destacar a modo de ejemplo el caso de las termas en Puyuhuapi, donde el sector que actualmente se conoce como “Termas Puyuhuapi” era habitado y concurrido por los habitantes de la zona hasta que lo compraron empresarios, empezaron a cobrar cifras exorbitantes para entrar, y los locales nunca más fueron. Sin embargo, ese sector constituye un espacio importante que está en la memoria colectiva de la comunidad local, ya que en sus alrededores vivían familias completas:

“íbamos a las termas cuando eran naturales⁵” (Bertina, Puyuhuapi); “iba a las termas cuando chica porque quedaban ahí mismo donde vivía (...) cocinábamos los choritos en el agua caliente” (Flor, Puyuhuapi). Hoy en cambio, el mayor acercamiento que pueden tener los locales a ese sector, es ir como trabajadores. Al no poder acceder a estas lujosas termas, los habitantes de Puyuhuapi acuden a sus propios pozones termales, que se encuentran ubicados en zonas de la costa que solo ellos conocen y que aún están libres de las manos de externos que busquen lucrar con ellos.

Para finalizar nuestra tarea de conocer los elementos que tensionan la relación de los habitantes locales con el bosque nativo en la actualidad, nos resta adentrarnos en las normativas que rigen el uso de los bosques.

Normativas de uso del bosque. Los bosques nativos en Aysén, así como en todo Chile, se rigen bajo la Ley N°20.283 (2008) Sobre Recuperación del Bosque Nativo y Fomento Forestal, que está orientada a la conservación de los bosques nativos de Chile, y que rige todas las políticas de su cuidado y conservación (AIFBN, 2011). En Aysén, las actividades vinculadas al bosque están normadas con los planes de manejo (P.M) que especifica esta ley, y que regulan la extracción y utilización de todo tipo de leña y madera, además de la tenencia de animales, quemas, raleos, compras, ventas, etc. Los dueños de campo deben tener P.M para intervenir el bosque, y a la vez todos quienes transporten leña o madera deben contar con “guías de tránsito” que atestigüen que la madera que se transporta corresponde a predios que fueron trabajados con P.M. A partir de esto, emerge entre los habitantes locales la idea de que “*para todo hay que pedir permiso*” (Pedro, Cerro Castillo).

Esta normatividad hace que la mayoría de las personas que trabajan en/con el monte de Puyuhuapi y Cerro Castillo queden al margen de lo legal, pues es un modelo que además de ser sumamente burocrático, no responde a la realidad de los pequeños campesinos de la región, o al menos de las localidades en donde se trabajó, pues la mayoría de ellos, como vimos, no son propietarios, han vendido sus tierras, o éstas se encuentran divididas entre muchos herederos a los que

⁵ Ese “cuando eran naturales” hace referencia al tiempo en el que no estaban en su formato comercial y lujoso actual, que les hace “perder naturalidad”. Interesante pues para los empresarios el marketing consiste justamente en resaltar “lo natural” de ciertos espacios, que para los habitantes locales -por el contrario- pierden naturalidad al ser mercantilizados.

es difícil reunir y aunar en intereses para sacar un P.M. . A la vez, se requieren ciertos recursos básicos para realizar los planes de producción, como tener galpones, herramientas, vehículos y trabajadores, a los que no todos los campesinos pueden acceder. Lo anterior, se materializa en multas: “Una vez no teníamos leña, fuimos a buscar a la orilla y el (...) nos acusó a los carabineros y nos sacaron una multa que tuvimos que pagar. Mi ex marido le dijo al carabínero: “yo no puedo dejar a mis hijos morir de frío”” (Flor, Puyuhuapi).

Una idea reiterada entre los habitantes locales respecto a este tema, es que “los que hacen las legislaciones no tienen idea como vive el campesino acá” (Antonio, Cerro Castillo), haciendo referencia a la Ley de Bosque Nativo y sus P.M, así como a otras normativas, por ejemplo, la prohibición de matar al “león” (puma) o al zorro, los que se comen a parte importante de su ganado: “Los legisladores, como no saben nada de campo, dicen hay que dejar que se críen todos los bichos (refiriéndose al puma y al zorro) como los tiene el gringo (refiriéndose al difunto Tompkins), pero es el campesino el que le da de comer al pueblo” (Antonio, Cerro Castillo). Estas ideas hacen alusión a que las normativas no toman en cuenta la realidad material y cultural de los habitantes del lugar, ni sus necesidades, por el contrario, instalan la idea de que sus prácticas del bosque son las que lo destruyen, aun cuando el impacto que generan sus actividades en los ecosistemas es mínimo.

Trayectorias mercantiles y bosque nativo. Como hemos ido revisando, existe un complejo entramado de relaciones entre las características medioambientales de Aysén, el turismo, el mercado de tierras y las normativas respecto al uso del bosque, estando todas estas dimensiones permeadas por el paradigma ecologista.

Sin embargo, los bosques de Aysén no han sido siempre valorados por su belleza, exuberancia, diversidad de especies, “pureza”, la riqueza de sus aguas, ni tampoco por la imponente presencia de los paisajes que los acompañan. Desde la colonización de la región hasta la actualidad, los bosques han tomado distintos valores para el Estado y el mercado, según el modelo de desarrollo que recae sobre Aysén en cada período. Estas valoraciones no son neutras ni para nada “naturales”, sino más bien responden a los intereses tanto de quienes piensan administrativamente la región (y la nación), como de quienes detentan los capitales que les permiten sacar provecho y lucrar con ellos.

Para comprender de modo general los circuitos de valor por los que ha transitado el bosque en Aysén, podemos ordenarlos en tres momentos. En el primero de ellos, durante los siglos XVIII-XIX, se desarrolló una fuerte explotación de madera, principalmente de Ciprés de las Guaitecas, que fue utilizada para la construcción de viviendas, embarcaciones y durmientes (Otero, 2006: 90). También se explotó fuertemente la madera de Alerce, faena que fue comandada por importantes empresarios de Castro (Martinic, 2005: 114). Ya hacia 1870 la explotación de Ciprés era la principal actividad económica desarrollada en el litoral y los archipiélagos de Aysén y era siempre acompañada por la quema de bosques, pues esta especie se encontraba en medio de las selvas (Torrejón et al, 2013: 46).

Luego de esta primera etapa de explotación de madera en Aysén, que generó graves consecuencias de degradación ambiental y destrucción de bosques, estos últimos cambian de valor, dejando de ser cotizados y pasando a ser una molestia para los procesos de colonización de la región que se desarrollaron desde principios del siglo XX, y que estuvieron marcados por la quema de miles de hectáreas de bosque.

El proyecto de colonización de Aysén impulsado por el Estado, consistió en la emigración de población chilena a la Patagonia (la mayoría llegando repatriados desde Argentina y desde Chiloé u otras islas) y tuvo un carácter masivo de ocupación precaria (Martinic, 2005: 213). Este proyecto no se hizo cargo de los modos en que los colonos podrían arreglárselas para cumplir las condiciones que les pedían como requisitos para obtener sus títulos de propiedad. Así, el “despeje” o “apertura” de los campos se constituyó como una exigencia para los campesinos, quienes no teniendo en esos tiempos otras herramientas ni medios, veían en el uso del fuego la mejor alternativa para desarrollar las labores agrícolas y la crianza de animales (Martinic, 2005: 84).

De forma paralela a este proceso conocido como “colonización espontánea”, se utilizó el sistema de concesiones de tierra, con el objetivo de atraer a grandes compañías extranjeras que llevaran a cabo el proyecto ganadero que se tenía para la región. Un ejemplo es la compañía pastoril “Sociedad Industrial y Comercial del Aysén” (S.I.A) que en 1920 ya registraba 800 hectáreas rozadas a fuego para el establecimiento de su industria ganadera. Sólo un par de décadas después, entre 1920 y 1940,

en la provincia de Aysén se quemaron cerca de 2.800.000 hectáreas de bosque para este mismo fin (Veblen, 1996, citado en Otero, 2006: 105).

Lo anterior evidencia que durante este segundo período el bosque fue concebido como un estorbo para el asentamiento de los nuevos colonos y de las grandes empresas ganaderas; ambos elementos enmarcados en el proyecto colonizador que buscaba integrar política y económicamente esta región “fronteriza” al territorio nacional, bajo un modelo de desarrollo basado en la ganadería: *“La pérdida de una inmensa cobertura forestal, concluimos, fue el duro precio que ha debido pagarse para la conquista territorial de la región de Aysén”* (Martinic, 2005: 308).

El tercer momento que definimos en esta trayectoria de valores por la que transitan los bosques de Aysén, podemos rastrearlo desde la década de los 80’ hasta la actualidad, en donde éstos adquieren valor por sus características medioambientales.

Bajo un paradigma de economía globalizada, a partir de 1980 Chile abre sus puertas a la inversión extranjera, dinámica que lo lleva hacia el flujo del mercado presionando sobre los recursos naturales, lo que ha favorecido la inversión extranjera y la ha hecho rentable, siendo visible en el alto número de empresas transnacionales involucradas en la explotación de recursos naturales en Chile (Vallejos, 2005). La región de Aysén entra en esta dinámica de mercantilización de la naturaleza, pero no a través de la explotación de sus recursos, sino en nombre de la conservación, lo que puede ser entendido bajo lo que Fairhead et al (2012: 238) llaman “green grabbing”, haciendo referencia a la apropiación, privatización, individualización o alienación de ciertas piezas del medio ambiente, en nombre de la sustentabilidad o valores “verdes”, lo que se materializa en este caso, en el turismo y mercado de tierras, ambos asociados a las características medioambientales de Aysén.

De esta manera si en Aysén para comienzos del siglo XX lo que propendía la riqueza de las empresas en los mercados internacionales y el desarrollo del país de acuerdo a estos mismos mercados era la industria ganadera, para lo que era necesario destruir los bosques; lo que hoy vende en la región es el mercado de lo verde, lo ecológico, lo sustentable, para lo que es necesario mantenerlos intactos.

Esta alta valoración de “lo natural” resulta bastante paradójica si la comparamos con el trato que reciben los bosques en la zona centro-sur de Chile (bajo el mismo modelo económico y bajo las mismas leyes forestales), los que han sido gravemente afectados por empresas forestales o inmobiliarias en perjuicio del medioambiente y de sus comunidades (AIFBN, 2011; Vallejos, 2005). Pero no resulta tan extraño ni paradójico si lo entendemos como el modo de operar de este capitalismo verde (o “green grabbing”), y la idea de “reparación de la naturaleza” que implica necesariamente. Con este concepto, Fairhead et al (2012) explican cómo el insustentable uso de los recursos en un lugar, puede ser “sanado” o “perdonado” con el uso sustentable de los recursos en otro, con una naturaleza “subordinada” a la otra.

Esta exacerbada preocupación por los bosques en Aysén es entonces el símil inverso de la destrucción de los bosques en otro espacio o tiempo neoliberal (zona centro-sur, o el pasado de explotación que recibieron los bosques en Aysén): es su opuesto necesario y simétrico. Son dos caras de la misma moneda, de hecho, tanto los P.M que norman y restringen los usos del bosque en Aysén, como el incentivo a las plantaciones exóticas que han destruido los bosques en la zona centro-sur, tienen un mismo origen: el DL. 701 creado en dictadura. Las dos caras de una mercantilización en la que el medioambiente y los bosques son valorados y mercantilizados o por sus recursos (uso), o por su conservación y uso sustentable (reparación). Opera en ellas la misma lógica de separar a la naturaleza de la cultura, ya sea para explotarla o para conservarla al margen de los seres humanos, siendo ambas igualmente violentas con los ecosistemas y las comunidades.

Todo lo que hemos ido problematizando, hace visible la existencia de una pluralidad de intereses y valores sobre el bosque y sus recursos, los que se encuentran en conflicto. El Estado y las grandes empresas que han intervenido y gestionado el uso de los bosques en la región, siempre les han dado un valor mercantil: primero asociado a las exportaciones de madera, luego a las empresas ganaderas, y hoy, que el mercado global valora los atributos “verdes” de Aysén, se lucra con ellos a partir de la conservación, el turismo y el mercado de tierras.

Pero los bosques dentro de estas comunidades no se valoran en formato de “parques”, ni como un bien o una mercancía, ni como algo

que haya que mantener puro, intacto, sin intervención humana; pues justamente parte del valor que el monte tiene para las comunidades es que les brinda sustento y sentido de vida, como valores que en estos momentos son ajenos al mercado. Los habitantes locales son quienes utilizan directa y continuamente el bosque, y no necesariamente para sus grandes empresas exportadoras ni en nombre de ninguna nación, sino para el sustento familiar y a baja escala. Para otros, en cambio, el bosque es uno de sus lujos, una excepción, un bello lugar para ir de vacaciones, para pagarle a alguien que les haga un *tour*, y para eso, es necesario hacer a un lado a quienes lo habitan y utilizan.

A pesar de que existen estos valores múltiples, el paradigma ecologista del culto a lo silvestre, de la mano del mercado capitalista-verde y del Estado, imponen sus valores como los únicos, los correctos, los mejores, desconociendo este convivir de distintas percepciones, valoraciones, y apropiaciones de lo natural. Así es como, por ejemplo, los P.M en la práctica funcionan más como un dispositivo punitivo, que como un modelo que se preocupe por la reproducción del bosque y de las economías campesinas. Estas pautas impuestas tienen como trasfondo el pensar un modo único de cuidar los bosques, modo que se posiciona por sobre los modelos campesinos, buscando traspasarles conocimientos del medioambiente y normar sus maneras de relacionarse con la naturaleza. Si bien estas normativas institucionales de uso del bosque nacen – suponemos- con la intención de recuperar el daño hecho en el pasado y con el fin de asegurar la reproducción y vida de los bosques incluyendo al trabajo humano, vale preguntarse hasta qué punto toman en cuenta las necesidades, valores, conocimientos y usos locales del medio ambiente en ese objetivo, en lugar de marginarlos del proceso y criminalizarlos.

Vigencia de prácticas locales, en bosques Prohibidos y Ajenos

Siguiendo la línea que hemos ido trabajando, ¿Cuáles serían entonces las consecuencias de esta mercantilización de la naturaleza en nombre de valores “verdes” para quienes habitan, utilizan e interactúan con la selva puyuhuaquina y la montaña colga de Cerro Castillo?

En primer lugar, el hecho de que los habitantes locales se encuentren enfrentados a una serie de dificultades para llevar a cabo sus prácticas del bosque. Esto se debe, por una parte, a que el acceso a las materias primas se encuentra restringido, pues los bosques de donde las obtienen son propiedad de externos que no permiten el ingreso a sus campos, o son parte de áreas protegidas de la SNASPE en las que tampoco pueden desarrollar sus actividades. Así mismo, los P.M que controlan cualquier actividad que se desarrolle en los bosques, cursando multas y castigos en caso del no cumplimiento de las normas, constituyen también una amenaza y una dificultad para el desarrollo de las prácticas locales.

Lo anterior se encuentra en estrecha relación con las ideas de conservación y ecologismo, las que además de incidir directamente en estas variables, ejercen presión sobre los habitantes locales, pues la moral ecológica del “culto a lo silvestre” genera un juicio negativo respecto a sus prácticas tradicionales de uso del monte, inspirando estereotipos sobre ellos como “destructores del bosque” e incluso criminalizándolos, aun cuando estas prácticas nacen antes que todo de necesidades materiales, en las que los recursos del bosque proveen a las familias de calefacción, alimento, medicina, materias primas para construcción, entre otros innumerables usos no solo en lo concreto y material, sino también en lo simbólico.

Esto nos lleva a problematizar el hecho de que las prácticas vinculadas al bosque nativo en Puyuhuapi y Cerro Castillo pasen a ser bajo el contexto neoliberal criminalizadas, juzgadas y restringidas, lo que hace que el bosque se presente para los habitantes locales como algo Prohibido y Ajeno.

A la vez cuando relacionamos estos dos aspectos (lo ajeno en cuanto a la propiedad y lo prohibido en cuanto a la legalidad/ilegalidad de las prácticas), vemos que el tipo de propiedad en donde se desarrollan las prácticas está directamente relacionado con la legalidad de éstas, en tanto el mayor número de prácticas ilegales se constituyen como tales pues se desarrollan en campos ajenos sin la “autorización” de sus dueños. De esta manera, lo ajeno lo hace ser prohibido a la vez que lo prohibido, dada la normatividad institucional y la moral ecológica, alejan al bosque de sus comunidades y lo hacen también ajeno. De esta forma, aun

cuando las actividades se realicen en campos propios o de familiares, siguen siendo en su mayoría “ilegales” o “prohibidas” pues infringen ya sea las normas institucionales de uso del P.M o las de la moral ecológica-capitalista y verde, que criminalizan las prácticas que los habitantes locales realizan en el bosque, pese a que éstas son fundamentales para sus vidas: “*Está bien el cuidado de la naturaleza, pero cuando una tiene necesidad, no le queda otra*” (Luz, Puyuhuapi).

Como se pudo percibir durante el proceso etnográfico, todo lo anterior tiene consecuencias además en el plano subjetivo, ya que muchas veces el cuestionamiento a las prácticas tradicionales se va interiorizando, lo que hace que éstas en el caso de algunas personas se realicen con temor o culpa. De esta manera en la vida cotidiana de algunos habitantes locales aparece como motivo de angustia el peligro que conlleva el ser sorprendidos o multados, y también la incertidumbre e inestabilidad de sus fuentes de trabajo y de la posibilidad de contar con los recursos necesarios para el sustento familiar.

Este carácter de “prohibido y ajeno” que vimos en profundidad para el caso del monte, aplica también para el paisaje en general: “*Cuando íbamos a ese lado a pescar, íbamos a tomar mate, a buscar leña. En cambio ahora todo tiene dueño (...) La fábrica de alfombras ahora una no puede ir ni a mirar porque son para los puros turistas. Las playas también dicen que las compraron la piscicultura. Nosotros vamos para el lado donde todavía no prohíben bañarse*” (Bertina, Puyuhuapi).

Reflexiones finales

Para ir cerrando nuestras reflexiones, queremos sacar al limpio algunas ideas. Al hacer el ejercicio de observar esta postal ficticia de los montes de Aysén des-idealizándola y considerando ya no solo su bella imagen natural-neutral sino sus distintas aristas, con una multiplicidad de dimensiones, actores, entradas y conflictos, nos damos cuenta que efectivamente en los territorios se expresan disputas de poder, en las que los paisajes van re-significándose y cambiando de valor. En nuestro caso de estudio, la élite económica y política lo hace a su favor y en la actualidad esto se materializa en políticas de mercantilización de la naturaleza en nombre del ecologismo y la conservación, que en las

localidades provocan que el bosque aparezca como prohibido y ajeno, poniendo en riesgo la reproducción de la vida material y cultural de sus comunidades.

Sin embargo en nuestros *zooms* a esta imagen ficticia, y a partir de nuestro acercamiento etnográfico a este fenómeno social real, constatamos que aún ante estos complejos y adversos escenarios, las prácticas locales se adaptan, tomando nuevas formas y buscando entre las rendijas de este sistema cómo seguir con vida y en la vida social. Así, mientras haya bosque habrá leña, correrán los mates, tomarán color las medias de lana, los malestares y embrujos tendrán cura, las fiestas chicha, los animales corrales, las tortas fritas dulces de fruta, los canastos boqui y los jardines flores.

Esto nos permite des-idealizar la imagen que tenemos de los habitantes del lugar en varios sentidos. Primero, deshaciéndonos de la ya añeja imagen del nativo o el habitante local “buen salvaje” que vive o debiera vivir en una completa armonía con su medio, sin explotar ni abusar de sus recursos. Ya vimos que, por el contrario, hacen y necesitan hacer un uso constante de los recursos del monte, así como los seres humanos hemos hecho uso toda la historia de los recursos naturales para nuestra sobrevivencia. Es por esto que ese espanto por tocar al bosque nos parece algo sumamente a-histórico y ciego a las contradicciones que esa visión encierra.

Romper esa idealización debe hacerse con cuidado de no caer en otra aún peor, y que es creer que los habitantes locales son los culpables de la degradación ambiental y la destrucción del bosque, pues como vimos, sus mayores destructores han sido siempre los grandes capitales de la mano del Estado, quienes han impulsado todos los procesos que generaron en el bosque los mayores daños, como lo fueron la sobreexplotación maderera y las grandes quemas durante la colonización de la región. Del otro lado, nos consta que existe en los locales un profundo respeto y afecto por el bosque, pues ellos más que todos, al ser parte de este ensamblaje humano-monte, conocen y aprecian los recursos, servicios y beneficios que el bosque nativo les (nos) entrega para vivir.

Bibliografía

AIFBN, (2011). *Hacia un nuevo modelo forestal*. Disponible en http://www.nuevomodeloforestal.cl/Hacia_un_Nuevo_Modelo_Forestal_AIFBN.pdf

CODEFF, (2005). *Proyecto Fortalecimiento para Aysén Reserva de Vida. Foros taller Aysén Reserva de Vida 1997*.

FAIRHEAD, J., LEACH, M., & SCOONES, I. (2012). *Green Grabbing: a new appropriation of nature?*. En: *The Journal of Peasant Studies*, (2), pp. 237-261.

GORE, (2009). *Estrategia Regional de Desarrollo*. Coyhaique: GORE, 2009.

INFOR, (2012). *Diagnóstico y propuestas para la industria del aserrío en la región de Aysén*. Disponible en <http://biblioteca.infor.cl/DataFiles/30796.pdf>.

MARTÍNEZ-ALIER, J. (2014). *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Editorial Quimantú, Santiago.

MARTINIC, M. (2005). *De la Trapananda al Aysén: una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén*. Pehuén, Santiago.

NUÑEZ, A., ALISTE, E., & BELLO, Á. (2014). *El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: La conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de una renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI*. XIII Coloquio Internacional de Geocrítica: El control del espacio y los espacios de control. Barcelona, 5-10 de mayo de 2014.

OTERO, L. (2006). *La huella del fuego. Historia de los bosques nativos. Poblamiento y cambios en el paisaje del sur de Chile*. Pehuén, Santiago.

SERNATUR, (2015). *Región de Aysén*. Disponible en http://www.sernatur.cl/region-de-aysen/?lcp_page0=3#lcp_instance_0.

TORREJÓN, F., BIZAMA, G., ARANEDA, A., AGUAYO, M., BERTRAND, S. & URRUTIA, R. (2013). *Descifrando la historia ambiental de los archipiélagos de Aysén: El influjo colonial y la explotación económica-mercantil republicana (Siglos XVI-XIX)*. En: *Revista Magallania*, (41), pp. 29-52.

VALLEJOS, A (2005). *Los conflictos ambientales en una sociedad mundializada. Algunos antecedentes y consideraciones para Chile*. En: *Revista LIDER*, (13), pp. 193-214.



III

Discursos/Prácticas/Procesos

Santiago Urrutia

Carretera Austral: ¿Integración o fronterización?
Representaciones geopolíticas en torno a la ruta
austral durante la dictadura militar (1973-1990)

Hugo Romero - Aurora Sambolín

Discursos y conflictos socio-territoriales por la
construcción de hidroeléctricas en la Patagonia-Aysén

Diego Romero

El cambio de la propiedad de la tierra en el Valle
Exploradores: el re-escalamiento de los espacios
locales y la construcción de una nueva idea de la
cordillera patagónica occidental (1960-2014)

Sofía Pérez

Una lectura multiescalar de la Patagonia: desde el
mito de origen hacia las dinámicas territoriales de una
región bi-nacional

Carretera Austral: ¿Integración o fronterización? Representaciones geopolíticas en torno a la ruta austral durante la dictadura militar (1973-1990)

Santiago Urrutia Reveco

Resumen

El ensayo se proyecta como una invitación a pensar de manera distinta la historia de Aysén y su relación con el Estado chileno, marcada por la cuestión fronteriza, a través del estudio de la Carretera Austral. Los estudios de este camino se han enfocado tradicionalmente en su dimensión tangible, material, elaborando una imagen puramente ingenieril, objetiva e inocente de la obra. Por el contrario, acá preferimos el ámbito simbólico de sus representaciones para revelar lo ideológico, conflictivo y político de la ruta. La pregunta ¿integración o fronterización? anima el nudo reflexivo y señala la posibilidad de una crítica.

Palabras claves: Carretera Austral – fronteras – representaciones

Abstract

This essay is an invitation to think differently about the history of Aysen and its relation with the Chilean State, marked by the border's issue, through the study of the Carretera Austral. The studies of this road have traditionally focused on its tangible and material dimension, producing a purely engineering, objective and innocent image of the path. On the contrary, here is emphasized the symbolic scope of the representations to reveal the ideological, conflictive and political dimension of the route. The question, integration or frontier? Animates the reflection and points out the possibility of a criticism.

Keywords: Carretera Austral – borders - representations

Chile es el país de los derroteros, y allí, en la parte más sola, más abandonada del país, más inclemente, si uno se dedica a buscar, encontrará una leyenda, una historia, a veces verídica y a veces falsa, de fantásticas fortunas (Rojas, La ciudad de los césares, 1972: 37).

Los habitantes tradicionales de las zonas rurales habían desaparecido casi totalmente. Les habían sustituido los recién llegados de las áreas urbanas, animados por un vivo apetito empresarial y a veces por convicciones ecológicas moderadas, comercializables. Se habían propuesto repoblar el hinterland, y esta tentativa, al cabo de muchos intentos infructuosos, basada esta vez en un conocimiento preciso de las leyes del mercado y en su lúcida aceptación de las mismas, había tenido un completo éxito (Houllebecq, El mapa y el territorio, 2011: 365).

En el presente ensayo se desarrolla una reflexión acerca de la cuestión fronteriza a partir de la observación del caso de la Provincia de Palena y Región de Aysén (en adelante, territorio de Aysén) y su vínculo con la Carretera Austral, y se propone argumentar, tras el análisis de las representaciones oficiales emitidas respecto de esta vía durante la última dictadura cívico militar chilena, que la ruta austral fue paradójicamente, tanto en lo práctico como en lo discursivo, una manera de *fronterizar*¹ Aysén.

No pretende negar que el Camino Longitudinal Austral fue también un factor de integración, sentido común producido y legitimado principalmente desde la mirada ingenieril y/o geopolítica, sino que despliega la posibilidad de aprehender una dimensión simbólica e ideológica de esta infraestructura que, en apariencia y en el imaginario social, es un elemento puramente técnico y objetivo. Por el contrario, como base teórica se asume que puede ser entendido como un espacio socialmente producido en un contexto en el que se promueve una política

¹ La noción de *fronterización* la extraemos, entre otros, del trabajo de Brígida Baeza (Baeza, 2009) que la usa para referirse al proceso mediante el cual se ha construido, por parte del Estado argentino y chileno, la identidad “fronteriza” o “periférica” de los poblados ubicados en la Patagonia central (entre Futaleufú y Coyhaique, por el lado del territorio de Chile). Según la autora, estos lugares han sido durante décadas configurados material y simbólicamente desde el centro (Estado) como fronteras (territorios fronterizos) para resguardar los límites políticos de la nación. Este proceso material y discursivo de construcción y resignificación lleva implícito una tensión entre los prejuicios e intereses del centro que fronteriza y la periferia que es fronterizada. También se vale de los aportes que al concepto ha generado Alejandro Grimson (2011) entendiéndolo como un mecanismo de definición e identificación, como la manera en que diversos colectivos sociales marcan un adentro y un afuera en cuestiones de distinta índole como la nación, ciudad, la raza, un discurso o una forma de conocimiento.

económica neoliberal y la ideología geopolítica. Como tal, es un espacio polisémico cuyo significado particular depende de la posición ocupada en la arena de lo político-social, las relaciones de poder, los prejuicios, los imaginarios, ideologías (Lefebvre, 2013).

La cuestión fronteriza relacionada con el territorio de Aysén ha sido tradicionalmente entendida como un problema que compone algo así como la esencia identitaria determinada por las características geográficas de este espacio físico y social (Núñez, Aliste y Bello, 2014a). Esta “naturalización” de la posición fronteriza de Aysén, esconde en realidad el hecho de que este territorio ha sido (des)calificado *desde* el Estado chileno como frontera en función de distintos intereses y contextos socioculturales a lo largo de la historia. En esta lógica, tras el estudio de las representaciones geopolíticas respecto de la Carretera Austral producidas por representantes e instituciones oficiales durante la dictadura cívico militar se propone que la condición de frontera de Aysén no es natural, sino un constructo social que históricamente – y a través de distintos soportes discursivos y materiales, en este caso, un camino y sus representaciones- ha sido configurado, definido e identificado de esa forma.

Preguntarse por la cuestión fronteriza de Aysén durante el régimen castrense y vincularla a la construcción de la ruta austral parece relevante por diversos motivos. En primer lugar, por la importancia de las políticas públicas llevadas a cabo en esa zona durante ese período asociadas al tema limítrofe (fundación de escuelas fronterizas, Plan de Colonización de Aysén, Regionalización y Carretera Austral, entre otras) y por la gran cantidad de referencias a este problema en el material documental que alude al territorio de Aysén escrito durante 1973 y 1990. Estos antecedentes demuestran una notoria preocupación por la problemática de las fronteras y los caminos en dicho territorio durante ese período. En segundo lugar, porque los conflictos diplomáticos en las fronteras patagónicas de Chile y Argentina hicieron que el problema de los límites en la zona austral tuviera una publicidad y un revuelo mayor. En este contexto, y bajo la lógica de un pensamiento geopolítico bastante arraigado en la conciencia de los dirigentes militares, la ‘salvación’ de esta problemática será motivo de orgullo y legitimación del régimen (Urrutia, 2016). De hecho, por entonces el tema fronterizo tuvo gran difusión

en el ámbito académico (congresos científicos y revistas especializadas) y también civil (periódicos y revistas no especializadas) (Chateau 1977, 1978b; Quiroz y Narvaez, 2014; Valdivia 2012). De esta forma, en este contexto de tensión diplomática y de auge del pensamiento geopolítico la Carretera Austral fue difundida por los medios oficiales como una solución necesaria y urgente pues permitiría, a través de la ocupación demográfica y la explotación económica, el resguardo de las fronteras y la consolidación definitiva de la soberanía en un espacio considerado históricamente como “tierras de entremedio”, “frontera interior” o “isla” pues el Estado no había logrado colonizar por completo. Por último, por la posibilidad que abre el develamiento de estas cuestiones para la reflexión en torno a problemáticas sociales y políticas actuales que revelan la mantención de dinámicas fronterizas entre el Estado y el territorio aisenino.

La reflexión aquí expuesta se desenvuelve usando como base teórico-metodológica la dialéctica existente entre modernidad y colonialidad develada por los integrantes del llamado Grupo modernidad/colonialidad² y argumenta que dentro del proyecto de incorporación de Aysén al territorio nacional que considera al camino longitudinal austral como estructura fundamental, la fronterización es la cara oculta de la integración.

Estado nación y el mito fronterizo de Aysén

El Estado que se encuentra asentado en lo que actualmente es Chile no ha podido imponer su dominio sobre todo el territorio y ello ha implicado la formación de imaginarios sociales que, representando

² Red intelectual interdisciplinaria fundamentalmente americanista que intenta dar una lectura crítica y desnaturalizadora al concepto y proceso de Modernidad. En el contexto de los estudios coloniales y el giro decolonial, los distintos trabajos asociados a este núcleo pretenden revelar la arbitrariedad, relaciones de poder y los prejuicios que oculta dicha noción demostrando que el avance de la Modernidad (entendida desde quien la promueve como proceso necesario de civilización, cultura, iluminación) supone también el establecimiento de una Colonialidad en todos los ámbitos de la vida social, no sólo en los más ‘evidentes’ como podrían ser el político o económico, sino también en el cultural y simbólico, en la medida en la que el ‘yo’ moderno impone sus propias lógicas, dinámicas, hegemonía al ‘otro’ colonizado. Apunta críticamente al hecho de que la Modernidad fuera de ser un concepto y proceso objetivo, imparcial, o únicamente positivo es sumamente político, ideológico que depende siempre del punto de referencia que establece relaciones de dominación. Lander, E. (2000); Mignolo, W. (2001); Castro-Gómez, Santiago, Freya Schiwy, Catherine Walsh (2002); Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (2007).

estos espacios no colonizados como fronteras, legitimen e impulsen su conquista.

La larga historia en que el territorio de Aysén ha sido representado socioculturalmente como un lugar extraño y alejado del núcleo estatal comienza con un mito: la leyenda de la Ciudad de los Césares. Durante la Colonia, sobre todo en los siglos XVII y XVIII se hicieron varias exploraciones hacia esos *aislados confines* motivadas por el deseo de encontrar ahí un poblado idílico que quedaba en indeterminado sitio de la vasta región y era habitado por antiguos españoles, naufragos de algunos de los tantos viajes de exploración a la *terra australis*, y que convivían en perfecto equilibrio con los aborígenes disfrutando de las bondades de un clima peculiarmente acogedor y unas riquezas naturales extremas. Incluso bien entrado el siglo XX dicho mito aún no se había extinto (El Diario de Aysén, 20/5/1981, 15/2/1984 y 20/4/1987), esto pese a que, desde fines del siglo XIX, bajo el paradigma racionalista y positivista, se comenzaron a realizar “exploraciones científicas” con tal de conocer, clasificar y definir el territorio (Ortega y Bruning, 2004; Martinic, 2005)

En el siglo XX, durante la era republicana, y reproduciendo los prejuicios centralistas de la visión estatal, la historiografía tradicional ha afirmado que Aysén “existe” desde que fueron explicitados sus límites gracias al decreto 8.582 de 1927 que creó el Territorio de Colonización de Aysén como unidad geográfica y administrativa (de colonización). Lo anterior indica que a los ojos del Estado chileno y la academia oficial la existencia del territorio de Aysén ha dependido de su delimitación, es decir, de la acción arbitraria de imponer límites que separan y diferencian este espacio de otros³.

Esta actitud es de hecho coherente con el calificativo con el que se nombró este “nuevo” territorio –de “colonización”- y muy elocuente en cuanto al comportamiento que históricamente ha mantenido el Estado con Aysén: frente a la cuestión de qué hacer con el territorio y la gente que lo habita ha decidido llevar a cabo un proceso de ocupación y civilización (que en este caso es sinónimo de “chilenización”) que

³ En esta lógica el historiador Adolfo Ibáñez Santa María, en su artículo sobre la incorporación de Aysén al territorio nacional afirmaba que Aysén fue precisamente delimitado desde su creación (Ibáñez, 1972-1973).

se ha manifestado tanto en el ámbito político, económico, como en el sociocultural. Dicho de otra manera, en tanto que institución moderna (por tanto, colonialista) el Estado chileno al tiempo que ha construido históricamente el relato fronterizo de su territorio, ha intentado colonizar estos espacios sociales.

Por ello, después de la creación del Territorio de Aysén en la primera mitad del siglo XX, quedaba todavía la gran tarea de “crear” chilenos en la así considerada sociedad fronteriza mediante el establecimiento de distintos dispositivos como escuelas y caminos, negando de esta forma muchas veces tanto los intereses como las dinámicas económicas y socioculturales de la sociedad local (Baeza, 2009; Ulloa, 2014).

Dos son los principales móviles que en distintos contextos han condicionado esta actitud: por un lado, incorporar a la economía nacional y global una zona considerada sumamente rica y por otro, ocupar territorialmente y conquistar soberanamente una porción de tierra, “frontera interior”, imaginada peligrosa por estar relativamente despoblada y por poseer influencia extranjera (argentina). Ambas dimensiones se han encarado, desde la óptica central, bajo la noción de integración. Es decir, integración significa desde esta lógica incorporar el territorio mediante su conectividad para permitir así su explotación económica y su ocupación soberana.

En este caso, queda en evidencia el vínculo indisociable que existe entre Estado, delimitación y poder pues toda operación fronterizante conlleva la definición de una polaridad que se establece en distintas posiciones jerárquicas (Holzapfel, 2012: 17). Respecto de Aysén la demarcación realizada por el Estado de un “yo” y “otro”, “centro” y “periferia”, “civilizado” y “salvaje” supone la política de “chilenización” que, en su devenir, ha tenido distintas manifestaciones, siendo la Carretera Austral -sobre todo durante el régimen militar- una de las más expresivas.

A pesar del insistente intento por ocupar, colonizar y chilenizar Aysén, con seguridad hasta la década de 1970 el Estado chileno vio frustrada su obra de “incorporación” lo que implicó una preocupación por la condición de “frontera interior” de este territorio. En palabras de Holzapfel, tuvo por décadas una *sensación de limitación*

(Holzapfel, 2012) al no conseguir extender su hegemonía soberana por la totalidad de un territorio que jurídicamente le pertenecía, pues, sostuvieron los distintos gobiernos, las características geográficas de la zona y la falta de comunicaciones determinaron que esta región fuera una isla dentro de la ‘gran isla’ que es nuestro país (García, 1989).

Caminos para integrar Aysén

El problema de las fronteras en Aysén se ha vinculado históricamente a la cuestión de los caminos. Desde que Aysén fue reconocido por el Estado chileno, se ha planteado la necesidad de “conectar” este territorio al tradicional núcleo hegemónico de la nación. Inicialmente, durante casi toda la primera mitad del siglo pasado y parte de la siguiente, la mayoría de las iniciativas estuvieron dirigidas a establecer una red de caminos que siguiera el sentido transversal de los valles y afluentes que históricamente habían marcado la espacialidad y conectividad de esta zona, donde cumplieron un importante rol los trabajadores y dueños de las sociedades ganaderas a quienes el Estado chileno dio facilidades para ocupar y civilizar el territorio productivamente con el propósito de consolidar la soberanía nacional (aunque paradójicamente una buena cantidad de estos capitales fueran extranjeros). Es decir, la prioridad fue durante largo tiempo establecer conexiones viales transversales entre los poblados y actividades económicas situadas al interior (este) con los ubicados a orillas del Océano Pacífico (oeste), y viceversa, para comunicarse vía marítima con el resto del territorio nacional.

Desde el Estado, la dirección que técnicos expertos y políticos proyectaron para los caminos en Aysén estuvo condicionada por la tradición caminera local y la percepción de la “endiablada geografía” del territorio. Sentido común que el ingeniero Fernando Sepúlveda Veloso expresó en los años 30’:

Por la configuración geográfica, la provincia de Aysén no necesita un camino longitudinal: le basta un solo trazado de caminos transversales que estén en estrecha relación con los puertos de embarque y desembarque de productos de la región: maderas, lanas, etc (...) Todo este trazado de caminos transversales dejarían a Aysén en condiciones de comunicarse sin necesidad de

pasar al lado argentino, como actualmente se hace, ocasionando molestias tanto a los chilenos como a las autoridades argentinas.

Misma lógica que reprodujo en los 40' el entonces Senador de la República, Salvador Allende, en un escrito en el que insiste sobre los problemas de conectividad de Aysén subrayando la necesidad de construir caminos transversales (Allende, 1948).

Gradualmente las posiciones de técnicos y políticos interesados en el tema fueron cambiando hacia la opción de un camino longitudinal (norte-sur). Con el tiempo se fueron asentando nuevas ideas como las desarrolladas por Augusto Grosse o Baldo Araya en paralelo a que la comunidad local, como de costumbre, tomaba parte en la resolución de sus propios problemas de conectividad (El Diario de Aysén, 23/2/1977 y 17/10/1977).

Lo cierto es que conforme el (lento) poblamiento de la zona, el incremento en las exploraciones encomendadas por el Estado y un mayor desarrollo tecnológico acompañado de nuevas formas de percibir el territorio, esta situación fue cambiando hacia la segunda mitad del siglo pasado. La moción por construir un camino longitudinal tuvo respaldo oficial desde por lo menos fines de la década de 1960 cuando la Dirección de Vialidad elaboró y entregó a la Dirección General de Obras Públicas del MOP un proyecto de construcción de la “Carretera Longitudinal Austral”, donde se afirmaba que “El camino que se somete a consideración, tiene por finalidad fundamental incorporar a la Nación una gran área territorial, que hoy se encuentra desvinculada físicamente y marginada del desarrollo económico y social” (Dirección de Vialidad MOP, 1968: 38).

El camino austral y las representaciones geopolíticas de la colonialidad.

A principios de agosto de 1976 a instancias del dictador y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas de Chile, Augusto Pinochet, se aprobó un proyecto encomendado al Comando de Ingenieros del Ejército en 1974 para continuar los trabajos de planificación y construcción del Camino Longitudinal Austral que desde incluso antes de 1968 -año

de aprobación del proyecto anterior- se llevaban a cabo (Memorias MOP 1968-1990). Lo que llama la atención es que, a diferencia de lo que sucedió anteriormente, existe durante esta nueva etapa un evidente incremento de los discursos y representaciones en torno al camino en los medios masivos de comunicación (Urrutia, 2016).

El mismo vínculo modernidad/colonialidad que el Estado chileno había tenido en su “fase mítica” durante la Colonia y “científico-racional” en la República respecto del territorio de Aysén y que tenía como finalidad la *integración* de un territorio representado como económicamente rico y estratégicamente peligroso, tuvo durante la dictadura militar una atención mucho mayor en función de la fuerte impronta del pensamiento geopolítico en la construcción del proyecto político del régimen (Chateau 1977, 1978a, 1978b; Pittman, 1990; Castro, 2006).

Durante esta etapa, y en relación a Aysén, *integración* fue entendida casi como sinónimo de conectividad vial. De hecho, el vínculo establecido entre incorporación, fronteras y caminos lo había sugerido años antes Pinochet en su libro *Geopolítica* afirmando que “Es indudable que las buenas comunicaciones constituyen un factor decisivo en cualquier momento, especialmente en aquellos estados que se están formando y deben definir sus fronteras reales, por ello insistimos que las vías de comunicación tienen una influencia decisiva en la unificación de las naciones” (Pinochet, 1968). Propuesta coincidente con lo expresado por Serje en relación a la ocupación territorial de Colombia por parte del Estado bajo directrices geopolíticas, “De acuerdo con estos criterios, sólo se conciben como “integrados” aquellos territorios debidamente articulados a la red vial oficial, lo que permite la circulación de mercancías y su control militar” (Serje, 2011: 140).

Dicha constatación fue considerada una pauta a seguir en materia pública en los años de la dictadura debido a la influencia que ejerció, como se dijo, el pensamiento geopolítico en la composición ideológica de la oficialidad del régimen. De hecho, durante la norma castrense los altos cargos del gobierno ocupados por militares y del Ejército manejaban las nociones fundamentales de la geopolítica como base para percibir y construir la realidad, de ahí que este pensamiento fue tan influyente en la proyección y administración de esta “nueva institucionalidad” que se quería alcanzar, ya sea mediante obras públicas como también a través

de leyes relativas a la administración nacional (Chateau 1977, 1978a, 1978b; Polloni, 1982; Meirelles, 2000; Quintana, 2001; Valdivia, 2012, Urrutia, 2016).

El Secretario General de Gobierno, coronel Pedro Ewing, explicitó tempranamente esta dependencia ideológica al afirmar que “Nosotros estamos, en este momento, en una situación de gran trascendencia y ante un grave compromiso con el futuro. La geopolítica –como ciencia asesora al estadista- tiene en la actualidad una gran importancia para la conducción futura del Estado, en la identificación real y concreta de objetivos de tipo nacional, que obedezcan a las características geográficas del país y a la idiosincrasia del pueblo” (Revista Qué Pasa, 5/12/1975: 32).

En este contexto debe ser situado el notorio impulso y publicidad dado a la obra vial y subrayar que durante la dictadura estuvo vinculada a otros importantes proyectos geopolíticos que afectaban a la región: la Regionalización y el Plan de Colonización de Aysén. Volviendo a Serje, podemos igualmente sostener para nuestro caso que:

Así, tras la idea del ordenamiento territorial, de la regionalización, lo que está fundamentalmente en juego es, a través del control de los recursos (económicos y de poder) del Estado, la toma de decisiones acerca de la inversión de capital y el aprovechamiento de los recursos regionales. De la misma forma, tras la idea de la integración nacional, lo que está en juego es la expansión de la economía de mercado para abarcar grupos y lugares cada vez más distantes. La “nación” se ha visto entonces enfrentada a la necesidad de poseer un territorio que, de hecho, no ha podido efectivamente abarcar; que desconoce, pero que valora desde el punto de vista estético, científico y comercial. Que valora sobre todo como un potencial (Serje, 2012: 144)

En efecto, durante el régimen castrense, y mediando el pensamiento geopolítico, el camino fue representado como la infraestructura ideal para que el Estado pudiera incorporar económicamente a la dinámica nacional y mundial, y ocupar soberanamente Aysén bajo el sello de la *integración*. De modo que

todo esfuerzo material y humano en llevar a cabo la obra “se justifica plenamente a la luz del desarrollo y la seguridad nacional” (García, 1989), ya que con ella se buscaba “propender a la creación de nuevos centros poblados y al fortalecimiento de los existentes, principalmente los próximos a la frontera, afianzando la soberanía nacional, para evitar recurrir a incómodas servidumbres por territorio extranjero, procurando para ello una comunicación integral que permitiese el abastecimiento a través del espacio geográfico nacional” (Ibid), en definitiva, para “poner término a una de las fronteras interiores del país y eliminar una de las insularidades geográficas de Chile Continental Sudamericano” (Ibid). Es decir, una integración entendida como factor de *modernidad*.

Este tipo de afirmaciones permite, por un lado, comprender por qué la Carretera Austral fue una de las obras de infraestructura más importantes del régimen y mayores inversiones públicas en un contexto en el que paradójicamente el Estado se hacía cada vez menos cargo de la cuestión pública⁴, y por otro, evidenciar la gran influencia que tuvo el pensamiento geopolítico en la manera de enfocar el problema fronterizo en Aysén, planteando sus principales puntos conflictivos y sus posibles soluciones. Es posible afirmar que este paradigma propició a través de medios de difusión especializada y también masiva la condición fronteriza de Aysén y con ello justificó “científicamente” (invisibilizando así el componente político e ideológico) el impulso dado a la construcción de la carretera (Urrutía, 2016). La integración se entiende entonces como respuesta al problema de la frontera (fronterización), y en esta lógica, como expresó el oficial de Ejército Germán García, la Carretera Austral es “la respuesta a un desafío” (García, 1989).

En el mismo contexto el camino fue representado a través de los medios oficiales como un objetivo de primer orden y también como una gesta militar heroica en el contexto de “reconstrucción” moral y económica del país asociada al proyecto de la dictadura de “hacer de Chile una gran Nación, fundada en la unidad nacional y en la integración espiritual de todos los chilenos” (Declaración de principios del Gobierno de Chile, 11/3/1974). En este sentido, el proceso de construcción de la ruta longitudinal se imagina con características de una verdadera

⁴ La inversión pública en ella fue de las mayores de toda la administración castrense después de las obras del Metro y la inversión para la construcción de la central Colbún-Machicura: (Fundación Augusto Pinochet Ugarte, 1997; Rojas, 2000).

ocupación militar del territorio no sólo porque una de las principales instituciones encargadas de su edificación fuera el Cuerpo Militar del Trabajo dependiente del Ejército sino principalmente porque se entendió como mecanismo para conquistar definitivamente el territorio nacional y Aysén. Así entonces, en este marco social e ideológico, esta vía sería la consolidación física y también simbólica del largo proyecto histórico-geopolítico de unificar y homogenizar el territorio y sociedad chilena en torno a un imaginario geográfico común, continuando con el proyecto que ya había impulsado el ferrocarril desde fines del XIX (Fundación Augusto Pinochet Ugarte, 1997).

De hecho, tal es el rol que se le atribuye a este camino en la afirmación del territorio y de su imagen uniforme que se le representó como la mayor hazaña geopolítica de todo el siglo XX para la historia nacional (Von Chrismar, 1986; García, 1989, 1997). Por este motivo, la carretera longitudinal fue divulgada como “un acontecimiento trascendental no sólo para nuestra región sino también para el país, que logrará por primera vez en su historia llegar desde Santiago por tierra hasta el confín patagónico al sur del Lago General Carrera” (El Diario de Aysén, Coyhaique, 05/01/1988: 4).

También se impulsó la imagen de que la Carretera Austral debía ser entendida como

(...) en sí un proyecto geopolítico y, a no dudar, uno de los más importantes de esta naturaleza que se haya realizado en toda la historia de Chile. Los imperativos geográficos y geopolíticos hicieron surgir la necesidad de integrar el área comprendida por la provincia de Palena y la región Aisén al proceso de desarrollo del país, brindando la seguridad debida a una zona particularmente hermosa y atractiva, suprimiendo una inveterada dependencia con Argentina que, a veces fue difícil y en ocasiones hasta hostil (García, 1989).

O, en palabras de Pinochet:

Aisén era un enclave inmenso dentro de Chile continental. La carretera longitudinal austral, en lo geopolítico, vertebró una zona desarticulada, fortaleció la frontera internacional e integró

un hinterland que presenta recursos para el establecimiento de importantes concentraciones de población en una época en que los grandes espacios, consolidados geopolíticamente, son vitales. Sin relevarlo de sus responsabilidades constitucionales y de su papel primordial en la defensa de la Patria y la preservación del orden institucional de la República, el Ejército de Chile tiene la capacidad, voluntad y vocación para continuar esa obra histórica en beneficio de la Nación (Fundación Augusto Pinochet Ugarte, 1997: 1).

Como queda de manifiesto, el énfasis que se le da a los beneficios de la construcción del camino austral va en directa relación al énfasis que se hace en la posición fronteriza de Aysén. Dicho de otro modo, la construcción de esta ruta corre en paralelo a la promoción de un discurso y perspectiva centralista que fronteriza Aysén y postula como necesidad su anexión (en condición de frontera) mediante esta estructura. Como resultado, las dinámicas que moviliza y transmite este camino a este territorio reproduce el pensamiento y discurso centralista-hegemónico que lo justifica, pues pretende una transformación material del territorio y la introducción de nuevas pautas económicas y socioculturales coherentes con las dinámicas e intereses de este núcleo.

Es decir, la obra adquirió una relevancia especial en la construcción de un imaginario social de nación en tanto (re)definía y consolidaba sus fronteras. De esta forma Aysén, “frontera interior”, con el camino austral cristaliza su posición fronteriza en el imaginario geográfico, pero en adelante como frontera que integrada a la nación defiende la soberanía y seguridad nacional asegurando la “frontera exterior”. Límite estratégico integrado, cada vez más chilenezado, pero frontera al final. Aysén es incorporado como frontera, ése es su valor (geopolítico) para el Estado chileno.

Además, desde estas representaciones Aysén es visto como espacio que se debe colonizar y chilenezar no sólo por su valor geopolíticamente estratégico, sino también por su importancia como reserva económica. En efecto, fue de sentido común que la razón de la condición de pobreza de la región estaba determinada por las características geográficas que provocaban su aislamiento, tal como expresó el Secretario Regional de Coordinación y Planificación, José Yuraszeck, al decir que “toda

alternativa de desarrollo para la región parte del hecho que primero debemos romper el aislamiento” (“, El Diario de Aysén, 24/03/1979: 3).

De igual forma, en un estudio realizado por la Dirección de Vialidad del MOP en el año 1982, se afirmaba que

(...) el vasto sector que constituye la Región de Aysén ha estado históricamente aislado del resto del país y, aún, carente de comunicaciones en su propio territorio a causa de su difícil morfología geográfica, geológica y climática (...) todo lo cual tiene por consecuencia un prácticamente nulo proceso de colonización, un lento desarrollo industrial y los escasos recursos técnicos profesionales son transitorios [por lo que] se comprende la necesidad de romper este círculo vicioso correspondiéndole al Estado, en su carácter subsidiario, dotarla de la infraestructura mínima necesaria para ello, como también de los estímulos para la acción privada (...) Permitir la creación de centros poblados estratégicos y el refuerzo de los actualmente existentes, próximos a la frontera, con vinculación y acceso al resto del país, afianzando la soberanía nacional en la zona y evitando recurrir a territorios extranjeros para satisfacer las necesidades de la población (Estudio de la Dirección de Vialidad del Ministerio de Obras Públicas, 24/2/1982).

En tanto que estructura geopolítica, la ruta austral debía propiciar una *extralimitación* (Holzapfel, 2012: 9), es decir, la conquista y colonización de un supuesto espacio vacío llenado históricamente de prejuicios centralistas que lo calificaban de territorio aislado, incivilizado o improductivo, para convertirlo en lo contrario, una frontera geopolíticamente estratégica, un espacio social chileno y explotado económicamente. Dicho de otra forma, este camino fue representado oficialmente como dispositivo para *superar* los límites geográficos y consolidar las fronteras geopolíticas de Chile al permitir la *integración* de Aysén a la nación, aunque paradójicamente fuera durante esta época cuando más se promovió la condición aislada y periférica de Aysén.

Esto, según Serje se debe a que “Desde la perspectiva de la relación que establecen con sus márgenes geopolíticos, la nación y el Estado aparecen nítidamente como dispositivos coloniales, en la medida

en que como instituciones constituyen la condición de posibilidad de la expansión comercial metropolitana y de su designio civilizatorio” (Serje, 2012: 30). Para Holzapfel, en sentido similar, esto podría ser explicado pues los límites son atravesados cuando hay una *sensación de limitación* mayor, ya que esta “induce al ser humano a soltar amarras y salir de la estrechez y ello de modo individual o colectivo. Observamos en la historia como, una y otra vez, es una nación completa la que rompe con los barrotes de la estrechez (...) Aquella sensación contribuye a que la delimitación se expanda, se deslimite, se extralimite, se desmarque, y hasta se translimite, pero sin salir de los márgenes de una nueva y más elevada delimitación” (Holzapfel, 2012: 154). Es decir, se entiende que para dedicar tanto esfuerzo a la obra de integración que sería la ruta austral era necesaria la justificación derivada de una condición fronteriza extrema que la geopolítica se encargó de arraigar. Nuevamente, como vemos, integración y fronterización dan cuenta de un mismo proceso y no de dos realidades aisladas o contrapuestas.

Este tipo de traspaso de fronteras y colonización del Estado previo proceso fronterizante ya había sido llevado a cabo en el siglo XIX en relación a otros espacios con el argumento de civilizar lo bárbaro, como fue el caso de la Araucanía y su “Pacificación” (1860-1883), o con el propósito de conquistar el territorio nortino (y su gente) en la región del salitre con la consiguiente provocación de la Guerra del Pacífico (1879-1883). En ambos sucesos hubo también motivación económica – explotación del trigo en el sur y del salitre al norte- y en los dos casos este avance fue propiciado por militares. Es decir, el capital y el Ejército se han vinculado históricamente en el largo proceso mediante el cual el Estado chileno se ha esforzado por conquistar territorial y económicamente lugares físicos y mentales.

Las semejanzas entre estos ejemplos y el proceso de “integración” que abre la ruta austral son evidentes, sobre todo si se tiene en cuenta que el interés en ampliar las fronteras productivas fue muy propio del paradigma geopolítico chileno de entonces, que vio en el factor económico no solo una cuestión de éxito material, sino la vitalidad y seguridad del Estado. Es por esto que para el pensamiento oficial durante la dictadura militar

(...) la carretera austral constituye una obra grandiosa, que junto a la regionalización debe enorgullecer no sólo a nuestro supremo gobierno que la resolvió, planificó e impulsó, sino a todos los chilenos, ya que satisfacen necesidades vitales de desarrollo y de seguridad nacional y tienen una indudable inspiración geopolítica.

El bien común de los chilenos, acrecentado y perfeccionado por medio del desarrollo nacional y salvaguardado por medio de la seguridad nacional, está basado en los grandes valores nacionales asentados a su vez sobre la inviolabilidad de los tres clásicos elementos constitutivos del Estado: la población, el territorio y la soberanía (Chrismar, 1986)

Tal como hoy Aysén es considerado “reserva de vida” -calificativo que mercantiliza y pone valor de cambio a la naturaleza del territorio por su riqueza ambiental y biodiversidad (Núñez, Aliste y Bello, 2016)-, este espacio fue considerado entonces como una reserva económica apta para la explotación energética y mineral

Los recursos energéticos se plantean como factor de importancia básica, considerando que el potencial hidroeléctrico en Aysén es del orden de los 10.000 megawatts, y que más al sur, en la XII región, está la única fuente nacional de hidrocarburos, conocida hasta el momento. Por lo tanto, en el hinterland austral existen las bases para satisfacer las necesidades vitales de Chile, permitiéndole el desarrollo de su heartland y su correspondiente seguridad (García, 1997: 61).

En definitiva, ¿Cuál era entonces el propósito central de esta integración? ¿Cuáles eran las relaciones sociales y de poder que animaba esta obra? ¿Quiénes eran sus verdaderos destinatarios? Esta ruta longitudinal fue representada como la manifestación objetivo de la “respuesta a un desafío”. La supuesta imparcialidad del conocimiento geopolítico permitió ocultar que este desafío significaba principalmente la superación de fronteras que obstaculizaban los intereses de un tradicionalmente centralista Estado chileno y sus sostenedores privados. Límites construidos y reconstruidos históricamente entre el Estado nación

y regiones utópicas (Ciudad de los Césares), “tierras de entremedio”, “fronteras internas” para justificar la colonización. La geopolítica, como ciencia estatal, fue esencial en el arraigo de estos bordes en el sentido común y con ello en el impulso dado a la construcción del camino austral durante el régimen permitiendo la imposición de la hegemonía del núcleo en nuevos espacios políticos, económicos y socioculturales.

Por este motivo, la ruta austral fue entendida por sus mismos defensores y publicistas como algo más que un producto netamente técnico, es decir, se le concibió como artefacto dinamizador de transformaciones no tan sólo estructurales sino también políticas y simbólicas.

No representa sólo un camino, que ya su concreción dice mucho. Se asemeja más bien a una arteria vivificadora que recorre todo el extenso territorio comprendido entre Pto. Montt y Villa O'Higgins. Como el flujo sanguíneo, que benéficamente porta actividad, vigor, fuerza y eficacia, la carretera austral influye positivamente en todos los aspectos de la vida que al hombre interesan. Surge así el desarrollo económico, social, político y cultural. Todas, dimensiones que contribuyen a la dignificación del hombre (García, 1989).

Reflexiones finales

La Carretera Austral, ¿integración o fronterización? Depende de la perspectiva político teórica y los elementos analíticos que se consideren. Acá se expuso la óptica oficial no siendo esta la única, pero sí la que se encuentra arraigada como imaginario común. En efecto, se atendieron las representaciones promovidas por el Estado desde un marco conceptual que permitiera revelar que, aunque están muy ancladas al sentido común (y de hecho lo conforman) es sólo una de las visiones en pugna y es el resultado de la reificación de una perspectiva hegemónica que contiene las historias, los intereses e ideologías de un grupo social específico. Un marco metodológico que permitiera también la desnaturalización de la visión hegemónica para contribuir así al estudio del proceso de fronterización del territorio de Aysén. Gracias a esta base teórica se ha observado que, si bien el relato oficial representa este camino como

catalizador de un proceso de *integración*, esta historia tiene una cara oculta que es la *fronterización*.

En cierto sentido, se ha querido también reposicionar la geopolítica como disciplina y alejarla de las etiquetas de conocimiento fascista (Revista Principios, 1976) y acrítico con la que se ha asociado proponiendo un enfoque deconstructivo que comprende que “‘el discurso geopolítico’ no es el lenguaje de la verdad; más bien, lo entiende como un discurso que busca establecer y hacer valer sus propias verdades” (O’ Tuathail y Routledge, 2003: 3), pues sólo así se “politiza la creación de conocimiento geopolítico por intelectuales, instituciones y hombres de Estado en ejercicio. Se trata la producción del discurso geopolítico como parte de la política en sí y no como una descripción neutral e independiente de una realidad objetiva transparente” (Ibid).

Aunque por razones de espacio es imposible ahondar aquí, aún quedan muchas preguntas para conocer aquellas *otras* visiones, es decir, ¿Cómo esta estructura cambió la vida social y cultural en la región, según los mismos pobladores? ¿Cómo ha sido vivida y representada por ellos? No cabe duda de que la Carretera Austral ha significado la transformación de dinámicas económicas y socioculturales para la comunidad local y quizás en estas experiencias y sus representaciones se haga más visible las consecuencias de la *fronterización*.

Los representantes oficiales, enfocados más en el ámbito técnico y material justificaron los cambios propiciados por el camino afirmando, como lo hizo el Ministro de Obras Públicas mayor general Patricio Torres, que

La vida de la gente era bastante diferente a la que hacen en estos momentos. Poder conversar con un vecino, era una jornada, a veces de días a caballo. Obtener las provisiones, medicinas era, a veces, también de días a caballo. El colono y sus pilcheros, a través de la selva y del barro, y cuando llegaba a la costa le seguía la lancha, el bote si el mar estaba en buenas condiciones y otra jornada igual, es decir, la vida era lentísima. Ahora, con este camino casi no existen distancias. Si antes se demoraban semanas en este trayecto, ahora es cuestión de unos pocos días (El Diario de Aysén, 23/2/1982: 1).

En cambio para personas como Alberto Rivera, oriundo y poblador de Valle Simpson de 82 años, uno de los más antiguos de la zona y que vivió el proceso de construcción del camino longitudinal y sus cambios:

Está muy bonito, mucha falta que le hace la Carretera a esta región, pero yo le voy a decir una cosa a usted, cuando yo me acuerdo de acá en esta zona, no había tanto adelanto, no había carretera, no había radio, no había nada, lo único que había en una casa era un acordeón y una guitarra, eso nunca faltaba en una casa. Pero todos estos adelantos también han traído bastante pobreza, había traído no solamente pobreza, sino muchas otras cosas que antes no había, el robo (Saavedra y Mansilla, 2014: 33).

Aysén es todavía territorio limítrofe, periférico respecto de otro punto –hegemónico– que lo califica, lo valora y lo fronteriza en función de sus objetivos e intereses (Said, 2008). Esta imagen que pronto se hace verdad, es, por un lado, el producto de un proceso histórico que manifiesta relaciones de poder disímiles en lo material y simbólico, y por otro, implica que en tanto que *frontera* este territorio deba necesariamente ajustarse a las pautas de la modernidad y civilización que monopoliza el Estado nación.

Teóricamente podemos sostener incluso que esta posición fronteriza es necesaria pues, como apunta Serje, los márgenes de la civilización -entendida como ámbito en el que el Estado hace efectiva su hegemonía- más que como realidades externas deben ser entendidos como condición de posibilidad para que ella exista. De ahí que en paralelo a la construcción de este imaginario de Aysén como territorio fronterizo se haya implantado históricamente su necesidad de ser colonizado, civilizado y chileno en la práctica.

Esto se condice con el hecho de que la modernidad tiene su cara oculta que es la colonialidad, y en este sentido todo indica que en realidad *integración* y *fronterización* son también circunstancias del mismo proceso, pues en la medida en que el camino longitudinal transforma territorialmente Aysén y lo conquista para el Estado chileno, también inaugura un nuevo orden en este espacio social y geográfico haciendo

aparecer dinámicas y realidades antes inexistentes en las que se replica y consolida la relación asimétrica entre el Estado y Aysén.

El camino longitudinal es la realización material del ideal y pretensión según el cual Aysén (y cualquier territorio al interior del Estado nación) puede existir en lo económico, en lo político y cultural sólo en relación al núcleo central: eso es lo que pretende consolidar esta ruta y por ello es una estructura que implica la *integración* al tiempo que su *fronterización*. Por tanto, se puede decir que en el proceso histórico típicamente moderno/colonialista de conquistar Aysén, el camino austral ha reproducido esta dialéctica en la relación integración/fronterización. En definitiva, estas son aristas de un mismo proceso: la apertura hacia la economía capitalista de una región imaginada históricamente como llena de grandes riquezas y la integración geopolítica de un territorio que mediante el camino austral se asimila como frontera estratégica donde la soberanía es definitiva. Desde esta realidad paradójica se comprenden mejor cuestiones actuales como las políticas públicas contemporáneas respecto de Aysén, los conflictos contra las hidroeléctricas, la permanencia de problemáticas como las expuestas en el Movimiento Social por Aysén el 2012 y las reflexiones que suscitan los conflictos entre el gobierno y la directiva de la Universidad Regional de Aysén.

Como la mayoría de las circunstancias que impactan nuestra vida social los efectos y consecuencias son percibidos según el lugar social ocupado. De cualquier modo, la interpretación crítica del camino austral y su historia son útiles para que Aysén se piense desde y para Aysén para así proyectar un futuro según los intereses de su propia comunidad y desestabilizar la posición colonial, fronteriza, a la que históricamente se ha relegado.

Bibliografía

- ALLENDE, S. *Aysén presente y futuro*, Santiago de Chile, Talleres Gráficos de La Nación, 1948.
- BAEZA, B. *Fronteras e identidades en Patagonia central (1885-2007)*, Rosario, Argentina, Protohistoria Eds, 2009.
- BASCUÑÁN, I. *Breve historia de Aysén y la Carretera Austral*, Santiago de Chile, Estado Mayor General del Ejército Biblioteca del Oficial, 1984.
- CASTRO, P. “Geografía y geopolítica”, en Tratado de Geografía Humana, Barcelona, Anthropos, 2006 pp.187-201.
- CASTRO-GOMEZ, S; SCHIWY, F; WALSH, C. (COMPS.). *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder*. Quito: Abya-Yala Editores. 2002.
- CASTRO-GOMEZ, S; GROSFUOEL, R. (COMPS.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores. 2007.
- CHATEAU, J. *Características principales del pensamiento geopolítico chileno: análisis de dos libros*, Santiago, FLACSO, 1977.
- CHATEAU, J. *La geopolítica y el fascismo dependiente*, México, Casa de Chile en México, 1978a.
- CHATEAU, J. *Geopolítica y regionalización*, Santiago, FLACSO, 1978b.
- CHATEAU, J. *Seguridad Nacional y guerra antisubversiva*, Santiago, FLACSO, 1983.
- CHRISMAR, J.V, *Trascendencia geopolítica de la Carretera Austral ‘Presidente Pinochet’*, *Revista Chilena de Geopolítica*, Vol.3, n°1, 1986, pp 35-43.
- FUNDACIÓN AUGUSTO PINOCHET UGARTE, *La Carretera longitudinal Austral : su impacto y proyección*, Santiago de Chile, Fundación Presidente Augusto Pinochet Ugarte, 1997.

GARCÍA, G. Carretera Longitudinal Austral. La respuesta a un desafío, *Revista Chilena de Geopolítica*, Vol.5, n°3, 1989.

GARCÍA, G. Visión geopolítica de la carretera longitudinal austral. En *La Carretera longitudinal Austral: su impacto y proyección*, Santiago de Chile : Fundación Presidente Augusto Pinochet Ugarte, 1997.

GRIMSON, A. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.

HOLZAPFEL, C. *De cara al límite*. Santiago de Chile. Ediciones Metales Pesados, 2012.

LANDER, E. (comp.). La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires, CLACSO. 2000.

LEFEBVRE, H. *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing Libros, 2013.

IBÁÑEZ SANTAMARÍA, A. La incorporación de Aisén a la vida nacional, 1902-1936, *Historia*, n°11, 1972-1973, pp.259-378.

KREBS,R. Historia de la Carretera Austral. En *La Carretera longitudinal Austral : su impacto y proyección*, Santiago de Chile, Fundación Presidente Augusto Pinochet Ugarte, 1997.

MARTINIC, M. *De la Trapananda al Aysen : una mirada reflexiva sobre el acontecer e la Región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestros días*, Santiago, Pehuén Editores, 2005.

MEIRELLES, C. *Antología geopolítica de autores militares chilenos*, Santiago de Chile, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, 2000.

MIGNOLO, W. (COMP.) *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2001.

NÚÑEZ, A; ALISTE; BELLO, A. Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación, *Iztapalapa*, 2014a, pp.155-168.

NÚÑEZ, A; ALISTE; BELLO, A. El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI”, *Scripta Nova*, 2014b, pp.1-13.

NÚÑEZ, A; ALISTE, E; BELLO, A. Patagonia-Aysén, Reserva de vida: El discurso de la naturaleza como nueva utopía capitalista, (Chile, siglo XXI), 2016 (manuscrito).

ORTEGA, H y BRUNING, A. *Aysén: panorama histórico y cultural de la XI Región*, Santiago, Gobierno de Chile, 2004.

PINOCHET, A. *Geopolítica. Diferentes etapas para el estudio geopolítico de los Estados*, Santiago de Chile, Biblioteca del oficial, 1968.

PITTMAN, H. “De O’Higgins a Pinochet: geopolítica aplicada en Chile”, en Kelly, Philip y Child, Jack, *Geopolítica del Cono Sur y la Antártida*, Editorial Pleamar, Argentina, 1990.

POLLONI, J.A, *Reportaje geopolítico a la Ruta Austral*, Santiago , Guillermo Krum S., 1982.

QUINTANA, C. “Implicancias espaciales y geopolíticas del modelo neoliberal en Chile: el caso de la provincia de Palena”, *Estudios Político Militares*, año 1, n°2, 2do semestre 2001, pp.127-136.

QUIROZ, R y NARVAEZ, A. De la loca geografía de Gabriela Mistral a la geografía militar de Pinochet: el período de la institucionalización geográfica en Chile (1889-1979), en *Revista de Geografía PUCV, Valparaíso*, n°49, 2014, pp. 30-54.

ROJAS, G. *Chile Escoge La Libertad*, Santiago, Editorial ZigZag, 2000.

SAAVEDRA, S y MANSILLA, X. *Tras las huellas de la carretera austral. Retazos de historia oral sobre conectividad en la Región de Aysén*, Coyhaique, Ñire Negro Ediciones, 2014.

SAID, E. *El orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2008.

SERJE, M. *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, 2 ed, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2011.

ULLOA, A. Fronteras porosas, culturas híbridas: hacia un pensamiento otro de la colonización de la Patagonia central. *Sociedad de Historia y Geografía de Aysén. Un encuentro con nuestra historia, Coyhaique. pp.184-202.*

URRUTIA, S. El sueño por una carretera. Carretera Austral, representaciones sociales y geopolítica durante la dictadura militar chilena, 1973-1990. Tesis de Maestría en Historia. Universidad de Chile. 2016.

VALDIVIA, V. *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2012.

Fuentes

Declaración de principios del Gobierno de Chile. Santiago, marzo 11 de 1974.
El Diario de Aysén (Coyhaique) 1975-1990
Revista Qué Pasa (Santiago) 1974

Revista Principios, “La geopolítica. Parte integrante del fascismo de Pinochet”, abril de 1976. En *La geopolítica y el fascismo dependiente*, México, La Casa de Chile, 1977.

Estudio de la Dirección de Vialidad del Ministerio de Obras Públicas, La Nación, Santiago, 24-2-1982, p.6A.

Discursos y conflictos socio-territoriales por la construcción de hidroeléctricas en la Patagonia-Aysén

Hugo Romero Toledo - Aurora Sambolín Santiago

Resumen

La situación actual de Valle Exploradores y el surgimiento de nuevos actores y procesos, da pie al entendimiento al re-escalamiento de los espacios locales dentro de las dinámicas globales de la circulación del capital. La relación dialéctica entre capital y naturaleza se ha sobrepuesto a los discursos de conservación, utilizando la propiedad de la tierra como principal fijador de capital para su acumulación. Desde una perspectiva materialista, este documento se hace cargo de las dinámicas existentes en la producción del espacio patagónico.

Palabras claves: Valle Exploradores, propiedad de la tierra, capital, discursos globales, espacios locales, re-escalamiento.

Abstract

Valle Exploradores current situation and rises of new actors and processes, gives understanding to re-scaling of local spaces within the global dynamics of the circulation of capital. Relationship between capital and nature has overlapped conservation discourses, using land ownership as main fixer of capital for his accumulation. Since a materialist perspective, this document takes over of the existing dynamics in the production of the Patagonian space.

Keywords: Valle Exploradores, land ownership, capital, global discourses, local spaces, re-scaling.

La Patagonia tiene una larga historia de discursos y prácticas asociadas a la expansión colonial, a la conformación de los estados nacionales de Argentina y Chile y la transformación de toda la “naturaleza” en un commodity. La Patagonia fue imaginada, durante las exploraciones tempranas de los europeos, como una tierra poblada con gigantes donde además se erigía la Ciudad de los Césares. Posteriormente, y durante la expansión imperialista, con trabajos como los de Falkner y Darwin, fue transformada en un lugar donde era posible rastrear el origen geológico y cultural del mundo. Desde el siglo XIX, la Patagonia fue fabricada como una tierra para la producción de ganadería por parte del capital transnacional, mientras que, durante el siglo XX, fue construida como un lugar lleno de significado geopolítico para Argentina y Chile. Finalmente, en el período neoliberal, la Patagonia, y especialmente la sección norte del lado chileno, fue “vacuada” de su contenido histórico, para mostrarla al mundo como un lugar prístino, listo para conservarse como “reserva de vida” para el desarrollo turístico, o explotar sus reservas de agua, principalmente para la producción de energía.

En este trabajo se explora, desde la ecología política histórica, la genealogía de representaciones que han existido sobre la Patagonia. Se enfatiza el análisis de los discursos que se construyeron en el reciente “conflicto HidroAysén”, a través de una lectura crítica sobre cómo la campaña “Patagonia Sin Represas” contribuyó a movilizar una serie de significados en la sociedad chilena para evitar la construcción de cinco centrales hidroeléctricas por parte de la transnacional ENDESA/ENEL en la sección sur de la región de Aysén, y al mismo tiempo, construir la defensa del medioambiente, seleccionando ciertas características biofísicas y culturales de la región.

La ecología política

La ecología política busca trazar cómo cierto tipo de conocimiento y narrativas se han transformado en dominantes a través del tiempo, dando soporte y reforzando el cambio socioambiental a través de prácticas discursivas y materiales (Davis, 2009; Offen, 2004). En esta perspectiva, la gestión neoliberal del medioambiente tiene una historia que está conectada, en diferentes niveles, a las construcciones sociales sobre el medioambiente que creó el imperialismo occidental: el proceso de

colonización, la economía política de la desposesión, el desarrollo científico y la construcción de medioambientes y personas a través de la imposición de “otredad”. El conocimiento ambiental colonial fue institucionalizado por medio de discursos y prácticas que continúan operando hasta el día de hoy, materializados en leyes, códigos e instituciones que reproducen programas de transformación socioambiental, que las poblaciones locales consideran (Davis, 2009). La teoría gramsciana define el concepto de *hegemonía* como la legitimación del interés de la clase dominante, a través de la difusión y adopción, por los grupos subordinados, de la ideología y las relaciones sociales que aseguran el orden capitalista. La hegemonía no es un proyecto singular; sino que una articulación de fenómenos populares, filosóficos, económicos y culturales, que posibilitan que la sociedad naturalice la explotación y la injusticia (Mann, 2009). Esta perspectiva entiende a la naturaleza como una producción humana, donde los humanos y medioambientes co-evolucionan, lo que genera una entidad socio-natural, mediada por el trabajo y la tecnología, en la cual la hegemonía se construye a través de la transformación material e ideológica de la naturaleza y que constituye una fuerza material sobre la clase, el género y el medioambiente produciendo a la naturaleza a través de medios coercitivos y consensuados (Ekers, 2009; Ekers, et al, 2009; Castree, 2000; Karriem, 2009). Los grupos subalternos, los cuales no solamente desafían la desigual distribución de recursos (como la tierra y el agua), sino también el “sentido común” sobre cómo dichos recursos son ocupados para producir; rebaten las conceptualizaciones hegemónicas de la naturaleza. Esto lo hacen, por ejemplo, usando formas alternativas de educación, auto-organización, diferentes prácticas agroecológicas y promoviendo otros usos para los recursos naturales.

Una segunda corriente de ecología política está asociada a la perspectiva de construcción social de naturaleza, para capturar los múltiples y entrelazados procesos sociales, epistemológicos y políticos, que interactúan en la construcción de socio-naturaleza (Braun, 2007). Esta socio-naturaleza es producida por discursos y prácticas materiales de la vida cotidiana, lenguaje, significados y trayectorias, que han generado ideas sobre la gestión medioambiental, ya que derivan de la forma en la cual el colonialismo y el postcolonialismo han creado las desigualdades estructurales que perduran hasta el presente. La perspectiva de construcción social de naturaleza se basa en los trabajos

de Fanon, Said, Bhabha y Spivak, y en la aplicación de análisis marxistas y post-estructuralistas en África, Asia y América Latina. Significados, valores y prácticas están fuertemente relacionados con las “verdades” que construyó el determinismo ambiental, las cuales justificaron la expansión imperialista y le dieron el orden político, social, económico y ambiental al mundo. Ciertas representaciones de naturaleza que fueron constituidas como dominantes y que han sido internalizadas en la sociedad, persisten hasta nuestros días. Neumann (1998), entre otros, ha hecho visible las luchas políticas sobre el significado del paisaje entre diferentes grupos sociales, la co-existencia de discursos y prácticas sobre el acceso, control y representación de los recursos naturales.

Roderick Neumann (1998) estudió como los europeos construyeron el “territorio salvaje” (*wilderness*¹) africano, a través de la creación de áreas silvestres protegidas y la reestructuración de las relaciones de propiedad. El parque Mount Meru en Tanzania es el resultado de una lucha histórica por la tierra, especialmente desde reivindicaciones ancestrales. La forma en la cual el paisaje fue concebido por el “occidente” impulsó la protección del estado y de organizaciones internacionales como la *World Wild Fund for Nature*, lo cual generó enfrentamientos con grupos locales y usuarios tradicionales de recursos.

Peter Walker (2004) ha estudiado las narrativas históricas sobre las plantaciones forestales en Malawi en el Sudeste Africano, analizadas como una “formación discursiva regional” (Peet & Watts, 1996), donde pensamientos, lógicas, expresiones y metáforas sobre regiones particulares aparecen, desaparecen y reaparecen en el tiempo. Estas narrativas se fundamentan en conocimiento experto y agencias internacionales, como el Banco Mundial, y pueden profundizar injusticias sociales sobre los grupos locales.

¹ Debido a que esta investigación fue desarrollada originalmente en inglés, parte de nuestro trabajo ha sido buscar equivalentes para algunos términos especializados como el término “wilderness”. Este concepto hace referencia a lugares no modificados por el hombre y no tiene un equivalente al español que comunique a cabalidad lo que comunica el concepto en inglés. Sin embargo, algunas alternativas de traducción con las que nos encontramos en nuestra búsqueda son “naturaleza agreste”, “naturaleza virgen”, “naturaleza intocada”, “área silvestre”, “área de vida silvestre”, “espacio natural”, “territorio natural”, “territorio salvaje”, “hábitat virgen” y “paisaje no modificado por el hombre”. De todas estas alternativas de traducción, nos quedamos con “territorio salvaje” dado que capta la movilización de significados que se hace desde el occidente.

El concepto de “formación ecológico discursiva” es sumamente útil para repensar la construcción histórica de grandes territorios como la Patagonia. Autores como Peet, et al (1996, 2004) lo utilizan para hacer referencia a cómo discursos dominantes sobre la geografía y la población producen condiciones físicas, político-económicas e institucionales, que popularizan ciertas construcciones, las cuales, a través de mecanismos culturales, se popularizan hasta que se naturalizan. De esta manera, existen regiones que pueden ser construidas como vacías, espacios en blanco o tabulas rasas y que niegan a los habitantes que la ocupan y su conexión con la tierra. Este tipo de formación ecológica discursiva identifica espacios “vacíos, pero llenos de recursos” que apoyan construcciones coloniales para la extracción y el consumo, e incluso se constituyen en zonas para el espectáculo cultural de sociedades post-industriales (Bridge, 2001; Neumann, 2010).

Richard Peet (1996), entre otros, ha criticado la sobre-textualización y la sobre-representación de las aproximaciones postestructuralistas en la geografía. Existe una tensión entre discursos, prácticas y materialidad, y nuestro trabajo refleja esa tensión no resuelta. En las siguientes páginas se presentará un análisis de representaciones, a través del análisis de textos sobre la Patagonia, producidos por el Gobierno Regional de Aysén y la campaña Patagonia Sin Represas. Nuestro enfoque pretende ilustrar cómo se construye un paisaje de la Patagonia natural y prístina, pero que termina por naturalizar un largo proceso de desposesión, y donde la construcción de una geografía neocolonial persiste, mediante discursos y prácticas sobre el medioambiente y sus habitantes.

Hacia una ecología política de la Patagonia

Las regiones y los territorios son históricamente producidos y discursiva y materialmente construidos. En nuestra investigación, la Patagonia puede ser entendida como una región que ha sido conceptualizada, transformada y reconceptualizada para asegurar el poder del estado, y de elites económicas, militares y culturales. Discursos dominantes promovidos por el estado colonial y postcolonial, como también por la racionalidad científica occidental, han homogeneizado su paisaje y medioambientes para crear un espacio uniforme en términos

de sus características biofísicas y su identidad. La transformación de la Patagonia, que ha involucrado la quema de bosques, el exterminio de grupos indígenas, y tensiones históricas entre colonos, ha sido cubierto por un discurso nacionalistas y ambientalista que la promueve como representación de la naturaleza prístina. Esas imágenes y paisajes han sido diseminados por todo el mundo y han sido internalizados por la sociedad.

Esto ha generado la condición de posibilidad para una transformación socioambiental de su paisaje de manera masiva y duradera. Este imaginario la hizo visible frente al mundo, impulsó su exploración y conquista, y la colocó en una posición subalterna. La tierra fue violentamente vaciada de su ocupación indígena y sus paisajes fueron manufacturados como vacíos y prístinos para promover la inversión privada y pública. En el caso de Chile, las representaciones de la Patagonia invocaron un territorio vasto y mágico, lleno de características biofísicas y humanas únicas, y parte integral de la identidad territorial del país:

*“A la Patagonia llaman
sus hijos la Madre Blanca.
Dicen que Dios no la quiso
por lo yerta y lo lejana”*
(Gabriela Mistral,
Poema de Chile, 1967)

*“Patagonia, aquella de dientes helados
roídos por el trueno, aquella bandera
sumergida en la nieve perpetua”*
(Pablo Neruda, *Canto General*, 1950)

Estas representaciones son elementos integrales de la construcción cultural que correspondió al siglo XX, cuando el estado chileno comenzó su lento proceso de territorialización en la Región de Aysén, y se sumaron a una serie de registros de exploradores, políticos, historiadores y militares, que llenaron mapas con nombres dieron coherencia al territorio. Esta construcción cultural circuló por textos escolares, y los medios de comunicación junto a la actividad turística, comenzaron a reforzar estas imágenes de la Patagonia. Desde los 1990s, se desarrollaron una serie de discursos y prácticas relacionados con grandes proyectos de inversión y recursos hídricos, que se centrarán por ejemplo en la producción salmoneera, la hidroelectricidad y el turismo. Al mismo tiempo, han venido emergiendo una serie de discursos que han cuestionado la ocupación estatal a partir de la colonización

“espontánea”, las desigualdades regionales y la exclusión socio-territorial de Aysén y Magallanes (por ejemplo, el Movimiento Social de Aysén) y el medioambientalismo (que logró instalar la frase “Aysén Reserva de Vida”)².

Medioambientalizando la Patagonia-Aysén: la emergencia de un ecopoder

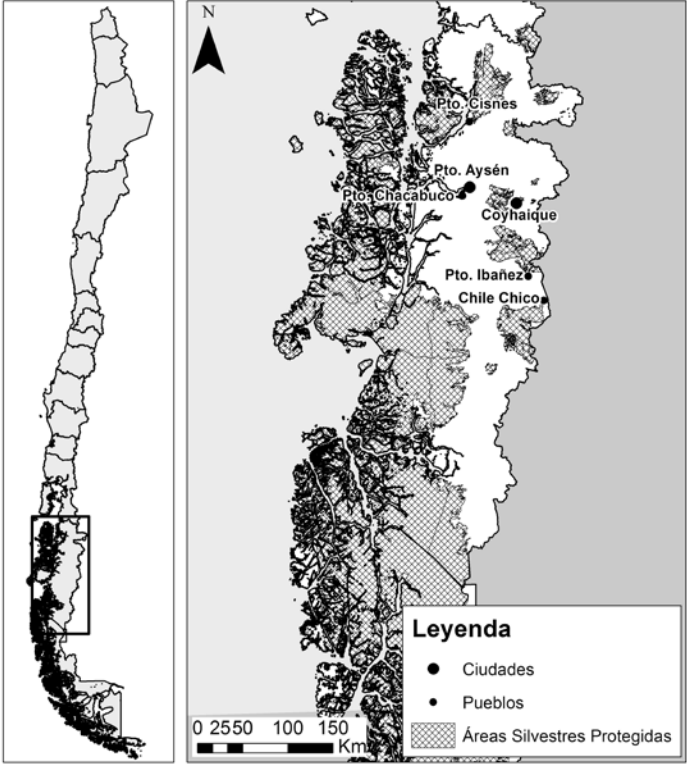
Al mirar un mapa de la Región de Aysén, es posible observar que casi el 50% del territorio corresponde a parques nacionales, reservas y monumentos naturales (Figura N° 1). De esta forma, el territorio de Aysén está claramente dividido entre aquellos espacios que pueden ser usados para vivir y producir y aquellos lugares que son para preservar. Y en aquellos lugares no ocupados por la población, la presencia material del estado ha sido desplegada a través de la conservación de grandes extensiones de tierra y la imposición de nombres militares a geosímbolos (tales como el Lago General Carrera y el Lago General O’Higgins) y territorios administrativos (tales como la Región del General Carlos Ibáñez del Campo y la Provincia de Capitán Prat). Recientemente, eventos naturales como erupciones volcánicas y terremotos, y problemáticas sociales como el Movimiento Patagonia Sin Represas y el Movimiento Social de Aysén (que ocupó el lema “*Aysén, tu problema es mi problema*”), han reforzado la relación de la sociedad chilena con la Patagonia en general y con Aysén en particular, y han contribuido a articular nacionalismo, paternalismo y medioambientalismo sobre este territorio, estableciendo quién gobierna, qué puede gobernar, y qué y quiénes son gobernados en la Patagonia.

Organizaciones ambientalistas nacionales e internacionales, empresarios ecologistas, organizaciones anti-represas y otras organizaciones locales han llegado a constituir de manera emergente lo que hemos llamado un *ecopoder*. Es decir, una fuerza social que promueve consensos sobre el rol central del medioambiente de la Patagonia para el desarrollo del país, a través de reformas legales e instituciones, la difusión de una relación sociedad/naturaleza alternativa, la designación de áreas para la conservación ambiental, y el uso alternativo de recursos. De la misma forma, se ha diseminado conocimiento sobre la Patagonia, a través de libros, publicaciones y documentales, campañas en los medios de

²Para un análisis más exhaustivo consultar la tesis de Doctorado de Hugo Romero Toledo (2013).

comunicación y en el espacio público. También, a través de la acumulación de tierra para la creación de parques de conservación privados localizados en la Patagonia chilena y argentina, y la especialización del territorio en turismo, manejado por actores privados locales, nacionales y globales. Este ecopoder ha implicado conocimiento, consensos, transformaciones físicas y del comportamiento, la creación y apoyo de intelectuales y empleados que trabajan en red, apoyo desde el estado (leyes ambientales, instituciones y comisiones), apoyo económico (ONGs internacionales, donantes y patrocinadores) y apoyo social (organizaciones tanto a nivel local como nacional).

Figura n° 1. Áreas protegidas de la Región de Aysén



Fuente: elaboración propia

La construcción institucional

Desde hace cuatrocientos años, la idea de desierto, naturaleza, prístinidad y salvajismo domina el discurso oficial sobre la Patagonia. En los últimos veinte años, la condición “natural” de Aysén ha sido reforzada por instituciones públicas regionales, las cuales la han promovido como estrategia de crecimiento económico. Creemos que esta construcción institucional originó de cierta forma el conflicto HidroAysén, porque hizo que fuera posible el representar a la tierra y a la gente de Aysén desde la perspectiva de una Patagonia natural, movilizandando una idea que estaba naturalizada en la sociedad chilena, que había sido creada por las elites en años anteriores, y que la identificaba como parte integral de la nación. La idea de represar los ríos de la Patagonia, por parte de compañías transnacionales en un gobierno de derecha, estaba en directa confrontación con la idea de patrimonio natural de Chile.

El discurso de la condición natural de la Patagonia fue promovido durante el gobierno de Ricardo Lagos (2000-2006), a través de la “Estrategia de Desarrollo Región de Aysén 2000-2006” (en adelante ERD). Este documento se planteó como la guía de la política pública regional para la inversión del sector privado, a través de una imagen-objetivo precisa que sintetiza *“futuro que todos los ayseninos deseamos para nuestra región”* (ERD, 2000: 3). Esta imagen-objetivo es la siguiente: *“la región de Aysén aspira a ser una región descentralizada y a obtener una alta calidad de vida, sustentada en un crecimiento económico alto y equitativo, que se fundamentará en la conservación de la calidad medioambiental y en la integración del territorio”* (ERD, 2000: 11). Un paso más allá aparece: *“el fortalecimiento **de la principal ventaja competitiva de la región; esta es su calidad medioambiental**”* (ERD, 2000: 17, énfasis original). Para promover esta estrategia de desarrollo se llevaron a cabo estudios de línea de base y de planificación territorial y la capacitación de recursos humanos para mejorar la capacidad económica de la región, centrado en el turismo medioambiental y el turismo, un adecuado manejo de la pesca, la producción de ganado con criterios ambientales y el manejo del bosque nativo. Los principales actores de este proceso iban a ser pequeños y medianos empresarios, con fuerte apoyo estatal. Además, durante este período se desarrolla un trabajo con agencias internacional como la GTZ de Alemania, y la agencia de desarrollo de Francia implementa el proyecto ACCA de conservación

y cultura. Todos estos esfuerzos apuntaron a resaltar el potencial de desarrollo que presentaba naturalmente la región.

Durante el primer gobierno de Michele Bachelet (2006-2010), se aprobó una nueva Estrategia Regional de Desarrollo de Aysén sustentada en los principios orientadores de sostenibilidad, equidad, eficiencia, calidad, transparencia y comunicación. La sostenibilidad fue entendida como: *“la calidad medioambiental de la región de Aysén constituye una ventaja competitiva que debe ser resguardada para sustentar la producción de bienes y servicios de todo tipo, pero en particular, de aquellos vinculados a la industria turística de intereses especiales”* (ERD, 2009: 15). El objetivo fue reforzar el slogan “Aysén Reserva de Vida” que relaciona al desarrollo con el medioambiente sin comprometer a las generaciones futuras. Este principio *“debe ser adoptado como una norma moral frente a cada iniciativa de inversión que se proponga llevar a cabo desde los diversos servicios públicos, cautelando así la sustentabilidad ambiental de Aysén”* (ERD, 2009: 15). Para el 2030 se espera que: *“Aysén tendrá una alta calidad de vida y una identidad cultural consolidada alrededor del uso sustentable de los recursos naturales, enriquecida con sus diversas expresiones territoriales y por el aporte de nuevas poblaciones y actividades, con capacidad de adaptación e integración de sus cosmovisiones y ritmos de vida a nuevos procesos económicos y culturales”* (ERD, 2009: 138). En términos de la producción de energía, la ERD se enfocó en la producción de energía renovable, principalmente a través de micro centrales hidroeléctricas, geotermia y fuentes eólicas para uso regional, contrastando con el maco teórico neoliberal que ha promovido el desarrollo de grandes proyectos hidroeléctricos. Este documento advierte además sobre riesgos producto de la falta de capacidad negociadora de las comunidades locales frente a grandes proyectos de inversión y la poca responsabilidad ambiental de las empresas y las comunidades. La concentración de derechos de agua en manos de las compañías eléctricas es mencionada como un riesgo, así como también, la construcción de represas y la falta de acuerdos legales para proteger el medioambiente.

Durante el gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014), se impulsó el *Plan Aysén* como guía para la política pública. Con un marco teórico más pragmático, la preocupación medioambiental se redujo a su mínima expresión: *“Un aspecto fundamental del Plan Aysén es proteger el medio ambiente y fomentar la vida sana para quienes viven en dicha región. En pos de dicha meta, el Gobierno llevará a cabo un plan para reducir los índices de obesidad infantil*

y consumo de Alcohol; también por medio de diversas iniciativas coordinadas por el gobierno se reducirá la contaminación atmosférica en la ciudad de Coyhaique y se implementará un plan de prevención de riesgos ambientales” (Plan Aysén, 2010: 12). La sustentabilidad fue entendida como: *“Para alcanzar el desarrollo se necesitan ciudadanos sanos viviendo en un medio ambiente seguro y sin contaminación”* (Plan Aysén, 2010: 32).

Como vemos, el gobierno nacional a través de los gobiernos regionales, ha promocionado principios como medioambiente y sostenibilidad para Aysén, promoviendo la protección de la biodiversidad. El turismo fue presentado como una estrategia amigable con el medioambiente y muchos de los pequeños empresarios turísticos fueron formados y financiados por instituciones públicas en los últimos veinte años. De esta forma, el discurso de protección ambiental se fue materializando, y algunas de las organizaciones de empresarios turísticos participaron de manera activa de la campaña “Patagonia Sin Represas”. Como hemos señalado, creemos que la política pública regional contribuyó a generar las condiciones para la emergencia del ecopoder.

La construcción de los medioambientalistas

El slogan contra la instalación del proyecto HidroAysén fue “Patagonia Sin Represas”. Bajo esta declaración confluyeron una serie de organizaciones que mantuvieron un movimiento socioambiental que se expresó con fuerza en Chile durante el 2011, año en que una comisión regional aprobó el proyecto de construcción de cinco centrales en los ríos Baker y Pascua. Este movimiento fue amplio e inestable y se asocia a las manifestaciones nacionales que se llevaron a cabo contra HidroAysén, fundado en lo que hemos llamado el ecopoder. Sin embargo, el ecopoder ejercido sobre la Patagonia está por sobre la acción de las organizaciones ambientalistas, dado que fue la articulación de una multiplicidad de discursos, con coherencias y contradicciones, donde no solamente se plantearon cuestiones ambientales, sino también se profundizaron concepciones neocolonialistas, nacionalistas e incluso paternalistas sobre la Patagonia. La organización ambientalista más importante fue el Consejo de Defensa de la Patagonia, constituida a nivel nacional, por organizaciones como la Fundación Pumalín, y a nivel local la Coalición Ciudadana Aysén Reserva de Vida y los Defensores del Espíritu de la

Patagonia. Además, participaron *International Rivers Network*, *Free Flowing Rivers* y *Natural Resources Defence Council*, entre otros, que jugaron un papel importante apoyando la campaña mundial anti represas. Hubo organizaciones internacionales que apoyaron a través de donaciones como *Tides Foundation*, *Weeden Foundation* (que financió el documental *Patagonia Rising*) y *Global Green Foundation*. También participaron grandes empresarios nacionales como Enrique Alcalde y Víctor Hugo Pucci. Esto ilustra que el ecopoder tiene redes nacionales e internacionales que le permitieron movilizar recursos para sostener la campaña anti represas.

Sin embargo, hubo otras organizaciones que fueron parte integral de Patagonia Sin Represas, sin ser parte del Consejo de Defensa de la Patagonia o sin tener un discurso ambientalista, principalmente en el contexto global. Por ejemplo, la Coordinadora Anti-Represas, donde han confluído visiones regionalistas, y que se unieron a las demandas del Movimiento Social de Aysén, o los Jóvenes Tehuelches, compuesta principalmente por estudiantes universitarios que, siendo originarios de Aysén, estudiaban en Santiago, Concepción, Temuco y Valdivia, y que reivindicaban visiones alternativas al sistema capitalista para la región. Existieron y existen otras organizaciones que no tenían como principal también la preservación de formas tradicionales de vida como Herederos de la Patagonia y los Chonke, o la preservación ambiental dentro del desarrollo turístico, como la Corporación Costa Carrera, entre otros. Es decir, un entramado de organizaciones pequeñas, pero activas a nivel local, que ocuparon a Patagonia Sin Represas y su construcción discursiva de la Patagonia, como un paraguas para distintas demandas que se activaban frente a la construcción de las centrales hidroeléctricas.

Sin embargo, una característica de la campaña Patagonia Sin Represas, es la forma en la cual se articularon diferentes narrativas sobre la historia, el medioambiente, la geografía y la cultura, que sirvieron de base para reconstruir a la Patagonia-Aysén. El ecopoder presentó a la Patagonia como una “tierra bendecida” y como una “extensión de la mano de dios”: “*Su amor y sabiduría nos regalan una biodiversidad tan henchida de belleza, armonía, misterio y perfección, que en ella reconocemos la mano del Ser Superior. Las bellezas naturales de Aysén no son solo para los ayseninos, sino para todo el mundo, y por esto me alegra la actual preocupación de muchos por los recursos naturales de Aysén*” (Infanti, en Rodrigo & Orrego, 2007: 13). De esta representación

se desprende que, si se le hace daño a la naturaleza de Aysén, se le hace daño a toda la humanidad. Las palabras que citamos son las palabras de Monseñor Luis Infanti y fueron incluidas en la introducción del libro *Patagonia Chilena Sin Represas*, que a su vez forman parte del marco teórico que sustenta la defensa de la Patagonia. Dicho marco teórico establece que la Patagonia es *anterior* y *superior* a nosotros y que tiene características sobrenaturales que están por sobre la voluntad del hombre. Este discurso está presente en otras partes del libro: “*Paisajes magníficos literalmente creados por la mano de Dios verán su belleza y esplendor desfigurados por cables y torres eléctricas de alta tensión, creados por una torpe y acelerada mano humana*” (Rodrigo & Orrego, 2007: 98). No obstante, esta línea de argumentación también fue adoptada por Sebastián Piñera (presidente de Chile entre los años 2010 y 2014): “*todos queremos una Patagonia limpia, cristalina, como la conocieron nuestros abuelos, nuestros padres, y este gobierno va a proteger nuestra Patagonia, vamos a proteger el medioambiente, nuestra naturaleza, porque eso es un regalo de Dios que todos debemos cuidar*” (La Tercera, 2012).

De esta forma, la Patagonia inspira creencias y emociones conectadas con “como el mundo solía ser”, y está directamente relacionada con el género: *la Patagonia*. Sobre esta entidad femenina, se desarrollaron una cadena de conceptos que resulta en que inequívocamente la Patagonia sea construida como “bendecida”, con su naturaleza está “bajo amenaza” y como un patrimonio de los chilenos y del mundo entero, es decir, un bien común global. Esto se hace a través de la estabilización de algunas ideas claves, por ejemplo, la construcción del concepto de “reserva de vida”, donde por un lado se resalta que la Patagonia es central para el mundo medioambiental ya que es una “*zona de conservación y turismo*”, pero también tiene una importancia científica transcendental dado que en ella habitan “*...innumerables especies de aves, mamíferos y flora, , muchas aún sin clasificación, como el caso de las especies estepáricas...*” (“9 Razones más para conservar la Patagonia”).

Una segunda idea fuerza es que la Patagonia es propiedad del Estado y patrimonio nacional. Esto lo sustenta el hecho de que en la actualidad el 80% de la tierra de Aysén es propiedad del estado chileno, lo que constituye una oportunidad para “*conservar esta belleza y un aporte a la estabilidad planetaria*” (“9 Razones más para conservar la Patagonia”). Una gran extensión de esta tierra corresponde a parques y reservas

naturales, los cuales solo pueden ser usados para la conservación de la biodiversidad y la protección del paisaje. De esta forma, se deben garantizar: “*las bellezas naturales a disposición de la comunidad y garantiza[r] un tesoro ecológico para las futuras generaciones*” (“9 Razones más para preservar la Patagonia sin represas”). Esta situación constituye un “*patrimonio de todos los chilenos*” (“9 Razones para no destruir la Patagonia Chilena”), por lo que cualquier intervención privada o estatal en los parques nacionales está contra los derechos de los chilenos y de la legislación ambiental (“9 Razones más para preservar la Patagonia sin represas”).

Una tercera idea fuerza es que la Patagonia tiene paisajes prístinos y sublimes, lo cual es central a nuestro juicio para entender la relación entre naturaleza y patria, dado que la naturaleza es algo que le pertenece a la sociedad chilena: “*La Patagonia es bendecida por las lluvias más impolutas del planeta. El agua que corre por sus ríos es tan pura que puede beberse directamente de los cauces*” (“9 Razones para conservar la Patagonia”)... “[...] *nuestro patrimonio fluvial es único y son pocos los lugares en el mundo donde todavía los grandes ríos fluyen libres, puros y vivos*” (“9 Razones más...para proteger nuestra Patagonia”). Los paisajes patagónicos son presentados como atracciones turísticas, donde se exageran sus características para hacerlas atractivas y defendibles: “*A esta calidad se suma su belleza: los cambiantes colores del Lago General Carrera, el turquesa del río Baker, los vertiginosos saltos con velos arco iris de las cascadas, el fragor de los rápidos...*” (“9 Razones para conservar la Patagonia chilena”). “*La Patagonia chilena ha sido definida como un mosaico ecosistémico. En pocos lugares del mundo es posible encontrar tal diversidad ecológica: gigantescos campos de hielo, glaciares milenarios, ventisqueros descolgándose de enormes montañas; grandes lagos, caudalosos y prístinos ríos, humedales profundos; hermosos y amplios valles, bosques ‘catedral’ intocados, vastas praderas naturales y coloridas estepas; fiordos, archipiélagos, islas vírgenes...*” (“9 Razones más para conservar la Patagonia chilena”). Acá es posible identificar una idea central en los estudios culturales del medioambiente, como los de Neumann, Braun y Blasser, dado que la Patagonia es construida bajo la idea de “*como el mundo (Europa) solía ser*” antes de las radicales transformaciones lideradas por el capitalismo.

Otro punto central de este tipo de construcciones es el vaciado del contenido histórico y social del paisaje patagónico. La población indígena de la Patagonia desaparece en este tipo de narrativas, y con

ello el dramático proceso de limpiado de la tierra llevado a cabo por el estado chileno y argentino. En su lugar, se resalta los colonos y su ecología cultural, como parte original del paisaje: *“Si hay una comunidad en Chile que tiene una profundidad arraigada a su territorio son los Patagones”*... *“La cultura Patagónica es parte fundamental de la riqueza de Aysén. Su población pionera habita mayoritariamente la cuenca del río Baker. Esforzados colonos, que a lo largo de más de un siglo de persistencia, bajo rigurosas condiciones de vida y lejanía del Chile central, desarrollaron una cultura con identidad propia, rica en valores y tradiciones que ennoblecen al país. Las comunidades de Aysén están hoy amenazadas por proyectos hidroeléctricos innecesarios que alterarían dramáticamente la cultura local y los valles que hoy sustentan las principales actividades productivas de la región”* (“9 Razones para conservar la Patagonia”).

Al mismo tiempo, se refuerzan ideas patrióticas sobre la Patagonia, movilizando la idea de que su naturaleza es parte integral de la patria chilena. La protección de la Patagonia es un *“imperativo nacional”* (“9 Razones más para conservar la Patagonia chilena”). Por ejemplo, podemos ver esto la mención que se hace a los animales emblema del escudo nacional: *“El Cóndor, el ave voladora más grande del mundo, y el Huemul, emblemático ciervo chileno, en peligro de extinción, tienen su hábitat natural en la Patagonia gracias a las condiciones de prístinidad de este generoso territorio que les ofrece su último refugio para existir...no permitamos que estas especies sean sólo fantasmas en el escudo patrio”* (“9 Razones para conserva la Patagonia chilena”). De la misma forma, se sostiene que el agua es un recurso estratégico para el futuro de Chile: *“Los ríos Pascua y Baker se encuentran entre los grandes ríos del mundo y forman parte de una de las mayores reservas de agua dulce del planeta”* (“9 Razones más para proteger nuestra Patagonia”). *“Los Campos de Hielo Norte y Sur ... constituyen una de las mayores reservas de agua dulce del mundo. Este patrimonio hídrico de incalculable valor y vital importancia estratégica para el futuro del país sería gravemente afectado por las destructivas represas de Endesa y Colbún”* (“9 Razones para conservar la Patagonia chilena”). *“Es probable que a causa del cambio climático, muchos chilenos y otras personas necesiten en el futuro establecerse en este, aún, bendito lugar”* (Contreras en Rodrigo & Orrego, 2007: 33). Finalmente, se apela directamente al nacionalismo chileno para proteger a la Patagonia: *“La Patria no es algo abstracto. Si hay algo esencialmente patriótico es proteger el lugar que habitas. Se hace patria desde el vínculo con el territorio y con todo aquello que le da carácter a un país. Se hace patria con visión de futuro porque la necesitamos íntegra para nosotros y para los que nos sucederán. La Patagonia, por*

distante que parezca, es parte de esta larga y angosta faja de tierra llamada Chile. El proyecto que pretenden imponernos Endesa y Colbún representa uno de los mayores atentados potenciales a la patria en su historia". ("9 Razones para conservar la Patagonia chilena").

Reflexiones finales

Para cerrar este artículo, creemos que es necesario volver a una de las definiciones que la ecología política da sobre qué son los conflictos socioambientales: "*Los conflictos ambientales son, entonces, luchas de ideas sobre la naturaleza, en que un grupo prevalece no porque tenga una mejor o más acuciosa explicación de la erosión del suelo, el calentamiento global o la reducción de la capa de ozono sino porque ellos tienen acceso y movilizan poder social para crear consensos de verdad*" (Robbins, 2011: 128. *Traducción propia*). Creemos que este es el potencial de identificar la conformación de un ecopoder, que tuvo la capacidad de reconstruir una versión específica de la Patagonia única, natural, prístina, sublime, nativa y parte del territorio chileno, la cual es presentada bajo la amenaza de HidroAysén que quiere destruirla: (es una) "*amenaza a la integridad ambiental de este valioso territorio*", una "*transformación irreversible de un vasto territorio de alta pristinidad —casi desconocido, de belleza única en el mundo*" (Rodrigo & Orrego, 2007: 28). Más aún, la construcción de las centrales hidroeléctricas fue planteada como un "ecocidio" contra "*la integridad ambiental y cultural de la Patagonia chilena*", frente a la cual "*[n]o podemos ser agentes sociales pasivos ante otra imposición del poder económico de modelos de desarrollo territorial ajenos a los intereses de la ciudadanía y del país*" (Rodrigo & Orrego, 2007: 28-29).

El éxito de la articulación de este ecopoder ha sido evidente: el slogan "*Aysén reserva de vida*", que permitió localizar a este territorio en la intersección de, por una parte, el patrimonio natural de Chile, y por otra, una suerte de bien común global, que estaría por sobre el dominio político del estado chileno. Desde aquí ha sido posible cuestionar no solamente la construcción de represas en la Patagonia, sino también cómo se toman decisiones sobre grandes transformaciones socioambientales en las regiones extremas de Chile, y cómo la conservación de territorios que parecen marginales, realmente estarían en el centro de la preocupación mundial en el contexto del cambio climático. Sin embargo, el asumir

ciertas narrativas como esenciales, desde posiciones que pueden ser dominantes en momentos coyunturales, puede generar interpretaciones erradas sobre la realidad social de los territorios. Un ejemplo de ello es que el 2012, el Movimiento Social de Aysén emergió con fuerza para demandar mayor inversión pública y mejorar las condiciones de vida de los patagones. La Patagonia entonces, no apareció vacía y prístina, sino que poblada, urbanizada y socialmente activa, protestando de manera masiva por su atraso en materia de desarrollo.

En la actualidad, el proyecto HidroAysén ha sido paralizado definitivamente. Sin embargo, otros proyectos hidroeléctricos se están desarrollando en la zona, pero no han contado con la misma reacción ciudadana. Como consecuencia de la no construcción de HidroAysén, una serie de centrales de pasada, o más pequeñas, han sido propuestas en otras partes del sur de Chile, especialmente en las regiones de La Araucanía y Los Ríos, en la zona andina de fuerte presencia mapuche. Un reciente estudio de la División Sustentabilidad del Ministerio de Energía advierte que, los ríos de La Araucanía están entre aquellos que la sociedad chilena considera valiosos, tanto por sus condiciones ambientales como por su riqueza cultural. Desde el 2015, las movilizaciones contra las centrales hidroeléctricas han ido desarrollándose teniendo como marco la reconstrucción del “territorio mapuche ancestral”. Con mucho menos recursos que Patagonia Sin Represas, las comunidades mapuche andinas y grupos ambientalistas urbanos han ido articulando la defensa del territorio y los ríos, de la mano de una creciente auto-adscripción indígena, que ha conllevado a la revitalización de la cultura mapuche y prácticas rituales asociadas a los ríos, y en el contexto de la radicalización de la violencia política mapuche en La Araucanía y el BíoBío. Nuevamente, comienza a registrarse un proceso material y simbólico en que el territorio y su población son desestabilizados y reestabilizados, contestando la forma en la cual el estado y el mercado han producido y construido los territorios para el extractivismo.

Agradecimientos:

La siguiente investigación ha sido apoyada por el Proyecto FONDECYT de Iniciación N° 11140265 y por el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), CONICYT/FONDAP N° 15130009.

Bibliografía

BRAUN, B. (2007). Biopolitics and the Molecularization of Life. *Cultural Geographies*, 14(1), 6–28.

BRIDGE, G. (2001). Resource Triumphalism: Postindustrial Narratives of Primary Commodity production. *Environment and Planning A*, 33(12), 2149–2173.

CASINI, S. (2007). *Ficciones de Patagonia: La Construcción del Sur en la Narrativa Argentina y Chilena*. Fondo Editorial Provincial, Secretaria Cultural del Chubut.

CASTREE, N. (2000). The Production of Nature. En *A companion to economic geography* (pp. 269–275). Oxford: Blackwell.

DAVIS, D. (2009). Historical Political Ecology: On the Importance of Looking Back to Move Forward. *Geoforum* (3), 285-286.

EKERS, M., LOFTUS, A. & MANN, G. (2009). Gramsci Lives! *Geoforum*, 40 (3), 287-291.

EKERS, M. (2009). The Political Ecology of Hegemony in Depression-Era British Columbia, Canada: Masculinities, Work and the Production of the Forestscape. *Geoforum*, 40 (3), 303-315.

Gobierno de Chile. (2010). *Plan Aysén 2010-2014*. Santiago.

IRARRAZAVAL LARRAÍN, J. (1930). *La Patagonia: Errores Geográficos y Diplomáticos*. Santiago: Imprenta Cervantes.

KARRIEM, A. (2009). The Rise and Transformation of the Brazilian Landless Movement into a Counter-Hegemonic Political Actor: A Gramscian Analysis. *Geoforum*, 40 (3), 316-325.

La Tercera. (2012). Piñera asegura que su gobierno “protegerá la Patagonia” y que las represas que se construirán en la zona cumplirán la ley. Recuperado de: <http://www.latercera.com/noticia/politica/2012/11/674-495220-9-presidente-pinera-dice-que-este-gobierno-va-a-proteger-nuestra-patagonia-en-shtml> [4 de abril de 2016].

LIVON-GROSMAN, E. (2003). *Geografías Imaginarias. El Relato de Viaje y la Construcción del Espacio Patagónico*. Rosario: Ensayos Crítico, Beatriz Viterbo Editora.

MANN, G. (2009). Should Political Ecology be Marxist? A Case for Gramsci's Historical Materialism. *Geoforum*, 40 (3), 335–344.

MISTRAL, G. (1967). *Poema de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Pomaire.

NERUDA, P. (1950). *Canto General*. Bruguera: Barcelona.

NEUMANN, R. (1998). *Imposing Wilderness: Struggles Over Livelihoods and Nature Preservation in Africa*. Berkeley: University of California Press.

NEUMANN, R. (2010). Political Ecology II: Theorizing Region. *Progress in Human Geography*, 34 (3), 368-374.

OFFEN, K. (2004). Historical Political Ecology: An Introduction. *Historical Geography*, 32, 19-42.

Patagonia Sin Represas. (2009b). 9 Razones Más para conservar la Patagonia. Patagonia Reserva de Vida. Recuperado de: <http://www.patagoniasinrepresas.cl/final/dinamicos/inserto3.pdf> [4 de abril de 2016].

Patagonia Sin Represas. (2009d). 9 Razones Más, para conservar la Patagonia. Turismo y Desarrollo de la Patagonia Chilena. Recuperado de: <http://www.patagoniasinrepresas.cl/final/dinamicos/inserto6.pdf> [4 de abril de 2016].

Patagonia Sin Represas. (2009f). 9 Razones Más...Para Preservar La Patagonia Sin Represas. Parques Nacionales. Recuperado de: <http://www.patagoniasinrepresas.cl/final/dinamicos/inserto8.pdf> [4 de abril de 2016].

Patagonia Sin Represas. (2009h). 9 Razones Más...Para proteger nuestra Patagonia. Impacto de las Represas. Recuperado de: <http://www.patagoniasinrepresas.cl/final/dinamicos/inserto5.pdf> [4 de abril de 2016].

Patagonia Sin Represas. (2009i). 9 Razones para NO destruir la Patagonia Chilena. Retrieved, from: <http://www.patagoniasinrepresas.cl/final/dinamicos/inserto2.pdf> [4 de abril de 2016].

PEET, R. (1996). A Sign Taken for History: Daniel Shays' Memorial in Petersham, Massachusetts. *Annals of the Association of American Geographers*, 86 (1), 21-43.

PEET, R. & WATTS, M. (Ed.). (1996). *Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements*. London: Routledge.

PEET, R., & WATTS, M. (2004). *Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements* (Second Edi.). Oxford: Routledge.

PEÑALOZA, F. (2010). Myths and Realities: Mapping Scientific, Religious, Aesthetic and Patriotic Quest in Patagonia. In Peñaloza, F. & Wilson, J. (Ed.), *Patagonia Myths and Realities*. Oxford: Peter Lang.

ROBBINS, P. (2011). *Political Ecology: A Critical Introduction*. Oxford: Wiley.

RODRIGO, P. & ORREGO, J. P. (Ed.). (2007). *Patagonia Chilena ¡Sin Represas!* Santiago: Ocho Libros.

ROMERO TOLEDO, H. (2014). *Environmental Conflicts and Historical Political Ecology: A Genealogy of the Construction of Dams in Chilean Patagonia* (A thesis submitted to the University of Manchester for the degree of PhD in Human Geography in the Faculty of Humanities). Recuperado de: <https://www.escholar.manchester.ac.uk/uk-ac-man-scw:217920> [4 de abril de 2016].

WALKER, P. (2004). Roots of Crisis: Historical Narratives of Tree Planting in Malawi. *Historical Geography* 32, 89-109.

El cambio de la propiedad de la tierra en el Valle Exploradores: el re-escalamiento de los espacios locales y la construcción de una nueva idea de la cordillera patagónica occidental (1960-2014)

Diego Romero Ramírez

Resumen

La situación actual de Valle Exploradores y el surgimiento de nuevos actores y procesos da pie al entendimiento al re-escalamiento de los espacios locales dentro de las dinámicas globales de la circulación del capital. La relación dialéctica entre capital y naturaleza se ha sobrepuesto a los discursos de conservación, utilizando la propiedad de la tierra como principal fijador de capital para su acumulación. Desde una perspectiva materialista, este documento se hace cargo de las dinámicas existentes en la producción del espacio patagónico.

Palabras claves: Valle Exploradores, propiedad de la tierra, capital, discursos globales, espacios locales, re-escalamiento.

Abstract

Valle Exploradores current situation and rises of new actors and processes, gives understanding to re-scaling of local spaces within the global dynamics of the circulation of capital. Relationship between capital and nature has overlapped conservation discourses, using land ownership as main fixer of capital for his accumulation. Since a materialist perspective, this document takes over of the existing dynamics in the production of the Patagonian space.

Keywords: Valle Exploradores, land ownership, capital, global discourses, local spaces, re-scaling.

*“No supimos de nuestro destino y echamos raíces
donde se deposita el cieno del invierno...”*

(Augusto Grosse)

El presente texto manifiesta la necesidad de comprender el re-escalamiento espacial que experimenta Valle Exploradores como ejemplo contemporáneo de los procesos de movilidad, fijación y acumulación del capital, que han ido (re)produciendo espacios en la Cordillera Patagónica Occidental a través del tiempo. En este contexto, se pondrá atención en la relación dialéctica existente entre los discursos globales, construidos desde la centralidad (estado-nación, instituciones, empresas capitalistas) y la configuración de un territorio patagónico, como respuesta de estos espacios locales periféricos. Por último, la unidad de análisis usada para realizar este ejercicio fue la propiedad de la tierra, su estructura y los cambios que se han gestado a través del tiempo. De esta manera, evidenciar cómo este discurso hegemónico ha evolucionado en función de los ajustes espacio-temporales que ha necesitado el capital para continuar su acumulación, trayendo como consecuencias nuevos actores, ideas y procesos en la construcción del territorio patagónico en cuestión.

Aproximación al área de estudio

En la disciplina geográfica, para poder estudiar y analizar de mejor manera un proceso o fenómeno, se debe ir más allá del paradigma cartesiano, de planos isométricos mensurables (McMaster & Sheppard, 2004: 4). Entender que el espacio geográfico es una producción social, donde diferentes componentes van interactuando y construyendo el territorio, da las herramientas para abordar estas complejidades. El análisis resultante es una síntesis territorial. (Aliste & Urquiza, 2010: 71).

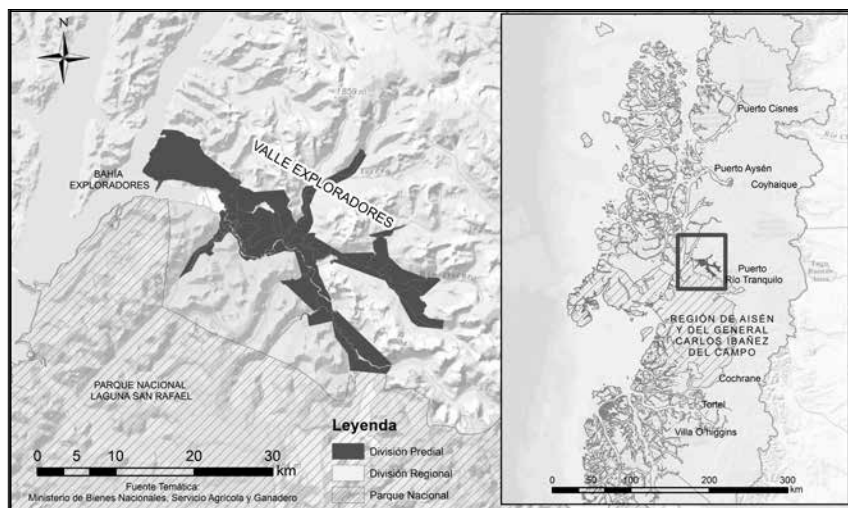
Desde el punto de vista de la geografía física, este lugar es uno de los valles glaciares que conforma a la Cordillera Patagónica Occidental. Sus ríos tienen un régimen glacio-pluvio-nival, alimentado por los Campo de Hielo Norte, glaciares tributarios, nieves depositadas en las altas cumbres y por las constantes precipitaciones que existen prácticamente durante todo el año. Su costa, conformada por un estuario, es parte de los canales patagónicos, resultante de las últimas glaciaciones. Su vegetación está caracterizada por el mallín en la zona de tierras bajas, inundadas por los

cambios de marea. Valle a dentro y en las faldas medias de las montañas por bosques perennes conformados principalmente de coigüe, canelo, ciprés, ciruelillo y otras tantas especies vegetacionales pertenecientes a la familia de los nothofagus. El valle está delimitado hacia el este por la vertiente occidental del Lago Bayo y hacia el oeste por el estero Elefante.

Desde el punto de vista de la geografía humana, Valle Exploradores es parte de la comuna de Aysén, localizado a cincuenta kilómetros al este de Puerto Río Tranquilo y 260 kilómetros de Coyhaique, la capital regional (ver Figura 1 localización del Valle Exploradores en su contexto regional). Su historia contemporánea está ligada por una población rural, relacionadas a la ganadería extensiva en el llano, la actividad forestal tanto en el sector llano como montano y en menor medida la pesca en ríos y canales. Los asentamientos humanos han rondado entre las decenas hasta casi un centenar de habitantes, concentradas principalmente en las zonas ribereñas de los ríos. A principio del siglo pasado, la movilidad de la población estaba ligada con los servicios (salud, educación y alimentación) que suministraba la capital provincial Puerto Aysén, a través del transporte marítimo. En la actualidad, desde hace ya un par de décadas, a partir de la construcción del camino entre Exploradores y Puerto Río Tranquilo, los principales movimientos se generan a partir del turismo, abriendo a esta zona a un importante espectro de actores interactuando en el territorio.

Teniendo en cuenta esta caracterización del escenario actual del Valle Exploradores, el ejercicio analítico que se intentó realizar en los siguientes apartados fue tomar la propiedad de la tierra como fijador de capital, con el fin de vislumbrar las distintas dinámicas que fueron forjando el territorio a través del tiempo, comprendiendo su contexto histórico y los discursos dominantes que fueron determinando cierta estructura de la propiedad de la tierra, logrando un interés global y un re-escalamiento del territorio patagónico.

Figura N°1: Contexto regional del Valle Exploradores



Fuente: Diego Romero

Aproximación histórica y la construcción de un territorio periférico

El origen de la sociedad moderna del territorio que comprende el Valle Exploradores comienza en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, la búsqueda de estos espacios periféricos, alejados de lo que se conocía como “civilización”, comenzó a finales del siglo XIX.

Durante el siglo XIX, Latinoamérica experimentó un cambio en la forma de producción de sus diferentes territorios. La consolidación de la República moderna, cimentó la idea de la soberanía por medio del estado-nación. Por lo tanto, toda organización, acción o finalidad que tuvieran las diferentes sociedades, debían hacerse en los marcos de esta nueva configuración territorial.

Desde esta perspectiva, las naciones comienzan a elaborar políticas y estratégicas que permitieran sobrellevar y mejorar las condiciones de sus territorios. Se comienza a germinar la idea de Progreso (más tarde llamada desarrollo y desarrollo sostenible). Estas ideas vienen cargadas de buenas intenciones, anhelos, narraciones, discursos, que terminan

transformándose en verdades para la nación. Por lo tanto, todo aquello que no fuera parte de estos ideales o contrario a ellos, era un atentado a la nación y en definitiva a nosotros mismos. Pensamientos euro centristas se instalaron en los diferentes líderes latinoamericanos, ahora republicanos, quienes llevaron sus estandartes patrióticos hasta los confines del mundo, donde se difuminaban sus fronteras. Bien lo encarnó Domingo Faustino Sarmiento en su libro “Civilización i Barbarie en pampas argentinas”, donde decreta que todo lo que estuviera fuera de los límites de Buenos Aires (donde, según él, estaba asentada la civilización) era el problema de la nación, debido a que las características geográficas, no eran propias de un país moderno (Europeo). Su ideal estaba muy lejos de las pampas hostiles y agrestes que ofrecía el sur argentino. (Sarmiento, 1874: 25).

En el caso de Chile, se dieron las mismas lógicas progresistas. Una de las principales tareas de un estado-nación era delimitar su soberanía. Esto implicaba conocer y reconocer lugares. Justamente, lo que no se daba en las tierras más allá de la Isla Grande de Chiloé hacia el sur. Es en este contexto, que el Estado chileno comienza políticas de exploración de las tierras patagónicas, con las primeras expediciones a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Se contrató a diferentes profesionales, con el fin de terminar de anexar estos lugares periféricos y ajenos a la sociedad chilena, que estaban llenos de interrogantes y mitologías. Por otra parte, se reconocía la necesidad de buscar nuevas tierras que pudieran ser nuevas fuentes de recursos naturales. De lo contrario, no se justificaría la tenacidad y el desembolso de recursos para explorar tierras desconocidas.

Finalizando el primer tercio del siglo XX, el Estado chileno ya había explorado gran parte del territorio patagónico y de la Cordillera Patagónica Occidental. Los diferentes gobiernos comienzan a implementar políticas de poblamiento para estos lugares, a través del Ministerio de Colonización y Tierras de la época. El proceso de incorporación sigue las mismas lógicas colonizadoras. Se le entrega a grandes empresas o compañías de la época la responsabilidad de civilizar estos espacios periféricos, obteniendo a cambio, recompensas, regalías tributarias o concesiones de tierras para el desarrollo productivo de estas. La oportunidad de trabajo de las distintas compañías ganaderas, atrajo a miles de personas a dejar su pasado de lado, para obtener un mejor

presente. Es así como santiaguinos, porteños, araucanos y chilotes, entre otros, comenzaron a poblar espacios que hasta la fecha se mantenían al margen del proyecto moderno. Estos hombres y mujeres fueron los encargados de limpiar praderas, construir casas, puentes y caminos. Criar animales entre el frío y la lluvia. En este contexto histórico, en la Patagonia nace la figura del *pionero*. Figura representante también del habitante del Valle Exploradores, que en la década del treinta, tras ser explorada por Augusto Grosse, comienza a poblarse y a construir espacio. Comienza a construirse el territorio periférico que proyectaba la centralidad.

Aproximación conceptual y la cuestión de discurso global

La globalización debe entenderse como parte de un proceso discursivo. Cuando el economista Ha-Joon Chang analiza la economía desde una mirada histórica, cuestiona el hecho del por qué los países “actualmente desarrollados” dictaminan como una receta de cocina los pasos que deben seguir el resto de los países para llegar al tan ansiado “desarrollo”, siendo que cada uno de estos llegó a esta meta con sus propios procesos históricos, aplicando políticas y medidas ajustadas a cada nación (Chang, 2004: 34). Este planteamiento da a entender que muchas veces, ciertas acciones, procesos o discursos se van transformando en verdades, que con el tiempo, difícilmente se cuestionan o se reflexiona en torno de ellas.

En los tiempos actuales, la globalización es una expresión más de la aplicación del modelo centro-periferia. Pero con la diferencia que las relaciones sociales que han ido construyendo el espacio en los últimos tiempos se ha ido complejizando, a tal punto, que no se puede pensar en una dicotomía local/global (González, 2005: 93), por lo que tampoco se puede pensar en una dicotomía centro/periferia. Entonces, la construcción social de los espacios locales, como el Valle Exploradores, serán un producto de la relación dialéctica entre lo local y lo global (Pillet, 2004: 150). Es decir, entre los discursos globalizantes y la reacción de los espacios locales. En esta relación, no actúa una lógica monolítica. La relación entre lo local y lo global se va acoplando a diferentes escalas, dependiendo de las problemáticas y procesos que se requiera analizar.

En el caso del Valle Exploradores, como espacio local, se debe entender que las transformaciones que se fueron gestando en el espacio a través del tiempo, obedecen a una infinidad de procesos que van interactuando a diferentes escalas y actores. Los espacios locales se comportan como lugares porosos, en donde las relaciones sociales dialogan con otras escalas (Castree, 2003: 161).

Por lo tanto, la globalización no debe ser entendida sólo como un periodo histórico o concepto en abstracto. La globalización debe ser comprendida también como un discurso. En tanto discurso no es a-espacial ni neutro. Este discurso debe ser entendido como parte de la construcción espacial que intenta producir la centralidad. Este punto es esencial en la relación dialéctica entre centro y periferia. Si analizamos esta relación, el fundamento de esta radica en la disparidad territorial. Asimetría que impone y *naturaliza*. En definitiva, cuando se pone el foco en los espacios locales, como el territorio patagónico en cuestión, lo que se está haciendo es llevar la periferia hacia la centralidad y el centro hacia las fronteras, con el fin de contrastar las disparidades existentes entre el discurso y la práctica social (Grimson, 2000: 293).

Finalmente, el objetivo de esta aproximación es romper con la perspectiva hegemónica con la que ha cargado dicho discurso. Sin embargo, no se está intentando criticar lo global, o al extranjero o a lo ajeno, en contraposición a las virtudes que puedan presentar los espacios locales. La finalidad de este cuestionamiento es desnaturalizar ciertos discursos que se van arraigando en los distintos territorios, por el sólo hecho de provenir desde la centralidad. El develar estas lógicas dialécticas que están operando sobre los espacios periféricos nos permite reflexionar, por ejemplo, en la relación existente entre los discursos de una identidad patagónica y la instalación de dos tiendas de vestuario outdoor costosas en la ciudad de Coyhaique, capital regional de Aisén (Ver figura 2). De todas maneras, se insiste que no se quiere enjuiciar estas relaciones o procesos. Como dice José Carlos Mariátegui, en el capítulo del *Problema de la tierra*, el problema no proviene de la piel blanca del español, sino que del sistema feudal con el cual dejó amarrado al pueblo peruano (Mariátegui, 2010).

**Figura N°2: Fotografías de tiendas “outdoor”
en el centro de Coyhaique**



Fuente: Diego Romero

Aproximación económica y el capital como (re)productor de espacios locales

La Globalización, por tanto, debe entenderse como parte de la internacionalización del capital (González, 2005: 2). Por otra parte, al capital, como proceso y relación social que (re)produce espacios. Una (re)producción que genera desarrollo desigual sobre el paisaje geográfico. Estas se reflejan en las contradicciones entre capital y trabajo, competencia y monopolio, propiedad privada y Estado, centralización y descentralización, dinamismo e inercia, riqueza y pobreza, entre otras. (Harvey, 2014: 149). Por lo tanto, los espacios serán construidos a partir de la circulación, fijación y acumulación del capital. Donde el capital vea la oportunidad, se desplazará, se fijará, construyendo caminos, edificios, industrias, extraerá recursos, etc. A partir de este enfoque, es importante considerar que los espacios globales y los espacios locales son consecuencia del ajuste espacio-temporal que experimenta la circulación del capital en la actualidad (Harvey, 2005: 101).

Como se anunció en el apartado anterior, esta mirada centralista pretende ser impositiva y hegemónica. Esto es explicado porque la acumulación del capital es la esencia misma del capitalismo. Es justamente en esta era, donde el capitalismo ha acentuado más su esencia, con una sobreacumulación del capital y la instauración de su fase monopólica o imperialista, donde las diferencias entre los territorios se ha acrecentado de forma evidente (Smith, 2008). En este contexto, las interrelaciones

entre los actores se dan en una red compleja, en donde los espacios locales, urbanos, regionales, nacionales internacionales y globales se rearmen en función de los actores capitalistas (González, 2005: 7).

Teniendo en cuenta lo anterior, los espacios locales son parte de este mosaico global, donde las relaciones sociales y la producción del espacio se visibilizan en lo cotidiano. Son los espacios locales los que reaccionan, rechazan o se acoplan a las dinámicas dominantes del discurso global del capitalismo. Por lo tanto, al momento de analizar los cambios de la propiedad de la tierra en Valle Exploradores, se debe tener en cuenta el momento histórico en el que se encuentra, los actores que se están relacionando en el espacio y la manera en que el capital ha entrado y transformado el territorio patagónico.

Cambios en la propiedad de la tierra en Valle Exploradores y su situación actual

En los apartados anteriores se tuvo como objetivo, quizás de una manera muy concentrada, tratar de entregar los insumos básicos para poder comprender la mirada del observador al momento del análisis de la situación actual de Valle Exploradores. La importancia de la historia de un lugar, las relaciones sociales que lo van construyendo, el discurso que se ha ido permeando y constituye territorio y el capital que (re)produce espacio son los pilares fundantes de la complejización de un espacio local, que hace veinte años era completamente diferente en sus modos de vida, sus actividades económicas y los actores se involucraban.

En las siguientes secciones, se usó la propiedad de la tierra como unidad de análisis representativa de las dinámicas experimentadas en el Valle Exploradores. El vínculo entre las estructuras de poder y las relaciones sociales son la forma en que el espacio-tiempo se determina entre sí (Harvey, 1994). Por lo tanto, la metodología usada en el análisis se relaciona con el uso de intervalos de tiempo, ligados a los tres últimos periodos de la historia política-económica chilena contemporánea: la reforma agraria (1960-1973), la dictadura militar (1973-1989) y la vuelta a la democracia y consolidación del modelo neoliberal (1990-2014).

El estado-nación como productor del espacio (1960-1973)

En la década del sesenta, el Estado chileno comenzaba a gestar un proceso de redistribución de tierras a partir de la reforma agraria. En Chile Central, el número creciente de población entraba en contradicción con la concentración de la tierra y la presencia del latifundio como estructura de la tierra dominante en las zonas rurales. En contraste, las regiones extremas (periféricas) presentaban un bajo número de población, por lo que el conflicto no se había generado con la misma intensidad. Por lo tanto, el Ministerio de Colonización y Tierras de la época, tomó otras medidas y estrategias para abordar las particularidades de estas zonas extremas. La principal fue la entrega de Títulos de Dominio en forma gratuita. La condición para optar a estos títulos de dominio era realizar trabajo agrícola y/o forestal en fomento de la producción de estas zonas inhóspitas y lejanas (Ovalle, 2011: 92).

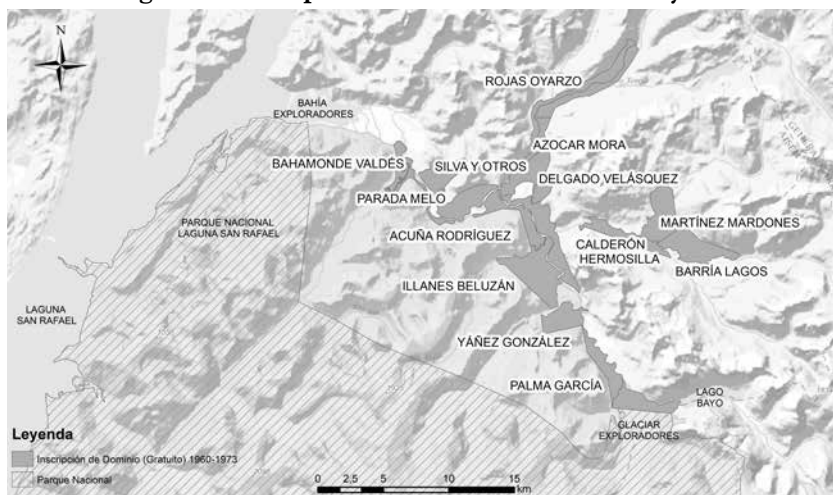
Para el caso del Valle Exploradores, en esta época los asentamientos eran escasos y esporádicos. Esto se pudo deber a la dificultad en el acceso por los canales, ríos y valles. También por las sistemáticas lluvias, la densa selva o las escarpadas y frías montañas que hacían desfavorable el poblamiento de este lugar. Sin embargo, las medidas para el incentivo del poblamiento, impulsaron a decenas de pioneros a tomar la decisión de irrumpir en los paisajes prístinos y desoladores, que solo los exploradores y el gaucho en su trashumancia habían recorrido.

Es así como el Estado se convierte en el productor de territorio patagónico, donde el aumento de la población, dependía de los incentivos que pusiera este. Los actores para esta época se reducen a dos: el Estado y el pionero. En este contexto, el capital todavía se mantiene en las grandes aglomeraciones y donde los recursos naturales hacen rentable su desplazamiento y fijación. La Patagonia tiene poca conectividad y actividades económicas que no rentabilizan de una manera que atraiga al capital. Para la época, estos suelos son sólo selvas inhóspitas y lluviosas. Sólo el centro político está mirando la periferia patagónica, ya sea con fines geopolíticos o estratégicos-económicos, los gobiernos de la época son los encargados de seguir construyendo territorio.

La expresión espacial de esta relación Estado-pionero se encuentra retratada en la Figura N°3, en la cual se identifica la entrega de

trece Títulos de Dominio gratuitos, de predios que se distribuían a través de los extensos valles. En términos del tipo de propietario, son personas naturales, de apellidos como “Parada”, “Acuña”, “Calderón”, “Azocar”, “Bahamonde”, entre otros, personifican y dan vida a la construcción del pionero en la Patagonia.

Figura N°3: Propiedad de la tierra entre 1960 y 1973



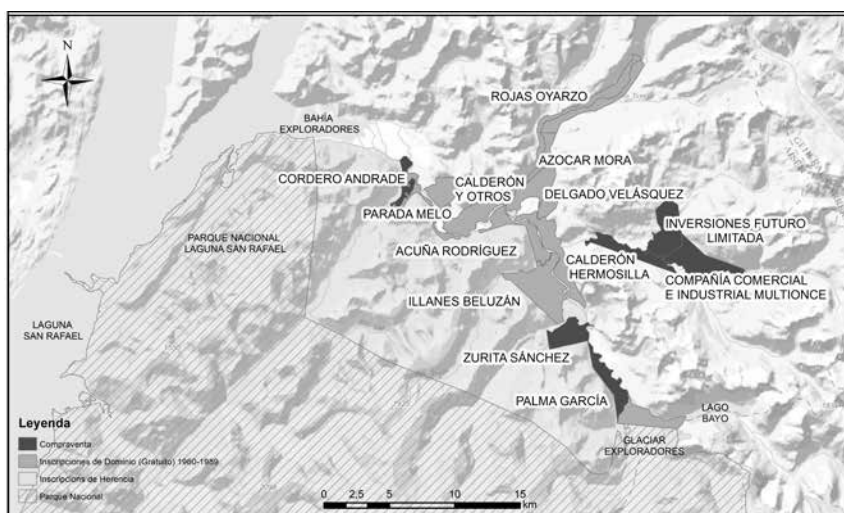
Fuente: Diego Romero

La transición del protagonismo del estado-nación y la entrada del capital (1973-1989)

En 1973, Chile sufre un golpe de Estado, que trae como consecuencia un cambio drástico en el proyecto político que se venía construyendo en los últimos años. La reforma agraria es rápidamente revertida, generando un nuevo cambio en la estructura agraria nacional, terminando en la recuperación de la tierra en manos de terratenientes y la gran burguesía. Se podría hablar largamente de este periodo, por las consecuencias políticas, sociales y económicas que trajo este cambio de proyecto. No es el momento de profundizar en ello. Sin embargo, un hito central que marca este periodo es el cambio de constitución política del país y la reestructuración hacia un sistema neoliberal. La repercusión más relevante es la apertura económica y el incentivo de la inversión del capital en todas las esferas productivas del país.

En el caso de la región de Aisén, este cambio de timón en la conducción política parece no tener el mismo acento que en el resto de la nación. Las políticas de colonización y poblamiento tuvieron una continuidad durante estos dos periodos revisados. A pesar del cambio de visión política-económica, el centro seguía teniendo el mismo proyecto para la periferia patagónica. El objetivo estaba claro, la estrategia geopolítica era la incorporación y consolidación de la Patagonia al resto del territorio nacional. Como contexto, es importante destacar que es en este periodo donde la tensión limítrofe con Argentina estuvo a punto de llevarlos a una guerra. Por lo tanto, el estado-nación como constructor de espacios seguía presente. Ejemplo de este protagonismo es la construcción de la Carretera Austral, la que cruza longitudinalmente toda la región de Aisén.

Figura N°4: Propiedad de la tierra entre 1974 y 1989



Fuente: Diego Romero

En el caso del Valle Exploradores, se constatan tanto el mantenimiento del Estado como protagonista de la producción del espacio, pero a su vez, la entrada del capital. La consolidación de un proceso de poblamiento se expresa en el espacio y la circulación del

capital comienza a entrar en dinamismo, generando que las relaciones sociales se expresen no sólo a diferentes escalas, sino con la entrada de nuevos actores. El capital comienza a posicionarse, de manera todavía incipiente, a través de la compra de tierras por parte de las empresas. En la figura N°4, se puede observar que siguen apareciendo las entregas de Títulos de Dominio Gratuito. Pero lo más llamativo, a la hora de relacionar procesos, es la inscripción de cinco compraventas, de las cuales, dos de ellas pertenecen a empresas: Compañía Comercial e Industrial Multionce e Inversiones Futuro Limitada. Este último nombre, sugerente al momento de interpretar hacia donde se proyectaba el territorio patagónico. Esto comprueba que la porosidad del lugar está transmitiendo las ventajas de los paisajes prístinos del Valle Exploradores.

La consolidación del capital y el re-escalamiento del Valle Exploradores (1990-2014)

En la década del noventa, se instauraron varios hitos y procesos que comenzaron a reconfigurar no sólo a Chile, sino que al mundo en su conjunto. El hito simbólico más relevante fue la caída del muro de Berlín (1989), que trajo como consecuencia la victoria del capitalismo sobre el socialismo y consigo la hegemonía política-económica mundial. Esto dio pie para que el discurso global se expandiera con mayor facilidad, dando inicio a la Gran Guerra de Independencia del Espacio, donde los centros de decisión y cálculo que fundamentan sus decisiones se liberaron de las limitaciones territoriales (Bauman Z., 1999: 15). Es en este período, que el capitalismo financiero se consolida, permitiendo su circulación, que obedece a un nuevo ajuste espacio-temporal. El capital se desplaza, más allá de los límites y escala del estado-nación. De la misma manera, los discursos se van acoplado a estas nuevas distancias espaciales comprimidas. El centro no tiene que tener necesariamente presencia en la periferia para construir discurso, sino que el capital viaja de forma líquida, escapando de la solidez ética de las relaciones sociales convencionales (Bauman Z., 2003: 10). Los espacios locales quedan expuestos a la repercusión de los discursos globalizantes y la acción del capitalismo financiero.

Es a partir de la liquidez con que se mueven los discursos globalizantes, que comienzan a surgir problemáticas (cambio climático,

la pobreza, el terrorismo, migraciones), instituciones (Unión Europea, IPCC) y propuestas (desarrollo sostenible, programas del Banco Mundial, Programas ONU) para el mundo en su conjunto. Cambios que no sólo reestructuran la semántica de las diferentes problemáticas, instituciones y propuestas, sino que complejiza las relaciones y flujos de capital en el mundo, obteniendo una mayor cobertura en el proceso (re)productor del espacio.

En Chile, la tendencia global (occidental) se afianzó. La década del noventa significó, para este país, la vuelta a la democracia. Pero también, la consolidación de un modelo político-económico neoliberal, que se venía gestando en el periodo anterior. El capital se posiciona como proceso central en la construcción del espacio.

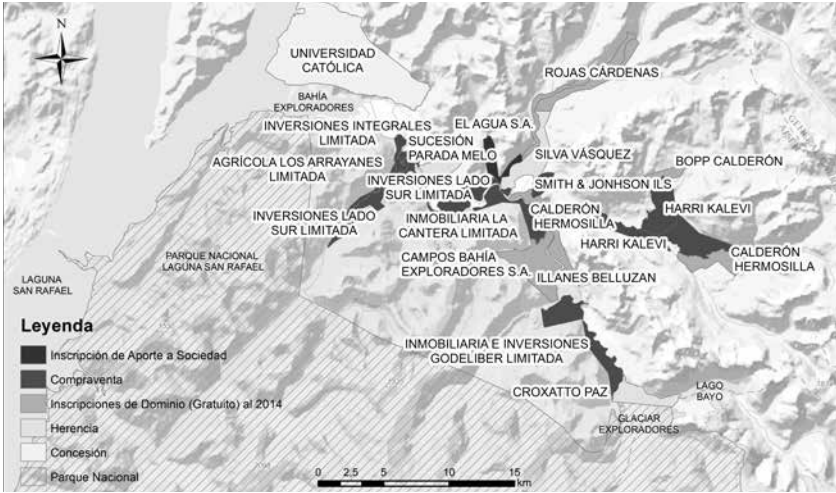
Para el caso de la Cordillera Patagónica Occidental, estos nuevos ajustes espacio-temporales del capital, fueron compatibles con las características naturales, sociales y culturales que presentaba este territorio. Es durante estas dos últimas décadas que la naturaleza, en su definición romántica, comienza a tener una gran importancia y admiración. Por lo tanto, una revalorización a diferentes escalas. Esto trajo como consecuencia dos procesos destacados en el territorio patagónico: el primero, a la conservación y protección de estos espacios naturales, tanto por parte del Estado como de la población. El segundo, relacionado con la valorización de los espacios prístinos como recurso natural y territorial, logrando un engranaje entre la industria del turismo, los defensores del medio ambiente y los residentes comunitarios. Antes impensado y sólo logrado con el velo de la sustentabilidad (McIntyre, 1993: 23). Esto trajo consigo el aumento del turismo y de las actividades económicas relacionadas. En este contexto, a pesar que el capitalismo siempre ha entrado en contradicción con el medioambiente, siempre de un modo u otro, ha sido capaz de sobreponerse a estas dificultades. Esto debido a que la naturaleza explotada (ahora conservada) también está internalizada en la circulación y acumulación del capital (Harvey, 2014: 242). En otras palabras, el capitalismo ha sabido adaptarse a estas nuevas condiciones de protección de los espacios prístinos, a través de la fijación del capital en la compra de tierras. Escenario perfecto, ya que puede seguir la acumulación del capital, ahora enmarcado en una perspectiva sustentable.

El caso Valle Exploradores es un ejemplo notable de las nuevas formas de fijación del capital. Sus características de aislamiento, poca intervención del paisaje prístino y la presencia de una identidad patagónica, generan una apertura hacia otras escalas, difícilmente pensada hacia cuarenta años atrás. Este espacio de lógicas locales obtiene un re-escalamiento de los procesos que están actuando y transformando el territorio. Ahora esta valorización de los espacios naturales genera intereses regionales, nacionales y globales. A escala regional, porque el resto de la región lo está incorporando con un visión estratégica como un lugar de desarrollo turístico y de conservación. A escala nacional y global, porque es un lugar que despierta intereses para conocer, estudiar, investigar, visitar, invertir y especular. Es en este contexto, que la liquidez del capital financiero permite un desplazamiento y fijación de capital en suelo patagónico de manera instantánea. Sin necesidad de que los capitalistas tengan que viajar o conocer físicamente dicho lugar. Por lo tanto, la empresa capitalista ha podido acceder a ser parte de importante de la configuración del espacio, sin tener la necesidad de fijar industrias, maquinaria o capital humano. El capital se fija en la tierra como capital natural (re)produciendo espacios de conservación. Esto se refleja en la figura N°5, donde el escenario de la tenencia de la tierra es totalmente distinto al periodo anterior. La consolidación de empresas de giro especulador se hace presente. Se identificaron las compraventas de empresas como “Inmobiliaria e Inversiones Godeliber Limitada”, “Inversiones Lados Sur Limitada”, “Inversiones Integrales Limitada”, “Smith & Jonhson IL”, “EL Agua S.A. y Campos Bahía Exploradores S.A”, entre otras. El producto social del espacio más significativo fue el cambio de propietario: la llegada de la empresa como actor relevante y el éxodo del pionero o poblador más tradicional. El poblamiento de corte ganadero y forestal fue cambiado por la apertura del turismo y la especulación de la tierra. Todo lo anterior, enmarcado en un discurso de conservación y sustentabilidad del territorio patagónico.

La acumulación de tierras es también acumulación de capital. Este proceso histórico del capitalismo, David Harvey lo explica como la acumulación por desposesión. Es decir, tiene como premisa la sobreacumulación del capital, donde se genera la contradicción fijación/movilidad y la necesidad de salir a buscar espacios para seguir con dicha acumulación. Tradicionalmente, este proceso se traducía en la

extracción de recursos naturales por parte de los países imperialistas en sus colonias (extractivismo). En la actualidad, a partir de las nuevas formas de fijación del capital, la acumulación se logra en el contexto hegemónico (capitalista) de la relación de la propiedad de la tierra: la propiedad privada y su acumulación. Sin embargo, con el fin de seguir con el proceso acumulador trae consigo disparidades que se traducen el despojo de la propiedad de otros (Harvey, 2005: 108). Para el caso de Valle Exploradores, de decenas de pobladores. El discurso de unos pocos, es silencio de otros muchos. Nuevamente, todo enmarcado dentro de la narrativa verde y un futuro sustentable.

Figura N°5: Propiedad de la tierra entre 1990 y 2014



Fuente: Diego Romero

Finalmente, la situación actual que ofrece Valle Exploradores es la de un territorio que ha ido dejando atrás las relaciones sociales que construyeron el espacio durante los últimos sesenta años. La ganadería y la actividad forestal no son compatibles con el discurso verde que debe seguir la Patagonia. No así el desarrollo de la actividad turística, que parece encajar perfecto con el proyecto que pretende el centro. Esto queda reflejado en la entrevista realizada el año 2012 a uno de los últimos pobladores que habita el valle. El relato se da enmarcado dentro de las demandas de tierras que piden los campesinos a la ministra de Bienes

Nacionales de la época (1994-2000), y que ella, responde como autoridad gubernamental (centro) a las peticiones (de la periferia) del siguiente modo: “...*No piensen vivir más de las vacas, ustedes tienen que criar cuatro, cinco a seis caballos y se lo arriendan a los turistas, ustedes van a vivir del turismo y hagan pan amasado y se lo venden a los turistas...*”. Como en todo proyecto, hay personas que se suman y otras que se quedan afuera. En este proyecto liderado por un discurso verde, la producción de espacios de conservación y desarrollo sustentable incorpora a las empresas especuladoras y la compra de tierras, al turismo y a los pobladores que quieran hacerse parte del turismo (Núñez, Aliste, & Bello, 2014a). La imagen icónica del pionero es rescatada, pero la persona de carne y hueso es expulsada de la nueva construcción del Valle Exploradores. Retrato de esto es la figura N°6, que trata de representar la situación actual del territorio patagónico occidental.

Figura N°6: A la izquierda hijo de pionero que vive en la ciudad y a la derecha publicidad de una de las principales atracciones del Valle Exploradores



Fuente: Diego Romero

Reflexiones finales

En conclusión, Valle Exploradores se posiciona como un espacio ejemplificador de las nuevas relaciones configuradoras de la Cordillera Patagónica Occidental y el re-escalamiento resultante de la relación dialéctica entre lo global y lo local. A partir de la década del noventa, el capital financiero se posiciona como el principal (re)productor de espacio,

facilitado por el ajuste espacio-temporal y las nuevas dinámicas de la circulación del capital global, que escapan de las fronteras nacionales y comprimen las distancias en las que se desplaza. En este contexto, es el discurso verde el proyecto que se ha pretendido por parte de la centralidad (poder) para dicho territorio patagónico. Trayendo como consecuencia, la entrada del turismo, la especulación de la propiedad de la tierra y el éxodo de los pobladores que históricamente han poblado el valle.

A partir de lo anterior, el objetivo de la reflexión no es denunciar que la conservación de los paisajes prístinos ha generado la salida del pionero. Nuestro interés ha sido develar que la capacidad de ajuste espacio-temporal que tiene el capital, puede aprovecharse de un discurso tan noble como el de la conservación, para cumplir su finalidad: la acumulación. Y es en este contexto globalizador de los países imperialistas que espacios locales que pueden estar tan alejados de las dinámicas económicas globales, toman valor y entran en las relaciones de la circulación del capital, repositonándose en el mapa del capitalismo financiero.

Finalmente, hay que volver a la pregunta fundante de las ciencias sociales que miran el espacio: quién está produciendo el espacio (qué, cómo, por qué y para quién) (Lefebvre, 2013). Para el caso de Valle Exploradores, pensar desde qué prisma se está pensando la Cordillera Patagónica Occidental. Esto abre el debate a la politización de los discursos de la construcción del territorio, sincerando las diferentes posturas que se están manifestando en la toma de decisiones. El problema justamente radica en que la mayoría de los casos, los proyectos se piensan desde la centralidad, desconociendo las particularidades de los territorios y se remiten sólo a proyectar imaginarios que tienen que ver con una cultura homogénea y dominante (Núñez & Arenas, 2011). Por lo tanto, cuando se hable de una identidad patagónica, hay que definir bien si se está hablando del lado oscuro de la modernidad: la colonialidad (Mignolo, c2003: 30) o si se está hablando de otras salidas, respuestas o alternativas a la construcción del territorio patagónico, que haga frente a las disparidades espaciales que genera la acumulación del capital.

Bibliografía

ALISTE, E., & URQUIZA, A. (2010). *Sociedad y Medio Ambiente: conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas* (Primera ed.). Santiago de Chile, Chile: Ril Editores.

BAUMAN, Z. (1999). *La Globalización: Consecuencias humanas* (Primera en español ed.). (D. Zadunaisky, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica Argentina.

BAUMAN, Z. (2003). *Modernidad Líquida*. (M. Rosenberg, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Fondo de Cultura Económica Argentina.

CASTREE, N. (2003). Place: Connections and Boundaries in a Interdependent World. En N. Castree, N. J. Clifford, S. L. Holloway, S. P. Rice, & V. Gill (Edits.), *Key Concepts in Geography* (Second Edition ed., págs. 153-172). Londres: SAGE Publications.

CHANG, H.-J. (2004). *Retirar la escalera: La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*. (M. Salomón, Trad.) Madrid: Editorial Catarata.

GONZÁLEZ, S. (15 de Mayo de 2005). La Geografía Escalar del Capitalismo Actual. (U. d. Barcelona, Ed.) *Scripta Nova, IX*(189), 1-22.

GRIMSON, A. (2000). Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro. 293-296. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Ciccus/La Crujía.

HARVEY, D. (1994). La construcción social del espacio y del tiempo: una teoría relacional. *Geographical Review of Japan, 67*(2), 126-135.

HARVEY, D. (Enero de 2005). El “Nuevo Imperialismo”: Acumulación por Desposesión. (CLACSO, Ed.) *Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO*, 100-129.

HARVEY, D. (2014). Desarrollos geográficos desiguales y producción del espacio. En D. Harvey, *Diecisiete Contradicciones y el fin del Capitalismo* (J. M. Madariaga, Trad., Primera Edición ed., págs. 149-164). Madrid, España: Prácticas Constituyentes.

HARVEY, D. (2014). La Relación del Capital con la Naturaleza. En D. Harvey, *Diecisiete Contradicciones y el fin del Capitalismo* (J. M. Madariaga, Trad., Primera ed., págs. 241-256). Madrid, España: Prácticas Constituyentes.

LEFEBVRE, H. (2013). *La producción del espacio*. (I. M. Lorea, Trad.) Madrid, España: Capitán Swing Libros.

MARIÁTEGUI, J. C. (2010). EL problema de la tierra. En J. C. Mariátegui, *La Tarea Americana* (págs. 61-64). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros - CLACSO.

MCINTYRE, G. (1993). *Desarrollo turístico sostenible : guía para planificadores locales*. Madrid: Ediciones de la Organización Mundial del Turismo.

MCMASTER, R., & SHEPPARD, E. (2004). Introduction: Scale and Geography Inquiry. En R. McMaster, & E. Sheppard, *Scale and Geographic Inquiry Nature, Society, and Method* (págs. 1-22). Oxford: Blackwell Publishing.

MIGNOLO, W. (c2003). *Historias locales/diseños globales: Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid, España: Akal Ediciones.

NÚÑEZ, A., & ARENAS, F. S. (2011). El aislamiento geográfico: un asunto de perspectivas. En F. Arenas, A. Salazar, & A. Núñez, *El aislamiento geográfico: ¿problema u oportunidad? Experiencias, Interpretaciones y Políticas Públicas* (págs. 15-20). Santiago de Chile: Serie Geolibros.

NÚÑEZ, A., ALISTE, E., & BELLO, Á. (2014a). El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI. *Scripta Nova, XVIII*(493 (46)), 1.13.

OVALLE, L. (2011). Capítulo IX RESEÑA GENERAL DE LOS PROCESOS DE COLONIZACIÓN. En L. Ovalle, *Ocupación y Desarrollo de la Provincia de Aysén* (págs. 89-96). Coyhaique: Ediciones Ñire Negro.

PILLET, F. (2004). La Geografía y Las distintas acepciones del espacio geográfico. *Investigaciones Geográficas. Instituto Universitario de Geografía. Universidad de Alicante*, 141-154.

SARMIENTO, D. F. (1874). Aspecto Físico de la República Argentina, i caracteres, hábitos e ideas que enjendra. En D. F. Sarmiento, *Civilización i Barbarie en las Pampas Argentinas* (págs. 22-32). París: Editorial Hachette y Cia.

SMITH, N. (2008). *Uneven Development: Nature, Capital and Production of Space* (Tercera ed.). Oxford, Georgia: The University of Georgia Press.

Una lectura multiescalar de la Patagonia: desde el mito de origen hacia las dinámicas territoriales de una región bi-nacional

Sofía Pérez Herrera

Resumen

La definición de la frontera sobre la Patagonia está ligada a un proceso histórico de construcción de identidades nacionales, bajo un esfuerzo de territorialización de parte de cada Estado. Se distinguen zonas donde la frontera no es el muro continuo de la cordillera de Los Andes, sino que son lagos, campos de hielos, ríos y penínsulas. El replanteamiento de los tipos de frontera permite poner en cuestionamiento la estructura de este territorio. Se propone a continuación deconstruir la Patagonia en dimensiones territoriales imbricadas bajo un topónimo marcado por los mitos e imaginarios.

Palabras claves: Mito, imaginario territorial, frontera, territorialización

Abstract

The definition of the borderline over Patagonia is tied to a historical process of construction of national identities, as a territorialisation process conducted by each State. Some areas are distinguished where the border is not the constant wall of The Andes mountain chain, but instead there are lakes, ice fields, rivers and peninsulas. To rethink the different types of border allows one to question the structure of this territory. The following article attempts to deconstruct Patagonia in different territorial dimensions, overlapped under a toponym marked by myths and imaginaries.

Keywords: Mythe, territorial imaginary, borderline, territorialisation

El siguiente artículo se propone reflexionar en torno a la idea y a las representaciones de la Patagonia, resaltando los efectos derivados de su mito fundacional, su posterior fragmentación territorial, así como también la superposición de estructuras naturales, políticas, institucionales y sociales. La imbricación de dichos factores incide en la construcción de un tejido socio-espacial el cual analizaremos desde una perspectiva geográfica, con la finalidad de distinguir las diferentes capas que configuran una diversidad de “Patagonia(s)” en la Patagonia. Con esto nos referimos a las diferentes lecturas que dialogan sobre un territorio cuya extensión permanece siendo una dimensión indeterminada específicamente en términos cartesianos, pero que sin embargo es contenida actualmente por los marcos limítrofes impuestos por dos Estados. Nos enfocaremos particularmente en la región de Aysén para ejemplificar de manera más precisa las dimensiones territoriales que se imbrican en la concepción misma de la Patagonia. En esta región se revela un fenómeno de frontera el cual marca un contraste respecto al resto del país. El macizo andino que se impone y se asume como frontera-barrera a lo largo de casi todo Chile y Argentina, se transforma paulatinamente en un frontera porosa, una frontera imaginaria, que se abre al surgimiento de dinámicas sociales donde la proximidad juega un rol esencial en reforzar la construcción (o quizás resistencia) de una identidad local. De esta manera se articula un territorio de convergencia e integración entre comunidades a las que podríamos denominar transfronterizas. En otras palabras, se origina un espacio donde la frontera se transforma en centro, desplazando la condición periférica que se les impone discursivamente desde las políticas territoriales.

La Patagonia como unidad espacial e imaginario territorial

La importancia de comenzar con el análisis desde los mitos de origen de la Patagonia, sobre los cuales se fueron construyendo diferentes imaginarios en sus diferentes dimensiones temporales y espaciales, radica en explorar la gama de discursos que marcan hasta el día de hoy su configuración territorial. A continuación exploraremos las dimensiones discursivas sobre la Patagonia, la imbricación de imaginarios que le han dado forma como a un territorio que se extiende por sobre los límites políticos-administrativos. La Patagonia como tal, el nombre de un lugar,

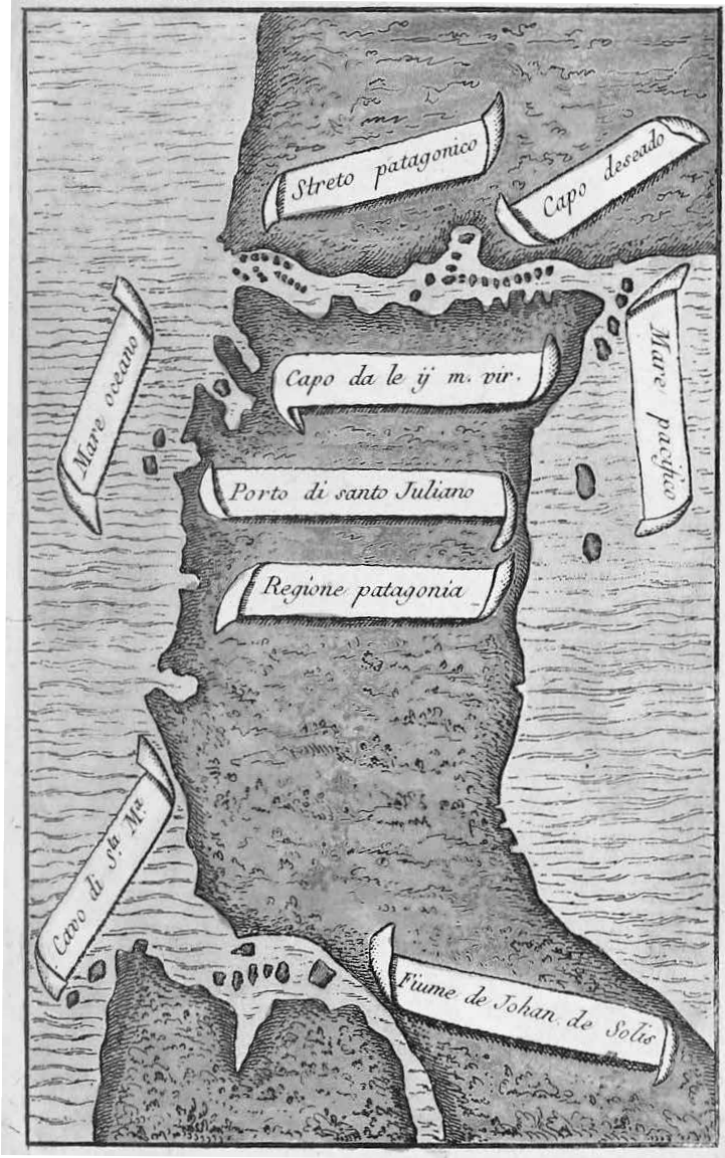
un imaginario, una representación territorial, o una región, tiene su origen en una historia registrada desde una perspectiva occidental, desde una mirada sobre el otro.

¿Una tierra de gigantes?: la mitificación del origen

Antes de visibilizarse en los mapas de los exploradores del nuevo mundo, el territorio más austral del continente americano solo podía tomar forma en el imaginario de los exploradores europeos alrededor del siglo XVI. La génesis de la Patagonia en un contexto histórico fue su representación cartográfica, su impresión en un mapa. A partir de ahí se comienza a definir su forma y su localización aproximadas, claro que sujeta a la percepción de quienes descubrieron sus costas. Los debates en torno al origen de su nombre y su atribución se remontan hasta la primera circunnavegación de Hernando de Magallanes y su aproximación a esta *terra incognita*. Formaba parte de su tripulación el geógrafo y cronista italiano Antonio Pigafetta, a quien se le atribuye la denominación de esta tierra como Patagonia, pues él habría registrado en 1520 el hallazgo de huellas de pies tan grandes que solo podrían haber pertenecido a gigantes, los *Patagones* (Canessi, 1996; Blengino, 2003). Sin embargo en el relato de este viaje publicado por el mismo Pigafetta en 1524, él no menciona la presencia o avistamiento de estas huellas¹. Más bien, es el primero en registrar un encuentro con los habitantes de esa tierra, describiendo en detalle a uno de ellos como un salvaje de gran estatura, e inmediatamente se refiere a él como un gigante. Luego de describir a estos habitantes en sus rasgos y hábitos, Pigafetta menciona que es el capitán Magallanes quien le otorga el nombre de *Patagones*, sin dar más explicaciones al respecto. Posteriormente continúa refiriéndose a este país como “Tierra de Patagones”, y en su mapa le otorga el topónimo de “Región Patagonia”, como se puede apreciar en la figura 1.

¹ Pigafetta, Antonio. « Premier voyage autour du monde par le Chevr Pigafetta sur l'escadre de Magellan, pendant les années 1519, 20, 21 et 22, suivi de l'extrait du Traité de navigation du même auteur et d'une Notice sur le chevalier Martin Behaim, avec la description de son globe terrestre ». Editado por H. J. Jansen, 1800-1801, Paris. Consultado en Bibliothèque Nationale de France (BNF).

Figura 1: Extremidad Meridional de América.



Fuente²

² Ibid, p. 40.

La etimología misma del nombre de esta región abre la discusión sobre su origen, sobre el cual se puede encontrar una bibliografía no muy extensa, pero donde se distinguen divergencias en los discursos entre aquellos. Entonces la Patagonia como territorio tendría su origen en un mito³, un conjunto de discursos que influenció el coraje de los exploradores posteriores y sus nuevos relatos, cargando sus cuadernos de viajes con el exotismo de la aventura.

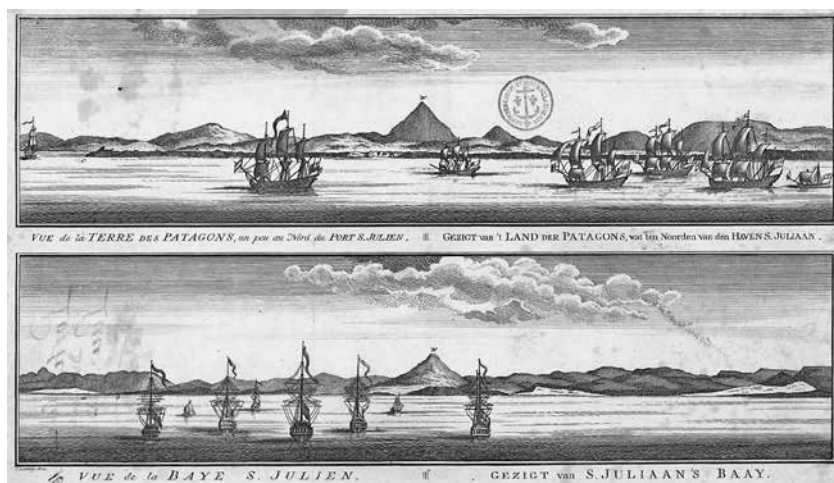
El conocimiento que se tenía sobre esta tierra de misterio era mínimo y las crónicas de viaje sobre ella fueron evolucionando naturalmente durante cinco siglos (Grenier, 2013). Esto se relaciona directamente con un mito de origen de la Patagonia, el cual proyectaba paralelamente un imaginario de hostilidad y peligro que mantuvo a gran parte de estos exploradores confinados en el mar, contorneando sus costas (ver figura 2). Se acercaban a esta “tierra de gigantes” por tratarse de la ruta obligada entre el océano Atlántico y el Pacífico, o más bien un “obstáculo” obligado en la ruta del viaje (Grenier, 2003).

Una vez iniciadas las exploraciones en tierra firme, los relatos de los primeros cronistas se convirtieron en los mitos que dieron origen y le asignaron un nuevo imaginario a este espacio austral que se heredaría a la posteridad, un imaginario portador de percepciones que mezclaban la realidad y la fantasía. Surgieron nuevos mitos como el de la “Ciudad de los Césares” (Bayo, 1913), o aquél de “El Dorado” austral (Morales Matos, 1996), donde se describía como un paraíso terrenal. Pero al mismo tiempo, también se proyectaba la idea de una tierra lejana y salvaje, de clima inhóspito, el mito de una tierra estéril, maldita, de aspecto desolado y miserable (Darwin, 1909 [1839]), la *finisterrae*, allá donde se acababa la civilización (Morales de Matos, 1996). Estos mitos marcaron profundamente este territorio al fin del mundo con el imaginario de una naturaleza prístina, una geografía difícil, una tierra lejana, contenedora de paisajes de contrastes (Cansini, 2000). En consecuencia, la Patagonia en sí misma conforma un imaginario de doble polaridad, pues generaba sentimientos de atracción por el exotismo, y al mismo tiempo de incertidumbre y peligro. Resaltamos esta dualidad, pues en cierta forma

³ Nos referimos al mito desde un sentido más general, como el de historias y relatos, sin guiarnos por las especificaciones que se proponen desde la disciplina antropológica, sin estar compuesto de símbolos ni tradiciones, y sin llegar a transformarse tampoco en mito fundacional, pues si bien durante la colonización se fundaron ciudades en la Patagonia, su imaginario territorial de génesis precede a cualquier ordenamiento político-administrativo.

marcó la percepción de una representación territorial que influyó ciertamente en el tardío interés que demostró la corona española sobre ella, como ocurriría más tarde también en el caso del Estado chileno.

Figura 2: Vista de la Tierra de Patogones, un poco al norte del Bahía San Julian.



Fuente⁴

Siglos después, una vez fundada la república de Chile, el reiterado centralismo geográfico del poder mantuvo invisibles a las tierras australes. A pesar de que en la Constitución del año 1833⁵ el Estado de Chile reconocía constitucionalmente soberanía sobre un territorio que se extendía hacia el sur hasta el Cabo de Hornos, dicho centralismo trazó una frontera imaginaria al territorio nacional: “La frontera araucana parecía haber impuesto un muro mental a los chilenos metropolitanos. (...) Tal era el muy escaso conocimiento o mejor, el franco desconocimiento, que se poseía en el ‘Chile tradicional’ sobre aquella inmensa región, que cuando se organizó política y administrativamente el territorio chileno, ni siquiera se le tomó en cuenta” (Martinic, 2005: 75).

⁴ Van der Schley, Jacob. Siglo XVIII. Division 4 du portefeuille 168 du Service hydrographique de la marine consacrée aux ports de la côte orientale de Patagonie. Bibliothèque Nationale de France (BNF), Département Cartes et plans.

⁵ “El territorio de Chile se extiende desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos, i desde las cordilleras de los Andes hasta el mar Pacífico, comprendiendo el Archipiélago de Chiloé, todas las islas adyacentes, i las de Juan Fernández”. Constitución Política de la República de Chile, Capítulo I, artículo 1º, 1833.

Tal como lo menciona Martinic, el desinterés del Estado chileno sobre el territorio más austral se observaría durante casi todo el siglo XIX, con la excepción de la zona del Estrecho de Magallanes debido a que esta última constituía el principal eje comercial marítimo bioceánico. Por lo tanto, la ocupación efectiva del territorio chileno dio un salto desde Chiloé hasta Punta Arenas, dando reconocimiento a un vacío territorial entre medio.

Las “Patagonias” en la Patagonia

Derivado de los relatos, el imaginario territorial de la Patagonia representa ampliamente una zona austral, pero no se circunscribe a límites físicos fijos, pues nos referimos a una idea superpuesta sobre un territorio de contornos difusos. Además de la dificultad que significa delimitar territorialmente un imaginario, la dimensión temporal tiene también su propia particularidad: “(...) las imágenes de la Patagonia están siempre conectadas ambas a la idea de ‘mundo’ (de ahí ‘el fin del mundo’) y a la idea de un infinito cronotópico que se extiende entre la modernidad y la barbarie. Visto desde esta perspectiva, la Patagonia es una zona paradójica cuya propia falta de límites confunde una lógica dependiente de escalas sociales” (Nouzeilles, 1999:35).

El carácter paradójico que resalta Nouzeilles nos permite distinguir y de-construir la Patagonia en dimensiones temporales y sociales dentro de una multiescalaridad territorial, difíciles de contener dentro de los márgenes de una nación. Esta propiedad multiescalar la entenderemos como una superposición de capas territoriales donde cada una constituye una Patagonia distinta. La posibilidad de una variedad de Patagonias se vislumbra al analizar el proceso de construcción de los Estados nacionales de Chile y Argentina, donde se reúnen elementos como la imposición de una identidad nacional, la ocupación y colonización del territorio. Elementos los cuales se intentaron imprimir sobre un contraste de geografías contenidas en esta región.

Las huellas de la historia de la construcción de identidad nacional, los procesos socio-culturales de poblamiento y ocupación, además del contraste entre los criterios geográficos del paisaje, marcan diferencias en el imaginario territorial de la Patagonia respecto a su extensión y

delimitación (Bandieri, S. 2005; Zunino, H., Matossian, B., Hidalgo, R. 2012; Núñez, A., Aliste, E., Bello, A. 2014). Al momento de considerar factores físicos y geológicos como criterios de delimitación geográfica, la Cordillera de Los Andes se impone como la principal divisora para distinguir entre Patagonia Oriental, el territorio correspondiente al Estado Argentino, y Patagonia Occidental, aquel correspondiente al Estado Chileno. Sin embargo, también existen otras subdivisiones generadas a través de procesos históricos, que a su vez diferencian en el caso de Argentina entre Patagonia Norte y Patagonia Sur. La primera comenzaría al sur del río Negro, e incluso ya desde el sur de Mendoza hasta el extremo más austral de los Andes (Bandieri, 2005).

Otras definiciones más precisas se encuentran, por ejemplo, en el caso de la Norpatagonia chileno-argentina, instancia en la que se trascienden las divisiones político-administrativas considerando esta sub-región conformada por las provincias argentinas de Neuquén, Río Negro y Chubut, y por las regiones chilenas de La Araucanía, Los Ríos y Los Lagos (Zunino, Matossian e Hidalgo, 2012). Incluso existen otras categorías de Patagonia para el caso de Chile, donde según criterios de cambios de paisaje, influencia de ciudades capitales y la valorización de un *wilderness*, se distingue entre cuatro Patagonias: 1) Patagonia Archipiélago Chilote; 2) Patagonia de los Campos de Hielo; 3) Patagonia Aysén; 4) Patagonia Magallanes (Gernier, 2003). Si bien el flujo, o más bien la movilidad de los habitantes a través de estas cuatro posibles Patagonia(s) podría asumirse como una variable importante, la delimitación territorial de la identidad Patagónica permanece como una pregunta abierta a investigaciones más profundas.

Respecto a la dimensión sociocultural y política de esta multiescalaridad de la Patagonia, es fundamental comprender la construcción social de este territorio integrado a cada Estado por medio de procesos de ocupación dirigidos desde sus centros de poder. La integración de la Patagonia y la imposición de las identidades nacionales argentina y chilena, consideró la exterminación de pueblos originarios por medio de pago de recompensas por la caza de aborígenes y campañas militares como ocurrió en el caso de los Kaweskar en Chile y la Campaña del Desierto en Argentina (Bandieri, 2009). Por lo tanto, la Patagonia es el resultado de mecanismos de institucionalización, de nacionalización,

de procesos de territorialización y reestructuración (Núñez, A., Aliste, E., Bello, A. 2014), donde las dinámicas de ocupación del territorio y las formas de tenencia de la tierra se desarrollaron de manera paralela entre ambos Estados. No obstante, antes de que cada Estado pudiera reclamar la soberanía sobre este territorio austral, fue necesario definir el borde del imaginario, la frontera que dividió la Patagonia sobre todos los mapas y dio inicio a una tensión geopolítica inconclusa hasta el día de hoy.

Una frontera para la periferia: la re-valorización del mito y la necesidad delimitar la soberanía en la Patagonia

Las exploraciones científicas post Darwin en la Patagonia, transformaron este imaginario de tierra maldita en un imaginario de “Patagonia recurso” (Grenier, 2003), es decir, se pasó de una valorización negativa a una valorización positiva. Se pasó desde una etapa en que se contorneaban sus costas y se observaba la *terra incognita* desde el mar, para pasar a una dinámica de ocupación e incorporación a los Estados Nacionales.

La Patagonia se había transformado entonces en objeto de deseo para ambos países, una especie de “última frontera”, un símbolo de poder, de soberanía y por supuesto también de continuidad espacial que necesitaban reconocer como suyo. Sin embargo, como bien describe Nouzeilles, la Patagonia representaba paralelamente un territorio que, a pesar de ser hostil y desconocido, ofrecía un mundo de posibilidades para el futuro: “Durante el proceso de construcción de la nación en Argentina y en Chile, ambos países reclamaron la Patagonia como fundamental: el control y la ocupación de la región eran cruciales no solo para el futuro económico de cada país, sino que también para definir comunidades políticas y culturales” (Nouzeilles, G. 1999: 37).

La cordillera como eje

Los 5.150 kilómetros de frontera terrestre compartida entre Chile y Argentina representan una larga historia de relaciones entre tensiones, conflictos e intentos de integración entre los dos Estados Nacionales (Zunino, Matossian e Hidalgo, 2012). La determinación de dicha frontera es un fenómeno de larga duración histórica, y que en el

caso de la Patagonia, continúa siendo hasta el día de hoy uno de los procesos más complejos en relación a la toma de decisiones respecto de la demarcación de la frontera.

El carácter natural de ésta, nos permite reflexionar sobre algunas de sus implicancias, tanto desde un punto de vista geográfico-físico como también desde las ciencias sociales. Si bien el macizo cordillerano forma parte de la orografía de la zona (con características biológicas y geológicas bastante particulares), no se traduce patentemente en una frontera si no se le atribuye un valor geopolítico. En complemento, los planteamientos del geógrafo Friedrich Ratzel en relación a la importancia de las fronteras naturales en la geopolítica, afirman que es la noción de territorio natural de una frontera natural la que se sobrepone como criterio base en los fundamentos de la geopolítica (Ratzel, 1987[1897]). La cordillera como barrera natural determinaría intrínsecamente la existencia de una frontera natural, pero su valorización no sería inmediata ni automática, pues debe ser confirmada políticamente.

El análisis de una frontera que difiere entre aquella imaginada y aquella ejercida es también planteado por el geógrafo francés Jacques Ancel (1938), quien en su clasificación de las fronteras humanas distingue entre las “fronteras de presión” y “fronteras de civilización”. Dentro de los ejemplos del primer tipo, hace mención del litigio entre Argentina y Chile debido a la complejidad de la Cordillera de los Andes, como una frontera más bien teórica que práctica. Es decir, los cuadros políticos por más estratégicos y militarizados que sean, continúan siendo arbitrarios al ser dibujada una frontera teórica sobre una zona donde la línea de las más altas cumbres de la cordillera no coincide exactamente con la línea divisora de aguas. Estas fronteras de presión, forman parte de los diferentes Estados y evolucionan conforme a sus transformaciones y cambios que se ven representados en los mapas por líneas temporales prestas a ser modificadas nuevamente. Por lo tanto, es fundamental hacer la distinción entre la frontera representada por la cordillera en la realidad y la frontera que se representa en el mapa, donde la relatividad de la primera dificulta de sobremanera determinarla como estable si se definen en base a consensos políticos, y donde su manifestación física se difumina con el paisaje (Lacoste, 2002).

Los criterios geográficos y la valorización, en vez de la omnipresencia de la cordillera de Los Andes en tanto que barrera natural, se sobreponen ante cualquier otra concepción posible de la frontera, conformando de esta manera un fuerte hito geopolítico. Se impuso la cordillera como paisaje fronterizo en los imaginarios nacionales de cada Estado (Núñez, A. 2013), se fundaron ciudades y se configuraron delimitaciones político-administrativas trazadas bajo lógicas militares que buscaban orden, seguridad y defensa del territorio.

Como menciona el filósofo y sociólogo Edgar Morin, se debe reconocer que existe una complejidad que nos permitiría encontrar una relación ineludible entre los sistemas físicos y los sistemas biológicos. Para Morin (2005) la frontera no existe en el mapa sino que en el territorio mismo, dejando de ser imaginaria al estar acompañada de aduanas y cercos. Esta distinción reposiciona la importancia de la frontera como parte del territorio, de la frontera en la praxis, la cual es que es vivida cada vez que es representada físicamente, y también cuando es cruzada como tal pues es un acto de validación de su existencia.

No deberíamos, entonces, observar la frontera a través de un lente reduccionista basándonos sólo en los acuerdos políticos que la definen una línea sobre el mapa, especialmente en el caso de la Patagonia donde las discontinuidades territoriales son parte estructural de su geografía. La desfragmentación de la cordillera-barrera difumina la idea de frontera como una línea física visible en la superficie, esto si dejamos de observarla desde un plano cartesiano y comenzamos a apreciarla desde el espacio vivido del territorio. En efecto, trazar la frontera es una materia compleja entre el reconocimiento de su existencia, su discurso político y su representación geográfica.

Dinámicas territoriales en la frontera: territorialización y territorialidad

La Patagonia se convirtió en un territorio en tensión sobre el cual los Estados chileno y argentino buscaban imponer su soberanía, pues se le atribuyó un valor estratégico desde el punto de vista geopolítico y económico, el cual permitiría reforzar políticamente la legitimidad territorial de cada Estado. El acuerdo entre dos Estados sobre una línea

que finalmente es imaginaria permite definir los bordes que contendrán sus identidades nacionales (Nouzielles, 1999; Amilhat-Szary, 2005).

Los estudios de la frontera la relacionan directamente con un periodo de colonización de nuevos territorios, sin embargo el análisis de F. Turner (1893) abrió una nueva categoría de análisis al estudiar el significado de la frontera en la historia americana, ensayo publicado por la American Historical Association. Turner analizó en Estados Unidos una frontera la cual finalmente no era lineal ni estática, sino que la interpretaba como una ola civilizatoria que se expandía hacia la conquista del oeste y la inclusión de cada nuevo territorio bajo el dominio americano.

La conquista de la tierra austral como el *wild west* del sur, se enfocó en la zona de la cordillera de Los Andes, donde se desplegaron campañas de chilenización y argentinización con el fin de imponer sus respectivas identidades nacionales, un proceso definido más recientemente como la “fronterización” (Baeza, 2009). La tarea consideraba la implementación de dispositivos que reprodujeran la identidad desde los respectivos centros de gobierno y las implantaran sobre el territorio. A pesar de contar con métodos y temporalidades diferentes, ambos Estados asignaron autoridades militares para encabezar estos procesos de integración de territorios. Para este fin se aplicaron políticas elaboradas desde arriba (*up-down*), dirigiendo la instalación de los nuevos pobladores e sugiriendo la adopción de las tradiciones, simbolismos y prácticas que los hiciera ser parte de estas identidades nacionales. Estas son finalmente comunidades estratégicamente inventadas, o más bien, comunidades que nacieron como comunidades imaginadas (Anderson, 2007 [1983]).

El desplazamiento obligatorio de grupos de habitantes a quienes se les imponía escoger tanto un territorio como una nacionalidad, refleja el poder de cada Estado en su territorialización, en el énfasis de ejercer soberanía, en conjunto con reglas de disciplina y seguridad vinculadas directamente a un orden (Foucault, 2006 [2004]). En este caso, el orden dividió espacialmente la Patagonia chilena de la Patagonia argentina, y la soberanía se impuso sobre cada territorio, sobre los grupos de colonos y sobre cada habitante. Si bien se impuso la soberanía, esta no conllevó siempre a la imposición de cada identidad nacional sobre los grupos de individuos o, más bien, los “pueblos”, pues en el mundo moderno los

“pueblos” no siempre fueron creados por el Estado, sino que muchas veces lo precedían (Wallerstein, 2007 [1991]).

Estos territorios hoy en día divididos, como es el caso de la Región de Aysén en Chile y la Provincia de Santa Cruz en Argentina, habían comenzado a ser poblados ya desde fines del siglo XIX, donde la “porosidad de la cordillera” beneficiaba dinámicas de ocupación más fluidas y espontáneas con anterioridad a la definición de las identidades nacionales (Núñez, 2012, 2013). Las huellas de la memoria sobre el territorio, en conjugación con las dinámicas, las prácticas cotidianas y las formas de habitar el espacio bi-nacional, colaboran a construir una identidad más bien “líquida” que fluye a través de la porosidad de la frontera patagónica. El discurso de la identidad patagónica construido localmente, se refuerza en este espacio nutrido por la memoria heredada desde la historia de colonización pionera, la ocupación espontánea de chilenos y argentinos en las otrora tierras de nadie. Estas formas de ocupación del espacio expresan la constitución de nodos de poder, de estrategias de control, de una apropiación de un grupo sobre el territorio que refleja un grado de “territorialidad” (Sack, 1986).

La identidad construida desde abajo – desde el espacio local - intenta sobreponerse a los márgenes político-administrativos, conformando así una comunidad multicultural y trans-fronteriza. Esta identidad difiere de aquella de la comunidad imaginada por cada Estado en el discurso geopolítico clásico del ejercicio de la soberanía y la seguridad de la frontera. La proximidad de centros poblados entre Chile y Argentina abren una fluidez que impone las identidades locales por sobre las nacionales, plasmando imaginarios, percepciones, costumbres, sueños y expectativas en el territorio que habitan.

A la frontera externa, aquella que cumple el rol del borde de la nación, también le debemos sumar otros tipos de fronteras, las internas. A partir de las entrevistas realizadas en Chile durante el año 2013 a los actores claves relacionados con el movimiento social del año 2012⁶, se revelan discursos referidos a las diferencias identitarias internas de la región de Aysén, ligadas tanto al hábitat como a los orígenes. En una

⁶ En el marco del terreno de investigación realizado para la tesis de magister “Ordenamiento territorial e injusticia espacial: la paradoja de la descentralización regional y su impacto sobre la región de Aysén (Patagonia chilena)”. Pérez, 2014. EHESS, Paris, Francia.

primera instancia los entrevistados⁷ distinguieron entre ser Aysenino y ser Patagón, donde la tendencia se inclinó hacia definirse como Patagón. En segunda instancia, surge la distinción entre el Patagón de la cordillera, el gaucho, y el Patagón de la costa, el pescador. Categorías las cuales no los divide pero les permite reconocer diferencias entre ellos mismos a nivel de comunidad. Y por último, la distinción entre aquellos quienes son “Nacidos y Criados” en Aysén (NYC) y aquellos quienes son “Venidos y Quedados” (VYQ). Esta última categoría pareciera cobrar mayor importancia en el discurso del Patagón que apuesta por la reivindicación de una identidad propia y construida por los primeros colonos, aquellos que desafiaron al Estado de Chile y conforman hoy en día una comunidad orgullosa de sus orígenes pioneros.

Es posible que estas últimas categorías mencionadas generen fronteras internas en la región, lo cual no implica forzosamente una fragmentación social de la comunidad.

La revalorización de la Patagonia como recurso: intereses internacionales por sobre los locales

Los acuerdos bi-laterales entre Chile y Argentina y la puesta en valor de la naturaleza como recurso económico, ha abierto diversos debates además de activar la organización colectiva y el surgimiento de movimientos sociales que ponen en evidencia la necesidad de un replanteamiento de aquellas políticas públicas impuestas desde un modelo unitario y centralista.

Acuerdos bi-nacionales para un territorio transfronterizo

La permeabilidad de la frontera en Patagonia, sobre todo en la región de Aysén, siete de sus diez comunas son definidas como “comunas localizadas completamente en zona fronteriza” según la DIFROL⁸, de lo que se puede deducir que un porcentaje mayoritario de sus habitantes se sumergen en una dinámica de habitar transfronterizo. La localización de estas ciudades fue efecto de una política pública de territorialización para

⁷ Se trata de una muestra que considera 10 actores claves, entre los cuales fueron seleccionados portavoces del movimiento social “Tu problema es mi problema”, representantes de las instituciones públicas, y de los principales medios de comunicación locales.

⁸ DIFROL, acrónimo para Dirección Nacional de Fronteras y Límites del Estado.

la ocupación estratégica que asegure seguridad de la zona fronteriza de la región.

Sobre esta zona transfronteriza, se superpone una segunda capa de territorialización que se relaciona con las actividades económicas enfocadas al uso y distribución de recursos naturales. Ambos países han continuado con el modelo desarrollista dependiente, extractivista y exportador de materias primarias. Un modelo implementado por la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL) durante los años 1950, bajo una lógica que pretendía seguir el modelo económico de los países del norte (como aquél de EE.UU), y que consideraba el PIB como índice de medición de desarrollo, un desarrollo que se enfocaba en el crecimiento económico (Rist, 2013). La propuesta de “integración comercial” latinoamericana impulsada por Raúl Prebisch, director de la CEPAL en los años 1950, derivó finalmente en esta idea de integración de la zona austral del continente, la región patagónica, surgiendo entonces el concepto bi-nacional del desarrollo territorial entre Argentina y Chile, a través de esta “cordillera abierta”, lo que permitiría aumentar la especialización y la producción industrial sumando el esfuerzo de ambos países.

Posteriormente, los efectos de la globalización influenciaron en una nueva concepción de las fronteras tradicionales, donde la integración del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) habría potenciado un proyecto de integración horizontal entre Chile y Argentina. El MERCOSUR permitió proponer un nuevo proyecto de desarrollo binacional, intenciones que culminaron con la firma de un “Compromiso por la Paz y la Integración” en 1985 en la ciudad de Río Gallegos. De manera complementaria, a partir del año 1991, se conformaron los Comités de Frontera (Zarate, 2000) y se promulga su reglamento en 1997 para regular su funcionamiento, dentro del cual el Comité Región de Los Lagos e Integración Austral corresponde a la región patagónica. Estos comités fueron creados estrictamente para cumplir objetivos ligados con el desarrollo de áreas fronterizas, solución de problemas de tránsito y promoción de proyectos que impulsen el desarrollo económico⁹.

⁹ Ministerio de Relaciones Exteriores, *Promulga el acuerdo con Argentina para establecer un reglamento para los Comités de Frontera*. Santiago. Decreto 1259, 12 de agosto de 1997.

Años más tarde, en 1997, se firmó el Tratado de Integración y Complementación Minera Argentino-Chileno, entre el Presidente de la República de Chile, Eduardo Frei, y el Presidente de la República Argentina, Carlos Menem, en el cual se definió un área donde se elimina la línea fronteriza y las restricciones a la inversión extranjera con el fin de impulsar la producción minera en Patagonia (Zarate, 2000). En él se definió una nueva condición territorial de una franja de la frontera en la Cordillera de Los Andes vigente hasta hoy en día, donde se permite el uso libre de todo tipo de recursos naturales, y donde persisten una gran cantidad de proyectos de explotación de oro y plata en la escala de la mega minería (Galafassi, 2008). Empero, la explotación de los recursos mineros se debería regular según el marco jurídico de cada Estado. Por último, en agosto del año 2014 se realizó la XXIV Reunión del Comité de Integración Austral y se firmó el plan de acción para la “Estrategia de Cooperación Sur-Sur para el Desarrollo”, el cual busca impulsar la cooperación bilateral, triangular y descentralizada (Gobierno de Chile y Gobierno de Argentina, 2014).

Sin embargo, contrariamente a lo que podría esperarse frente ante tal cantidad de acuerdos entre ambas naciones, el problema del centralismo político en ambos países ha retrasado la integración binacional. Una integración que además se enfoca primordialmente en la conectividad terrestre, beneficios comerciales y una serie de lineamientos para el desarrollo económico y social, los cuales no dejan del todo claro los planes concretos de acción y su impacto sobre las comunidades a escala local. Se ratifica la importancia de los recursos mineralógicos cordilleranos compartidos por ambas naciones, y de la actividad minera como una herramienta que permitiría impulsar el desarrollo económico¹⁰. Pero en ningún punto de este acuerdo se define un marco jurídico de acción, ni tampoco se hace alusión a la definición de una política de sustentabilidad.

Se reproduce entonces una lógica de capitalización de la naturaleza, de mercantilización donde prevalece una racionalidad capitalista del uso de los recursos naturales que los valora exclusivamente como un negocio (Núñez y Aliste, 2014). Por lo tanto, todos los marcos regulatorios y acuerdos bi-nacionales finalmente apuntan a prolongar el mismo modelo

¹⁰ IV Reunión de Gobernadores Argentinos e Intendentes Chilenos de la Frontera Común. Declaración, Buenos Aires, 29 de agosto de 2014.

de desarrollo extractivista, a pesar de los eslogan de ciertos gobiernos locales, como en el caso de Aysén “Reserva de Vida” o el de “Patagonia-Energía” respaldado por el Estado Argentino (Boholavsky, 2009: 30, en Azcoitia, 2013), valorizando los recursos naturales como *commodities*.

Este proceso ha traído graves consecuencias, como la desertificación de los suelos por la sobre-explotación de la soja en Argentina, así como el riesgo del recurso suelo gatillado por la venta de grandes superficies de tierras a extranjeros, correspondiendo a zonas protegidas por su biodiversidad (Galafassi, 2008). En este último caso, se contraponen el rol y la gestión del Ministerio de Bienes Nacionales en Chile y la Auditoría General de la Nación en Argentina, respecto a la regulación sobre la propiedad de la tierra y, en consecuencia, de los recursos naturales comprendidos en ella.

En el caso de Argentina, el control del recurso suelo es gestionado por mandato constitucional según cada provincia, quedando definidas sin embargo “zonas de seguridad”: áreas donde se valoriza la importancia de los recursos naturales y su ubicación estratégica, generalmente cercanos a la frontera. Sin embargo, esto se contradice si se toman en cuenta los tratados mineros mencionados anteriormente y la desafectación de una enorme superficie, que hoy en día está en manos de grandes compañías extranjeras.

En el caso de Chile, además del SNASPE (Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas), no existe ni marco regulatorio ni categoría especial para la protección de recursos naturales estratégicos y/o localizados en zonas fronterizas. El cambio en la propiedad del suelo entre los colonos-pioneros y los nuevos colonos-empresarios, también es un fenómeno que se observa en la región de Aysén, el cual se visualiza como “renovadas formas de colonización” que mercantiliza la naturaleza (Núñez, Aliste y Bello, 2014). De las grandes superficies de terreno que actualmente están pasando a manos de privados, se desconocen los roles que jugarán éstos en las nuevas configuraciones territoriales que se dibujan en esta región. Estas interacciones entre antiguas y nuevas categorías de colonos, de los antiguos pioneros a los nuevos empresarios privados de la naturaleza, se enmarcan en la producción de una nueva territorialización.

Reflexiones finales

Si bien este artículo se concentra en hacer una reflexión más bien teórica sobre Patagonia-Asyén como un conjunto de estructuras e imaginarios territoriales multiescalares, tiene como intención invitar a abrir diálogos más profundos entre la geografía, la historia, la geopolítica, y por cierto, también la antropología, con el fin de re-pensar el territorio. Intentar entender la Patagonia más allá de una materialidad físico-territorial con una retrospectiva histórica, se convierte en un desafío imposible de abordar solo desde una perspectiva disciplinar única.

La evolución de las distintas representaciones e imaginarios de la Patagonia, ya sea como lo desconocido de la “*finsterrae*”, como un paraíso idílico, como el mito de un tesoro, como la “tierra de gigantes”, como un “obstáculo” en una ruta transoceánica, como un recurso natural, como una “reserva de vida”, como “energía”, e incluso como una marca comercial de ropa deportiva, son ejemplos de la complejidad que conforma el entretrejido de dimensiones horizontales y verticales, de escalas locales y globales, todo en un mismo territorio.

Sin duda que el interés de los Estados de Chile y Argentina de imponer sus identidades nacionales y definir la frontera que separaría sus soberanías lleva consigo una influencia de al menos una parte de estos imaginarios, los cuales marcan el cambio entre la indiferencia y el posterior interés político. En la estructura político-administrativa, la demarcación de la frontera entre Chile y Argentina puso en valor el territorio austral debido a los intereses estratégicos relacionados a la soberanía, como también al uso y explotación de recursos naturales en la Patagonia.

Para el caso de Chile, la “ley de incentivos especiales para las zonas extremas del país” (2013), categoría bajo la cual se encuentra actualmente la región de Aysén, no ha influido mayormente a disminuir condición de aislamiento, aumentando posiblemente su periférisación al asumirla como un territorio tan marginal que es “extremo”. Adicionalmente, la “política regional de localidades aisladas de la Región de Aysén” (2012) reitera su condición de aislamiento con una connotación negativa, con una baja densidad poblacional y en continuo proceso de colonización, frente a lo cual recomienda que el Estado debe tener consideraciones especiales con los habitantes. Esto debido a que se reconoce la proximidad

y las dinámicas sociales transfronterizas entre Chile y Argentina en estas zonas donde la comunidad se encuentra más aislada respecto al centro del país. Estas políticas públicas que ahora buscan mejorar la calidad de vida de los habitantes disminuyendo su condición de aislamiento, han respondido frente a la contingencia del surgimiento de movimientos sociales en vez responder a los propios instrumentos de planificación, hecho que revela lo inadecuado que elaboración de dichas políticas desde el centro y no desde el contexto local.

Por el contrario, los acuerdos internacionales que se mantienen y se actualizan por medio de las reuniones entre los ministerios de ambos países, continúan con proyectos que han sido planificados con mucha anterioridad, y donde el discurso de la integración bi-nacional va dirigido principalmente hacia el beneficio comercial de los inversionistas y empresarios. Es decir, estas dinámicas corresponden a un imaginario de la Patagonia como mercancía, donde la naturaleza se valora como recurso económico, como un bien con un precio de mercado.

Siguen ausentes los programas de colaboración territorial elaborados para las comunidades locales, las cuales podrían verse beneficiadas significativamente al encontrarse más próximas y cotidianamente conectadas a través de la frontera. También sigue ausente el desarrollo de nuevas perspectivas geopolíticas que permitan generar las herramientas para analizar estos nuevos fenómenos de frontera. No obstante, la marcada presencia militar como dispositivos de construcción de identidad nacional, la gran cantidad de regimientos e, incluso, el mismo nombre de la región de Aysén, tienden a denotar la prominencia de una geografía clásica como herramienta del Estado. La dimensión militar pasa a formar parte del imaginario de Aysén, lo que refuerza su condición de frontera periférica donde el objetivo es el resguardo de la soberanía y la seguridad nacional. Sin embargo se contradice con el imaginario de la comunidad patagónica cuyas dinámicas sociales trascienden los límites delimitados por los Estados en el ímpetu de imponer nacionalismos. Las estructuras multiescalares que se conjugan con los imaginarios territoriales abren la posibilidad a expandir, o más bien difuminar los límites de la Patagonia, transformándola en un territorio de dimensiones geográficas-físicas como también holísticas. Por lo tanto, la Patagonia es un imaginario en sí mismo y son los Estados-Nacionales los que se la han

intentado apropiarse desde un marco jurídico constitucional, sin embargo desde un sentido de reivindicación identitaria, la Patagonia trasciende estos intentos de territorialización.

Bibliografía

ANCEL, J. Chapitre VII Les frontières humaines. En « La Géographie des frontières », Paris, Gallimard, 1938.

AMILHAT SZARY, A. Géopolitique et frontières en Amérique Latine. En Hardy, Sébastien et Médina, Lucile. L'Amérique Latine, Editions du Temps, pp.11-33, Questions de Géographie. 2005.

ANDERSON, B. Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México. 2007 [1983].

AZCOITIA, A. El diario de Río Negro (General Roca) y las representaciones sobre Chile durante los primeros años de la Provincia: Un trauma multiescalar. Revista Pilquen, Sección Ciencias Social, año XV, n. 16, vol. 2013.

BAEZA, B. Fronteras e identidades en Patagonia Central (1885-2007). Segunda edición, Ediciones Prohistoria, Rosario, Argentina. 2009.

BANDIERI, S. Historia de la Patagonia. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, segunda edición, 2005.

BANDIERI, S. Cuando crear una identidad nacional en los territorios patagónicos fue prioritario. Revista Pilquén, Sección Ciencias Sociales, año XI, n.11, 2009.

BAYO, C. Los Césares de la Patagonia. Leyenda aurea del Nuevo Mundo. Madrid, 1913.

BLENGINO, V. La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005. Título original: "Il vallo della Patagonia", Ediciones Diabasis, 2003.

CANESI, J. Poussières patagones. En Schneier-Madanes, G., Patagonie, une tempête d'imaginaire. Ediciones Autrement, Collection Monde HS n.94. 1996, pp. 26-44. Paris, Francia.

CASINI, S. La Fundación Discursiva del Espacio Patagónico. Revista Cyber Humanitatis n. 14 (2000), Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

DARWIN, C. The voyage of the Beagle. P.F. Collier & Son, New York, 1909 (1839).

FOUCAULT, M. Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978). Fondo de Cultura Económica, 2009[2004].

GALAFASSI, G. Minería de oro y plata y conflictos sociales. Un proceso de historia reciente en Patagonia. Ponencia presentada en las XXI Jornadas de Historia Económica, 23-26 de septiembre 2008, Universidad Nacional Tres de Febrero, Argentina.

GALAFASSI, G. Estado, capital y acumulación por desposesión. Los espacios rurales patagónicos y su renovado perfil extractivo de recursos naturales. Revista digital Escuela de Historia, Universidad de Rosario, año 1, n. 2, diciembre 2008.

GRENIER, P. Des tyrannosaures dans le paradis. La ruée des transnationales sur la Patagonie chilienne. Éditions L'Atalante, 2003.

GRENIER, P. Histoires du bout du monde. Une anthologie de récits de voyage en Patagonie. Bruxelles, Éditions Nevicata, 2013.

GOBIERNO DE CHILE. Constitución Política de la República de Chile, 1833.

GOBIERNO DE CHILE. Ley n. 20.655, establece incentivos especiales para las zonas extremas del país, 2013.

GOBIERNO REGIONAL DE AYSÉN, ILPES-CEPAL. Estrategia Regional de Desarrollo de Aysén. 2009.

LACOSTE, Y. Montagnes et Géopolitique. Revista Hérodote 2002/4, n.107.

MARTINIC, M. De la Trapananda al Aysén: una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestros días. Pehuén editores, Santiago, 2005.

MORALES MATOS, G. Conflictos geográficos en las tierras patagónicas chilenas. Revista Eria n. 41, 1996.

MORIN, E. Introduction à la pensée complexe. Éditions du Seuil, Paris, 2005 (1^e édition 1990).

NOUZEILLES, G. Patagonia as a Borderland: Nature, Culture and the idea of the State. Journal of Latin American Cultural Studies, vol. 8, n. 1, 1999.

NÚÑEZ, A. El país de las cuencas: Fronteras en movimiento e imaginarios territoriales en la construcción de la nación. Chile, siglos XVIII-XIX. XII Coloquio Internacional de Geocrítica, Bogotá 7-11 de mayo 2012.

NÚÑEZ, A. La frontera no deja ver la montaña: invisibilización de la cordillera de Los Andes en la Norpatagonia chileno-argentina. *Revista de Geografía Norte Grande*, n. 55, pp. 89-108, 2013.

NÚÑEZ, A.; ALISTE, E. El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de una renovada colonización. Chile, siglos XX-XXI. Artículo presentado en el XIII Coloquio Internacional de Geocrítica, Barcelona, 5-10 de mayo, 2014.

NÚÑEZ, A.; ALISTE, E.; BELLO, A. Patagonia-Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación”. *Itzalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, n°76, año 35, enero-junio 2014, pp. 165-188.

PEREZ, S. “Ordenamiento territorial e injusticia espacial: la paradoja de la descentralización regional y su impacto sobre la región de Aysén (Patagonia chilena)”. *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS)*, Paris. 2014.

PIGAFETTA, A. Premier voyage autour du monde par le Chevr Pigafetta sur l'escadre de Magellan, pendant les années 1519, 20, 21 et 22, suivi de l'extrait du *Traité de navigation* du même auteur et d'une *Notice sur le chevalier Martin Behaim*, avec la description de son globe terrestre. Editado por H. J. Jansen, 1800-1801, Paris.

RATZEL, F. *La Géographie Politique. Les concepts fondamentaux. Chapitre XVIII Les frontières naturelles*. Fayard, Paris. 1987(1897).

RIST, G. *Le développement. Histoire d'une croyance occidentale*. 4e édition, Presses Sciènes Po, Paris, 2013.

RIVERA, A. et al. Variaciones recientes de glaciares en Chile. *Revista Investigaciones Geográficas*, n. 34, 2000, pp. 29-60.

SACK, R. *Human Territoriality. Its theory and history*. Cambridge University Press. 1986.

SANTIS, H. El pensamiento geográfico-político de Ratzel en la geopolítica chilena. *Revista Geográfica Norte Grande*, n. 25, 1998.

TURNER, F. J. *The Significance of the Frontier in American History*, 1893. American Historical Association at the World's Columbian Exposition in Chicago, Illinois, 1893, pp. 199-227. Text re-edited and published by the Internet Modern History Source Book, Fordham University, New York, 1998.

ZARATE, R. La Patagonia Austral: integración inconclusa y subdesarrollo inducido. Editorial Homo Sapiens, Rosario, 2000.

ZUNINO, H.; MATOSSIAN, B.; HIDALGO, R. Poblamiento y desarrollo de enclaves turísticos en la Norpatagonia chileno-argentina. Migración y frontera en un espacio binacional. Revista de Geografía Norte Grande, n.53, 2012, pp. 137-158.

WALLERSTEIN, I. Geopolítica y Geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial. Editorial Kairos. 2007 (1991).

autores

Enrique Aliste Almuna

Profesor Asociado de la Universidad de Chile. Doctor en Ciencias Sociales mención Geografía y Estudios del Desarrollo en la EHESS de París, Francia. Lic. en Geografía, Geógrafo y Magíster en Gestión y Planificación Ambiental de la U de Chile. Es profesor visitante en la Universidad Sorbonne Nouvelle (Paris 3), donde ocupó la Cátedra Pablo Neruda, y en la EHESS de París en Francia, así como también en el Doctorado en Estudios Territoriales de la Universidad de Caldas (Colombia). Fue miembro del comité directivo del grupo “El Enfoque Cultural en Geografía” (2013-2016) y actualmente del grupo “Global Understanding” de la UGI.

Catalina Amigo Jorquera

Es Antropóloga Social de la Universidad de Chile. Sus áreas de interés se vinculan a las problemáticas de territorios rurales, políticas públicas y niñez e infancia. Ha desarrollado investigación en la región de Aysén desde el año 2015, asociadas a la comprensión del aislamiento como territorialidad y de la naturaleza como construcción social.

Álvaro Bello Maldonado

Doctor en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y actualmente es Investigador del Núcleo Científico-Tecnológico en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de La Frontera (UFRO). Se ha desempeñado como investigador en diversos proyectos FONDECYT y ha sido profesor visitante de diversas universidades de América Latina, Estados Unidos y Europa. Es autor de tres libros y de diversos artículos en revistas y libros colectivos.

Patricia Carrasco Urrutia

Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Iberoamericana, México D.F. México. (2010- Mención Honorífica). Magister en Ciencias Sociales de la Universidad de la Frontera, Temuco, Chile (2001) y Trabajadora Social. A partir de 2014 ha realizado investigaciones de recuperación de memoria histórica regional, mediante el rescate de archivos fotográficos y relatos orales, a través de Proyectos Fondart. Reside en Coyhaique, XI región Chile.

Macarena Libuy Hidalgo

Antropóloga Social de la Universidad de Chile. Ha trabajado principalmente en temas relacionados a la Antropología Rural y Ecología Política en territorios australes.

Andrés Núñez González

Doctor en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha desarrollado su proyecto posdoctoral, financiado por CONICYT, en el Instituto de Geografía de la misma casa de estudios, en torno a la temática de Fronteras, Representaciones Territoriales y Procesos de Producción Social del Espacio. Es profesor asistente-jornada completa del citado instituto, donde, junto a la investigación, imparte docencia. Su área de investigación se enmarca en la línea de la Geografía Social, Geografía Cultural y Geografía Histórica. Al inicio de los 90 fue colono en el litoral de Aysén, pescador y alguero.

Mauricio Osorio Pefaur

Antropólogo social de la Universidad de Chile, artesano textil y escritor. Originario de Santiago, se radicó en Coyhaique el año 1996. Sus primeras investigaciones las realizó sobre artesanía aysenina. Posteriormente comenzó a investigar sobre historia y antropología, destacando sus estudios y artículos en identidad regional, antropología e historias locales. Ha dirigido y participado investigaciones en cultura y salud, patrimonio, turismo científico y cultural. Es socio fundador de Producciones y Ediciones Ñire Negro. Es autor de los libros de investigación “La tragedia obrera de Bajo Pisagua. Río Baker, 1906” (2015), “Antiguas historias del valle Simpson. Región de Aysén” (2014) y coautor de “Otras Narrativas en Patagonia. Tres ensayos antropológicos de la región de Aisén” (2007)

Sofía Pérez Herrera

Geógrafa de la Universidad de Chile. Diplomada del Programa de Post Grado en Gestión Social de Recursos de Recursos Naturales, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Becaria Alumni del programa de Master TEMA “European Territories: identity and development” de Erasmus Mundus. Master 2 Programa T.E.S. “Terroires, Espaces, Sociétés”, EHESS de Paris, Francia. Master in General and Comparative History, Charles University of Prague, Republica Checa. Doctorante del Programa T.S.D. “Terroires, Sociétés, Développement”, Centre de Recherche Historiques, EHESS, Paris.

Diego Romero Ramírez

Geógrafo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y cursando Magister en Geografía Mención Recursos Territoriales de la Universidad de Chile. En el pregrado contribuyó en la formación de la Estación Patagonia de Investigaciones Interdisciplinarias UC (EPII – UC), en Bahía Exploradores en la Región de Aysén. Desde dicho periodo hasta la actualidad, sus principales investigaciones han estado enfocadas en la región de Aysén, en temas de geografía histórica, dinámicas en la estructura de la tierra, discursos de la conservación y su expresión en la circulación del capital.

Hugo Romero Toledo

Investigador Adjunto de la línea Geografías del Conflicto de COES y Director del Observatorio Regional de la Universidad Católica de Temuco. Sociólogo, Magíster en Investigación Social, Doctor en Geografía Humana de la Universidad de Manchester, Inglaterra, y Postdoctor de COES en conflictos socioambientales. Es investigador responsable del Proyecto Fondecyt de Iniciación N°11140265, “Análisis de las transformaciones y conflictos socioambientales del Norte Grande: Agua, Minería, Paisajes y Comunidades Aymaras (2014-2017)”. Además, dirige un proyecto UCT sobre la expansión forestal e hidroeléctrica en territorio mapuche. Sus línea de investigación son transformaciones socioambientales, geografía intercultural y extractivismos.

Gonzalo Saavedra Gallo

Antropólogo por la Universidad de Chile y Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Adscrito al Instituto de Estudios Antropológicos de la Universidad Austral de Chile, fue director de la Escuela de Antropología de esa misma universidad. Se ha especializado en investigaciones sobre sociedades litorales del sur-austral chileno, explorando además otros espacios territoriales latinoamericanos con fines comparativos. Entre sus principales intereses se destaca el análisis de las dinámicas de modernización y desarrollo que intervienen y condicionan los sistemas costeros y rurales, problematizando las articulaciones e interfaces locales/globales.

Aurora Sambolin Santiago

Dra. en Traducción y Estudios Interculturales, Universidad de Manchester, Inglaterra. Académica del Departamento de Lenguas, Universidad Católica de Temuco

Margarita Serje de la Ossa

Doctora en antropología social de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París. Profesora asociada, y actualmente, directora del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, Bogotá. En años recientes se ha dedicado al estudio de las temporalidades y espacialidades que se entretajan con la expansión del capitalismo, a través de etnografías de las prácticas que constituyen la integración al Estado y la Nación de las poblaciones y paisajes caracterizados históricamente como “abandonados”, “salvajes” y “marginales” en Colombia y en América Latina. Entre sus publicaciones recientes se cuentan: “Resettlement projects as spaces of exception” (*Development Induced Displacement and Resettlement*, 2015); “El mito de la ausencia del Estado” (*Cahiers des Amériques Latines*, 2014); *Desarrollo y conflicto: territorios recursos y paisajes en la historia oculta de proyectos y políticas* (ed) 2010 y *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie en Colombia 2005* (premio Alejandro Angel Escobar en ciencias sociales y humanas 2006).

Esteban Soler Escalona

Magíster en Historia (Universidad de Chile) y Licenciado en Historia (Pontificia Universidad Católica). Actualmente es estudiante de Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus principales áreas de interés corresponden a la Geografía Social y la Geografía Crítica. Ha colaborado en investigaciones Fondecyt y colaborado en la redacción de algunos artículos.

Santiago Urrutia Reveco

Licenciado y Magíster en Historia por la Universidad de Chile. Actualmente trabaja como investigador y becario del CONICET en el Instituto de Geografía “Dr. Romualdo Ardissonne” de la Universidad de Buenos Aires, donde también se encuentra desarrollando su Doctorado en Geografía. Miembro del Grupo de Estudios Cultura, Naturaleza y Territorio (Instituto Geografía Universidad de Buenos Aires) y la Sociedad de Historia y Geografía de Aysén.

Paulina Zúñiga Becerra

Geógrafa y estudiante del programa de Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Trabajó como asistente de investigación durante el año 2015 en el Fondecyt 114116 Fronteras tardías, fronteras actuales: el territorio de Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX-XXI. Sus intereses de investigación son la geografía cultural, pueblos indígenas y conflictos socioambientales.

¿Es posible proyectar al territorio de Aisén más allá del espejo social con que la matriz subjetiva instalada en Santiago o en el sistema-mundo lo ha imaginado? Este libro se propone reflexionar en torno a esta problemática. Nuestra tesis es que lo que se ha proyectado para Aisén, desde los exploradores del siglo XIX hasta las representaciones y discursos conservacionistas actuales, ha sido una producción social surgida desde las narrativas dominantes de escala nacional (con Santiago como centro y actor clave) o global, y por lo mismo, se ha invisibilizado y olvidado lo que hay de irrepetible e intransferible en su experiencia del habitar, es decir, en su historicidad existencial. En contrapartida, se ha fabricado y se ha instalado un conocimiento sobre Aisén que ha necesitado ser fijo, estático, repetible, transferible y posible para el resto de los ciudadanos de la nación, de manera que la idea de Aisén sea aquella que la nación necesita y proyecta de ella para el conjunto de la sociedad. Así, ese austral territorio ha sido definido como “fronterizo”, “marginal”, “periférico” o “aislado” por y desde centros de poder, con todas las consecuencias que ello implica.

En este contexto, los diversos autores de este libro preguntamos y reflexionamos, como forma de dislocar y descentrar aquellas miradas dominantes centro-periferia... Aisén: ¿aislado de qué? ¿Aislado para quién? Entonces, tal vez sea posible afirmar, tal como expone una habitante de Aisén en uno de los trabajos aquí presentados para resaltar la relación con el centro político (Santiago): “Nosotros no estamos lejos: allá están lejos”.

La investigación que sustenta este libro ha sido posible gracias al apoyo de CONICYT a través de los proyectos FONDECYT N° 1141169 y N° 1170643, así como del trabajo llevado a cabo por la Estación Patagonia UC/Observatorio Hombre-Medio Internacional, Bahía Exploradores, LabEx DRIIHM, INEE, CNRS.



INSTITUTO DE GEOGRAFÍA
FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA
Y CIENCIA POLÍTICA

**Nire
Negro**
EDICIONES

ISBN: 978-956-14-2064-9



9 789561 420649